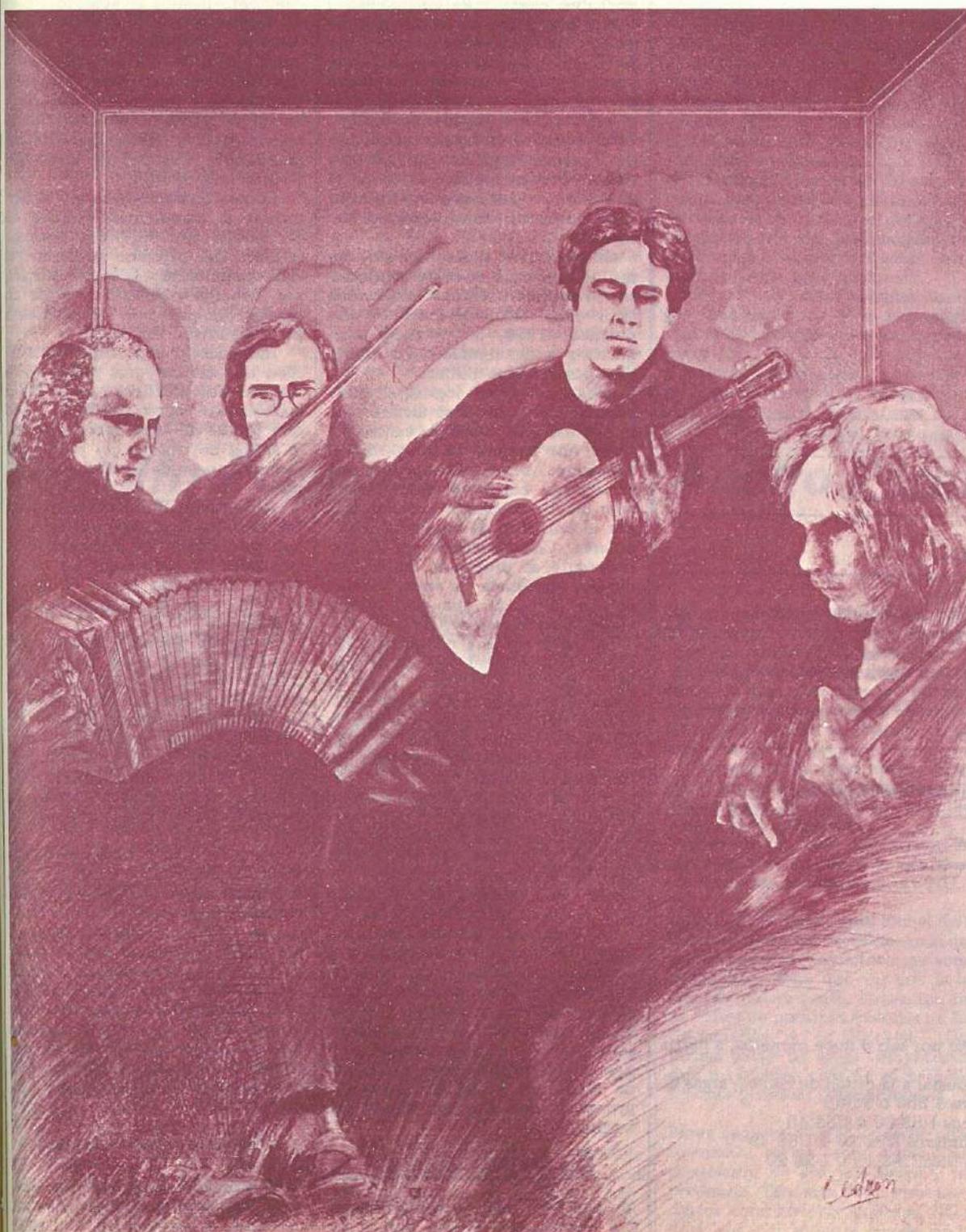


Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA



suplemento

La democracia como problema

Oscar Terán
Rodolfo Saltalamacchia
Mónica Blanco
Cristina Bertolucci
José Aricó
Jorge Tula
Luis Bruschtein
Carlos Ábalo
Juan Carlos Portantiero
Nicolás Casullo
Rubén Sergio Caletti
Elena Casariego
Emilio de Ípola
Giacomo Marramao
Sergio Bufano
Oscar del Barco
Adriano Guerra
José R. Eliashev

Entrevista a Pérez Esquivel

Viola y las expectativas

Testimonio de los sobrevivientes

Héctor Schmucler

Las nuevas relaciones Argentina-Brasil

Ricardo Nudelman

La izquierda chilena

José Joaquín Brunner

Certificados de licitud de contenido en trámite ante la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Registro en trámite ante la Dirección General del Derecho de Autor.

Director: Jorge Tula.

Editor responsable: Hugo Vargas C.

Consejo de redacción: Carlos Abalo, José Aricó, Sergio Bufano, Rubén Sergio Caletti, Nicolás Casullo, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, Oscar Terán

Diagramación: María Oscos

Índice

COYUNTURA	2
Viola y las expectativas	3
Rodolfo Puiggrós	3
Pérez Esquivel	3
Testimonios de los sobrevivientes, por Héctor Schmucler	4
POLEMICA	
Privilegio que duele aprovechar, por Rodolfo Terragno	6
SUPLEMENTO 2	
LA DEMOCRACIA COMO PROBLEMA	7-42
BLOQUES Y ESTRATEGIAS	
Las nuevas relaciones Argentina-Brasil, por Ricardo Nudelman	43
AMERICA LATINA	
La izquierda chilena: identidad en la encrucijada, por José J. Brunner	45
Índice del primer año de <i>Controversia</i>	47
COYUNTURA	
Las posibilidades del antisemitismo en la televisión argentina	48

Suscripción

Envío a ustedes la cantidad de
Importe de mi suscripción a *Controversia* por seis o doce números, a partir del número
Pago mediante cheque bancario o giro postal a la orden de Hugo Vargas C.
Suscripción México por seis-doce números \$ 250 o \$ 500
Suscripción Europa por seis-doce números US\$ 20 o US\$ 40
Suscripción Sudamérica por seis-doce números US\$ 16 o US\$ 32
Suscripción América Central y Norteamérica US\$ 15 o US\$ 30

Nombre
Dirección

Dirigir toda la correspondencia a: Jorge Tula, Apdo. postal 20-619, México 20, D. F.

Viola y las expectativas

La designación del teniente general Roberto Viola como próximo presidente del país (1981-1983), ratificó lo que el mundo político, militar y económico del país sabía: era el hombre elegido desde hacía tiempo por las fuerzas armadas como sucesor de Videla.

La imprevista postergación por diez días de su nombramiento, y la oficialización del mismo a las 48 horas de ser diferido, resultaron entonces los únicos elementos conmocionantes del caso.

La preponderancia del ejército (con apoyo de la aeronáutica) privó sobre cierto cuestionamiento a Viola por parte de la marina. Es posible que la postura de la armada (dificultar una sucesión que Videla pretendía sin contratiempos) haya sido pensada por el almirantazgo en el marco de las disputas castrenses, "con beneficio a futuro": la figura de Viola no surge con un consenso militar incuestionable, si tenemos en cuenta —además— su anterior enfrentamiento con el general Menéndez.

El presidente sucesor aparece como un recambio de corte continuista. Su camino hacia la Casa Rosada tiene como telón de fondo un año político, 1980, de borrosas perspectivas y manipulado sin discreción por el poder militar.

Mediocre en sus logros, el diálogo político ni siquiera alcanzó para perfilar una fuerza de centro-derecha que le sirva de apoyatura al videlismo. Autoritario en su armado, el diálogo concluyó descalificado con mayor o menor vehemencia por el conjunto de los partidos populares. Contradictorio en lo que realmente se proponía, su fracaso dio por terminada "la etapa Videla" mucho antes de que este último abandonase la presidencia.

A partir de esta paupérrima herencia de habilidad política demostrada por la dictadura, Viola es hasta el presente una simple continuidad del autoritarismo militar, y al mismo tiempo expone los límites del proceso castrense para superarse a sí mismo.

Frente a este panorama, y en un contexto de complejas relaciones y contactos cívico-militares que hoy definen a la totalidad de la vida política argentina, el próximo período Viola es discutido, anunciado o esperado de distintas maneras.

a) Como continuidad sin zozobras y de acuerdo a los abstractos cronogramas militares del proceso. b) Como un lento tránsito de progresivas aperturas políticas, claramente reguladas. c) Como probable reformulación en términos de política económica, de mayor libertad de actuación y de diálogo real a promover por el nuevo elenco gobernante.

Las distintas opiniones

El general Videla ha expresado, en los últimos dos meses, que el recambio no significa un cambio de las perspectivas trazadas en 1976 y obedecidas hasta el presente. El brigadier Graffigna también mani-

festó que "no hay que esperar cambios fundamentales" en 1981. Con la misma tonadilla de siempre, el comandante Galtieri repitió que "las urnas seguirán bien guardadas por muchos años".

Pero fue sobre todo el ministro Martínez de Hoz, y gente de su staff, los que más promulgaron durante octubre y noviembre que la continuidad del proyecto económico y social será el signo del mandato Viola.

No obstante, esta última insistencia del equipo económico (según comentarios periodísticos estrechamente ligados al aparato Viola) no responderá a una plena seguridad de continuismo, sino, por el contrario, a las dudas que tiene el ministerio de economía frente al silencio de Viola en la materia y frente al pensamiento de muchos personajes que frecuentan al futuro mandatario, críticos de la gestión de Martínez de Hoz.

Como contrapartida, resultó ilustrativo el comentario político de *La Nación*, que tildó de "enemigo resuelto del próximo gobierno" al líder metalúrgico Lorenzo Miguel, por haberle solicitado a Viola un cambio de proyecto económico a partir de marzo venidero.

Indudablemente, sobre Viola recaen hoy las mayores presiones de los sectores políticos, sindicales y económicos representativos. Desde este punto de vista debe analizarse la actual coyuntura del país, y las declaraciones que toman estado público.

Al respecto Bittel manifestó que "si bien los sectores populares no han participado en la designación, ponemos las esperanzas en que el nuevo presidente habrá de buscar la forma y modo de gobernar para el pueblo".

A su vez, Ricardo Balbín opinó que "el general Viola debe ser el camino de la solución política, el hombre que restaure la confianza", en tanto Eloy Camus expresó que "esperamos que el cambio acelere el proceso hacia un estado de derecho", y el ex senador León le aconsejaba a Viola "tirar al canasto las pautas" del proceso iniciado en 1976.

En todo caso y frente al tiempo Viola, es importante tener en cuenta cuáles serán las nuevas correlaciones de fuerza a verificarse a lo largo de 1981, el notorio desgaste del proyecto militar (como repite Balbín) y la concordancia a lograr por las fuerzas populares, como factores que incidirán básicamente en la encrucijada. No resulta entonces del todo conducente hablar de continuidad o no, pensando sólo en la personalidad de determinadas figuras militares.

Poder y contradicciones

El continuismo que hoy expresa la elección exclusivamente castrense de Viola, y las declaraciones públicas como máxima forma de presionarlo, es finalmente el continuismo del poder militar. Poder no jaqueado de manera terminante nunca,

pero que tampoco vive hoy la plenitud despótica de hace unos años, sino que expresa, cada vez más, dificultades para moverse en un juego político y sindical ya despertado.

Cuando el ministro Harguindeguy eleva su preocupación a Videla porque percibe que "las actividades políticas y sindicales que se están desarrollando no están encuadradas de acuerdo a la actual etapa", manifiesta que no es precisamente bajo el marco de "su diálogo" desde donde emerge la crítica y la apertura.

La respuesta represiva del gobierno en estos meses, verificada entre otras cosas con la detención y confinamiento del gobernador peronista Menem, con la prohibición de un seminario radical en Córdoba y del principal acto recordatorio del 17 de octubre, así como las continuas advertencias a los políticos de "no confundirse", indican que el tránsito de Videla a Viola no es de orden simplemente administrativo sino que se da entre nuevos parámetros donde el disenso social y político se expresa cada vez más conflictivamente y de manera menos regulable.

Cuando el ejército debe decidir el retiro de docenas de oficiales, "ineptos para las funciones de sus grados", y un importante comentarista político (Claudio Escribano), tiene que tratar descarnadamente el tema, es evidente que el proceso de intercambio y las deliberaciones castrenses se encuentran lejos de una comunión de pareceres y que el futuro, desde el poder, no está definitivamente planificado en sus cartas de maniobras.

En el mismo sentido, el hecho de que el jefe del Estado Mayor, general José Vaquero, deba salir al paso y declarar explícitamente que "las fuerzas armadas no admitirán ni ahora ni en el futuro ningún tipo de investigación con respecto a los desaparecidos", revela que dichas posibilidades de investigación constituyen un tema que va superando el terror del silencio impuesto por la

dictadura, y pasa a ser, de manera progresiva, un punto de sofocamiento para el propio accionar militar "hacia la democracia".

En este mismo orden de cosas deben registrarse las luchas obreras como las acontecidas en la empresa de tractores Deutz, las ocupaciones de planta, los reclamos, las amenazas de paros ferroviarios, instancias que no sólo ya no reciben respuestas "escarmentadoras" por parte del poder sino que al mismo tiempo permiten a los nucleamientos sindicales solidarizarse públicamente y desde una perspectiva obrero nacional con cada lucha laboral.

En este panorama de desequilibrios y nuevas relaciones debe contabilizarse la desproporcionada advertencia a Humberto Volando, presidente de la Federación Agraria Argentina, rotulado por la Junta como subversivo, hecho que señala una acentuada debilidad castrense frente a las voces opositoras, al mismo tiempo que muestra un mayor espacio de movimientos de estas últimas, como para que Bittel felicite y respalde públicamente la actuación de dicho "subversivo".

La posibilidad de cierta prensa para saludar el otorgamiento del Premio Nóbel a Pérez Esquivel contrastó con el patético y casi acorralado texto del gobierno frente al hecho, al mismo tiempo que esta suerte de repudio militar al Nóbel debió confrontar con el agasajo que la Comisión peronista de los 25 le ofreció al galardonado.

Frente a un contradictorio panorama de juegos, avances, amagues y retrocesos políticos, el continuismo de Viola expresa por lo tanto las potestades que todavía hoy atesoran incuestionablemente las fuerzas armadas para un recambio no interferido, para su intención de "lavado de imagen", como también expresa la fragilidad de las fuerzas políticas democráticas para desequilibrar el reinado político y económico de las bayonetas. Pero, al mismo tiempo, el tránsito Videla-Viola no

es un momento estático en el escenario político nacional, de simple cambio de apellidos, como pretenden presentar las fuerzas armadas diariamente, de manera muy similar a ciertos vetustos, lineales y simplistas análisis antidictatoriales a los que estamos acostumbrados.

La discusión, las incertidumbres, los interrogantes y hasta algunas expectativas que plantea objetivamente la etapa Viola, no significan sencillos errores de apreciación. Indican que hoy es dable pensar que muchos de los planteos centrales de la dictadura están en crisis, y pueden estar desarticulando o creando importantes contradicciones entre los sectores y tendencias dentro del poder.

Políticos y gremialistas

Mientras en un reciente reportaje concedido a un diario venezolano Videla insistió en que "el Justicialismo debe desaparecer por ser una corriente sin fundamentación ideológica", el espectro político civil argentino aguarda la nueva etapa sin mostrar mayores signos tendientes a una nueva articulación de fuerzas opositoras.

El radicalismo insistió a través de varios documentos con su crítica económica, mientras Tróccoli y García Puente repetían que no consideraban beneficioso acuerdos partidarios donde se pierda identidad. Bittel argumentó que el peronismo "no teme un acuerdo con la UCR", reiterando la idea de un frente civil como posibilidad de camino hacia la democracia. Una postura que el vicepresidente del justicialismo explicó como "la concertación entre las fuerzas de signo nacional".

Fue en el sector gremial donde los desencuentros y la imposibilidad de un acuerdo entre sus tres sectores (25, CNT, 20) volvieron a evidenciarse crudamente. La aceptación para concurrir al diálogo decidida por cuatro sindicalistas de la CNT (Triacca, Marcos, Baldassini y

Venturini) repercutió negativamente en ese sector gremial, del cual se desprendieron los "verticalistas disidentes", que junto con los 25 conformaron pocos días después la CGT, nucleadora de 80 gremios.

Dentro de esta última instancia gremial, el Movimiento Sindical Peronista anunció el reflatamiento de las 62 Organizaciones, donde volvería a recuperar presencia Lorenzo Miguel, hoy jaqueado por las propias fuerzas de la UOM, que por leve margen le dieron el respaldo a Marcos (secretario de Capital) para concurrir al diálogo en nombre de la CNT.

Fue precisamente la CNT, que agrupa a los grandes gremios intervenidos, la que reaccionó duramente contra la nueva CGT, acusándola de ser creación de "grupos de aventureros alentados por los profetas de la derrota", en tanto que Alberto Triacca comentó frente al nuevo organismo que "ya es demasiado vieja la idea de la CGT de los argentinos".

Tanto en el peronismo, como en el radicalismo, como en el sindicalismo, resulta cada vez más evidente que existen corrientes que expresan grandes expectativas con respecto al periodo Viola, y estarían dispuestas a participar desde marzo con el gobierno, en la consideración de que Viola significa un corte con respecto a la historia anterior. A su vez, importantes sectores de esas mismas fuerzas consideran que Videla y Viola son momentos de un mismo proceso, que hasta ahora no muestra hechos contundentes que diferencien una y otra etapa dictatorial: que las diferencien en términos de profunda reformulación económica y definida y clara apertura política. Condiciones básicas, éstos dos, para participar en un diálogo sin condicionamientos y con preponderancia popular, donde se regrese a la democracia exterminada por las fuerzas armadas. ●

Rodolfo Puiggrós

Un infarto al miocardio detuvo la vida de Rodolfo Puiggrós, el miércoles 12 de noviembre pasado. Los múltiples homenajes que sucedieron a su muerte subrayaron de modo preponderante su actuación en México —donde residía por segunda vez, aislado desde 1974— y su papel político en el marco del exilio argentino. No es aventurado afirmar, sin embargo, que serán otros los tramos de la vida de Puiggrós, más largos y productivos, transcurridos en la patria, los que harán memorable su figura a nuevas generaciones de argentinos.

Historiador autodidacta, periodista y ensayista polémico y controvertible, Rodolfo Puiggrós fue personaje central, junto con otros intelectuales como Hernández Arregui, en el proceso de formación ideológica de una entera generación militante, la generación de su hijo, muerto por la dictadura, la generación que con los aciertos y errores que Puiggrós ayudó a prohibir, protagonizó uno de los períodos más intensos, más esperanzadores y más trágicos de la historia contemporánea del país.

El autor de *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*,

De la colonia a la Revolución de Mayo, El peronismo: sus causas y otra media docena de obras de reflexión y combate, incluye en su biografía un mérito insoslayable: a partir de 1946, cuando rompió con el Partido Comunista al que pertenecía para sumarse a las filas peronistas, Puiggrós se convierte junto con Jorge Abelardo Ramos y Silvio Frondizi, cada uno desde sus propias posiciones, en uno de los grandes introductores de la cuestión nacional en el debate que por entonces sostenían los sectores progresistas argentinos.

Defensor sistemático del peronismo, rector de la Universidad Nacional de Buenos Aires durante el gobierno de Héctor J. Cámpora y el provisional de Raúl Lastiri, Puiggrós decidió, sobre el final de su vida, incorporarse a la agrupación Montoneros.

El miércoles, cuando lo derrumbó la muerte, tenía 74 años y se encontraba en La Habana, Cuba. Había viajado hasta allí para asistir a una reunión política. Era, desde principios de este año, miembro de la Conducción Nacional de Montoneros. ●

Adolfo Pérez Esquivel

En su rápido paso por Nueva York el argentino Adolfo Pérez Esquivel hizo una visita a la Organización de las Naciones Unidas, como primer paso de una gira por los Estados Unidos previa a su viaje a Oslo donde debía recibir el Premio Nobel de la Paz.

Requerido por periodistas de todo el mundo, el evangelizador y pacifista tuvo unos minutos para dialogar con *Controversia*.

Este fue el breve diálogo con Pérez Esquivel, luego de la conferencia de prensa realizada en la ONU.

Controversia: El Premio Nobel de la Paz que usted ha recibido, más que galardón una trayectoria personal solamente, tiene que ver con la lucha de mucha gente. Argentina tiene miles de personas exiladas en Latinoamérica y en Europa. ¿Qué piensa usted de estos compatriotas que no pueden vivir en su país por razones políticas o económicas?

Pérez Esquivel: *Ya lo he dicho anteriormente varias veces porque soy consciente de este problema y me preocupa. Tenemos muy presente a tantos compatriotas exilados. Sabemos que por muchas causas no es fácil la vida del exilado, yo la he sufrido también durante un breve tiempo.*

Controversia: ¿Qué mensaje puede darle usted a los exilados?

P.E.: *Hoy y siempre pienso que los exilados deben mantenerse muy lúcidos, deben mantenerse con mucha serenidad en esta etapa que les toca vivir lejos de la patria y sin perder en ningún momento las esperanzas.*

Controversia: ¿Considera que está pronto el regreso al país de los exilados argentinos?

P. E.: *No podría decirlo, pero estamos trabajando en este sentido y buscando transitar los caminos que sean necesarios.*

La visita de Pérez Esquivel, un hombre al cual el gobernador militar de la provincia de Buenos Aires, general Ibérico Saint Jean calificó como "producto de la izquierda internacional", fue patrocinada en los Estados Unidos por la Conferencia Episcopal Católica norteamericana y por el Consejo Nacional de Iglesias, que reagrupa a todas las confesiones cristianas del país.

(JRE, Nueva York, noviembre 1980)

Testimonio de los sobrevivientes

Héctor Schmucler

"Aquí dentro nadie es dueño de su vida, ni de su muerte. No podrás morirte porque lo quieras. Vas a vivir todo el tiempo que se nos ocurra. Aquí adentro somos Dios" (Un guardia a Graciela Geuna)

Aún no se han difundido suficientemente los diversos testimonios producidos por sobrevivientes de los campos de exterminio que existieron en la Argentina. Tales campos parecen haber funcionado entre los años 1976 y 1979 y, aparentemente, fueron eliminándose a partir de la última fecha. Según declaraciones de los testigos y averiguaciones efectuadas por organismos internacionales¹ esos campos estuvieron situados por lo menos en la Capital Federal, Provincia de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba.² Por ellos pasaron varios miles de personas cuyo destino, en la inmensa mayoría de los casos habría sido la muerte. Allí estuvieron los desaparecidos. En esos antros de la destrucción humana se libró parte destacada de la "guerra sucia" a la que aluden los jefes de las fuerzas armadas argentinas. Allí también fueron liquidados materialmente los proyectos de la guerrilla que actuó en los últimos años y que, al menos en el caso de los Montoneros, había logrado constituir un importante movimiento de masas.

Los testimonios de los sobrevivientes constituyen documentos de inagotable riqueza. Nada puede condenar a la junta militar responsable del golpe de 1976, como estas narraciones de horror. Pero su importancia no se limita a la denuncia del crimen. Los interrogantes que surgen de su lectura van más allá del espanto que produce el contacto con el salvajismo desenfrenado de los torturadores y se internan en la ansiosa demanda por los orígenes. La historia de la humanidad —entre otras cosas— es una cruel narración de la impiedad de los dominadores y ésta que nos toca es el episodio argentino actual de esa historia. Pero los testimonios de los sobrevivientes dan cuenta de otra realidad que nos interesa particularmente: la derrota. Cómo fue derrotada la guerrilla. Esta pregunta por el "cómo" puede aportar respuestas sustanciales al porqué y el tema de las causas puede iluminar la significación de un proceso cuyas consecuencias siguen vigentes en la Argentina al menos en dos actitudes que parecen generalizadas: el desacuerdo con el gobierno y el repudio al terrorismo.

La lógica del dominante lleva implícito su afán de destrucción de las fuerzas que lo cuestionan; nada tiene de extraño que en situaciones límites sintéticas en forma de tormento lo que caracteriza su misma naturaleza opresora. Importa más cuáles son las formas que adquiere la acción propia, que facilitan la acción del enemigo. A partir de experiencias como éstas, será imprescindible preguntarse cuánto de aquello que quiere combatirse está impregnando la acción de las fuerzas llamadas revolucionarias.

Atravesando el relato de los suplicios y asesinatos, surge de los testimonios otro relato: el de la destrucción interna, destrucción previa a la tortura. Situación que tiene que ver con las condiciones que rodean al militante en el momento de su caída, compelido por complejas razones a solidarizarse con una política que muchas veces reconocía errada e incluso catastrófica. Los testimonios muestran las características particulares —contradicciones internas de los militares, proyectos políticos de las diversas armas, crisis personales de los propios torturadores— que explican la sobrevivencia de un puñado de prisioneros. Lo significativo, sin embargo, es que esto ocurriera simultáneamente en diversos lugares del país, que la colaboración de muchos Montoneros, por ejemplo, sirviera para socavar la propia organización donde habían ocupado, poco antes, lugares destacados. La tortura tiene un objetivo: obtener información, deteriorar al otro para que se pase de bando. ¿Pero es posible pensar que la derrota se produzca por el hecho "técnico" de que se doblega a un grupo de militantes? ¿Cómo se consiguió doblegar a un número tan grande como para que fuera decisivo en la eliminación de organizaciones

enteras? ¿Cuál era la debilidad sustancial de esas organizaciones que hicieron posible un alto grado de delación? ¿Sólo se trata de un problema táctico?

Repensar lo político

Nos interesa preguntarnos por cuestiones que van más allá de un tipo de estructura organizativa y una manera de diseñar acciones concretas. La anécdota montonera tiene validez en la medida que refleja una forma de pensar la política por parte de las fuerzas que se llaman revolucionarias. ¿A partir de qué principios se piensa lo político? ¿A qué realidad remite? Aun en nombre del materialismo, la izquierda, con frecuencia, genera su práctica desde esquemas estrictamente imaginarios. No es la realidad, sino construcciones ideales lo que preside su política.

Pero ¿cuál es esta realidad que reivindicamos? Un tanto insolentemente diríamos que es la realidad humana, la del hombre en el mundo. La afirmación puede sonar anacrónica; de tan obvia que parece, ha sido olvidada. Es que para buena parte de la izquierda los hombres concretos también se han vuelto categorías abstractas. La cotidianidad ha sido despreciada para incorporar la existencia en esquemas genéricos que no dan cuenta de lo real.

Este olvido de lo cotidiano —del hombre real— ha construido modelos que no resisten la historia. Los testimonios de los sobrevivientes sirven como estímulo para la reflexión: ¿qué parte del cuerpo se compromete en la acción política? ¿es posible fragmentarlo para elaborar una teoría sobre el heroísmo? ¿cómo es la relación con la muerte que establece el militante? ¿qué campo semántico recubre la palabra traición?

La muerte de los desaparecidos

"Los traslados no se hacían en días fijos, pero se podían prever con bastante aproximación, y la angustia alcanzaba grados desconocidos para la mayoría, era una mezcla muy rara de miedo y alivio, el traslado se lo temía y se lo deseaba a la vez, que si por un lado significaba la muerte por otro era el fin de la tortura y de la angustia, el alivio se sentía por saber que todo eso se terminaba y el miedo a la muerte no era el miedo a cualquier muerte, ya que la mayoría la hubiera enfrentado con dignidad y muchos ya lo habían hecho, sino a esa muerte, que era como morir sin desaparecer, o desaparecer sin morir nunca, una muerte en la que el que iba a morir no tenía ninguna participación, era como morir sin combatir, como morir estando muerto, o como no morir nunca." (De los testimonios.)

Deberíamos comenzar a reconocer palabras sin los prejuicios que una retórica política cargada de metafísica ha desvirtuado. Deberíamos poder mencionar hechos sin que escandalicen. Estamos tan impregnados de un lenguaje que reconoce valores provenientes del dogma, que las palabras parecen no tener historia, corresponder al mundo de la naturaleza. Digamos, por ejemplo, que según los testimonios la inmensa mayoría de los desaparecidos ya no existen: están muertos. Estas declaraciones han molestado a alguna gente. Hasta se ha sostenido que quienes declaran en este sentido son agentes de la junta militar argentina pues tienden a desmilitarizar a los grupos que reclaman por los secuestrados. Como si la muerte no mereciera un pedido de cuentas. ¿Desde qué criterios políticos se estimulan semejantes ideas?

La sospecha de que los desaparecidos están muertos, es la más grave sombra que se cierne sobre el futuro de los gobernantes argentinos.

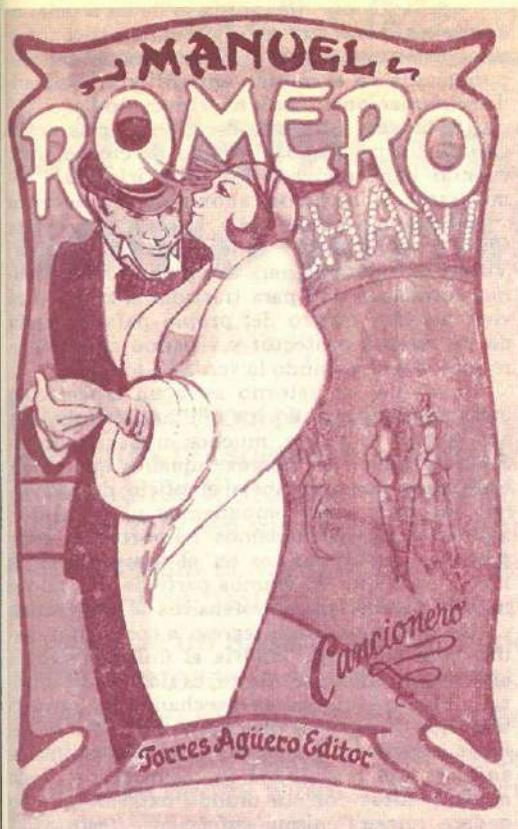


Una legión de torturados que luego fueron sistemáticamente asesinados —mujeres, hombres, madres, adolescentes casi niños— están allí: fantasmas que esperan recuperar sus cuerpos ante sus seres queridos para de una vez ser enterrados. Están muertos y desaparecidos: esa es la inhumanidad del represor. Tan inhumano como quienes se molestan ante esta verdad y quieren ignorarla por temor a perder una bandera. El muerto, parece, no interesa; interesa la bandera agitada.

Los desaparecidos dejan de ser entelequias en la reconstrucción de los testimonios de los sobrevivientes. Empiezan a tener existencia. Al materializarlos en cuerpos concretos se inicia la develación de lo macabro. No quisiéramos entrar en la discusión escatológica que propone Osvaldo Pedrosa en el número 7 de *Controversia* cuando afirma: "Muchos compañeros desaparecidos, miles, no son cadáveres, están vivos, permanecen secuestrados; es probable que sigan siendo torturados, pero están vivos, y su única esperanza y posibilidad cierta de recuperar algún día la libertad se basa en que los que estamos fuera de las cárceles y campos de concentración, nosotros y nuestros compatriotas en el exilio y en la Argentina, no los consideremos cadáveres." Lo cierto es que los únicos datos directos y verosímiles que poseemos, son los que nos llegan a través de los testimonios de éstos que aún viven y que, a su vez, son los únicos desaparecidos que retornaron al mundo de los vivos.

Los desaparecidos han sido cuerpos torturados, sin piedad; muchos hasta la muerte. Otros, cuerpos ya inútiles porque no tenían nada que obtener de ellos, fueron asesinados de diversas formas. Destruídos y vilipendiados. Muertes plurales. Uno de los momentos más conmovedores de la historia contemporánea fue la revelación de lo que había ocurrido en los campos de concentración nazis, donde se había suplicado y asesinado a millones de personas sobre cuyo destino nada se sabía. La lucha contra la masacre se estimuló por el enseñoramiento de la muerte y no al contrario. ¿Acaso la conciencia colectiva ha olvidado el espectáculo dantesco? Los infinitos muertos por razones políticas víctimas del poder en la Unión Soviética, no amaina una condena que todavía tendrá que crecer.

Alguna vez la sociedad argentina pedirá una rendición de cuentas por la forma en que fueron liquidados miles de sus miembros. Lo pedirá, aunque no sea hoy ni mañana, porque ahora lo que necesita es reparar sus heridas y seguir viviendo. Cuando vengan los hechos a mostrarse y la actual "indignación moral" de los argentinos se transforme en condena por la forma de una represión sin barreras, la política que encarnaban muchos de los desaparecidos de ninguna manera será reivindicada. Esta sociedad argentina que empieza a resurgir —porque nunca había concluido— necesita crecer y para ello enterrar a sus muertos. Necesita sonreír y para ello



abandonar el miedo. Necesita olvidar las pesadillas del pasado y proponerse otra forma de construir su destino.

La traición de los sobrevivientes

"La desesperación es constante: uno está en un mundo irreal pero tangible, donde se escuchan simultáneamente los gritos de los torturados, los ruidos que producen los palos al golpear la carne de los prisioneros, las risas de nuestros guardianes que actúan como si nada ocurriera, como si fueran meros oficinistas de una repartición estatal. Y también las risas de los propios prisioneros, sobre todo la de aquellos que están hace tiempo y tienen permitido hablar.

"Porque, pese a todo, la vida sigue aún dentro de un campo de concentración y a las dos semanas de haber ingresado —que es cuando finaliza la incomunicación— surge la broma, que no es otra cosa sino la búsqueda inconsciente del hombre por recuperar su humanidad destrozada por la tortura, la delación, la degradación.

"La capacidad humana de recuperación es absolutamente asombrosa. Temblando de miedo, esperando el camión que puede trasladarte hasta la muerte, y riendo, temiendo esa muerte que es peor que cualquier otra muerte, porque es morir en la deshonra y no en la dignidad de la lucha. La venda, la tortura, la quiebra de nuestra moral nos transformaba en animalitos, en infima parte de lo que uno fue. Y en un animal degradado ante sus propios ojos al comprobar que no era quien creía ser.

"Morir así es humillante porque uno está roto, solo. Inmensamente solos, porque a partir de la delación nos sentíamos aislados de quienes fueron los compañeros. Esta muerte es como morir dos veces: ya muertos por dentro, nos mataban el cuerpo."

"Pocos días después, mi voluntad de resistir se extinguió. Ya no aguantaba más la tortura y mi moral se había quebrado al ver el nivel de colaboración. Llegué a pensar que, realmente, toda la lucha había sido inútil. Finalmente sólo quería que no me torturaran más y que me mataran. Quería que se acabara todo rápido."

"Ya uno no tiene nada que darles, ni ellos quieren nada de mí. Tenía un gran cansancio y sólo quería que todo terminara de inmediato.

"Pero otras veces, contradictoriamente, sentía en mi cara el sol y quería verlo. Y si lograba fumar un cigarrillo quería otro. Luego te prohíben el sol o el cigarrillo y uno se desespera aún más, porque con el cigarrillo y con el sol parecíamos volver a la vida. La prohibición nos reintegraba a la oscuridad, a la irrealidad." (De los testimonios.)

Pocos son los sobrevivientes. Tal vez no lle-

guen a un par de centenares. ¿Cómo pudieron sobrevivir? ¿Por qué no los mataron también a ellos? Una compleja red de motivaciones permitieron su supervivencia. Lo cierto es que allí están y algunos de ellos han dado fe de lo que pasaron. Entre otras cosas, de su colaboración con los represores. Según los testimonios, todos los sobrevivientes colaboraron en distintas proporciones, o simulaban convincentemente alguna forma de colaboración. El coro de los justicieros en el exilio se levantará una vez más para señalar a los traidores. ¿Traidores a qué? ¿desde dónde enjuiciarlos?

Toda generalización no es más que eso: la afirmación de valores globales que no dan cuenta de los hechos reales, históricos. La generalización suele ser un sin sentido. Pensar la situación del torturado en general, nos remitiría a categorías irrelevantes. ¿Por qué colaboraron los torturados en los campos de concentración argentinos? ¿Cuál podría ser el trato con la muerte de estos seres que muchas veces regresaban de la muerte? La pastilla de cianuro que acompañaba permanentemente a gran número de militantes guerrilleros ¿tenía a evitar la traición? ¿Se ha pensado lo que significa como proceso de desgaste y subestimación el sentirse "traidor en potencia"? Para negarse a la posible traición, el militante se transforma en suicida constante. Ante cada riesgo, la pastilla entre los dientes. Una, dos, tres muertes diarias. Entre traidor y suicida, ningún lugar para la vida.

El torturado que delata, que colabora, frecuentemente no es derrotado sólo por el sufrimiento. Su derrota es previa; cae derrotado porque ha vivido en un diálogo continuo con la muerte, donde el fin de su cuerpo aparece como una instancia táctica al servicio de una técnica política. La derrota, paradójicamente, se produce cuando toma conciencia de que la muerte no es inevitable. De que la vida es posible y que lo único que se le había ofrecido era la muerte. A la máquina terrorista implementada por las fuerzas armadas, se opone otra máquina que sólo confía en su confianza técnica a cuyo servicio están los militantes. Cuando el militante sobrevive (aun a pesar de él) y observa que puede escapar de la máquina a la que estaba enajenado, sufre una conmoción y queda sin asidero. Ya no tiene sentido morir por la máquina a la que servía; entonces ve la posibilidad de la vida que se le impone porque ya no tiene sentido la muerte. También por esta razón, porque es máquina versus máquina la realidad que se le ofrece, en algunos casos, cuando sobreviene la ruptura total, la vida es asumida como terror que hay que vencer pasando a servir a la otra máquina destructora. Si no hubiera una matriz sustancialmente similar, sería difícil comprender por qué se puede pasar tan fácilmente y en cantidad tan significativa a la máquina hasta ese momento enemiga.

La derrota del militante aparece como una esperanza que se le había negado, porque la organización está construida en función de la muerte. Bruscamente termina el encadilamiento y, en los mejores casos, se vuelve a la vida y se desea compartirla. Tal es la situación de los sobrevivientes que aprovecharon favorables circunstancias para salvarse y salvar a otros; salvarse juntos, contra el enemigo y contra los que ayer eran sus amigos y se transformaron en los peores acusadores.

La política como técnica o la vida como política

Nos hemos obstinado en construir realidades desde la metafísica de las ideas y aún hoy nos resulta difícil desprendernos de ciertos esquemas que pretenden poseer valor universal. Para algunos, todo el error, en la Argentina, consistió en aplicar inadecuadamente instrumentos teóricos que, en sí, son acertados. O que en vez de este modelo, en la circunstancia argentina, hubiéramos tenido que utilizar otro, pero ambos provenientes del mismo arsenal teórico. Sin embargo, la crisis, la derrota, está incluida en la teoría que presupone esta forma de la política. "Partir de la conciencia de la crisis significa volver a edificar los interrogantes, no sólo cambiar las respuestas", indica Nicolás Casullo. Y, en efecto, las preguntas aparecen desdibujadas desde una práctica política que se ha olvidado cuestionarse por su punto de partida. Las fuerzas revolucionarias no se han interrogado suficientemente sobre en qué medida es tributaria de la concepción burguesa de la política, como un campo diferenciado del quehacer hu-

mano de acuerdo a la división técnica y social del trabajo. Enfatizo técnica porque el concepto de división social, más difundido, ha opacado la importancia de la manera concreta como se expresa esa división, que es la técnica. El dominio del técnico (el que sabe lo que otros no saben y, por lo tanto, en quien se delega el derecho a ejercer determinadas acciones) está en la base de la especialización de los políticos y de la concepción de la política como una parte de la vida cotidiana.

Cuando se habla de politizar las diferentes esferas de la vida social, suele entenderse como la necesidad de introducir la variable "política" en otras actividades que, en sí, no serían políticas. De allí que el predominio de lo político se haya constituido, en la práctica, en una subordinación de las múltiples experiencias por las que pasan los hombres en su existencia a lo político como técnica; lo político como una forma específica de acción *al margen* de aquellas experiencias. La política como técnica confirma la idea de que la existencia de los hombres reales es una suma de elementos fragmentarios. Por un lado está el hombre político; por otro, el que desea; por otro, el que piensa la producción. Esta desarticulación, propia de la imagen que el capitalismo tiene del mundo y que, por lo tanto, trata de reproducir en la organización que propone para la existencia, es capturada, de hecho, por la izquierda que se pretende revolucionaria. Por este camino, el héroe se transformará en el sujeto político ideal y los seres humanos heroicos en los instrumentos más adecuados para la construcción política que se postula. La revolución aparece como una maquinaria que *utiliza* a los hombres para sus fines propios; la revolución pasa a ser un monstruo al que se sirve. El revolucionario debe alienarse en una "otra cosa" que se llama revolución y que, por lo general, se muestra como una acumulación de hechos materiales o de aparatos de poder al margen de los hombres concretos que, sin embargo, tienen su única existencia en la forma en que transitan su vida cotidiana. El socialismo suele mostrar sus triunfos contabilizando los mismos datos que, mercantilmente, ha impuesto el capitalismo como variables indicadores del bienestar. La izquierda olvida, negándose a sí misma, las preguntas centrales que le darían sentido: de qué nueva manera se relacionan los hombres entre sí, cómo cambia la relación de cada hombre con su cuerpo, cómo se modifica el vínculo de los seres humanos con la naturaleza, en fin, qué nueva cultura se propone.

Las preguntas olvidadas, sin embargo, vuelven como espectros a alucinar a los teóricos de la política cuando se deben dar respuestas a las acciones precisas en que se resuelven los hechos históricos. Hacia ellas debiéramos retroceder, es decir, avanzar, si queremos reconocernos en la vida real. La sociedad argentina, que no vive la oscuridad de la agonía, ha comenzado a interrogarse por los mismos temas que muchos nos planteamos fuera de las fronteras y para lo cual hemos tenido que destruir casi todos los sistemas de pensamiento que guiaron nuestra comprensión del mundo en el pasado. La lección de nuestros muertos, cuyos ojos aparecen a través de los testimonios de los sobrevivientes, es la misma que nos ofrecen las experiencias de muchos otros pueblos del mundo. Las razones que debemos oponer al poder dominante no son aquellas por las que murieron, aunque tal vez tengamos que rescatar su esperanza, traicionada por la técnica política.

1 Hemos consultado, entre otras, las siguientes fuentes: *Testimonios sobre campos secretos de detención en Argentina*, publicación de Amnistía Internacional, con las declaraciones de Oscar Alfredo González y Horacio Guillermo Cid de la Paz; *Testimonios de los sobrevivientes del genocidio en la Argentina*, publicado por la Comisión argentina de derechos humanos con las declaraciones de Ana María Martí, Alicia Milla de Pirlis y Sara Soltarz de Osatinsky; *Desaparecidos en Argentina*, publicación de la CADHU, con el testimonio de Graciela Geuna; testimonio de Juan Carlos Scarpatti (fotocopia).

2 De acuerdo a los testimonios, algunos de los campos de concentración serían los siguientes: el llamado "Club Atlético", que habría estado situado en las calles Independencia y Paseo Colón, en la Capital Federal; el "Olimpo", en Olivera y Ramón L. Falcón; "El banco", en camino a Ezeiza; el de la Escuela de Mecánica de la Armada. En la provincia de Buenos Aires: el "Vesubio", sin lugar reconocido; el "Omega", posiblemente en Lanús o Quilmes; el "Malvinas", posiblemente en Quilmes; el "Sheraton", en Ciudadela; en la base naval de Mar del Plata; el llamado "El Campito", en Campo de Mayo; en el Batallón de infantería naval N° 3, La Plata; en Puerto Belgrano. En Córdoba: "La Perla", próximo a la ciudad de Córdoba en el camino a Carlos Paz.

Privilegio que duele aprovechar

Rodolfo Terragno

Estimado Bayer:

Es difícil responder a tu carta: le falta razón, pero desborda virtud. La réplica no debe ser (ni parecer) injusta. Es imprescindible que no repita esa "gran desazón y tristeza" que sentiste al leer mi artículo.

No tenías por qué contarme el exilio. Perdí, en él, cosas que había construido con esfuerzos. Viví indocumentado. Me improvisé en oficios que nunca aprenderé. Empecé otra vez, sin quererlo. Sentí (siento) los dolores que producen las distancias. Perdí afectos que reclamaban cultivo. Estuve ausente en el momento de partidas que requerían mi presencia.

Es desde mi dolor —no desde la ignorancia— que juzgo a esto un privilegio.

Lo que a vos te hiere sin razón, es, para mí, una medida del drama: si el desarraigo, la lejanía, la pérdida de casi todo, es un privilegio, entonces es posible imaginar el horror que quedó atrás.

Este es —y así lo dije— un privilegio "dentro del infortunio". No veo cómo este reconocimiento pueda "hacer el juego" a los dueños del poder. Creo, más bien, que ellos se sentirían cómodos con tu propia visión: si todo el drama se reduce a la obligación de "hacer trabajos que uno no relizaba desde sus tiempos de estudiante", a la "zozobra de trabajar por contrato", a pedir "un sello o una firma de un tiranuelo de escritorio", el drama se domestica, se vuelve trivial, se convierte en una comedia triste.

En cambio, sostuve que el horror lo padecen quienes "respiran el monóxido de la represión" y deben "rumiar frente a la boca de una metralleta". "El que sufre la tortura." El habitante de "la secreta prisión del sur donde el gemido se torna inaudible". "Los condenados a pensar en secreto." "Desterrados de la razón. Confinados en el miedo. Exiliados dentro de las fronteras de la intolerancia."

Esto no es, como insinúas, un *mea culpa* ocioso y torturante. En el mismo texto dije: "Los libertos de esa esclavitud, no han de apuñalarse la conciencia: el hombre que tiene la posibilidad de elegir, nunca debe optar por la muerte sin propósito. Pero, resuelto a la supervivencia, no puede olvidar que los mártires son aquellos que no tienen la posibilidad de escoger." Eso es todo lo que propone: que no nos confundiéramos con los héroes.

Mi artículo no fue dictado por un sentimiento de culpa. No me concibo culpable. En 1971, creí que era necesario un ejercicio de reflexión. Ortega había dicho, cuando la guerra civil era embrión todavía: "No sabemos qué nos pasa, y eso es lo que nos pasa." Cuando los argentinos empezamos a caminar al lado de los cadáveres, y a la vez insistíamos en negar que estábamos enfermos, me pareció irrenunciable el esfuerzo de comprensión. En *La Opinión* primero, en *Cuestionario* después, procuré hacer una contribución (pequeña como cualquiera otra) a ese esfuerzo necesario. Me enfrenté a quienes buscaban la solución en el caño de un fusil, porque creía —y sigo creyendo— que "los medios determinan la naturaleza de los fines." Me situé, al mismo tiempo, enfrente del orden establecido, la represión y, luego, la feroz cacería. En 1976 me negué a aceptar la censura y seguí escribiendo —hasta que me lo prohibieron— en favor de la razón y en contra de la fuerza. Solitario, llegué hasta donde no se podía. El extrañamiento, luego, me eximió de los riesgos. También de la cerrazón, del hastío, de la asfixia que impide pensar. Dentro, no hubiese hecho nada, y habría oxidado mi entendimiento. Estoy, por lo tanto, lejos de sentirme arrepentido: opté por el privilegio, y no me lo recrimino, porque el privilegio existe, se lo aproveche o se lo renuncie.

Lo importante es no olvidar que la mayoría no dispone de la opción que uno ha tenido. Esa opción —no debería irritarte el reconocimiento— forma parte de nuestros privilegios de cla-

se: el exilio no está hecho de cañeros y soldados. Es una diáspora con diplomas, porque este beneficio prolonga a otros —el de la cultura, por ejemplo— que tuvimos dentro.

¿Cómo negarlo? Cómo negar que, pese a todo, es preferible —para aludir a tus ejemplos— repartir volantes en Berlín a tener la boca amordazada; hacer una huelga de hambre en Milán a sufrir el hambre impuesta. Marchar bajo la lluvia inocua de Chicago a soportar las tormentas del odio envalentonado.

Estoy de acuerdo: "También son necesarios aquellos que no corren el peligro inmediato." Descreo, sin embargo (y seguramente Francisco Franco me daría la razón), de la eficacia que tengan las homilias de los papas o los editoriales de la prensa europea. Me parece ilusoria tu creencia sobre los daños infligidos al gobierno militar desde el extranjero.

La política internacional, no está movida por los motores de la ética. Es difícil que alguien se niegue a firmar un escrito que clama por los derechos humanos en un apartado rincón del mundo; pero la historia no se hace con declaraciones de favor.

Las masas, en Europa, en Estados Unidos, no se sacuden por nuestras desventuras remotas. La élites se muestran receptivas a nuestras denuncias, pero deberíamos saber que los grandes poderes no tienen un destino evangélico: su misión no es esparcir la justicia sino proveer a los propios intereses. Condenan a las dictaduras distantes, en tanto la condena sea inofensiva; pero, apenas la conveniencia lo aconseja, se sientan al lado de los militares argentinos en la Conferencia de Países No Alienados, votan junto con los delegados de la Argentina en los organismos internacionales, reciben a Videla en Pekín, agasajan a marinos argentinos en Moscú, envían al general Goodpaster a recobrar el perdido favor de Buenos Aires, o venden tanques livianos, como ha hecho Bruno Kreisky después de prestar su nombre para decorar más de un manifiesto.

Con todo, es posible que parte de la siembra no caiga en campo yermo; pero el sembrador no debe engañarse sobre la importancia de su modesta tarea.

En una guerra —en este caso, la guerra por la razón— no se necesita sólo a quienes se atormentan en el teatro de operaciones. Estamos de acuerdo. Sólo quiero que no seamos los telegrafistas quienes (apresurados, además) nos calceemos los laureles.

Llego, por fin, al aspecto más conmovedor de tu carta, y redoblo mi esfuerzo por no lastimar, sin quererlo, con mi réplica.

Después de negar, apasionadamente, que el exilio sea un privilegio, propones el retorno. Esto sólo, sería un reconocimiento: después de exaltarte hasta el extremo de proclamar que "ningún exilio fue tan peligroso para los tiranos", propones acabar con ese exilio. Después de haber pretendido que "ni los exiliados alemanes de 1933, opositores al nazismo, hicieron una obra tan efectiva", propones demostrar al pueblo que los intelectuales "saben estar en el frente, allí expuestos, como las madres como los delegados obreros, como los huelguistas de los últimos cuatro años."

Creés, además, que "ha llegado el momento." ¿Ahora, cuando los militares proclaman que la guerra ha terminado, y Jorge Rafael Videla no vacila en declarar a *The Times* que "fue necesario matar", porque, a veces, "matar es el modo de defender ciertos valores"? ¿Ahora, cuando hasta Jorge Luis Borges se alza contra la represión? ¿Ahora, cuando los cables que traen noticias lóbregas se han espaciado? ¿Ahora "ha llegado el momento" de regresar? ¿No es esto, acaso, la confirmación de que nos eximimos —porque pudimos— de lo peor?

Si aun quedasen dudas, las disipan los aspectos procesales de tu propuesta. Deberíamos "anunciar públicamente nuestro regreso", asegurarnos "la solidaridad internacional", llegar

acompañados por "los titulares de las asociaciones de escritores europeos y latinoamericanos, y periodistas extranjeros." Nuestro regreso "sería publicitado en el mundo entero" y la "solidaridad internacional" sería nuestra custodia.

¿Se puede pedir una descripción más explícita de un privilegio? Después de cuatro años, cuando han amainado los tiros, iríamos a demostrarles a los héroes anónimos que nosotros —protegidos por *The New York Times*, el Pen Club y el Vaticano— somos capaces de volver. Volver, además, no para integrarnos a las penurias cotidianas sino para trasladar el exilio; para vivir aislados dentro del propio país, gozando de un estatus protector y viajando al extranjero para seguir gritando la verdad a lo lejos.

Creo que ese retorno sería un espectáculo inútil. Ahora, cuando los militares sienten que han ganado la guerra, muchos intelectuales podríamos volver sin riesgos: aquellos que nunca agregamos una militancia al oficio de escritores; los que jamás empuñamos ni un alfiler; aquellos que resultábamos inoportunos, exasperantes, perturbadores en el momento de la lucha, pero que no éramos parte de ella, tal vez hoy les pareceríamos inofensivos. Y lo seríamos.

No me interesa ese regreso a destiempo: tardío para el coraje, tendría el único efecto de abortar la reflexión. Ahora, es tiempo de empezar a bocetar futuros, aprovechando las perspectivas que otorgan las distancias: esta falta de detalles, anécdotas y versiones que distorsionan el análisis; esta posibilidad de confrontar a diario nuestras ideas con un mundo exterior que no padece nuestra misma enfermedad; esta oportunidad de estar fuera del círculo vicioso.

Si lo que queríamos era correr los riesgos, debimos quedarnos, o haber vuelto cuando los tiros eran más nutridos.

No debemos sentirnos culpables por no haberlo hecho. Creo que sólo podemos sufrir de culpa si empezamos por sobrestimar el papel de los intelectuales. La notoriedad es un virus maligno, que a menudo provoca delirios de omnipotencia. Debemos combatirlo con fuertes dosis de humildad: comprender que un intelectual es, simplemente, aquél a quien la sociedad ha eximido de otras tareas, para que observe, reflexione y proponga cosas que le sean útiles a la propia sociedad. No es un líder. No es el protagonista.

Cuando los intelectuales quieren ser ellos —no el pueblo— quienes derroten a una dictadura (y, más, cuando pretenden hacerlo desde fuera) incurrir en el pecado de arrogancia, e incumplen el único deber que tienen: entender, y hacer entender.

Te cambio, pues, la propuesta. Renunciemos a un ocioso (y privilegiado) retorno con fanfarrias. Aceptemos que hemos gozado de un privilegio, y paguemos por él, haciendo lo único que podría esperarse de nosotros. De Osvaldo Bayer —a quien los argentinos le debemos el rescate, la reinterpretación y la didáctica recreación de algunos tramos oscurecidos de nuestra propia historia— no se espera que, como Batman libertario, caiga sobre la Casa Rosada para vencer a los perversos. Osvaldo Bayer está, en cambio, obligado a contribuir a la comprensión. A explorar los orígenes de nuestros padecimientos. A hurgar las razones de nuestra permanente oscilación entre imitaciones de democracia y la irrupción de los "salvadores de la patria." A descifrar por qué, en un momento, los militares sintieron la "necesidad de matar." A revelar los valores que ellos creyeron defender con muertes ajenas. A encontrar las claves capaces de hacernos entender la tragedia.

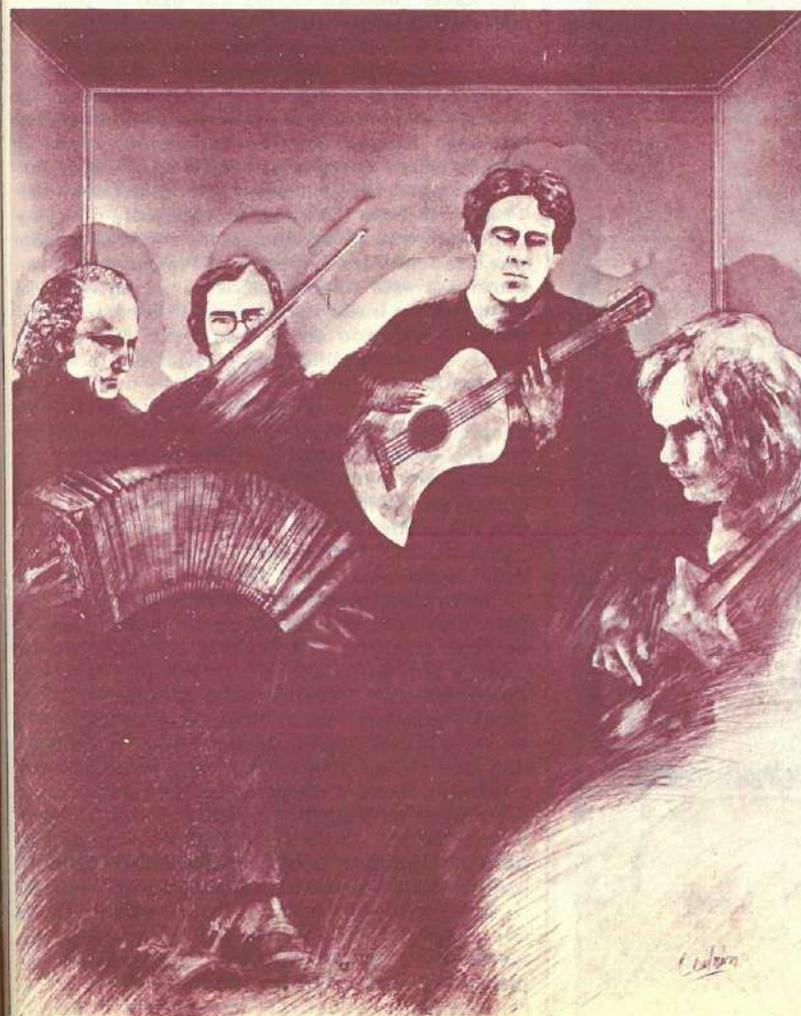
Para eso, es preciso herirse y herir. Los insultos despiertan la solidaridad; las explicaciones suscitan la divergencia y suelen causar un profundo dolor. Como lo comprendió Gandhi, que confesaba luchar contra tres adversarios —los ingleses, los hindúes y él mismo—, es necesario advertir que el enemigo no está solamente en la trincher opuesta: está, también, allí donde florecen nuestras debilidades, y crece cuando florecemos la realidad debajo de nuestras fantasías.

Mi propuesta es, lo admito, menos romántica. *Le Monde* no se ocupará de nuestras reflexiones. No habrá excitación. Tampoco un público dispuesto al aplauso. Sin embargo, para un hombre lúcido y definitivamente honrado, como lo es Osvaldo Bayer, esa propuesta tiene un mérito decisivo: nos empuja al cumplimiento de nuestro deber, y le da sentido a este privilegio que te duele aprovechar.

Rodolfo H. Terragno

La democracia como problema

Diecisiete artículos que buscan plantear desde diferentes perspectivas y enfocando distintas extensiones históricas la cuestión de la democracia, es el intento de aporte de **Controversia** al cumplir un año de reflexión sobre la Argentina. Política, ideología, recuento y teoría, rescate de un pasado conformador, conciencia sobre el presente e interrogantes para el futuro estructuran los textos. Pero, sobre todo, este suplemento propone el tema desde la menos arrogante de las intenciones: como problema a pensar, a despejar. Como primer paso para una discusión más amplia y necesaria.



Índice

La nación autoritaria Oscar Terán	8
Capas medias: ideología y política en la década del 60 Rodolfo Saltalamacchia	10
Dos modelos: irigoyenismo y peronismo Mónica Blanco y Cristina Bertolucci	13
Ni cinismo ni utopía José Aricó	15
Notas para una reconsideración de la cuestión sindical Jorge Tula	17
Liberalismo y perspectiva nacional Luis Bruschtein	19
Las restricciones del gran gulag Carlos Ábalo	21
Los dilemas del socialismo Juan Carlos Portantiero	23
Desde el movimiento de masas o desde los mitos Nicolás Casullo	25
Una historia sin resolver Rubén Sergio Caletti	27
Notas sobre el movimiento popular Elena Casariego	29
El pensamiento de la derecha y la junta militar Emilio de Ípola	31
El paradigma de la ingobernabilidad Giacomo Marramao	33
Centralismo democrático y profesionalismo político Sergio Bufano	35
Desde el fragor del mundo Oscar del Barco	37
Polonia: conquistas y peligros de la renovación socialista Adriano Guerra	38
Una nueva ecuación para América Latina José R. Eliashev	41

La nación autoritaria

Oscar Terán

Si la democracia consiste en la máxima expansión de los poderes de decisión autónomos —con lo cual se transforma, más que en un aspecto de la política, en una forma o intensidad de lo social—, y aun aceptando que dicha participación fue imaginada durante la segunda mitad del siglo pasado en la Argentina, según la programática liberal, bajo moldes republicanos asociados de algún modo al ejercicio del sufragio universal, resulta forzoso concluir que pocos casos muestra la historia de una mayor distancia entre el discurso manifiesto y las prácticas realmente consagradas. Desde esta perspectiva, resultaba ciertamente tardío el reconocimiento de Joaquín V. González en 1912 al exclamation en la Cámara que “este país no ha votado nunca”, puesto que cuarenta años antes Sarmiento había podido calcular que de los 200.000 habitantes de la ciudad de Buenos Aires sufragaban menos de 500, y Héctor F. Varela en 1864 se refería crudamente a uno de los métodos luego clásicos de ejercitar el fraude de modo tal que “más de un muerto podrido en la fosa ha de aparecer sano y lleno de vida votando por don

Carlos Tejedor o don Manuel Quintana”.

¿Pero acaso esta vastedad de artificios —que permitirá a historiadores pacientes relevar toda una tipología de recursos destinada a entorpecer la libre opinión política— no encontraba su fundamento en expresiones como aquella de Alberdi exhortando a “alejar el sufragio de manos de la ignorancia y de la indigencia [para] asegurar la pureza y acierto de su ejercicio”? Y en última instancia, aquel desfasaje entre lo proclamado y lo practicado ¿no remitiría a la dificultad para conciliar en países de capitalismo tardío y dependiente una relación homogénea entre economía y política, así como a la incapacidad de las fuerzas dominantes para solventar las demandas participativas generadas en dicha instancia histórica?

Estructura autoritaria por definición —dada la intensa represión de las particularidades y la centralización unificante que ella supone—, la construcción de la nación moderna en nuestro país iba a sobredeterminar sus rasgos despóticos debido al hecho de que los sujetos sociales portadores de un proyecto de nación viable se reve-

laron simultánea y objetivamente desinteresados por la composición de un mercado interno relativamente autónomo. (Esto no excluye —pero es un tema en el que no podemos ingresar— que también deba ser analizada con mirada crítica esa pretendida “democracia de las lanzas” que en manos de cierta historiografía parece más el resultado de alucinaciones retrospectivas que de juicios despojados de elementos hagiográficos.) Debía operarse por ello —previa cooptación o aplastamiento por la vía armada— la marginalización política de importantes sectores sociales: téngase presente que en la presidencia de Mitre el país se vería conmovido por unos noventa combates y más de cien intentos de revoluciones, y que de allí en más arrancarían los levantamientos de Peñaloza, Varela y López Jordán.

Dicha marginalidad de los centros de decisión política retroalimentaba el esquema “civilización/barbarie”, al que en síntesis se tiende con excesivo esquematismo moralizante y por ende abstracto a reducir la programática sarmientina y liberal en general, en una época además sumamente motivada a depositar en los espacios urbanos el motor del progreso. Baste a este último respecto con evocar las consideraciones del *Manifiesto comunista* sobre el “idiotismo de la vida rural” o aquella carta remitida en 1872 a Theodor Cuno por un Engels siempre más proclive a los desbordes “desarrollistas” y donde consideraba que “los italianos deben ir todavía un poco a la escuela de la experiencia para aprender que un pueblo de campesinos atrasados como el suyo sólo consigue cubrirse de ridículo cuando pretende señalarle a los trabajadores de los grandes países industriales cómo deben liberarse”.

Pero si estas expresiones podían hallarse aun en plumas de quienes proyectaban —y precisamente por ello— fusionar sus intereses con los del proletariado europeo, de mucho mayor peso debía resultar que el propio despliegue del capitalismo a escala mundial implicara la limitación de los eventuales afanes democratizadores en los países atrasados. Es sabido que sólo en el período 1850-1870 —según la expresión de Hobsbawm— el mundo deviene “efectivamente capitalista”, profundizando la estructuración de un “mercado mundial” sólo alterado por crisis parciales hasta la más radical de 1873. Como dato ejemplificativo, recuérdese que el comercio internacional aumentó en esos veinte años en un 260%, y que la era de los textiles, del ferrocarril y del buque de vapor arrojó en el caso de Gran Bretaña un incremento de las exportaciones hacia América Latina que pasó de 6 millones a 25 millones de libras. Ese desarrollo planteó —en torno del asombroso fenómeno de la “mundialización del mundo”— un problema central a los países periféricos: cómo actuar ante un sistema que poseía una capacidad prácticamente incontenible de expansión, como lo demostraban entre otros casos la primera guerra del opio, la expansión norteamericana a costa de México o la expresión vernácula del genocidio con que se derribaron las barreras erigidas por Francia y los López en el Paraguay. Las respuestas a este dilema histórico oscilaron desde la imitación hasta la resistencia de corte precapitalista, dejando en el medio una variedad de matices que combinaron eclécticamente ambos extremos.

Aquel desafío y estas alternativas debían además vehiculizarse en unos decenios caracterizados políticamente por los efectos del clima post *quarante-huitard*, que como reacción a “la primavera de los pueblos” y sus excesos plebeyos había identificado en no escasa medida a la “democracia” con el caos social. De allí que si esta democracia debía expresarse teóricamente en el sufragio universal, no debe asombrar que para entonces en Inglaterra se reconociera el derecho electoral solamente al 8% de la población, y aun en países como Francia y los Estados Unidos de América no se rebasara el 25%. Mucho más próximo al “caso latinoamericano”, en Italia dicha magnitud se reducía al modesto uno por ciento, con lo cual se evidenciaba que la presión hacia el despotismo de Estado debía ser mayor en aquellas regiones donde el “problema de la nación” —obviamente conectado pero no limitado a la centrifuguidad del mercado interno— revelaba dificultades más agudas.

En este último sentido, los latinoamericanos contaban por cierto con una tradición proveniente no sólo del entonces vapuleado legado hispánico, sino también de la inmediata herencia postindependentista. No en balde Bolívar al referirse a la Argentina, en su descreída “mi-



rada" de 1829 sobre la América Española, reconocía solamente en Saavedra al gobernante capaz de dotar a su país de ese "autoritarismo republicano" a cuyo influjo podría haberse evitado la desolada conclusión sobre esta América en donde "los tratados son papeles, las Constituciones libros, las elecciones combates, la libertad anarquía, y la vida un tormento".

En general, esa contradicción entre un régimen formalmente republicano y la cruda realidad de prácticas políticas excluyentes se resolvía en el discurso oficial mediante la alusión a un estado de excepción que cerraría su ciclo cuando, estabilizadas las instituciones y resueltas las exigencias más perentorias de la organización nacional, se estuviera en condiciones de garantizar la participación popular sin recaídas en la anarquía. La tarea a la que entonces debieron abocarse facciones en lucha no siempre nítidamente recortables en términos de "intereses de clase" fue la de capturar el estado, para desde allí producir la "república posible". Pero hacia 1880 ese proyecto ha desembocado en la Argentina no en la constitución de partidos "orgánicos", sino en el unívoco roquista. Y resulta interesante observar —para quienes entrevén "esencias" democráticas escindidas de programáticas económicas realizables— que dentro del mismo campo liberal proyectos que distaban de resultar intercambiables debieron transar —activamente o mediante el repliegue— con una realidad menos flexible de lo soñado por sus composiciones teóricas. Como remarca Halperin en un reciente y valioso libro, mientras por ejemplo para Sarmiento se tratará de aprovechar los efectos del orden posrosista para permitir el despliegue de un progreso que deberá soldar el desarrollo económico con la educación popular —esa línea que pensada como satélite de todo un proyecto de recomposición social quedará luego girando sin referente como una Luna sin su Tierra—, en cambio para Alberdi muchas de esas mutaciones benéficas deberán buscarse en el asentamiento del principio de autoridad, lo cual exigía mantener el divorcio entre economía y política, según la fórmula de promover la escisión entre un *homo oeconomicus* dinámico y un sujeto político bloqueado, con el doble objetivo de garantizar la efectiva incorporación del país a la economía capitalista y permitir simultáneamente una libre manipulación de las decisiones de poder por parte de la élite gobernante. Semejante bloqueo a la participación de los productores en la política es cierto que debía cumplir un prerrequisito férreo: que el crecimiento económico se pensara centrado en el mercado externo.

Así, en ese esquema de asombroso economismo diagramado en las *Bases*, Alberdi parece creer en una suerte de determinación inmediata de lo económico sobre lo político y cultural que al mismo tiempo lo distancia de la visión más compleja y matizada —pero menos exitosa— de Sarmiento. Para éste —que ha dejado atrás una Francia notoriamente más "gaucha" de la presentida desde las tempranas lecturas europeas— el paradigma norteamericano le ofrecía el ejemplo de una trabada integración del mercado nacional. Para ello, junto con la educación pública era menester evitar la extrema concentración de la propiedad del suelo, claro que —y en esto reside buena parte de la soledad final del sanjuanino— sin poder proponer seriamente y con firmes bases sociales un mecanismo eficaz que garantizara la distribución "a lo farmer" de la tierra, según un proclamado pero parcialísimo "modelo Chivilcoy".

Un síntoma —dentro de la relatividad de estas "demostraciones" *post festum*— de la fuerte presión objetiva hacia la adopción de un modelo primario-exportador reside en que incluso en la pluma "federal" de José Hernández se encuentren en este terreno coincidencias con quienes desde un punto de vista político serán sus encarnizados rivales. Sobre todo en la aceptación del esquema imperante de división internacional del trabajo ("América es para Europa la colonia rural"), el autor del *Martín Fierro* evidencia notables coincidencias con el credo liberal, oponiéndose a los "gobiernos empresarios" que con el proteccionismo encarecen los bienes de consumo popular, y anticipando así esa "moral del consumidor" que tanto se le criticará posteriormente a Juan B. Justo, pero que ya había sido argumentada por el propio Rosas y Patrón en oposición al proteccionismo de Ferré.

Esta concepción librecambista sería, en síntesis, escasamente cuestionada en bloque y anteponiéndole proyectos realmente alternativos, hasta el punto de que habrá que esperar —como mostró hace cierto tiempo Chiaramonte— a la programática de los "industrialistas" de los años 1870, liderados por Vicente Fidel López, para detectar un caso realmente sustantivo —pero igualmente coyuntural— de nacionalismo económico en la época, habida cuenta del carácter más episódico de propuestas análogas, de la inviabilidad de las mismas por la debilidad política de quienes las impulsaban, o del aspecto más pertinente a la historia de las ideologías que de los programas económicos orgánicos de un Mariano Fraguero.

Por todo esto, en aquella Argentina de fronteras aún gelatinosas la democracia marchaba a contrapelo con la constitución de fuerzas sociales portadoras de un modelo viable de nación. Estas últimas iban a triunfar finalmente en función de un proyecto nucleado en torno de los grandes terratenientes, con lo cual se sanciona-

ría la disparidad entre un tipo de desarrollo económico y las demandas políticas de la mayoría de la población.

No se trataba, entonces, de "cegueras teóricas", sino del desfase notorio entre los sujetos sociales capaces de producir la nación y su misma necesidad de no ampliar la participación en busca de un consenso legal que francamente desdeñaba. Porque si aún en 1887 un Sarmiento desengañado con la inmigración ante la que tantas esperanzas había depositado, y receloso ante la omnimoda manipulación de Roca, se preguntaba por la entidad de esos "ciudadanos de este El Dorado", de esta "ciudad sin ciudadanos", ya Miguel Cané años más tarde le confesará entre escéptico y cínico a Carlos Pellegrini que "cada día que pasa adquiero mayor repugnancia por todas esas imbecilidades juveniles que se llaman democracia, sufragio universal, régimen parlamentario, etc. Pero al mismo tiempo voy adquiriendo la convicción de que ni esos principios, ni los contrarios, tienen importancia alguna".

libros discos arte café

gandhi

m.a. de quevedo 128 / 548-1990

EN ESTA NAVIDAD EL MEJOR REGALO ES UN LIBRO O UN DISCO.

Historia de la Argentina
Desde 1515 hasta 1943 de
Ernesto Palacio
a solo \$ 285.00

Estampas del pasado
J.L. Busaniche de
\$ 750.00 a 540.00
empastado.

Gandhi, más libros
por su dinero

gandhi libros discos arte café

Capas medias: ideología y política en la década del 60

Rodolfo Saltalamacchia

A partir de 1955, en nuestro país, los regímenes militares debieron dar por concluidas las misiones que se habían impuesto y apelar a salidas electorales. En esos casos, las fuerzas armadas colocaron la proscripción del peronismo como condición para la realización efectiva de las elecciones. Dado que, hasta los comienzos de la década del sesenta esto coincidió con los intereses de los restantes partidos políticos y con las convicciones ideológicas de las capas medias, se obtenía así el sustento político para la salida electoral.

De todas maneras, una vez lograda la proscripción del peronismo y triunfando en las elecciones partidos con programas favorables a los intereses populares, la inestabilidad política neutralizaba cualquier posibilidad de llevar a cabo una acción gubernamental efectiva; esos gobiernos, en efecto, enfrentaban no sólo el veto de una u otra fracción de las clases dominantes sino, también, la oposición del movimiento sindical, que manifestaba de esa forma su disconformidad con la exclusión política del movimiento peronista y con los intentos tendientes a desarticular a esa organización. Hasta 1966, en suma, la coincidencia de intereses entre los sectores populares se desintegraba en la contienda política.

Es eso lo que pareció cambiar definitivamente hacia principios de la década del 70. El pero-

nismo pudo participar en las elecciones de 1973 y obtuvo el 49,59% de los votos. Al mismo tiempo, otros partidos, obteniendo un total del 29,59% de los votos, participaron en alianzas preelectorales con el peronismo y se comprometieron explícitamente a facilitar la actuación del partido triunfante. Las clases dominantes enfrentaron así, en esos años, uno de los momentos de mayor debilidad política. En ese cambio de la situación jugó un papel importante el cambio de perspectivas, políticas e ideológicas, de vastos sectores de las capas medias urbanas. Tenerlo en cuenta es básico para una cabal comprensión del proceso político vivido entre los años 60 y 70.

Sin embargo, los estudios sobre ese sector social han sido hasta ahora demasiado escasos. El propósito de este artículo es impulsar un debate sobre ese tema. Al mismo tiempo, la tesis que ilustraremos es que, junto con los resultados antes señalados, dichas transformaciones implicaron una nueva forma de relación de esas capas con las demás fuerzas populares; y esto, dada su composición de clase, afectó fundamentalmente las propuestas políticas de las organizaciones de izquierda.

I

Aceptar que existen clases sociales supone acep-

tar también sus efectos. Uno de ellos es la estructuración de un similar código ideológico.

La participación, en efecto, de los miembros de una clase en lugares semejantes tanto en la producción como en el consumo los provee de perspectivas y experiencias comunes sobre la sociedad. Esa comunidad de perspectivas y de experiencias genera, a su vez, modos semejantes de percibir el mundo. En el caso de las nuevas capas medias, uno de los rasgos compartidos es el de estar situadas, en la división tendencial entre trabajo manual e intelectual, del lado del trabajo intelectual; esto contribuye a generar una sobreideologización de sus prácticas. Y particularmente entre aquellos sectores más directamente ligados al trabajo intelectual, una sobrevaloración de la eficacia de la ciencia y de la técnica.

Esto aparece claro en la interpretación de las posturas tecnocráticas, pero no siempre es tomado en cuenta en la crítica de algunas de las corrientes de la izquierda. Sin embargo, el vanguardismo, en sus diferentes versiones, responde estrictamente a esta caracterización en el análisis de sus fuentes. Y si ahora me detengo a señalar esa coincidencia es porque pienso que tanto en sus versiones de izquierda como en las de derecha, el pensamiento tecnocrático genera propuestas políticas en las que la democracia (entendida como una forma que permite la producción política de los diferentes sectores de la sociedad) es subordinada a una estructura en la cual los poseedores de la ciencia y de la técnica merecen, por ese hecho, gobernar. La subsistencia de esa matriz ideológica, luego de 1973, contribuyó al predominio de líneas políticas que no supieron ni pudieron aprovechar la experiencia de los años anteriores. Años en los que se llegó a conformar un verdadero movimiento popular de masas.

Ahora bien, esas formas ideológicas difieren y se especifican históricamente. Llegar a nuestro tema supone examinar cómo fue que se manifestó esa tendencia en las capas medias argentinas en el período seleccionado. Y esto implica estudiar las características de las instituciones donde esos sectores realizaban su práctica social y detectar los principales "estímulos ideológicos" a los que ellos estuvieran sometidos. Dado los límites de este trabajo, solo podré detenerme en señalar algunas de las manifestaciones de lo que he llamado "estímulos ideológicos".

Los estímulos antes indicados pueden diferenciarse en dos tipos: 1] "estímulos externos" (es decir, aquellos acontecimientos en los que los integrantes de la clase o capa en cuestión no participaron directamente, pero cuya ocurrencia llegó a influenciar sus cosmovisiones); y 2] "estímulos internos" (es decir, aquellos que formaron parte de su experiencia directa). Entre los primeros, para el tema en cuestión, se cuentan hechos como: a] la revolución cubana y la vietnamita; b] las conclusiones del último Concilio Euménico de la Iglesia Católica; c] las posiciones asumidas por las organizaciones representativas de otras clases sociales (fundamentalmente, las acciones del movimiento obrero) y la resultante de la lucha política en sus diferentes momentos. Entre los "estímulos internos" tenemos hechos como: a] el fracaso gubernamental de los partidos radicales (a los que estos sectores mayoritariamente adhirieron) y b] para una parte, al menos, de las capas medias la insuficiencia política de la izquierda tradicional y el fracaso de los primeros intentos guerrilleros de inspiración "foquista".

Con este esquema reconstruiré brevemente la historia de la participación política de las capas medias en el período 1960-1970. Las antes señaladas limitaciones de espacio me obligarán a circunscribirme únicamente a dos ámbitos institucionales, que de todas maneras son de gran importancia en la elaboración ideológica de estos sectores: la universidad y la iglesia católica. Por las mismas razones pondré sólo el énfasis en los sectores juveniles de aquellas capas, suponiendo que fueron ellos los más activos en la transformación ideológica propia de esta etapa.

II

El liberalismo formó parte de la ideología de las capas medias ya desde los comienzos del siglo. No se trataba, sin embargo, de una ideología homogénea. La experiencia política de esos sectores contribuyó a diferenciar, en el seno de la misma, algunas corrientes que se agruparon mayoritariamente en el Partido Radical. Pero ni esas corrientes, ni aquellas otras que se situaban



a la izquierda de dicho partido, rompieron con los rasgos centrales del liberalismo. Ello contribuyó a cimentar, luego de 1945, la oposición de las capas medias al peronismo. Explícita o implícitamente, buena parte de esas capas vivieron la "Revolución Libertadora" como una repetición de la antigua epopeya idealizada por Sarmiento: triunfo de la "civilización" en la lucha contra la "barbarie"; para muchos, luego de la Revolución Libertadora, los "dones" intelectuales habrían de ser (nueva y definitivamente) los patrones de la selección social y la garantía del progreso.

Neutralidad del estado, neutralidad del cono- comiento y eficacia de la ciencia en la dirección de la sociedad, eran tres de los fundamentos de la utopía pequeñoburguesa. En sus distintas combinaciones la burocracia terminaba, siem- pre, siendo pensada como "la estructura que hace posible la maximización de los niveles de productividad alcanzables mediante el trabajo organizado"; era allí, más allá de los intereses políticos, que se elaboraban los planes y progra- mas de desarrollo. Las opiniones políticas de- bían expresarse por medio de los canales ade- cuados, es decir en el subsistema político, del que sólo podían y debían ser excluidos aquéllos que expresaban las supervivencias de lo irracional y lo antidemocrático.

Soy consciente de que he simplificado dema- siado. Sin embargo esa simplificación es útil pa- ra poner de manifiesto las contradicciones a que fue sometida aquella ideología con el desa- rrollo del proceso político. Los sucesivos gol- pes militares fueron demostrando, en efecto, la debilidad de los límites entre el "subsistema político" y la "estructura burocrática". Se po- litizó entonces la imagen del estado. Pero en la mayor parte de los casos esa politización no lle- gó a subvertir la valoración de la técnica en los procesos de transformación social. La tendencia al pensamiento tecnocrático tomó la forma de jacobinismo político. Pero ése es justamente el proceso que quiero recordar. Como ya lo anun- ciara, me limitaré a recorrer la historia de dos instituciones en las que es posible captar mejor algunos de los momentos de ese proceso.

La universidad

La consigna de la unidad estudiantil surgió en los albores de la Reforma. Pero, más allá de esta consigna, las distancias ideológicas que sepa- raban al "movimiento estudiantil" del "movi- miento obrero" subsistieron e impidieron que la misma fuera algo más que un recurso dialéc- tico. Esto fue particularmente evidente en el período peronista.

Con la caída de Perón, diferentes corrientes del reformismo (y algunas corrientes de origen cristiano) tomaron la conducción de las univer- sidades. Continuó entonces el antiperonismo junto con el predominio político de los par- tidos tradicionales. Años más tarde, sin embar- go, la revolución cubana y la famosa "traición de Frondizi" produjeron un fuerte impacto en el movimiento estudiantil y dieron nacimiento a una nueva época; en ella comenzaron a difun- dirse nuevas expresiones del socialismo y del anti- imperialismo. La actividad política tendió en- tonces a aumentar; pero continuó circunscripta, principalmente, al seno de las universidades; los obreros siguieron siendo un mero referente ima- ginario en el discurso estudiantil. La izquierdiza- ción tuvo un denominador común: convicción sobre la necesidad de emprender un en- frentamiento violento con los poderes estableci- dos; para ello lo fundamental era construir una organización técnicamente eficiente. Los textos utilizados en la discusión talmúdica podían ser los de Lenin o los de Debray. Esto, pese a lo que suele afirmarse, era secundario. Lo impor- tante es que esos textos serán elegidos e inter- pretados desde algo que estaba más allá del prestigio propio de esos autores; éstos, en todo caso, se adaptaban perfectamente a la relación imaginaria que sus lectores habían establecido con la realidad. Es por ello que lo común era que la lucha social fuera pensada fundamen- talmente como un enfrentamiento entre aparatos. Bien vistas las cosas, los revolucionarios se con- cebían a sí mismos como los ingenieros de un nuevo orden social; demostrada su eficiencia, los sectores populares (en cualquiera de las de- finiciones acordadas) se sumarían seguramente a la epopeya.

La dinámica de sus propias posiciones llevó a los grupos así formados a dejar de lado la ca- racterización de los intereses inmediatos y las

formas de lucha de los diferentes sectores socia- les que habrían de conformar el torrente revo- lucionario. Eso también ocurrió en relación al sector estudiantil. Los grupos terminaron dis- tanciándose hasta de la propia masa de estu- diantes. El vacío de dirección política creado en la universidad volvió a ser llenado por la iz- quierda tradicional y por algunas tendencias de origen católico. Pero la historia había sido ya tensada por la epopeya. Y esa izquierda, sin po- sibilidades para ofrecer una alternativa diferen- te, fue en los hechos radicalizando sus posicio- nes. La politización, con esas características y con esos límites, era para entonces un hecho ge- neralizado y aun abarcaba a una porción im- portante del claustro profesoral. En 1966, la universidad fue la única institución que, casi co- mo un bloque, se opuso al golpe de estado.

Entramos así a los comienzos de una segun- da época. Esta pareció insinuar tendencias a un replanteo de las distancias que habían separado a los estudiantes del resto de la población. El fracaso de las primeras experiencias "foquistas"

y el incremento de la movilización popular fue- ron importantes en ese sentido.

John W. Cooke fue, entre los intelectuales, uno de los primeros en intentar una síntesis en- tre el peronismo y las nuevas perspectivas de la izquierda; algunos grupos estudiantiles comen- zaron a reunirse alrededor suyo. A la par, otros grupos, desde posturas ideológicas diversas, se propusieron rever "el problema" del peroni- mo. La CGT de los Argentinos, con un discurs- o político sindical mucho más próximo a las cosmovisiones tradicionalmente vigentes en el movimiento estudiantil, reforzó ese proceso proveyéndolo de nuevas banderas. Los años co- rridos entre 1968 y 1970 fueron en ese sentido de gran importancia. La nunca lograda unidad de la izquierda —fuera ésta peronista o no per- onista— se vio aun más distante por la creación de infinidad de grupos de activistas casi sin re- lación entre sí, con discutible y discutida uni- dad ideológica, pero que compartían una carac- terística común: invadían la sociedad, se inser- taban en las diversas manifestaciones institucio-



FORO DE SIGLO XXI



AMÉRICA OCTUBRE 1492-1980

A 488 años del descubrimiento de América, el continente no ha logrado liberarse por completo de los efectos de la colonización. Nuestro compromiso, como FORO EDITORIAL, es difundir textos que exhiban la grandeza de las culturas destruidas por la acción colonial, los testimonios de nuestros pueblos en sus luchas de liberación y las ideas de los hombres que las orientan.

Las revoluciones triunfantes de América Latina han demostrado la necesidad de retomar las raíces del pensamiento político y social de nuestro continente:

AMÉRICA: LA LUCHA POR LA LIBERTAD de don Eugenio María de Hostos: una obra fundamental para la causa puertorriqueña y continental, del brillante pensador y patriota latinoamericano.

IDEA Y CUESTIÓN NACIONAL LATINOAMERICANAS. Ricaurte Soler recurre a los autores y actores más destacados de la política

continental del siglo pasa- do, para desarrollar la "idea de la nacionalidad latinoamericana" desde la inde- pendencia hasta la emer- gencia del imperialismo.

NUEVAS CARTAS DE NUEVA YORK, de José Martí: Ernesto Mejía Sánchez recopila las co- laboraciones de Martí para el periódico *El Partido Liberal*, de la ciudad de México.

ASAMBLEA DE POETAS JÓVENES DE MÉXICO SIGLO XXI, México, octubre, 1980:

164 poetas, todos menores de 30 años, se reúnen en la primera asamblea poética del país, para dar cuenta de un fenómeno histórico: **LA EXPLOSIÓN DE LA POBLACIÓN VISIONARIA DE MÉXICO** que goza de una salud selvática. Los jóvenes participantes parecen a veces profetizar y, a veces, parecen bostezar. Cabe considerar, en todo caso, que cualquier década con más de 6 poetas resulta alta- mente sospechosa, dice el organizador, Gabriel Zaid.

al 15 de octubre se cumplieron 289 días de 1980
Siglo XXI completó 293 libros publicados en el año

NUEVA CORÓNICA Y BUEN GOBIERNO

compuesto por don Phelipe Guaman Poma de Ayala, etnógrafo del mundo andino (fines del siglo XVI y comienzos del XVII). Edición preparada por John V. Murra y Rolena Adorno, autores de prólogos, notas y bibliografías. 3 tomos. Más de 400 grabados. Docu- mento único entre las crónicas, que ofrece la concepción que el hombre andino tenía de sí mismo y del mundo que lo rodeaba.

CÁRCEL Y FÁBRICA

Los orígenes del sistema peni- tenciario (siglos XVI-XIX), de Da- río Melossi y Massimo Pavarini, enfoca el fenómeno carcelario desde una perspectiva marxista.

¿QUÉ ES EL ESTADO MEXICANO?

Américo Saldívar con- testa a la luz de una polémica: el sexenio pasado, en IDEOLO- GÍA Y POLÍTICA DEL ESTADO MEXICANO, 1970-1976.

PREMIO RUBÉN DARÍO 1980

En Nicaragua, en febrero de este año, se otorgó el premio a *Juana y otros poemas personales*, de Rober- to Fernández Reta- mar, de quien publica- mos el poema gana- dor y *Circunstancia de poesía*, ambos con el título de CIRCUN- STANCIA Y JUANA.

LAS ENSEÑANZAS DON JUAN

EL CHAMÁN DE LOS CUATRO VIENTOS vi- ve en Perú, pero su vi- sión del mundo y su búsqueda personal re- velan un sincretismo que se extiende por toda América Latina. Douglas Sharon nos entrega la personali- dad de un latinoameri- cano de hoy, cuyas raíces tienen más de tres mil años de anti- güedad.

PIENSO ¿LUEGO ACTÚO?

Consagrado como un "clásico", **EL SOCIALISMO Y LOS INTE- LECTUALES**, de Max Adler, resulta de una actualidad sorpren- dente en su análisis de la construcción del partido político y el problema de las alianzas.

en librerías pida los 21 títulos de XXI
promoción especial de 30%

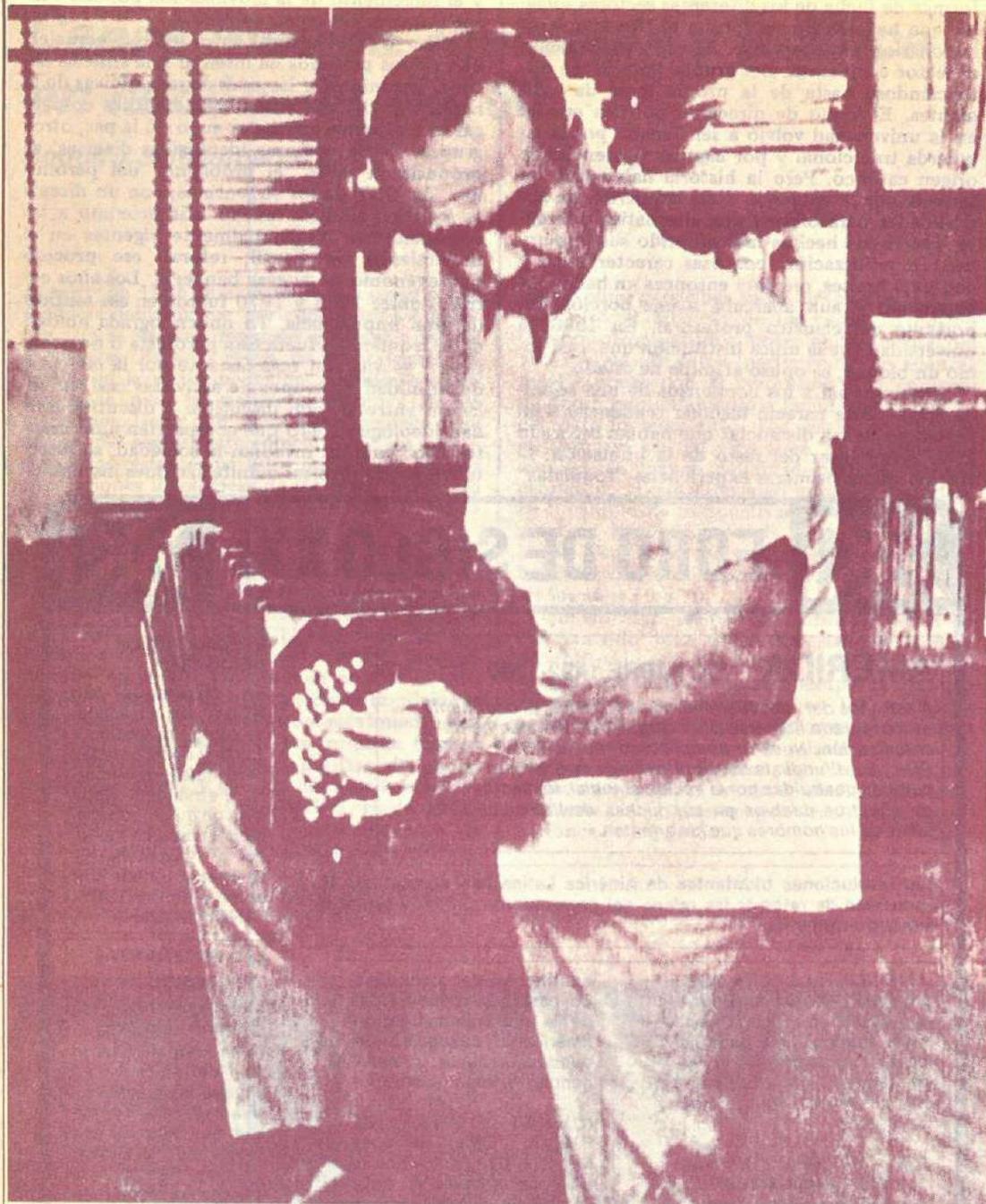
AUNQUE EL IMPERIO SE VISTA DE SEDA...

Gerald J. Bender analiza las doctrinas del "lusotropicalismo" en **ANGOLA: MITO Y REALIDAD DE SU COLONIZACIÓN**, desen- trañando las ramificaciones políticas, histó- ricas y sociológicas del colonialismo en África, Asia y América Latina.

SIGLO XXI: una editorial de hoy comprometida con el mañana.

HACIA LACAN

Lacan es el término más sencillo para referirse a un pensamiento que, al ligarse a Freud, revitaliza el psicoanálisis. **PSIQUIATRÍA, TEORÍA DEL SUJETO, PSICO- ANÁLISIS**, de Néstor A. Brauns- tein, está dirigido un público uni- versitario no necesariamente es- pecializado.



nales de la históricamente densa sociedad civil argentina, organizaban y aprendían.

Poco a poco, el espíritu opositor y la actividad política fue creciendo hasta resultar cada vez más difícil ubicar a un joven de las capas medias que no encontrara —entre sus amigos, parientes o colegas de trabajo— la prédica o el ejemplo de otro joven politizado, que de una u otra forma trataba de introducirlo en la arena política. La transformación ideológica se fue produciendo molecularmente. Fue la época del trabajo en los clubes, en los barrios, en las asociaciones vecinales, en las villas, en los sindicatos (aunque en este caso en forma más débil, difícil y esporádica); fue la época de los cineclubes, de los “teatros populares”, del “arte para el pueblo”. La crisis de la Revolución Argentina permitía un diálogo cada vez más fértil y la apertura de un horizonte posible. En la democracia guerrera propia de la Argentina todas esas acciones crearon nuevas trincheras. También por esta vía la capacidad de decisión del gobierno se vio fuertemente dañada.

Faltaba sin embargo algo que unificara. El comienzo de la ofensiva política de Perón proporcionó a buena parte de esos sectores banderas de lucha y circuitos de comunicación con otros sectores populares; la aparición de tendencias sindicales de izquierda no peronista dio sus banderas a otros sectores, sobre todo en el interior del país. En conjunto, se abrieron las compuertas que habían impedido que estos militantes tuvieran contacto con capas más amplias de la población; capas de las que siempre, antes, habían estado apartados. Lo imaginario tendió a convertirse en lo real. Y en ese proceso, las capas medias (principalmente la juventud, pero no sólo ella) habrían de instalarse de manera distinta en la vieja contradicción que cruzará la escena política argentina desde mediados de la década del cuarenta. El peronismo pasó a ser en muchos casos un aliado necesari-

o, y en muchos otros un punto de partida. La coincidencia de intereses entre los sectores populares se vio fortalecida por la superación de barreras que hasta entonces la habían debilitado. Y esta tendencia de las capas medias habría de vigorizarse por los acontecimientos vividos por aquellos que estaban principalmente influenciados por otra de las instituciones en las que nos fijaremos: me refiero a la Iglesia Católica.

La iglesia

Quizá por la inexistencia de otras corrientes religiosas importantes —capaces de disputar al catolicismo su carácter de referente religioso casi exclusivo de la población—, quizá por el impacto de la arraigada tradición laica existente en la Argentina por encima de su definición religiosa oficial, lo cierto es que la iglesia argentina nunca tuvo el carácter militante que ésta tiene en otros países. Lo cual, es claro, no implicó nunca ausencia de posturas políticas por parte de la jerarquía eclesiástica. Desde principios de la década del cincuenta esas posturas fueron, básicamente, de rechazo al peronismo. Y ello estaba acompañado de una cierta distancia respecto de los sectores de menores ingresos.

Pero cuando la política de la llamada Revolución Argentina comenzó a afectar los intereses políticos y económicos de capas cada vez mayores, una parte de esa iglesia revió sus posiciones. Ese viraje fue facilitado por los cambios ocurridos durante el papado de Paulo VI. La Enciclica *Populorum Progressio* produjo, en efecto, un gran impacto en toda la grey católica; encontramos sus manifestaciones en el ámbito universitario (luchas en la Escuela de Sociología de la Universidad Católica Argentina), en las orientaciones teológicas de algunos seminarios y en las posiciones públicas asumidas por diferentes obispos.

El 15 de agosto de 1967, obispos de distin-

tos países firmaron el “Mensaje de los 18 obispos para el Tercer Mundo”. A pesar de que ese mensaje no fue firmado por ningún obispo argentino, el mismo se difundió inmediatamente entre los católicos de nuestro país; esto impulsó la reunión de un conjunto de sacerdotes que luego formaron el “Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo”. Ese movimiento no llegó nunca a ser mayoritario dentro de la iglesia (agrupaba alrededor de cuatrocientos sacerdotes y cuatro o cinco obispos), pero su actividad misionera fue importante, repercutiendo ampliamente en la sociedad. A partir de ésta, buena parte de la juventud católica, hasta entonces prácticamente desmovilizada, encontró guía e impulso para insertarse en un nuevo tipo de relación con la sociedad.

Tanto el nuevo carácter de la prédica religiosa “tercermundista”, como los efectos del contacto con las clases populares, fueron generando en esos jóvenes una nueva perspectiva social y política. La adhesión al peronismo y un cierto proyecto socialista fueron temas que pronto los atrajeron en sus discusiones y los transformaron en los organizadores de nuevas formas de rechazo al proyecto gubernamental.

III

Algo que por la fuerza de su obviedad resulta generalmente imperceptible (pero que a su vez es de radical importancia para comprender el periodo de análisis) es el grado de articulación orgánica de la sociedad civil argentina. Todos saben de la existencia e importancia de los sindicatos obreros y patronales o de la presencia de los partidos políticos; pero no son esas las únicas formas de articulación social: clubes, asociaciones vecinales y profesionales y religiosas, organizaciones artísticas, etc., forman una trama concisa y difícilmente controlable si no se cuenta con el respaldo de una organización política. En aquellas organizaciones, la discusión, la propaganda y el descontento encontraban puntos de apoyo significativos. En ese ámbito es que, durante el onganiato, los artífices del nuevo Leviathán no supieron articular un proyecto positivo (ni para reorganizar ni para suprimir); sus operaciones se limitaron a diluir formalmente a los partidos políticos y a controlar a los sindicatos. Y fue de hecho en esas instituciones donde las transformaciones ideológicas antes señaladas encontraron su campo más fértil, fue allí donde aquellos jóvenes encontraron un lugar favorable tanto para su prédica como para su aprendizaje.

Sin embargo, esa difusión de la política no logró transformarse en experiencia y en proyectos políticos definitivamente diferentes a los anteriores. Las imágenes que guiaban la elaboración de esos proyectos políticos permanecían adheridas a antiguas formas de concebir la revolución. La natural tendencia ideológica de las capas medias hacia el tecnocratismo se reproducía en el vanguardismo. Las líneas de las organizaciones ponían menos el acento en continuar la restructuración ideológico-política de la sociedad y más el acento en el perfeccionamiento de sus capacidades técnico-militares. El contacto real con los distintos sectores populares se fue debilitando y, con esto, los circuitos abiertos con la clase obrera se fueron cerrando hasta casi anularse.

Y las FFAA, como es sabido, supieron aprovechar la situación. Se había elegido el terreno de lucha en el que ellas saben moverse. Pero la autocrítica debe superar el balance negativo del último periodo para recuperar la experiencia positiva de aquellos momentos en que más cerca se estuvo de realizar una verdadera práctica de lucha democrática. Se trata de recuperar el recuerdo de aquellos momentos de práctica difusa (es cierto pero también profunda; años en los que fue posible generar un conocimiento de la sociedad que antes no se tenía y que corremos el riesgo de perder. La democracia no es, fundamentalmente, ni una idea ni una forma institucional, no es tampoco algo que aparecerá después del golpe final. Todas esas cosas tienen su lugar, pero a condición de que aquellos que la impulsamos sepamos que ella es una práctica difícil, resultado efectivo del reconocimiento de las especificidades y diferencias de los distintos sectores populares y de la capacidad de cada uno de éstos para ir expresando, y conciliando en política, dichas diferencias. Pero éste es un tema sobre el que deberemos volver repetidas veces en otras oportunidades.

Dos modelos: irigoyenismo y peronismo

Mónica Blanco y Cristina Bertolucci

La desigualdad que existe entre democracia y liberalismo es parte fundamental para el análisis histórico de la democracia en Argentina; la confusión entre democracia y liberalismo, conceptos completamente distintos, nace con la experiencia histórica de los países europeos. El liberalismo democrático o democracia liberal se convierte en un modelo adoptado por América Latina.

En nuestro continente, superada la etapa de las guerras de la independencia y planteado el problema de la organización nacional, el sector dominante que surge de esas luchas es la oligarquía exportadora; alrededor de ella se forma un bloque de poder que asume el modelo del liberalismo europeo para la constitución del estado y la organización de la vida política nacional, hasta adquirir Latinoamérica connotaciones específicas.

Es decir, no es meramente una copia del modelo triunfante en el mundo sino también una expresión de las necesidades políticas del momento. El liberalismo se constituye así en ideología de la alianza dominante y, a su vez, la vida política se establece en función de ella.

En el caso concreto de Argentina, la fracción triunfante de las contiendas civiles, la alianza de las oligarquías porteña y regionales, se autotitula demócrata-liberal en nombre de la "civilización" frente a la "barbarie". De esta manera, con la destrucción de los sectores que se oponían al estilo de dominación oligárquico pro-británico, se cierra un ciclo de luchas populares.

El máximo ideólogo de esta posición —Juan Bautista Alberdi— identificaba el liberalismo con la democracia y la libertad con la libertad individual.

Pero, ¿en qué consistía el liberalismo "democrático" de la oligarquía? Si por democracia entendemos la representación y participación popular en el sistema político, podemos calificar al régimen oligárquico como antidemocrático, pues se asienta sobre la destrucción de las distintas formas de oposición, su base de poder lo conforma la alianza referida, marginando a los sectores populares, su legitimación está dada a través del "clientelismo político", y en sus necesarias convocatorias electorales arrastra grupos de peones coaccionándolos a votar por los candidatos del patrón.

Someramente, ésta es la forma que adquiere el liberalismo en Argentina, cumpliendo de manera autoritaria las tareas inherentes al mismo: organización del estado nacional fundado en la división de poderes, sistema de representación en base a partidos políticos, organización federativa, delimitación del espacio nacional y organización de una diplomacia estable.

La implantación de este tipo de poder cerrado y autoritario, en definitiva no democrático, no implica la inexistencia de conflictos o inconformidades. Desde sus orígenes, con el rápido desarrollo del capitalismo que el propio sistema fomenta, se van conformando capas medias urbanas y rurales no integradas al régimen político.



La Unión Cívica Radical (UCR) se convierte en la alternativa que enfrenta al "Régimen" (la forma de liberalismo no democrático) con la "Causa" que aspiraba a volver democrático el liberalismo.

El radicalismo —en palabras de Claps el "primer movimiento nacional que encauzó fuerzas sociales nuevas emergentes del doble movimiento de migración interna y externa marginados de la participación política"— resume en su lema "Intransigencia, Abstención, Revolución" lo álgido del conflicto político y la impenetrabilidad del régimen frente a cualquier postura democrática.

Las insurrecciones radicales de 1890, 1893 y 1905, constituyen la única posibilidad de enfrentarse al régimen; esto conduce a un retroceso político y al dictado de una ley electoral que garantiza el sufragio universal (Ley Sáenz Peña) y al ascenso al gobierno de Hipólito Irigoyen, mediante las primeras elecciones nacionales libres realizadas en el país. El 12 de octubre de 1916, fecha en que Irigoyen asume la presidencia, una gran manifestación popular se hace presente en la Avenida de Mayo. Los comentarios periodísticos manifiestan la repulsa de la "civilización" frente a la reparación de las masas en la ciudad. Fenómeno constante en la historia argentina, ya que los supuestos defensores de una democracia liberal —en abstracto— repudian las expresiones populares de la misma.

Experiencia democrático-liberal en el irigoyenismo

En este período, en el cual podemos hablar de democracia y liberalismo, el radicalismo aparece como un intento de ampliar la estructura política nacional para dar cabida a los requerimientos de los sectores populares urbanos y rurales y las capas medias.

Cumplidos los primeros pasos que garantizan la participación y ascenso al gobierno, el respeto a la estructura liberal heredada ahoga a la incipiente democracia; en las cámaras del Congreso Nacional y en los gobiernos provinciales se condensa la oposición que se encarga de boicotear sistemáticamente todas las iniciativas.

Irigoyen retrocede, y su gestión se reduce a un gran proyecto con pocas realizaciones. Varios son los elementos explicativos que nos pueden aclarar la situación.

Por un lado, lo que hemos llamado "sectores populares" en ese momento histórico son de incipiente formación. Pero además encontramos una separación entre esos sectores y la clase obrera —también incipiente— que no participa de la UCR sino que hace sus primeras experiencias políticas en organizaciones de tipo socialista, anarquista o comunista.

Por otro lado, si bien Irigoyen declaró en el manifiesto de 1905 que "la UCR no es un partido en el concepto militante, es una conjunción de fuerzas emergentes de la opinión nacional", las contradicciones en el interior de este primer bloque nacional impiden la profundización del polo democrático y profundizan el avance oligárquico, sector que continúa detentando el poder económico.

La defensa del liberalismo democrático que realiza el radicalismo a pesar de sus contradicciones internas, obliga a que el avance de la oligarquía tome forma de golpe militar en 1930, primera irrupción de las fuerzas armadas en la vida política argentina de este siglo.

Democracia y peronismo

La siguiente experiencia de democracia en la Argentina la constituye el peronismo en su primer gobierno. Es quizá la forma más amplia de democratización en nuestro país. Es por esto que nuestra atención recae principalmente en este fenómeno; las preguntas que surgen son acerca del sujeto que se expresa en ella y de la forma de realizar esa democracia.

La participación de grandes capas de la población, hasta entonces marginadas en el sistema político nacional, es una de las innovaciones que realiza el peronismo. En este sentido, una cuestión que debemos atender es el carácter de esta democracia y su diferencia respecto de experiencias anteriores.

La democracia peronista se presenta como una democracia en función social; a este respecto pueden resultar claras las palabras del mismo Perón: "Soy, pues, mucho más demócrata que mis adversarios, porque yo busco una democra-



cia real, mientras que ellos defienden una apariencia de democracia, la forma externa de la democracia [...] Porque la verdad es ésta: en nuestra Patria no se debate un problema entre libertad y tiranía, entre Rosas y Urquiza, entre democracia y totalitarismo. Lo que en el fondo del drama argentino se debate, es simplemente un partido de campeonato entre la justicia y la injusticia social." (12 de febrero de 1946).

El peronismo abandona por lo tanto la visión individualista de la participación política, engendrada por el sistema oligárquico, a través de la ampliación y la realización de la justicia social como objetivo democrático.

Si bien este núcleo sigue siendo el aspecto principal e históricamente trascendente del problema, existen algunas precisiones que debemos plantear para despejar incógnitas, algunas de las cuales siguen vigentes hasta nuestros días.

Ahora bien, ¿cuál es el sujeto que se expresa en el peronismo, que inaugura su participación política y es objeto de justicia social?

El mismo peronismo responde, autotitulándose "Movimiento Nacional y Popular". Esta definición nos hace reflexionar acerca de lo que se condensa en lo "nacional y popular": encierra sectores sociales que participan activamente, intereses que se encuentran representados y cuestiones que se resuelven a través del peronismo, pero además no debemos olvidar la forma particular que asume la democracia en este período.

Los sectores sociales que se comprometen positivamente son: la clase obrera y los grupos populares, que se expresan, participan y se convierten en el sujeto principal del peronismo; por tal motivo, se podría afirmar su carácter "clasista", pero si prestamos atención a los demás problemas antes mencionados, veremos que el peronismo constituye un conglomerado de intereses y cuestiones que le dan una connotación muy particular y probablemente única en América Latina.



DANSE APACHE
PIANO
G. GOUBLIER

En el gobierno de Perón se representan claramente intereses de la burguesía industrial —no necesariamente peronista—, se da cabida a la participación política, laboral y social de la mujer, se reglamenta la actividad de los trabajadores rurales y se incluye a los inmigrantes, de distintas formas, en la vida nacional.

Lo que aquí llamamos *cuestiones*, son cosas de carácter más global, que giran en torno de la revalorización de lo nacional. Como, por ejemplo, la nueva orientación de la política económica, el rescate de la cultura popular, las medidas adoptadas en materia de política regional, la posición internacional, etcétera.

En el peronismo, entonces, se resuelven una serie de problemas mediante un tipo de acción política que nuclea varios sectores en una coyuntura particular de la vida nacional e impone la necesidad de la acción conjunta contra la oligarquía y sus aliados; el movimiento les brinda la oportunidad de un espacio político común, donde el aglutinamiento multiplica las fuerzas y se crea la posibilidad de plantearse el problema del poder.

A diferencia del irigoyenismo, durante el peronismo se produce la unión de clase obrera y sectores populares. Ahora bien, convendría preguntarse si ese cúmulo de sectores e intereses no plantean contradicciones en el interior de movimiento.

Evidentemente, en la medida en que diversos intereses plantean choques y oposición, existen contradicciones. Pero si volvemos a la forma particular que adquiere la democracia en el período 1945-1955, podemos observar que la clase obrera es el eje principal de la democracia, es decir la "columna vertebral" alrededor de la cual se nuclea lo demás.

Si bien el peronismo retoma las formas de organización política nacional, amplía también el aparato estatal y da cabida a la democracia de masas.

Sin embargo, la novedad más importante es que se instauran formas de participación directa a través de la convocatoria masiva; es decir, que la participación popular no sólo se realiza por los canales institucionales tradicionales o a través de los sindicatos como expresión corporativa o de clase, sino que se establece una forma de comunicación directa: el famoso vínculo entre el líder y las masas.

¿Qué significa esto? ¿Cuál es su trascendencia? Durante el peronismo se expresan como movimiento nacional y popular distintos sectores e intereses. Pero esta participación directa, como forma principal de intervención popular, contiene un elemento de análisis que nos permite entender por qué es la clase obrera la depositaria principal del peronismo en la época de la resistencia.

Porque son los trabajadores los que masivamente se presentan en la Plaza de Mayo o en otros lugares para responder a la convocatoria de Perón, y esto se constituye en una herramienta fundamental contra la oposición.

La presencia del pueblo en calles o plazas, reafirma la democracia peronista más allá de su comprobación electoral, al punto de que ésta no depara sorpresa para nadie.

Si aceptamos que esta forma o contenido particular en que se presenta la máxima expresión de la democracia en la Argentina, podemos hacernos aun más preguntas para conocer mejor este fenómeno:

¿Cuál era la mediación entre Perón y el pueblo?

Esta pregunta parte del convencimiento de que no se trataba de movilizaciones espontáneas, es decir sujetas a decisiones individuales. Evidentemente eran los sindicatos, como organismos inmediatos de expresión obrera, los que vehiculizaban la directa manifestación popular.

¿Cuáles eran los objetivos de las manifestaciones?

Reclamar o apoyar medidas gubernamentales benéficas para los sectores populares y reafirmar la política general del gobierno. Los ejemplos más claros de las concentraciones tuvieron lugar principalmente los 1 de mayo y los 17 de octubre, donde se reafirmaba el carácter popular del peronismo.

La democracia en Argentina no es una entelequia; tuvo una expresión concreta que debemos reconocer y estudiar. Los pueblos no inventan su presente sino que lo construyen a partir de su propia experiencia histórica. El reconocimiento de estos elementos hace impensable cualquier proceso democrático que excluya al peronismo.



DEBATE

REVISTA INTERNACIONAL MARXISTA

año 3, número 13, abril-mayo de 1980.

Dirección: Revista Internacional Debate, c/o Librería Vecchia Talpa, Piazza dei Massimi 1/A, 00186 Roma, Italia.

COMITE DE REDACCION:
Francesco Cónsoli, Miguel Angel García, José Luis Rhi Sausi, Susana Bonaldi, Manuel Cabrales, Rosa Albina Garavito, Alberto Sanchez, María Victoria Salcedo, Astrit Dakli.

DIRECCION: Miguel Angel García
DISTRIBUCION Y ADMINISTRACION: Rosa Albina Garavito
LIBROS Y EDITORIALES: Susana Bonaldi.
MOVIMIENTO OBRERO: José Luis Rhi Sausi.
POLITICA MUNDIAL: Manuel Cabrales.
GRAFICA: Alberto Sanchez.
TESORERO: Francesco Cónsoli.

COLABORADORES: Helios Prieto, Graziella Baravalle, Alberto Belloni, Armando Jaime, Osvaldo Soriano, Pablo Luigi, Andrés Serrano, Alejandro Dabat, Tito Peralta, Jorge Barreiro, Fernando Barreiro, Ernesto Goldar, Paolo Glorioso, Jorge Varela, Chris Harman, Enrique Cárpena, Henry Odell, Marta Humphreys, Ana Bárcena, Severio Tutino, Pierre Arrighi, Lourdes Uranga, Julio Godio, Alejandro Rosales, Claudio Federico, Ella Catalano.

Revista Debate - anno II, n° 13, aprile-maggio 1980. Autorizzazione del Tribunale di Roma n. 17.668 del 26 aprile 1979. DIRETTORE RESPONSABILE: Astrit Dakli -

Impreso en Nova LLetra, Barcelona, España. D.L.B.-5151-80.

Ni cinismo ni utopía

José Aricó

1. Incursionar en el tema de la democracia, no meramente desde la perspectiva de la teoría política, o como un insoslayable emergente de ese otro debate epocal sobre la crisis de fe en la razón y el socialismo, abordarlo como una indagación lo más situada posible acerca de la posibilidad o imposibilidad del establecimiento de formas democráticas en un plazo tendencial o previsible en la Argentina de las próximas décadas —esta discusión así situada incurre en un doble riesgo. El de transformarse en un autocomplaciente viaje a un país de Jauja proyectado ilusoriamente a un futuro para el que no parecen evidenciarse sus fundamentos reales a corto o mediano plazo; o también —y esta es la sospecha que siempre despierta el tema en el suspirado mundo del exilio político— la búsqueda de un pasaporte que nos permita incorporarnos a ese vaho pestilente que comienza a destilar el esperado desbloqueo político. Hablar de las condiciones de una democracia posible en la Argentina de las próximas dos décadas, nos tornaría así inmediatamente culpables de gestionar, por lo bajo, la recuperación de esa pequeña cuota de libertad que nuestra redescubierta fe democrática permita obtener del festín de los vencedores.

Discutir este problema implica un mínimo de buena fe, que descuento en todas las colaboraciones incorporadas en este número de *Controversia*. Pero requiere también de ciertas otras cosas que, como es lógico, varían conforme se modifique la perspectiva político-cultural desde la cual se analiza el problema. Para una persona formada en la cultura socialista de matriz marxista, como es mi caso, por ejemplo, lo obligatorio sería partir —como era usual en la Tercera Internacional desde su fundación hasta 1935— de la idea de la democracia como *disfraz* burgués, “superado” por el socialismo (“el socialismo supera la democracia”, dice Lenin). Aunque podría adoptar la fórmula que comenzó a imperar desde esa fecha en adelante: “el socialismo como plena realización de la democracia”, o directamente, de la identidad de ambas categorías. La ambigüedad de las relaciones categoriales muestra la presencia de una fuerte tensión irresuelta en el movimiento socialista. Tratando de no abandonar el campo de la democracia, los socialdemócratas olvidaron el socialismo. Aferrados al mito del socialismo como superador de la democracia, los comunistas acabaron instalando una autocracia. Lo que quedó es cualquier cosa, pero nunca socialismo.

Si así eran las cosas, hablar de democracia en el seno de la izquierda *no-socialdemócrata* (utilizó este término simplemente para comunicarme, no porque crea que tiene alguna denotación precisa) no era sino incurrir en una forma de duplicidad. La famosa “*doppiezza*” a la que hacen mención crítica los comunistas italianos. Mientras hablamos públicamente de democracia y sostenemos basarnos en sus métodos para construir nuestras propuestas, instituciones y estilos de acción política, en nuestro fuero íntimo, en los entresijos de nuestro pensamiento del mundo y de la sociedad, en el cuerpo de nuestra teoría, en nuestros objetivos finales, etc., etc., somos profundamente jerárquicos y autoritarios. La apelación a la democracia encubre una acción tendiente a anularla en el futuro. La lucha democrática y socialista por un “nuevo” tipo de democracia, no es sino un burdo disfraz de un astuto plan de captura del poder en lugares donde el partido comunista constituye una minoría incapaz por sí sola de arrastrar al conjunto de fuerzas democráticas detrás de consignas como las de “dictadura” del proletariado. Quizás debiera valerme de viejos recuerdos para ilustrar este hecho. Veamos el siguiente.

Resulta curioso que en toda esta discusión actual sobre democracia y socialismo mientras se habló de muchas cosas, otras pasaron bastante ignoradas. Una de ellas es que la discusión más tensa, pero con enormes posibilidades de resolución positiva en el plano de la política, fue la que comprometió a socialistas y comunistas europeos —y no sólo a ellos, pues el “*browderismo*” debe ser también colocado en ese te-

reno— a fines de la segunda guerra mundial. En los años 1945-1947, los procesos de transición encarados en los países de Europa oriental partían de la unidad socialista y comunista (no organizativa, sino política y de objetivos) para proponerse la construcción de una democracia avanzada (“nueva democracia”) con base en las reformas de estructuras y el pluralismo político. La alianza del bloque obrero urbano (socialista y comunista) con los partidos campesinos, que eran verdaderas expresiones de masa del mundo rural predominante en aquellas sociedades. Rechazado el modelo soviético como único y excluyente, el método democrático aparecía como connatural al proceso de transición a una forma de sociedad autorregulada. En la complejidad de la sociedad, en el reconocimiento de este hecho como un valor positivo y no negativo, residía la garantía del mantenimiento de un pluralismo cultural, ideológico y político, en el interior de cuya dialéctica se perfilaban los ineludibles puntos de ruptura. Las formas democráticas, antes negadas como “disfraces”, eran ahora valorizadas como expresivas de la morfología de la complejidad del movimiento social. La dictadura del proletariado, en la forma concreta que asumió en la revolución rusa, era archivada junto con el modelo soviético que contribuyó a delinear.

En un ciclo de conferencias pronunciadas a mediados de 1948 con motivo del centenario del *Manifiesto comunista*, Vittorio Codovilla nos explicaba, con su manera ramplona de atravesar los terrenos teóricos, cómo “la democracia popular aseguraba una transición al socialismo sin pasar por la dictadura del proletariado” (éste era más o menos textual el título de una de las conferencias).

No creo que pueda a ustedes explicarles lo que pasaba por nuestras cabezas en esos años. Estaba la experiencia gloriosa hecha por la Unión Soviética en la guerra; pero había también muchas otras cosas que nos maravillaban: los comunistas chinos en Yenán, la resistencia yugoslava, el reencuentro con su patria de Dimitrov, los triunfos comunistas y socialistas en Francia e Italia, etc., etc. Un mundo nuevo se abría ante nosotros. Era natural que las viejas fórmulas caducaran. A diferencia de lo ocurrido en el interior del comunismo francés hace dos o tres años, nadie por aquella época se rasgó las vestiduras, y es curioso que manteniendo mi mente el brumoso recuerdo de las conferencias de 1948, no haya registrado o conservado dato alguno de resistencias o perplejidades sobre esta reformulación estratégica, que parecía sólo reafirmar en la teoría, lo que la práctica de aquellas experiencias avanzadas estaba realizando. Por lo que diría que una nueva perspectiva de avance hacia el socialismo era, en esos momentos, parte importante del movimiento democrático y socialista mundial.

2. Sin embargo, el noviazgo entre democracia y socialismo duró muy poco tiempo. En realidad, ya estaba roto con los acontecimientos que condujeron en septiembre de 1947 a la constitución del Cominform, aunque el cambio de ruta apareciera públicamente por los mismos días de las conferencias codovillanas cuando la resolución condenatoria de Yugoslavia, lanzada por el Cominform el 28 de julio de 1948, frente al estupor y la incredulidad del movimiento comunista mundial, mostró que el período de las “vías nacionales” quedaba clausurado quizás para siempre.

No existen aun explicaciones suficientemente satisfactorias de las razones que motivaron estos hechos, pero lo que importa destacar es que si los comunistas yugoslavos pudieron triunfar como fuerza de dirección ideológica y política de su pueblo es porque supieron incluir en su reformulación radical del proyecto socialista, como un principio esencial del nuevo estado, del partido, de las empresas industriales y agrarias, de las administraciones nacionales, regionales y locales, la plena participación de los ciudadanos. Y no debe por ello sorprendernos que el primer serio cuestionamiento del mo-

nolitismo soviético aparezca en una línea de continuidad con esta experiencia de mediados de los cuarenta, y que a su vez haya pugnado por encontrar una forma de resolución de los grandes problemas suscitados por el proceso de transición avanzando audazmente en la instauración de un poder autogestionario de los trabajadores, o dicho más propiamente, de los productores.

He recordado este hecho sólo con el afán “provocativo” de mostrar que todo el debate actual tiene una larga historia previa y que conviene siempre mantenerse aferrado a una perspectiva “terrenal”, no ideologizante ni puramente “especulativa” de los grandes problemas teóricos, si queremos realmente encontrar sus formas de resolución práctica.

Para nuestro caso, esto significa que, aunque lleguemos a la conclusión de que las razones determinantes de la ruptura entre democracia y socialismo (digámoslo así) en los primeros años de posguerra son otras, nadie puede desconocer las agudas tensiones que fueron emergiendo de la puesta en funcionamiento de democracias avanzadas en el este europeo. Surgieron gravísimos problemas teóricos y prácticos para la resolución de los cuales no había soluciones previas, ni podía haberlas, como es natural.

La admitida dialéctica entre democracia y socialismo fue rota no simplemente porque los comunistas eran y son autoritarios por su teoría y por su práctica política. Dejando de lado este problema que requiere de un discurso distinto, hay que reconocer que esa dialéctica se rompió porque toda propuesta de transición, en la medida en que está colocada *necesariamente* en un plano productivista, es esencialmente *autoritaria* y genera tensiones que acaban por apagar la democracia. No se puede reorientar en un sentido anticapitalista el funcionamiento de la vida económica de una sociedad sin una decisiva presencia del estado. Pero un proceso de estatalización creciente de la sociedad provoca un sofocamiento cada vez mayor de los espacios democráticos. Este es el dilema que se planteó en aquel entonces y es el dilema en que están encerrados los procesos de cambio hoy. Para decirlo de un modo lapidario: pan y democracia parecen ser términos excluyentes; lo único que resta es optar por lo uno o por lo otro. Durante largos años la izquierda latinoamericana —y no sólo ésta, por supuesto— justificó el socialismo “real” sobre la base de la admisión de que había sido capaz de resolver los mismos problemas que afectaban sin solución a los pueblos latinoamericanos. Para ella, quienes desde la izquierda se empeñaban en hablar de democracia, lo hacían sólo con el propósito mezquino de negar las conquistas del socialismo, porque, en última instancia, ¡qué importaban las miserables libertades burguesas, como las de disponer y poder leer el periódico que cada uno prefiera, frente a los incontables beneficios que el socialismo dio al hombre! Este dilema aparentemente insuperable colocó a la izquierda en un plano de duplicidad, de laceración entre ética y política, de un cinismo generalizado que la llevaba a reclamar para su país cosas cuya inexistencia defendía en otros.

Es este terrible *quid pro quo* el que hoy ha estallado por los aires. Porque no es cierto que el socialismo asegure las necesidades históricas de los hombres cercenando sus libertades fundamentales. A la larga, dicho cercenamiento impide la satisfacción de las necesidades históricas. Hoy la crisis del socialismo nos está mostrando que entre pan y democracia no es posible trazar una línea divisoria pues si así se hace lo que también desaparece es el propio socialismo. En sociedades complejas como son cada vez más las modernas, el socialismo no pareciera poder abrirse paso con base en una confianza iluminista en la capacidad de la razón programadora, sino al revés, cuestionándola en todo lo que tiene de recuperación neocapitalista. Sólo cuestionando el armonicismo de los modelos socialistas es posible admitir la *conflictualidad social* y la *interacción política* como un fenómeno insuprimible de toda sociedad futura, y por tanto presente. El socialismo recomponer la dialéctica de su relación con la democracia al incorporar al pluralismo (político, organizativo, ideológico, cultural, etc., etc.) como un valor propio, insuprimible, pero al hacerlo cuestiona radicalmente todas las experiencias socialistas concretas.

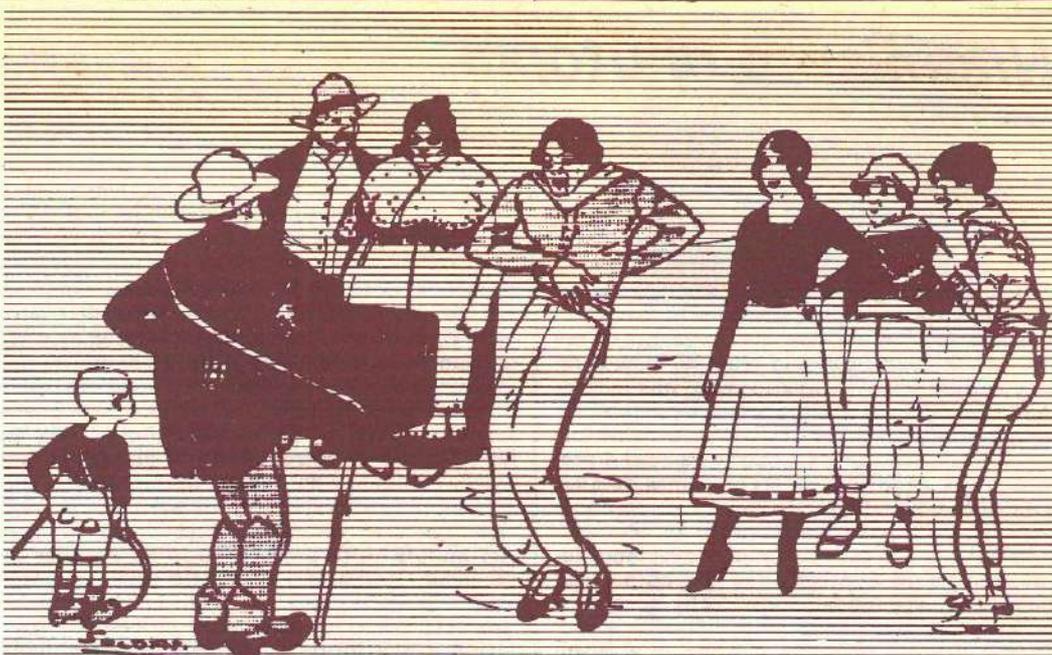
Para todos estos problemas, los socialistas no tienen soluciones prácticas, ni el marxismo respuestas teóricas. Pero yo me pregunto: ¿Las tiene o las tuvo alguien? ¿Es una respuesta el

capitalismo? ¿No estamos asistiendo a la quiebra de los paradigmas ideológicos sobre los que se constituyeron las sociedades burguesas? ¿No comenzamos a aceptar la idea de la ingobernabilidad de tales sociedades? A su vez, ¿el hecho de que cuestionemos firmemente las experiencias socialistas existentes significa que neguemos los avances logrados en el crecimiento y redistribución de los recursos?, o dicho de otro modo, ¿significa que debamos renunciar a todo proyecto de reconstrucción programada y en un sentido societario de la sociedad? ¿Existe una tercera vía que nos permita escapar del capitalismo para construir una sociedad más igualitaria, pero a la vez más infinitamente democrática y libre? Creo que es aquí donde el debate se muerde la cola y se muestra absolutamente incapaz de avanzar en propuestas inéditas. Y donde no parecemos ser capaces de eludir la corrida a la utopía, o la aceptación cínica de lo existente. Es aquí donde con toda buena fe, pero con el máximo de capacidad crítica debemos aprender a medirnos con los hechos.

3. Es por todo esto por lo que para quien, como uno, nunca pretendió ser otra cosa que un socialista a secas, y que durante muchos años pensó que era el movimiento y la teoría comunista los que expresaban más fielmente aquel ideal, el problema debe comenzar por la negativa a aceptar cualquier tipo de identificación entre socialismo y democracia, o cualquier tipo de supeditación de uno al otro término. Si a esta altura del mundo, de un mundo terrible colocado ante la alternativa de un irrefrenable proceso de autodestrucción, el ideal socialista tiene todavía sentido, es porque fuera de sus ideas esenciales, de sus grandes ideales de transformación social y de configuración de una nueva comunidad humana, sólo entrevemos la barbarie y no una forma civil de relación del hombre con sus semejantes. Casi podríamos decir que lo que muestra hoy la realidad del mundo es que para poder ser tal requiere necesariamente del socialismo.

Pero siendo diverso, el ideal socialista se sostiene como tal sólo a condición de admitir al método democrático como camino de su efectivización. Sólo así el mundo incontenible de lo diverso y de lo complejo puede abrirse paso de una manera no negativa, sino positiva, como una nueva forma de vida moral y cultural de las masas. Si nos oponemos a la unidimensionalización capitalista, no podemos doblegarnos ante tendencias semejantes rotuladas de "socialistas". La desaparición del capitalismo no significa, como creímos ingenuamente durante tantos años, el retorno de lo complejo a lo simple; por el contrario, supone una diversificación gigantesca de las formas sociales que maduran como formas de contestación en el seno de la sociedad burguesa. La pluralización social, y por lo tanto el método democrático de resolución de las diferencias en eterno proceso de aparición y desaparición (los "nuevos sujetos sociales"), aparecen así como los fundamentos sobre los cuales el socialismo puede abrirse paso.

Para mí, por lo tanto, discutir de democracia significa comenzar a preguntarme por muchas de las cosas que jamás me pregunté, pero no para descubrir las supuestas virtudes del capitalismo, o del populismo, o de cualquier otro ismo que se presente, ni para aceptar la separación un tanto falaz entre democracia formal y democracia sustantiva y demostrar los méritos de una en contra de los deméritos de la otra. Yo diría que ésta sería una forma de ocultar la verdad o de "generar nuevos ideologismos sobre el tema", como observa N. Casullo en este mismo número de *Controversia*. ¿Y que más da que a los nuevos ídolos los llamemos nacionales y populares o socialistas, peronistas o marxistas, si a todos los define su pobre y miserable condición de "ídolos"? Introducirse en el tema significa una actitud distinta, porque así como el debate sobre la democracia no es mero resultado de la "crisis teórica del marxismo", sino el reconocimiento de una crisis radical de todo el mundo civilizado, por el momento, la discusión sobre la democracia en la Argentina no es una evaluación de los aciertos y los errores de los socialistas argentinos, sino de las debilidades de toda la sociedad en su conjunto y en primer lugar de su movimiento popular hegemónico: el peronismo. Discutir sobre la democracia en la Argentina es, por esto, abrirse a una actitud de modestia, comprensión y autocritica que compromete, como es lógico, a todo el espectro de fuerzas de izquierda, pero también, y en primerísimo lugar, a la fuer-



za política, al movimiento popular que tuvo fundamentalmente en sus manos la posibilidad de asegurar, o por lo menos, defender de mejor manera el terreno democrático en el que debían mantenerse firmemente arraigadas todas las propuestas de avance social.

Desde esta perspectiva, introducirse en el tema de la democracia significa de un modo u otro receptar la crítica que el presente ya hizo del pasado, acoger plenamente esa crítica real que aunque se debata infructuosamente por alcanzar el nivel del concepto, está ya instalada en la política. Y el hecho de que por nuestra condición de trasterrados —permítaseme el término menos pretencioso aunque más cierto—, estemos objetivamente situados fuera del juego político argentino es una condición no negativa, como insistimos en pensar, sino positiva, si lo que buscamos decir no son las verdades "oportunas" sino aquellas otras que son en el fondo las únicas ciertas, y valga la paradoja.

Me refiero a esas verdades que la sofocante atmósfera de una lucha política de bajos principios, sin grandes ideales ni fuertes personalidades, donde la mentira, la simulación y el ocultamiento se convierten en estilo y lenguaje "políticos", impidió que emergieran y se abrieran paso en nuestra forma de razonar y pensar la realidad. Me refiero a esas verdades que sólo decimos entre los amigos, y en la cocina, cuando pocos nos escuchan. Nosotros tenemos la posibilidad de hablar con desenfado de muchas cosas y el tema de la democracia quizá sea el que mejor lo permita, el que mejor pruebe hasta qué punto quienes tienen la obligación moral de tratar de ver claro, siguen mostrándose como hasta el presente prisioneros de un pasado que no les deja pensar ni actuar.

4. Todo nuestro empeño ha estado siempre orientado a mostrar la presencia en la Argentina

de fuerzas poderosas que, coaligadas, se convirtieron en las barreras insuperables de toda democratización efectiva de la sociedad. No importa como hayamos denominado cada uno de nosotros a esas fuerzas; metafórica o científicamente, ética o políticamente, nosotros eran y son siempre las mismas: los dueños de la tierra, la gran burguesía, el imperialismo extranjero, la burocracia de estado, etc. Pero si esto es así, ¿no es hora ya de preguntarse por qué pueden vencer, dónde están las raíces de la profunda debilidad de la democracia argentina, el por qué de la falta de propuestas verdaderamente renovadoras, la perplejidad de las fuerzas populares frente al sentido de los cambios que se operan en la economía, en la sociedad y en la política? ¿Es posible pensar que el tiempo no ha permitido ya de modo suficiente que las fuerzas políticas y sociales se expresen, desplieguen sus propuestas y concepciones? Sabemos lo que ha dado y dio el peronismo, y del mismo modo podemos hablar de los radicales, comunistas y de las demás corrientes. Y si esto es así, ¿es posible pensar que lo ocurrido no es en buena parte también resultado de lo que se propusieron hacer o de lo que fueron incapaces de impedir, de lo que no supieron controlar o de lo que efectivamente deseaban, de lo que estalló así porque cada uno actuó buscando su propio beneficio sin colocar nunca a los intereses colectivos, en este caso el de los sectores populares, por encima de los intereses de su grupo, facción o cuerpo?

Si es verdad como afirma Portantiero ("*Peronismo, clase obrera, socialismo*", en *Controversia* núm. 8, p. 13), y como creo a pie juntilla, que "fue mucho más la presión corporativa de los sindicatos sobre la tasa de ganancia que el desborde guerrillero lo que descalabró el proyecto [peronista]", no tendremos que contabilizar necesariamente a esa "presión corpora-

MARÍA [TANGO]

Acaso te llamaras solamente María,
no sé si eras el eco de una vieja canción,
pero hace mucho, mucho, fuiste hondamente
mía
sobre un paisaje triste, desmayado de amor.

El otoño te trajo, mojando de agonía,
tu sombrero pobre y el tapado marrón.
Eras como la calle de la melancolía
que llovía... llovía sobre mi corazón...

¡María!
En las sombras de mi pieza
es tu paso el que regresa.

¡María!
Y es tu voz, pequeña y triste,
la del día en que dijiste:
"Ya no hay nada entre los dos..."

¡María!
¡La más mía, la lejana,
si volviera otra mañana
por las calles del adiós!

Tus ojos eran puertos que guardaban
ausentes
su horizonte de sueños y un silencio
de flor,
pero tus manos buenas regresaban
presentes
para curar mi fiebre, desteñidas de amor.

Un otoño te trajo, tu nombre era María,
y nunca supe nada de tu rumbo infeliz,
si eras como el paisaje de la melancolía
que llovía, llovía, sobre la calle gris.

Música: Aníbal Troilo
Letra: Cátulo Castillo
© by Editorial Korn S.A.I.C.

Notas para una reconsideración de la cuestión sindical

Jorge Tula

tiva" como uno de los elementos decisivos que operaron para que todo el sistema estallara? ¿No estaríamos aquí frente a la contradictoria evidencia de que aquello que fue siempre un poderoso elemento de democratización de las sociedades puede en determinadas circunstancias convertirse, más allá (o no) de los intereses del grupo dirigente de esa acción, en un factor de decisiva importancia para su caída? Pero entonces, si consideramos estos y mil otros elementos más, discutir sobre democracia no puede significar mostrar la responsabilidad de los militares, el imperialismo, la oligarquía y la gran burguesía, por su falencia, sino indagar en la propia realidad de las clases populares, en su propia interioridad, para encontrar allí las razones de su debilidad: *mostrar su presencia en su propia fuerza*, en las organizaciones sociales en que se organiza, en las fuerzas políticas en que se expresa, en las ideologías a partir de las cuales conoce a la sociedad y a sí mismas. Lo que se deberá analizar no serán tanto las coyunturas organizadas por clases y grupos estructuralmente enemigas de proyectos democráticos, sino más bien los fuertes condicionamientos que existieron históricamente y aún existen en la propia interioridad de clases populares para poder convertirse realmente en las protagonistas de un movimiento social y político de democratización efectiva de la sociedad argentina. Se trataría, como dice Tomás Borge, de buscar el monstruo en nosotros mismos, y no ya fuera de nosotros.

Mi propósito inicial era el de comenzar mi artículo exactamente por donde termina, es decir por el reconocimiento de que, en mi opinión, la *debilidad fundamental* de la democracia argentina está en el *propio interior del movimiento* que constituye su nervio, es decir en el propio interior del movimiento obrero argentino, en su incapacidad de reconocerse a sí mismo en el sector social decisivo, con todo lo que esto implica, para una recomposición democrática de la sociedad argentina.

Colocado, en virtud de la debilidad del sistema político argentino, en la situación de núcleo central de agregación de todo el mundo popular subalterno, el sindicalismo está colocado hoy ante la tarea de recomponer la unidad política de los trabajadores frente a una nueva estrategia de dislocación social y hasta de supresión cada vez más profunda y contradictoria en sus consecuencias finales. Pero sólo una estrategia de transformación puede hacer que el sacrificio económico-corporativo adquiera un sentido que no sea simplemente el de la frustración y el sacrificio para revitalizar el mecanismo capitalista.

Sin embargo, una estrategia de transformación supone una transformación de los objetivos, de la naturaleza, de los contenidos, de las organizaciones, del estilo de dirección y de la participación y movilización de las masas, del sindicalismo argentino.

Para plantearlo de otro modo, ¿es posible la conquista de la democracia en nuestro país sin una superación del rol fundamentalmente contractual en que está tradicionalmente anclado el sindicalismo argentino? El sindicalismo argentino, insinuando de hecho en considerar al salario como una variable independiente del proceso de acumulación, ha entrado en un callejón sin salida caracterizado por la brutal pérdida del salario y de su propia capacidad de decisión autónoma. La reconquista de la unidad de la clase trabajadora y de la autonomía del movimiento sindical parece sólo ser posible de lograr si el sindicato está en condiciones de fusionar la defensa efectiva de los intereses de los trabajadores que representa con la batalla por la renovación de la vida económica y democrática de la sociedad en su conjunto. Pero para esto, la renovación del sindicalismo aparece como una *conditio sine qua non*. La crisis argentina está contribuyendo a mostrar que ya no es suficiente enfatizar el contenido democrático objetivo del movimiento obrero y de las organizaciones políticas y sociales populares, que para salir de la crisis el propio movimiento obrero demuestra en su capacidad de autodemocratizarse hasta dónde puede llegar a ser una prefiguración de la nueva Argentina.

Lo que hoy está en crisis no es sólo la sociedad argentina y el movimiento obrero en su conjunto, sino también la idea de sindicato único sobre el que se montó toda una estructura corresponsable también, y en medida fundamental, de la caída de la democracia argentina. Es hora ya de iniciar el análisis de lo que debe realmente cambiar para que lo nuevo se abra paso. ●

1. Creo que para una reconsideración del problema sindical en la Argentina es preciso partir de un hecho indiscutible: desde el punto de vista de la relación entre la extensión de las luchas sociales, la inestabilidad de los equilibrios políticos y la fuerza del movimiento obrero organizado, el nuestro es probablemente el país latinoamericano donde el enfrentamiento de clases haya alcanzado no sólo la mayor radicalización sino también el más alto grado de sistematicidad y conciencia. Pero si ésta es una verdad casi de Perogrullo, y si del enfrentamiento de clases ha resultado una derrota popular, lo que habría que indagar es hasta qué punto ese "más alto grado de sistematicidad y conciencia" del movimiento obrero era el que realmente requería la situación, o dicho de otro modo, hasta qué punto entre maduración de una estrategia sindical redistributiva y crisis política y social generalizada se abrió un abismo de vacío de poder por el que la lucha obrera se convirtió en el factor decisivo de desestabilización general o, por lo menos, mostró ser una fuerza absolutamente incapaz de hacerse cargo de las responsabilidades derivadas de los cambios que provocaba su propia acción.

Se trataría de indagar, así, qué es lo que debe cambiar dentro del movimiento obrero para que pueda éste convertirse en la realidad y en la conciencia, en la fuerza hegemónica a que objetivamente tiende a colocarlo la sociedad argentina.

2. Esta condición hegemónica potencial de la clase obrera y del movimiento sindical argentino es expresión de una crisis, antes que manifestación de una fuerza del sistema político argentino, y hasta se podría afirmar que es en gran parte en la forma en que se ejerce esa presencia decisoria de la clase obrera y del sindicalismo argentino donde es posible encontrar las razones fundamentales de la crisis del sistema político. Es como si la fuerza desmesurada de aquél quitara finalmente oxígeno a la vida y a la capacidad de articular propuestas estratégicas de las organizaciones políticas. Es por este reconocimiento de hecho por lo que podemos afirmar que en el futuro no puede pensarse en ninguna salida democrática perdurable (con todo lo condicionada que ésta sea) de la situación actual sin una redefinición de la naturaleza y de las alternativas ofrecidas por el movimiento obrero, de modo tal que reconquista democrática y renovación sindical parecen ser dos aspectos de un mismo proceso.

La fuerza objetiva de la clase obrera argentina deriva, como es lógico, de condiciones históricas y estructurales que le han dado fuertes rasgos distintivos con relación a la de los demás países latinoamericanos, y asemejándola más bien a ciertas características de la clase obrera de algunos países europeos "dependientes" (para decirlo de algún modo. Nos referimos a España, Italia, Portugal, Grecia, etc.).

Con una masa de trabajadores asalariados residentes en los grandes centros urbanos, y alejados por tanto de la economía y de la sociedad agrarias, la proporción de trabajadores urbanos de orígenes socioculturales semitradicionales ha disminuido en forma sustancial hasta alcanzar un alto grado de homogeneidad en su origen sociocultural y en sus experiencias de vida.

Habiendo superado su adaptación a la ciudad y crecido en un contexto en el que se produce un debilitamiento de las pautas tradicionales de autoridad, los obreros argentinos desarrollaron sus vidas en un ámbito familiar y cultural obreros, lo cual les permitió reforzar la integración subjetiva a su condición de clase. Pero junto a esta madurez económica y social es posible hablar también de una madurez política, si por ésta se entiende el logro de un elevado grado de participación en la comunidad política nacional con una categoría de miembro pleno y con la posibilidad de sus propias organizaciones. Con tal grado de incorporación, el sindicalismo se

ha convertido en una conquista irreversible y en el instrumento normal mediante el cual se defienden y mejoran las condiciones de vida y de trabajo de los asalariados.

Es esta importancia central del sindicato en la vida política y social argentina, con todo lo que ella implica de madurez y de densidad organizativa y política de la clase obrera, lo que permite entender la constante y creciente vigencia del sindicalismo argentino como fuerza social, más allá de las ideas políticas explícitas por él sostenida. En tal sentido, aunque el peronismo sea la visión política mayoritaria del sindicalismo argentino, en modo alguno lo define y agota como tal. Por lo que convertirlos en términos intercambiables, como si uno y otro expresaran la misma cosa, no es sino una forma "ideológica" de analizar la complejidad de un movimiento explicable en gran parte por su condición precisamente de movimiento "sindical".

Sin embargo, la relación entre peronismo y movimiento obrero ha recorrido una historia cuyas vicisitudes han tendido a reforzar lazos poderosos que en la tradición aparecen como de identidad. Los hechos políticos ocurridos luego del proceso de institucionalización sindical (que culminó con el primer gobierno peronista), caracterizados por las reiteradas proscripciones de que fue objeto dicha corriente mayoritaria del movimiento popular, exigió de los sindicatos el desempeño de funciones que trascendían la estricta defensa profesional de los trabajadores, llegando en numerosas oportunidades a presentarlos también en sus lealtades políticas mayoritarias. Son éstas las razones que han llevado a afirmar que la clase obrera argentina está, de hecho, encarnada sobre todo por los sindicatos. Estos factores, desde cierto punto de vista "externos", influyeron también notoriamente y de manera singular a reforzar la centralidad de los sindicatos, pero de ningún modo pueden ser convertidos como tiende a presentarlos cierta concepción peronista, en elemento decisivo.

3. Es posible, por tanto, distinguir la presencia de dos fuerzas de carácter estructural que potencian el sindicalismo argentino. Por un lado, *un mercado de trabajo hasta ahora relativamente equilibrado*. Ciertamente la Argentina escapa a las características del resto de los países latinoamericanos en el sentido de que no está sometida a fuertes presiones demográficas ni al exceso de mano de obra. Con un magro crecimiento poblacional, con niveles de subempleo y desempleo relativamente bajos, el mercado de trabajo no padece diferencias marcadas entre la oferta y la demanda de mano de obra. La inexistencia por esto de un ejército industrial de reserva de dimensiones considerables influye, naturalmente de modo favorable, respecto de la acción sindical y de los salarios.

La segunda determinante estructural reside en la *cohesión política de la clase obrera*. A diferencia de otros países donde el sindicalismo incluye en su seno la presencia de diversas corrientes de importancia semejante, en Argentina su perfil político tiene que ver más con la cohesión ideológica propia de ciertos sindicatos socialdemócratas europeos que con los existentes en América Latina.

Importa en este caso destacar de qué manera ha influido esta segunda fuerza de carácter estructural en el interior de la organización sindical. Es posible afirmar que, por un lado, ha puesto vallas al desarrollo de las divergencias que surgen en el ámbito de los cuadros dirigentes, obstaculizando cualquier conformación permanente y antagónica, y, por el otro, ha galvanizado la adhesión de las bases obreras a sus organizaciones en los periodos de reflujo sindical, toda vez que moviliza lealtades políticas dirigidas a compensar la ausencia de éxitos económicos. Todo esto, como afirman muchos analistas, ha facilitado la recomposición del poder sindical en coyunturas favorables y asegurado su intervención continuada en la escena política.

4. Reglamentado por el estado, el aparato organizativo con que opera el sindicalismo, y que coadyuvó al alcance de sus dimensiones actuales, encuentra sus límites en la misma legislación sindical que permite a los poderes públicos la intervención directa respecto del control del sindicato en el desempeño de sus funciones, de su vida política interna y del uso de sus fondos, algo que, en los últimos años, sucedió con mucha frecuencia, y en la actualidad con la mayor crudeza.

En el sindicalismo de nuestro país, el modelo organizativo está signado por el principio del monopolio sindical, el que se asienta a su vez en una concepción, de inspiración corporativista, que destierra toda idea de pluralismo sindical, y que se manifiesta en el otorgamiento, por parte del estado, al sindicato, de la personería gremial y, por su intermedio, la facultad de representar con exclusividad a un conjunto de trabajadores, de negociar en su nombre y de retener obligatoriamente una parte de su sueldo como pago de los servicios que brinda.

Con unidades de encuadramiento por ramas de actividad, y excepcionalmente por oficio y por empresa; con sólo un sindicato como agente de negociación por unidad de encuadramiento, con una organización piramidal en el que todos los niveles se subsumen en la confederación única, con todo esto se conforma un tipo de estructura fuertemente centralizada y no competitiva.

Si a esto se agrega su gran inserción en el mercado de trabajo (el 30% de los asalariados está afiliado a nivel nacional y el 70% cuando se trata de asalariados industriales) se comprenderá mejor aun el hecho de que el sindicalismo argentino concentre y dirija hacia objetivos económicos y políticos el poder de presión que posee.

5. ¿Pero en qué contexto histórico concreto se desarrolló este tipo de sindicalismo y junto con él su desmesurada capacidad de presión económica y política. Obviamente, el poder sindical no puede dejar de definirse, también, de acuerdo al campo de fuerzas dentro del cual se ejerce, pues además de ser función de los atributos de los trabajadores que organiza es, a la par, función de las peculiaridades de los grupos sociales y políticos con los que tiene que confrontarse.

Las vicisitudes de la vida política argentina de los últimos cincuenta años nos muestran a un estado sujeto a los vaivenes de gobiernos constitucionales carentes de un respaldo social sólido y siempre amenazado por lo que ya es

una constante en nuestro país, a saber, los golpes militares; a partidos políticos con una debilidad que se acrecienta a medida que los problemas a los que se deben enfrentar se vuelven más complejos; a fuerzas empresarias que, a diferencia de otros países, no son capaces de superar sus divisiones internas.

Dentro de este marco, y tratando claro está de aprovechar en su favor la situación, la acción sindical estuvo orientada a no permitir que los reiterados programas de austeridad económica tuvieran algún éxito, intentando a la vez crear fisuras entre sus adversarios. De tal modo trató de eludir los riesgos del aislamiento político, haciendo uso además de esa otra constante política de nuestro país que es el vacío de poder, a los efectos de negociar pragmáticamente ventajas económicas para sus representados y un espacio siempre más importante en el sistema político. Resulta de suyo, entonces, que las articulaciones de economía y política propias del sindicalismo argentino tienen que aparecer sobredimensionadas por la existencia, en el campo adversario, de fuerzas con el mismo grado de representatividad que la CGT, por ejemplo, y finalmente la ausencia en las filas de enfrente de un bloque homogéneo. Estas son tanto o más las razones, y no la fuerte presencia sindical, de la inestabilidad política argentina.

Durante los 18 años posteriores al golpe militar de 1955, y hasta el último gobierno peronista, los sindicatos racionalizaron sus luchas en nombre de un modelo social que condensaba su visión retrospectiva de lo que fuera el régimen peronista en los años cuarenta y cincuenta. Más que un programa de gestión, éste consistía en una lista de reformas de estructura en armonía con los valores distribucionistas y nacionalistas del peronismo. Estos objetivos constituyeron, no obstante, una meta lejana que casi no influyó sobre sus prácticas sindicales. Como su concreción sólo podía venir por una vuelta —remota— del peronismo al poder, el sindicalismo se concentró en una actividad reivindicativa, privilegiando las demandas inmediatas, económicas y políticas, de los trabajadores. Acentuada esta tendencia reivindicacionista, los dirigentes sindicales se consideraron eximidos de brindar soluciones positivas y se limitaron a actuar como grupo de presión.

En este mismo periodo, la acción de los sindicatos sólo excepcionalmente traspuso los portones de las fábricas para abordar problemas relativos al ambiente y a las normas de trabajo. Manipulados en la fábrica, olvidados por la diri-

gencia sindical, proscriptos en la sociedad, los trabajadores iniciaron nuevas formas de demandas que expresaban el malestar —indefinido y profundo a la vez— que había ido acumulándose en los lugares de trabajo. No es otra la razón de la facilidad con que los trabajadores pasaban de las reivindicaciones respecto de las condiciones de trabajo al cuestionamiento de las relaciones de autoridad en las empresas. Se puede decir, sin temor a cometer excesos, que durante los últimos años de la década del sesenta las fábricas vivieron en estado de rebeldía.

Los conflictos laborales se originaban y generalizaban por iniciativa de los movimientos reivindicativos lanzados por los propios trabajadores de las empresas, al margen no sólo de los dirigentes sindicales sino también de agitadores externos, con formas organizativas orientadas hacia la revitalización de los órganos de representación de base, en los que la asamblea general de empresa aparecía como una estructura sindical paralela encargada de plantear las reivindicaciones y tomar las medidas de fuerza.

Si las rebeliones antiburocráticas volvieron a aflorar a partir de 1973 en relación directa al reflujo de la iniciativa de las direcciones sindicales comprometidas con un gobierno al que debían lealtad política, la multiplicación de los conflictos laborales durante ese periodo no es sino la tentativa de ampliar hacia las empresas las modificaciones de las relaciones de poder producidas en el ámbito político y recuperar de ese modo el control sobre el lugar de trabajo que alguna vez poseyeron. Cuando en 1973, ciertas corrientes democráticas se preguntaban respecto de "cómo fusionar la consigna de la autonomía obrera con la tradición de nuestro movimiento obrero, cómo ligar la propuesta de valores anticapitalistas con la experiencia de la clase obrera peronista," se respondía: "las luchas por el control obrero, luchas sociales y políticas al mismo tiempo, constituyen un terreno para entablar ese diálogo, para comenzar a construir el camino nacional hacia el socialismo".

6. El sindicalismo argentino tendrá que enfrentarse ahora con circunstancias nuevas.

Destruídos los espacios políticos propios del estado de compromiso, y con partidos políticos populares afectados en su accionar e incapacitados para aprehender en su verdadera dimensión la restructuración autoritaria del capitalismo, el movimiento sindical —tradicionalmente circunscripto a la defensa del nivel de vida obrero y ajeno a toda tentativa más global de intervención sobre las modalidades del desarrollo económico— se encuentra perplejo, debilitado y disperso para enfrentar estos nuevos desafíos.

No tendrá ya ante sí el estado de tipo "asistencial" que apuntaba a equilibrar la demanda y la oferta, especialmente con medidas dirigidas a la expansión de los consumos, o sea de carácter distributivo, sino a un estado con formas cada vez más extendidas de sostén inmediato y directo de las empresas. Su interlocutor no será esta vez aquél siempre dispuesto a ceder ante los embates de su adversario principal sino un estado que con obstinación se dirige hacia la reorganización del sistema productivo sobre la base de una profunda modificación de las formas de acumulación. Pero tampoco estará inmerso en aquel contexto que permitía el desempeño exitoso de su defensa de intereses sectoriales, sino en una sociedad que está empezando a sentir los efectos de ciertas modificaciones estructurales y exige un replanteo, ampliación y profundización de sus instituciones representativas, en especial del sindicato, su preocupación y lucha por un nuevo modelo de desarrollo, que exige a su vez la elaboración de una respuesta correcta y actualizada para el difícil problema de las formas institucionales que puede asumir la dialéctica entre lo social y lo político, entre las reivindicaciones inmediatas y las metas históricas de la clase obrera.

¿Hasta qué punto el sindicalismo argentino está en condiciones de satisfacer las necesidades de la sociedad argentina actual? El sindicato es una gran fuerza que actúa en la sociedad civil. Pero así como puede y debe ser un instrumento de progreso y emancipación económico-social de los trabajadores, en ciertos momentos, puede llegar a ser, por el contrario, el enemigo de los intereses históricos de la sociedad. Es el riesgo que corre en nuestro país si no se produce un viraje histórico en la relación entre el sindicato y los trabajadores, entre el sindicato, el estado y la sociedad.

LA ÚLTIMA CURDA

[TANGO]

Lastima, bandoneón,
mi corazón,
tu ronca maldición maleva...
Tu lágrima de ron
me lleva
hasta el hondo bajo fondo
donde el barro se subleva.
¡Ya sé, no me digás! ¡Tenés razón!
La vida es una herida absurda,
y es todo tan fugaz
que es una curda, ¡nada más!
mi confesión.

Contame tu condena,
decime tu fracaso,
¿no ves la pena
que me ha herido?
Y hablame simplemente
de aquel amor ausente
tras un retazo del olvido.
¡Ya sé que te lastimo!
¡Ya sé que te hago daño
llorando mi sermón de vino!

Pero es el viejo amor
que tiembla, bandoneón,
y busca en el licor que aturde,
la curda que al final
termine la función
corriéndole un telón al corazón.
Un poco de recuerdo y sinsabor
gotea tu rezongo lerdo.
Marea tu licor y arrea
la tropilla de la zurda
al volcar la última curda.
Cerrame el ventanal
que quema el sol
su lento caracol de sueño,
¿no ves que vengo de un país
que está de olvido, siempre gris,
tras el alcohol?...

Música: Aníbal Troilo
Letra: Cátulo Castillo
© by Editorial Korn S.A.I.C.

Liberalismo y perspectiva nacional

Luis Bruschtein

La mayor parte de los argentinos que componen este exilio son compañeros que comenzaron a vivir políticamente después del golpe militar de 1955, o después del golpe militar de 1966, o bien tras el golpe de 1976 que nos echó del país.

Esta breve cronología política plantea de entrada una relación bastante particular con la democracia. Si bien es cierto que la resistencia popular contra las dictaduras, que contuvieron a los que hoy nos encontramos en el exilio, estaban signadas por el afán de participación popular, el rechazo al autoritarismo, al elitismo y a la falta de libertades, no es menos cierta la necesidad que tenemos los argentinos en general, y en especial los exilados, de rescatar y revalorizar el concepto de democracia.

No hubo en Argentina un solo golpe militar que no se efectuara en nombre de la democracia y en defensa de la Constitución y la propiedad, y en contra del desorden y la demagogia. Paradójicamente, connotados constitucionalistas y personalidades famosas por su defensa verbal de la democracia siempre aparecieron defendiendo a los militares y sus argumentos golpistas. Sin hablar de las corrientes de izquierda ya fuera que, por su inmadurez o por sus vinculaciones internacionales, se han sumado en distintas ocasiones al consenso de los golpistas.

Si hasta la profesora de educación democrática, aquella que tanto jodía a sus alumnos para que se aprendieran de memoria el Preámbulo de la Constitución, debe simpatizar en este momento con los que organizaron los campos de concentración en Argentina.

Para confundir más el panorama, nuestra apaleada, generosa y completa Constitución Nacional surge al escenario histórico como resultado aparente de la derrota de las fuerzas nacionales en Caseros, y del triunfo de una invasión brasileña apoyada por las potencias europeas.

A partir de allí, la historia de Mitre y de los demás antecesores de los actuales golpistas, se apropia de un concepto de democracia, muy particular, por cierto, si se tienen en cuenta las consecuencias que ha sido capaz de generar.

En este marco es importante reconocer que la palabra "democracia" no tiene una sola acepción, y que por el contrario esconde bajo ese mismo rótulo ideologías antagónicas.

La falsa democracia de los liberales

En los últimos 25 años las "vivencias" democráticas de los argentinos se remiten a las cortas experiencias de Illia —a pesar de las proscipciones— y de los gobiernos peronistas —a pesar de la intervención de los militares y de López Rega— en el periodo de Isabel.

O sea que, por lo menos las últimas generaciones, conocemos bastante poco del tema y nos hemos debatido en un terreno esencialmente contradictorio en este sentido.

Los demócratas golpistas y la clase política deleznable que adora el poder mesiánico de los militares porque no pueden esperar nada de su pueblo, aunadas al oportunismo de los grandes medios de comunicación que cambian de discursos democráticos con la misma facilidad con que se desnuda a una bailarina de Karin, han contribuido a enturbiar en todos estos años cualquier idea que nuestras generaciones se pudieran formar acerca de la democracia.

Existe una falsa democracia en los libros de texto y en el lenguaje de los argentinos. La oligarquía se apropió en los orígenes del país actual, de las banderas liberales y democráticas que en Europa combatían al feudalismo. Pero aquí se trataba de organizar un estado fuertemente centralizado, capaz de absorber las inquietudes populares y garantizar la estabilidad institucional que exigía la incorporación de Argentina al mercado mundial.

Este liberalismo, encarnado en la oligarquía, se manifestó en nuestro país de una manera distinta a la de los liberales en otros países de América Latina. La ideología de este cierto liberalismo se inclinó por una democracia ateniense y muchas veces llegó a convertir el término de democracia en sinónimo de aristocracia y represión. Valga el chimento recordar de paso que una prima de nuestro actual ministro de Economía, responde al apelativo de Dulce Liberal Martínez de Hoz.

Esta falsa, dulce y liberal "democracia", que ha sido la madre de los errores de una cierta izquierda impregnada por el liberalismo, tiene un sustento de clase, un sustento económico opuesto antagónicamente a los intereses económicos, políticos y sociales del pueblo; por eso también necesita un sustento militar cada vez que es implementada.

En 1946, en el discurso de presentación de su candidatura presidencial, el general Perón afirmaba: "Soy pues mucho más demócrata que mis adversarios, porque yo busco una democracia real, mientras que ellos defienden una apariencia de democracia. Yo pretendo que un mejor estándar de vida ponga a los trabajadores, aun a los más modestos, a cubierto de las coacciones capitalistas; y ellos quieren que la miseria del proletariado y su desamparo estatal les permitan continuar sus viejas mañas de compra o de usurpación de las libretas de enrolamiento."

El liberalismo oligárquico atacó la ideología nacional y popular acusándola de antidemocrática y asumiendo para sí el papel de luchador histórico por la democracia.

Perón afirmaba en ese mismo discurso: "Porque la verdad es esta: en nuestra patria no se debate un problema entre 'libertad' y 'tiranía', entre Rosas y Urquiza, entre 'democracia' y 'totalitarismo'. Lo que en el fondo del drama argentino se debate es simplemente un partido de campeonato entre la 'justicia social' y la 'injusticia social'."

La verdadera democracia solamente puede asentarse sobre la base de la justicia social, mientras que lo otro es nada más que formas institucionales para encubrir, ordenar y justificar la injusticia social y la sobreexplotación del pueblo.

Lo importante es entender que esta relación histórica entre los discursos democráticos y el liberalismo oligárquico no tiene que llevar al campo popular y nacional a desprestigiar al primero por atacar el segundo.

La democracia frágil es una opción peligrosa

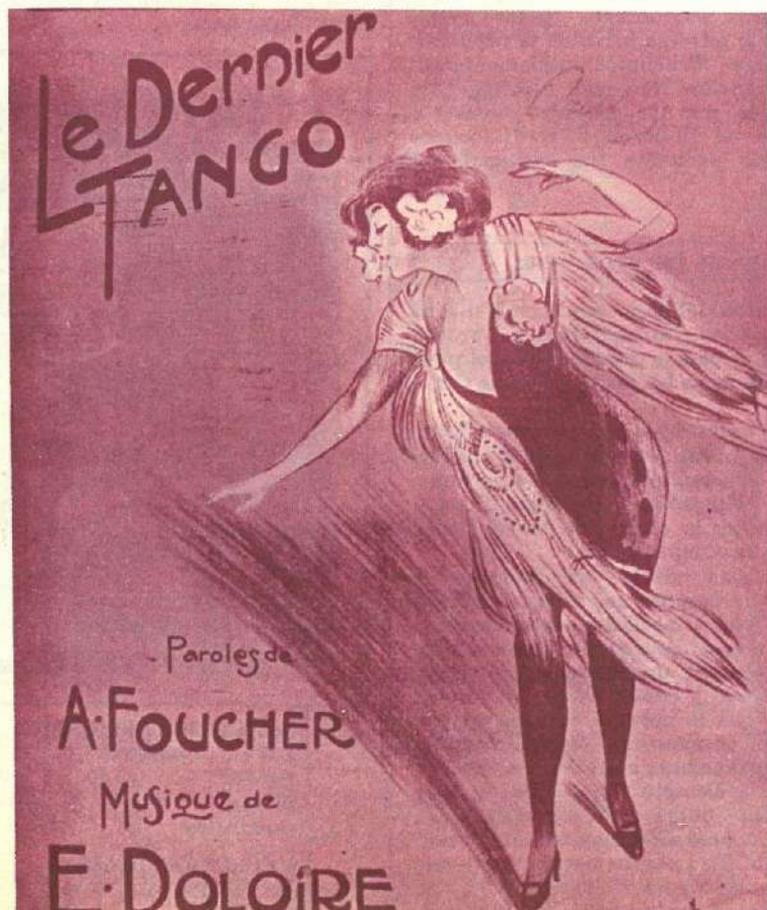
Cuando en una discusión de taquería un argentino se dirige al otro para preguntarle qué prefiere, si los tipos que gobiernan ahora, o la democracia "como la conocimos", en la legítima intención autocrítica está escondiendo también un dejo de oportunismo.

Es cierto que el liberalismo, la inmadurez, la confusión o la incomprensión de los movimientos populares llevaron a muchas organizaciones políticas a congratularse con el golpe, algunas a apoyarlo críticamente, y a otras a no defender los espacios democráticos que existían antes de la llegada de los militares.

El problema es que no fueron estas organizaciones las que derribaron el sistema democrático que se había ganado en 1973. Fueron las mismas contradicciones de ese sistema, su incapacidad para hacerse fuerte en la organización popular y arrebatarle el poder político económico y militar determinante a la oligarquía, las que lo llevaron al fracaso; algo parecido sucedió con Illia, y seguramente pasará lo mismo con cualquier gobierno democrático que no tome en cuenta la dura experiencia de estos años.

Sería irresponsable o excesivamente oportunista sumarse al clamor legítimo y generalizado por el retorno a la vigencia de la Constitución sin tomar en cuenta esta experiencia. El respeto de los principios constitucionales es capaz de establecer las formas elementales para una convivencia digna entre los argentinos, pero ha resultado por sí solo incapaz de contener a los sectores sociales minoritarios más antidemocráticos al concederles una participación hegemónica en todas las formas de poder.

La revisión a fondo de las experiencias democráticas de los últimos años en nuestro país deja como conclusión que la única forma demo-



crática perdurable será aquella que aliente la organización de los sectores populares y que limite con firmeza a la oligarquía, los monopolios y el capital financiero internacional. Esto no se llama socialismo. Pero sí significa entender la democracia desde una óptica distinta a la del liberalismo argentino. Una democracia popular y nacional capaz de consolidarse y resistir los embates de la oligarquía y sus aliados: ése será el único punto de partida posible para las transformaciones estructurales profundas que permitan encontrar una solución a la crisis crónica del sistema productivo y la organización social de nuestro país.

La democracia real y los movimientos nacionales

Existe una democracia real en el espíritu y en la práctica de las masas, en las asambleas de empresas y fábricas, en las asambleas estudiantiles y en las organizaciones campesinas y de pequeños propietarios, en su experiencia de lucha y movilización. Esta democracia real apareció en el sistema político en forma parcial y en muy contadas ocasiones. Esta es una dinámica que es necesario alentar y seguir para encontrar formas políticas verdaderamente democráticas en el plano de la organización nacional.

La otra vertiente sobre la que se asienta la posibilidad de alcanzar este objetivo es el desarrollo de los aportes que los movimientos nacionales hicieron a la democracia en Argentina. La constitución de 1853 no hubiera sido posible sin los esfuerzos anteriores del Partido Federal y de los famosos "Pactos preexistentes" que señala el Preámbulo y que expresaban los primeros intentos serios para la conformación de una conciencia nacional.

Irigoyen es el primer presidente electo por el sufragio universal y secreto y su gobierno significó la irrupción de las capas medias y la pequeña burguesía en el plano político. El peronismo surge de las masas movilizadas, alienta la organización de los trabajadores e instaura el voto femenino.

Sin estos movimientos nacionales, los falsos liberales argentinos hubieran construido una gran estancia y no habríamos llegado a tener un país relativamente avanzado en materia social y económica.

RESUMEN de la actualidad argentina

- Todo lo que sucede en nuestro país extraído de su prensa diaria.
- Un amplio panorama sobre la producción política en el exilio.
- Los principales documentos de coyuntura elaborados en Argentina.
- Rescate de la cultura popular latinoamericana (cuentos, poesía, ensayo)
- Entrevistas
- Suplemento especial AMÉRICA LATINA

Aparece quincenalmente editada por el Club para la Recuperación Democrática Argentina.

Suscripción:

América Latina: por 6, 12 ó 24 números:
 US \$ 15, US \$ 30 y US \$ 60
Europa: por 6, 12 ó 24 números:
 US \$ 13, US \$ 26 y US \$ 52

Correspondencia a: NAL - CC 150.189 - Madrid - España

Estas dos vertientes se articulan con más claridad en el peronismo. Un ejemplo de ello son las precisiones que se introducen en 1949 a la Constitución Nacional. Más allá del punto referido a que "el estado no reconoce la libertad de atentar contra la libertad" que tanto escandalizó produjera en los constitucionales que hoy apoyan a la dictadura militar, la Convención de 1949 entendió la necesidad de apuntalar a nivel constitucional el derecho al trabajo, o el derecho a una retribución justa sobre la base de que "siendo la riqueza, la renta y el interés del capital frutos exclusivos del trabajo humano, la comunidad debe organizar y reactivar las fuentes de producción en forma de posibilitar y garantizar al trabajador una retribución moral y material que satisfaga sus necesidades vitales y sea compensatoria del rendimiento obtenido y el esfuerzo realizado".

De la misma manera se enumeran, en un capítulo especial, los derechos a la capacitación, a condiciones dignas de trabajo, a la preservación de la salud, al bienestar, a la seguridad social, a la protección de su familia, al mejoramiento económico, a la defensa de sus derechos profesionales y a agremiarse libremente.

Es interesante recordar los artículos referidos al capital, al cual se le asigna un capítulo completo.

Dice el artículo 38: "La propiedad privada tiene una función social y, en consecuencia, estará sometida a las obligaciones que establezca la ley con fines de bien común. Incumbe al estado fiscalizar la distribución y la utilización del campo e intervenir con objeto de desarrollar e incrementar su rendimiento en interés de la comunidad, y procurar a cada labriego o familia labriega la posibilidad de convertirse en propietario de la tierra que cultiva."

El artículo 39 agregaba: "El capital debe estar al servicio de la economía nacional y tener como principal objetivo el bienestar social. Sus diversas formas de explotación no pueden contrariar los fines de beneficio común del pueblo argentino."

El artículo que le sigue señalaba: "La organización de la riqueza y su explotación tiene por fin el bienestar del pueblo dentro de un orden económico conforme a los principios de la justicia social. El estado, mediante una ley podrá intervenir en la economía y monopolizar determinada actividad en salvaguardia de los intereses generales..."

En el mismo artículo se indicaba que "los servicios públicos pertenecen originariamente al estado y bajo ningún concepto podrán ser enajenados o concedidos para su explotación."

Por supuesto, éstos son nada más que algunos párrafos fuera de contexto, de los capítulos II y III de la primera parte de la Constitución, denominada "Principios fundamentales" y que la Convención Nacional, efectuada en 1957, convocada por un gobierno de facto, hizo desaparecer de un plumazo. De todos modos, el gobierno peronista fue derrocado en 1955.

Más allá de los programas

El peronismo desde el llano siguió en la misma línea de pensamiento, profundizándola y produciendo propuestas para la organización del país, como los programas de La Falda y Huerta Grande.

Este último, entre otros puntos, exigía la nacionalización de todos los bancos y de los sectores claves de la economía, como la siderurgia, la electricidad, el petróleo y los frigoríficos, y la expropiación de la oligarquía terrateniente sin ningún tipo de compensación:

"En la Argentina —decía— hay un grupo de varias centenas de familias que poseen millones de hectáreas de tierra regaladas por el estado o robadas directamente. Este grupo, absolutamente parasitario, absorbe una elevada proporción de la renta nacional y concentra así un enorme poder político que le permite corromper funcionarios, evadir impuestos y financiar golpes de estado y conspiraciones contra los movimientos populares. Un ejemplo típico es el de la familia Bemberg (hoy podría ser Martínez de Hoz), que maneja en la actualidad importantes resortes del gobierno. Este cáncer nacional hay que extirparlo totalmente y sin vacilaciones."

En otro punto, el programa de Huerta Grande exigía "implantar el control obrero sobre la producción":

"Esta es la única manera de terminar con la

anarquía, el desorden y la incapacidad que reinan dentro de las empresas y que son causa de los elevados costos de producción y de la deficiente calidad de la mercadería elaborada. Las propias estadísticas oficiales señalan que la productividad obrera se ha elevado en los últimos años más de un doce por ciento, mientras el volumen físico global de la producción permanece casi estacionario."

Años más tarde, el programa del 11 de marzo de 1973 recogió muchos de esos puntos. La Constitución de 1949 fue aprobada por el peronismo en su conjunto. El programa de Huerta Grande fue refrendado por las 62 Organizaciones, y el programa del 11 de marzo fue plebiscitado el 23 de septiembre de 1973 y asumido por el propio general Perón como el programa de su gobierno. O sea que no se trata de iniciativas propias de un sector del peronismo sino que, por el contrario, fueron producto del movimiento en su conjunto, porque refleja, la función histórica y social a la que el peronismo debe dar respuesta.

Sin embargo, esta enumeración limitada demuestra que si bien los movimientos nacionales, y el peronismo en los últimos años, son quienes han aportado con mayor coherencia a la construcción de una democracia real en Argentina, les ha sido imposible hasta ahora completar esta función histórica. La oligarquía no ha sido expropiada y mantiene el poder político y sobre todo controla la economía y el ejército, al que ha convertido en una banda de capataces dóciles a sus intereses y enemigos del pueblo.

Entre esa democracia falsa del liberalismo oligárquico y las experiencias democráticas frágiles, obviamente optaremos por las segundas. Pero la única opción democrática real está en la que se expresa en las masas y en la proyección histórica de los movimientos nacionales. Y ésta es una responsabilidad del peronismo desde que esta corriente existe, pues fue el primer movimiento nacional cuyo principal componente es la clase obrera.

El movimiento peronista tiene programas verdaderamente democráticos, como se ha señalado, y tiene clara cuál es la forma de democracia a la que aspira. Lleva en su seno el ímpetu transformador de los trabajadores argentinos. La potenciación de esos dos factores, logrando cohesionar a las fuerzas nacionales detrás de una perspectiva democrática y antioligárquica, y convirtiendo a la clase obrera en la columna vertebral de ese movimiento, sin mediatizaciones ni falsos intermediarios, impulsando su participación democrática en todos los ámbitos del movimiento es la forma más concreta para luchar por una democracia real, sólida y profunda en Argentina.

testimonio
 latinoamericano

suplemento



Centroamérica el eslabón revolucionario

Bolivia la otra lección

Argentina el papa en Brasil

la utopía latinoamericana tradición, catedra, carisma

Sudamérica peronismo: plato de la

reajuste de cuentas

exilio

¿solidaridad o política?

proyectos y realidades

600 1 198 314 OCTUBRE 1981 118 Ptas.

SUSCRIPCIÓN ORDINARIA
 (por 6 ó 12 números):

España:	600 ó 1.200 pesetas
Europa:	12 ó 24 U\$A
Otros países:	15 ó 30 U\$A

SUSCRIPCIÓN DE APOYO
 (por 12 números):

España:	2.500 pesetas
Otros países:	40 dólares USA o su equivalente

Las restricciones del gran gulag

Carlos Ábalo

No hay más que echar una mirada a lo que sucede en el mundo para darse cuenta en qué medida la democracia está muy lejos del alcance de la mano. No es, por supuesto, una fatalidad de la vida, sino algo de naturaleza mucho más histórica. La democracia está estrangulada por el mercado mundial capitalista, y lo estará cada vez más a lo largo de los próximos años.

La crisis mundial que se inició el decenio pasado y que estuvo precedida por la aparición de tendencias que restringieron la tasa de ganancia, impulsó una brutal concentración de la producción y una centralización del capital en una escala mundial. La plusvalía tiene su origen exclusivamente en la explotación del trabajo. Por consiguiente, la necesidad de elevar la plusvalía extraída para neutralizar la caída de la tasa de ganancia y hacer frente a la competencia tecnológica entre los capitales impone, a la larga, un deterioro de los salarios reales. Durante un tiempo, este fenómeno no se manifestó en los países capitalistas mas avanzados porque fue neutralizado por la transferencia de valor desde la periferia, es decir, por la presencia del gulag imperialista de no menos de 2 000 millones de muertos de hambre que integran el infierno del subdesarrollo. Sin embargo, y aunque el padecimiento no es comparable al de los marginados del mundo, la austeridad llegó a Europa y el desempleo se extiende en el capitalismo avanzado.

La crisis actual no implica una tendencia uniforme en un mismo sentido, sino que la crisis prepara y da lugar ella misma a una nueva fase de actividad del capitalismo. En esa nueva fase, el capitalismo debe fortalecer la centralización de las economías nacionales en el mercado mundial, extender aún más las relaciones de producción capitalistas y vincular más estrechamente a los países llamados socialistas y a los periféricos a las economías centrales, generando, sin embargo, una mayor diferenciación entre ellos, sin que por eso desaparezca el sub-

desarrollo. Esta es la punta del iceberg que en el presente se manifiesta como una nueva división internacional del trabajo que vulnera las economías nacionales y las somete a la tendencia integradora del mercado mundial.

La época actual está marcada por la vigencia del monetarismo, esto es, por una política económica que se dice encaminada a terminar con la inflación, pero que en realidad se orienta a incrementar las ganancias de los capitales más concentrados, a costa de una reducción del empleo y de los salarios y de la desaparición de los capitales marginales. La persistencia de estos capitales gracias al amparo de la democracia burguesa, contribuyó a reducir las tasas de ganancia y a exacerbar la lucha económica, dando lugar a una verdadera anarquía de precios, que explica en parte la actual ola inflacionaria mundial.

La actual fase del capitalismo está, por ese motivo, enfrentada directamente a la posibilidad de la democracia, aun la democracia burguesa en la forma que la ejercieron los países avanzados en el reciente período de alza del capitalismo.

En un sentido histórico, la democracia sólo podrá ser recuperada con la desaparición del mercado mundial capitalista, en una organización social superior. La lucha por esa democracia, que en la actualidad incluye el derecho al trabajo y la defensa de las conquistas sociales conseguidas bajo el capitalismo es, cada vez más, una tarea de los trabajadores del mundo en su conjunto. La centralización del capital en el mercado mundial se corresponde, también, con la acción internacional de los trabajadores.

Sin embargo, el capitalismo, en la actual fase de integración, tampoco seguirá una línea recta proyectada hacia el futuro. Nadie puede decir todavía en qué momento la actual tendencia centralizadora pueda frenarse parcialmente, sin perder su dirección histórica.

Ese momento puede llegar cuando se recupere la tasa de ganancia y desaparezca una masa

de capitales marginales, sin descartar que la limitación parcial del proceso de concentración pueda deberse en parte a la lucha democrática y reivindicativa de los trabajadores. Si el capitalismo no se quiebra en la crisis, lo cual no sucede por generación espontánea o por el propio peso de la crisis, el sistema saldrá del pozo actual y se reestructurará dentro de los marcos de algún tipo de democracia restringida, como son todas las democracias basadas en la propiedad privada y la desigualdad social.

Por lo tanto, para responder sobre el problema de la democracia en el mundo, no es posible despegarse de la presencia del mercado mundial ni de una mínima concepción acerca de la duración de este período de crisis y del carácter de la futura recomposición capitalista, pero no es éste el lugar para hacer disquisiciones sobre el tema. Su planteo responde a la necesidad de vincular la cuestión de la democracia a la base material de la existencia humana, que se expresa en forma concentrada en el mercado mundial. Es explicable nuestra impaciencia de clase media intelectual definitivamente influida por toda una etapa de vigencia del stalinismo por querer disfrutar de un lugar bajo el sol. Pero no se comprenden realmente las tendencias del mundo en el que uno está viviendo a partir de deseos subjetivos, sino mediante un análisis objetivo. Es más, infinidad de tareas y compromisos políticos se han definido en nuestra vida a partir de una concepción subjetiva y voluntarista sobre el porvenir, y pareciera que ya es hora de cambiar.

Con lo anterior queremos decir que la democracia en el mundo, en los próximos diez años, y salvo un cambio político de excepcional magnitud, va a ser una democracia relativamente estrecha y condicionada. Cada uno de nosotros, en su vida cotidiana, podrá disfrutar de un cierto espacio para leer, escribir y opinar no demasiado diferente del actual. Pero la democracia, en el sentido de la participación política para amplias masas y para que esas masas puedan conseguir a través de ese ejercicio la mejor respuesta a sus aspiraciones, será relativamente restringida, dentro del condicionamiento actual. Ahora bien, ¿qué tipo de democracia se podrá conquistar en la Argentina en los próximos cinco años? En la primera parte de este escrito di un tipo de respuesta general que muchos no dejarán de calificar de economicista. Sin embargo, esa es la respuesta más general y objetiva que se me ocurre. Creo que esa respuesta no es economicista en el sentido de que el mercado mundial no es una categoría exclusivamente

"GRICEL"

EDITORIAL JULIO KORN"

TANGO

Versos de CONTURSI
Música de MARIANITO MORES

PIANO

cello dolce

VIOLIN

delicísimo

cresc. poco a poco

Mejor... de Lu... Gri... cel!

Me di... juglar... sar... el

Y así que vi reglamos... de... preparate...

Cris... - - - - -

di

(para orquesta)

2.

2.

Me hice después tu voz y el calor de tu mirar... y como un loco te busqué pero ya nunca te encontré y en otros brazos te ardió ¡Oh vida toda fui un engañal! Qué será, Gri... cel, de mí... se cumplió la Ley de Dios porque una culpa ya pago quien se hizo tanto dolido

Del... al... y... Coda

No debí pensar jamás en lograr tu corazón... y sin embargo te busqué hasta que un día te encontré y con mis brazos te ardió sin importarme que eras buena... Tu ilusión fue de cristal se rompió cuando perdí por mí... nunca más volveré... ¡Que amargo fue tu pesad!

No te olvides de mí... de la Gri... cel! me dijiste al besarte al Cri... cel! y hoy que vivo enloquecido porque no te olvidé me acordé de mí... ¡Gri... cel!... ¡Gri... cel!...

Me hice después tu voz y el calor de tu mirar... y como un loco te busqué pero ya nunca te encontré y en otros brazos te ardió ¡Oh vida toda fui un engañal! Qué será, Gri... cel, de mí... se cumplió la Ley de Dios porque una culpa ya pago quien se hizo tanto dolido

económica. El individuo es un individuo histórico-concreto y el mercado mundial es lo que define de la forma más general y más concreta a la vez, lo que puede entenderse por la posibilidad biológica y cultural de desarrollar el ser social e individual en un período histórico determinado.

En la medida en que tratemos de dar una respuesta más específica, (el caso argentino) el abanico de posibilidades se abre. Por ese motivo quiero analizar esta segunda cuestión desde un punto de vista limitado, predominantemente económico. El motivo es bien sencillo: no dispongo de una caracterización de la clase obrera, en el sentido de que no sé hasta que punto la experiencia del pasado inmediato de dicha clase puede expresarse en saltos cualitativos de organización social y política capaces de manifestarse en el curso del presente decenio. No es que crea que la pequeña burguesía sea siempre un ente pasivo, pero me parece que su pasividad será bastante grande en este período, en el sentido de que tenderá a aceptar el condicionamiento. En todo caso, tratará de encauzar sus disconformidades dentro de las reglas del juego y su actitud dependerá, en este aspecto, del sentido en que se mueva el proletariado.

Por todos estos motivos pretendo circunscribirme al examen del tipo de brecha democrática a la que podrá llegarse a partir del condicionamiento de la política económica vigente en la actualidad. En la medida en que esa política marca la senda hacia un reordenamiento integral de la economía argentina, acorde con el que se registra en la economía mundial, es posible que las grandes líneas de ese ordenamiento sean inmodificables en los próximos cinco años.

Sin embargo, habrá algún cambio. La vuelta a algo parecido al populismo está descartada, y tampoco sería deseable, porque requeriría un nuevo empuje de la autarquía, que debilitará la acumulación de capital, estrechará el excedente económico y, al producir el consabido movimiento de corrección, implicará nuevas penurias económicas y degradaciones políticas y sociales para los trabajadores. Ya no hay camino autónomo al margen de las tendencias generales del mercado mundial, salvo que la actual crisis derive en un proteccionismo desenfrenado y en la guerra. De cualquier manera, por iniciativa nacional o por empuje internacional, el autonomismo sería un desastre.

El reordenamiento tal y como existe en la actualidad tampoco se podrá mantener en forma estricta en el futuro inmediato. La especialización internacional privilegiará a la agricultura de exportación de la pampa húmeda (no a la producción de carne, que en parte tenderá a volverse marginal por la evolución operada en el mercado mundial de ese producto). En la medida en que la Argentina no cuenta con un ejército industrial de reserva, la exportación industrial será relativamente limitada en rubros, aunque no necesariamente en cantidad. El crecimiento industrial general también será limitado, en comparación, por ejemplo, con el de Brasil, lo que no excluye la especialización en un puñado de pocas industrias. El país capitalista del futuro inmediato dispondrá de una generosa renta agraria y su base productiva industrial no será extensa, lo que también va a limitar el crecimiento numérico de la clase obrera. Este aspecto va a estar ligado al grado de apertura democrática que se produzca en el futuro.

En efecto, una vez reorganizada la economía, se necesitará de un ciclo ascendente de acumulación y, por consiguiente, de un incremento en la demanda interna, lo que va a exigir "reglas del juego" con la burguesía marginal y el movimiento obrero. Con relación a la situación actual, ello significará una democratización parcial, dado que el capitalismo no puede ser regulado exclusivamente por la represión.

Esas "reglas del juego", que incluyen a la burguesía marginal y a los trabajadores, ya están siendo exigidas en la actualidad. El plan económico puesto en marcha en 1976, si bien consiguió en gran medida el reordenamiento, no pudo hacer desaparecer a todos los sectores de la burguesía marginal y, además, goza de una masiva impopularidad en casi todos los estratos sociales. Por ese motivo, las presiones para su corrección son considerablemente grandes y no hay por qué suponer que esas presiones no alcancen cierto éxito. Si no existiera ese temor, el actual equipo económico no hubiera impuesto tantos condicionamientos al futuro. Es probable, por consiguiente, que sin abandonar el

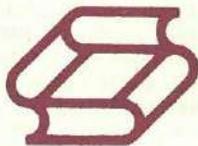
sentido general de la reorganización, se amplíe el margen de aceptación del capital marginal y haya más espacio para el desarrollo industrial.

Esa sería una perspectiva no para la vigencia de la democracia, sino para reducir el condicionamiento y para ampliar los límites de la estrecha democracia condicionada. En un sentido de más largo plazo, esa perspectiva dará bases más firmes que las actuales al desarrollo social y político de la clase obrera, que es la pieza clave del futuro.

Es necesario agregar una precisión importante. En la medida en que la agricultura tradicional será el principal rubro de exportación, la renta de la tierra es uno de los factores más decisivos de la limitación industrial. Esta es una característica de la reorganización económica emprendida en la Argentina. Como, además, no existe un verdadero ejército industrial de reserva, la menor limitación industrial tenderá a elevar los salarios y reaparecerá en algún momento la posibilidad de expropiar una parte de la renta de la tierra por vía impositiva para ampliar la acumulación. Esa posibilidad está, en la Argentina, indisolublemente ligada al problema de la apertura democrática y al resguardo social y político de la clase obrera.

La democracia, en su sentido más amplio, está unida al fin de la dictadura del capital sobre el mercado mundial y, por consiguiente, a la iniciación del camino hacia el socialismo. Pero esa tarea será mucho más larga de lo que nos imaginamos. No se puede mirar hacia el horizonte sin ver por donde se pisa. La minúscula brecha democrática que puede depararnos el futuro más o menos inmediato argentino requiere que se tome en cuenta esa posibilidad y que se exploren sus perspectivas. El futuro es también la larga vida cotidiana que marca el camino hacia ese futuro.

Desde el punto de vista de las condiciones económicas que permitan una minúscula y condicionada apertura política, se hace necesario examinar las posibles estrategias de recambio y señalar sus ventajas o desventajas con respecto a la actual, aunque las grandes líneas de integración al mercado mundial se mantengan inalterables. Después de todo, no hay sólo una política de integración, y cada una de ellas puede dar lugar a diferentes relaciones sociales y de poder. No es extraño, por ello, que uno de los temas más discutidos en la Argentina actual sea precisamente éste.



EDITORIAL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

COLECCION FILOSOFICA

El marxismo y Hegel, Lucio Colletti y Valentino Gerratana.

El marxismo y la crisis del estado, Nicos Poulantzas, Jean-Marie Vincent, Joachim Hirsh, Suzann de Brunhoff y Christine Buci-Glucksmann.

Esencia y apariencia en El capital, Oscar del Barco.

La dialéctica revolucionaria, G. Della Volpe, H. Cerro-ni, L. Colletti, C. Luporini, N. Badaloni, E. Paci, L. Gruppi, A. Natta, B. de Giovanni.

¿Existe una teoría marxista del estado?, Norberto Bobbio, Humberto Cerroni, Giuseppe Vacca, Valentino Gerratana, Archille Occhetto, Pietro Ingrao.

El problema del estado y la dictadura del proletariado, Nicos Poulantzas, Etienne Balibar, Luciano Gruppi, David Kaisergruber, Georges Labica, Christine Buci-Glucksmann.

El pensamiento revolucionario de Gramsci, Eric Hobsbawm, Cerroni, Lucio Magri, Mich. Notarianni, Rossanna Rossanda, Massimo Salvadori y Lucio Colletti.

Teoría marxista de la revolución proletaria, Robin Blackburn, Darfo Lanzardo.

Acerca de la naturaleza social de la Unión Soviética, Paul Sweezy, A. Gunder Frank, Ernest Mandel, R. Miliband, Ludolfo Paramio, Bernard Chavance, Enrique Gomáriz.

La crisis del marxismo, Louis Althusser, Lucio Colletti, Christine Buci-Glucksmann, Fernando Claudín, Ludolfo Paramio, Jorge Reverte.

Movimientos populares y alternativas de poder en Latinoamérica, Enzo Falleto, Carlos Franco, Sergio de la Peña, Teresa Lozada, Carlos Perzabal, Américo Saldívar, Adolfo Gilly, Herbert Souza, Ludolfo Paramio, Jorge Reverte, Norberto Lechner, Héctor Bruno, Oscar del Barco.

Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninistas, Oscar del Barco.

Los dilemas del socialismo

Juan Carlos Portantiero

"La democracia socialista no comienza solamente en la tierra prometida, una vez construidas las infraestructuras económicas socialistas, como regalo de Navidad para el heroico pueblo que en ese tiempo sostuvo a un puñado de dictadores socialistas."

ROSA LUXEMBURG

Ha sido ya señalado y es tema recurrente de la reflexión política sobre América Latina que, desde mediados de los setentas, se ha producido un desplazamiento del eje problemático para las izquierdas en el continente: si entre la revolución cubana y el derrocamiento de Allende el tema de discusión era el socialismo, actualmente esa centralidad la ocupa la cuestión de la democracia. Esto es evidente sobre todo en el sur, es decir en sociedades que creyendo estar en vísperas del socialismo en realidad lo estaban de una forma de autoritarismo capitalista que iba a arrasarse de cuajo con conquistas civiles y sociales que había costado mucho estructurar. No parece ser éste el caso de Centroamérica, en donde el tipo de relación que las izquierdas establecen entre democracia y socialismo se asemeja al modelo clásico: sobre el fondo de procesos de lucha armada contra dictaduras tradicionales, la realización de la democracia implica necesariamente una revolución popular, una metodología guerrillera y una dirección urbana, de estilo jacobino, que centralice políticamente a fuerzas sociales cuyo nivel de organización es muy bajo.

En la medida en que los países del sur del continente no responden —no socialmente ni en términos de las características de su crisis política— a esos rasgos, los problemas que se les plantean a sus izquierdas son otros. Se trata de sociedades que han conocido formas democráticas y una expansión relativa del "estado de bienestar" y que, por lo tanto, perciben a los actuales autoritarismos como responsables por la pérdida de algo ya conquistado: los derechos de ciudadanía. La lucha por la democracia puede así autonomizarse (al menos en la comprensión de los actores) de la idea de una revolución popular y ser vista más como una reconquista que como una conquista.

Esta manera de sentir ha penetrado también en las izquierdas —sean de origen "clásico" o surgidas como alas radicales de los movimientos nacionalistas— duramente golpeadas, en algunos casos hasta el límite de su desmantelamiento, por la represión gubernamental. Si en la década de los sesentas se tendía a pensar al socialismo al margen de la problemática de la democracia o al menos subordinando ésta a la realización de una sociedad sin clases, ahora el riesgo que parece correrse es el inverso: autonomizar absolutamente ambos términos de tal manera que las perspectivas inmediatas no encuentren líneas de continuidad con los proyectos de transformación social a más largo plazo.

Frente a la realidad del autoritarismo la respuesta política que disocia democracia de socialismo asume dos formas, de raíz similar. Por un lado, el restablecimiento mínimo de una democracia organizada desde arriba (y que no puede ser sino "restringida") es visto como un "desideratum", como la perspectiva estratégica de mayor alcance que los límites de la realidad hacen posible. Por otro lado, la separación de ambas instancias repliega la lucha por la democracia a un plano meramente táctico, espacio de propaganda para conquistar una etapa transitoria que deberá luego ser superada por una dictadura a la que se llamará socialismo. Esquemáticamente, el primer modelo es el acuñado por la II Internacional y su resultado una práctica socialdemócrata tradicional; el segundo involucraría los temas del "frentepopulismo" diseñado por la III Internacional a mediados de los treinta.

Ambos motivos, que sacrifican a alguno de los dos términos de la articulación, se hallan presentes en la discusión actual, más allá del hecho de que sus antecedentes históricos sean o no invocados expresamente.

No quisiera sin embargo confundir esta disociación orgánica que se establece entre lucha por la democracia y lucha por el socialismo con la autonomización de la democracia como problema para la práctica social, relativamente independiente de la determinación por los modos de producción. La democracia no es un derivado que surge necesariamente de una estructura: es una producción popular, una transformación de la naturaleza de la política que no depende transparentemente de una "base económica". En ese sentido es verdad que la democracia como problema se distingue del socialismo.

La cuestión es, precisamente, operar la recomposición histórica, activa, social y no retórica, de ambos términos. Fusionar democracia y socialismo no a través del fatalismo de ese "dios oculto" que serían las estructuras sino por medio de la voluntad política.

Democracia "real" versus democracia "formal"

¿Qué se quiere decir con la afirmación de que la democracia es una producción social? En principio señalar que se trata de una dimensión autónoma con respecto del estado y a la economía. Que no es un dato necesario sino un proceso alojado en la conflictualidad de lo social. Aunque su punto de llegada sea el consenso, su construcción alude mucho más al conflicto, como creatividad y como transformación, que a una participación congelada institucionalmente. En ese sentido, la democracia es una voluntad permanente de realización de lo nacional-popular, una lucha que no se cancela en ninguna Edad de Oro futura, una "revolución permanente" a través de la cual los hombres proyectan su voluntad de controlar la vida. En ese proceso hacia la desfetichización de todas las relaciones sociales se plantea la cuestión de los límites estructurales: parece evidente (y ésta es la fuerza del socialismo como ideal) que ciertas formas de organizar la producción material resultan originalmente más compatibles que otras con la extensión de la democracia, en la medida en que un supuesto para ésta es la tensión hacia una igualdad de base. Pero sería un error (trágico, como lo demuestran las experiencias de los "socialismos reales") transformar esa compatibilidad en correspondencia automática. La relación entre igualdad y libertad no es mecánica y es sabido que la falta de libertad es, circularmente, un factor generador de desigualdad. Esto lleva a la vieja y manida distinción entre "democratización sustantiva" (o democracia real) y "democracia formal". A la diferenciación, que desde Rousseau y el socialismo anterior a la II Internacional, se ha establecido entre "democracia liberal" (formal) y "democracia igualitaria" (real). La segunda respondería a la pregunta acerca de quién ejerce desde el estado el poder soberano; la primera acerca de cómo, cualquiera sea el titular de la soberanía, ejerce ese poder. En esta contraposición la tradición socialista revolucionaria ha privilegiado, teóricamente y de hecho, el *quién* por sobre el *cómo*. A principios de siglo esa distinción cortaría en dos al movimiento socialista: de un lado, el reformismo parlamentarista; del otro el revolucionarismo consejista. Dos tradiciones, la socialdemócrata y la comunista, se congelarían desde entonces como propuestas de realización del socialismo a partir de definiciones diferentes sobre la democracia y sobre su articulación con la transformación socialista.

Sólo Rosa Luxemburg, desde el interior de la lucha contra el parlamentarismo socialdemócrata, esbozó la posibilidad de quebrar la polarización entre el "cómo" y el "quién", plan-

teando una superación histórica del debate tal como se personificaba entonces, por ejemplo, entre Lenin y Kautsky.

Frente al dilema ¿parlamento o consejos?, la revolucionaria alemana en su profético opusculo sobre la revolución rusa mostraba la falacia de considerar como excluyentes ambas posibilidades. "Dictadura o democracia; así plantean la cuestión tanto los bolcheviques como Kautsky. Este último, como es natural, opta por la democracia y precisamente por la democracia burguesa [...] Lenin y Trotsky, por el contrario, optan por la dictadura en oposición a la democracia y en consecuencia por la dictadura de un puñado de personas, es decir, por la dictadura según el modelo burgués."¹

La pregunta de Luxemburg era simple: ¿es posible la democracia socialista sin "representaciones populares salidas de elecciones generales"? Es decir, la "democracia de los productores", expresada en los consejos, ¿elimina la "democracia de los ciudadanos" que debe expresarse en instituciones como el parlamento, producto del sufragio general?

La libertad política no es, por tanto, un valor "formal": retaceada o aun negada por el capitalismo, su conquista ha sido una producción absoluta de las clases populares, una acumulación realizada por ellas que, a través de siglos de lucha, ampliaron la noción de "ciudadanía", extendieron sus límites y conquistaron (todo lo parcialmente que se quiera) derechos irrenunciables, teóricamente innecesarios para el capitalismo, sistema cuyo funcionamiento en un plano abstracto sólo requiere de dos derechos: el de propiedad y el de contratar entre individuos jurídicamente iguales. Todo el resto: derechos políticos y sociales son una conquista popular frente a la que el capitalismo puede adaptarse en épocas normales pero que desbata (o tiende a hacerlo) en las etapas críticas.

Para Rosa Luxemburg no existe socialismo sin "control público". "Sin elecciones generales, libertad de prensa y de reunión ilimitada, lucha libre de opinión y en toda institución pública, la vida se extingue, se torna aparente y lo único activo que queda es la burocracia."²

Y esa libertad política no conoce los límites que la ortodoxia suele marcarle. Dice Rosa: "La libertad reservada sólo a los partidarios del gobierno, sólo a los miembros del partido —por numerosos que ellos sean— no es libertad. La libertad es siempre únicamente libertad para quien piensa de modo distinto."³

En esta línea de razonamiento no hay "dos democracias", una "civil" y otra "igualitaria"; la segunda "libertad mayor", la primera "libertad menor", salvo que se utilice esa dualidad como argumento polémico para señalar los límites de la libertad bajo el capitalismo (basada en una desigualdad real), pero nunca como hipótesis política excluyente para fundar el socialismo. Sin libertades civiles no hay igualdad posible. "La vida pública se adormece poco a poco, algunas docenas de jefes del partido de inagotables energías y animados por un idealismo ilimitado dirigen y gobiernan; entre estos la guía efectiva está en manos de una docena de inteligencias superiores y una élite de obreros es convocada, de vez en cuando, para aplaudir los discursos de los jefes, votar únicamente resoluciones prefabricadas; es en el fondo el predominio de una pandilla."⁴

Democracia y constitución política

Pero hay otra forma —y es la que más me interesa ahora— de abordar la cuestión de la democracia y el socialismo. Se trata de ver la necesidad de esta articulación no como característica de un hecho estatal sino como elemento constitutivo de un movimiento social que anticipe al socialismo en el interior del capitalismo. La democracia como lucha, como creación; como proceso permanente y no como cierre de la relación entre sociedad y estado. Retomemos a Rosa Luxemburg, que en los años de la primera posguerra fue la única que dentro de la perspectiva de la revolución intentaba expresar a una clase obrera que sí "tenía algo que perder" en el caso que esa revolución terminase en dictadura. Muchos años antes escribía que a la clase trabajadora le es imprescindible la democracia porque sólo a través del ejercicio de sus derechos democráticos "el proletariado puede llegar al conocimiento verdadero de sus intereses de clase y de sus deberes históricos."⁵

Para las clases populares, bajo el capitalismo, la lucha democrática no es una táctica circuntancial sino un modo de conocimiento y un

do de constitución. Efectivamente, los sujetos políticos se constituyen mediante una dialéctica de experiencia interna, grupal, y de acumulación externa, teórica. Cualesquiera que sean los principios centrales de reconocimiento de experiencia comunes para los sectores populares (y aceptemos que, al menos bajo el capitalismo, esa centralidad está supuesta en la identificación como clase), ellos deben ser transformados en "voluntad colectiva", deben universalizarse en la construcción política de una contrahegemonía, así como las clases dominantes universalizan sus intereses particulares a través del estado. Como dice un historiador inglés: "Las clases no existen como entidades separadas, que miran en derredor, encuentran una clase enemiga y empiezan luego a luchar. Por el contrario, las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por esas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase y llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase."⁶ Y más aún, en este mismo proceso van constituyendo su experiencia como "pueblo", como voluntad colectiva más abarcadora que desborda el nivel corporativo de la conciencia de clase.

Este es el proceso político de constitución de las clases populares, su transformación en sujeto de acción política. No existe ninguna transparencia en la relación entre clase, conciencia de clase y voluntad colectiva. Antes bien, esa relación es, estructuralmente, de absoluta opacidad. La concepción "sociológica" de las clases que da por supuesta para cada una de ellas una determinada conciencia (derivada de los intereses que surgen de las posiciones en el proceso productivo) termina inevitablemente en el sustitucionismo. Como señala Thompson: "De un modelo estático de relaciones de producción capitalista se derivan las clases que tienen que corresponder al mismo y la conciencia que corresponde a las clases y sus posiciones relativas."⁷ A partir de ahí es desde el exterior de la experiencia que se atribuye cual debe ser la conciencia que se ajusta al interés de clase: "la vanguardia" (o la ciencia) "sabe mejor que la clase misma cuales deben ser los verdaderos intereses (y conciencia) de ésta; si ocurriera que no tuviera conciencia alguna, sea lo que fuere lo que tenga, es una falsa conciencia".⁸

Los sujetos políticos se constituyen en la experiencia histórica, en la práctica conflictiva contra el poder; la estructura sólo coloca los límites. El modo de conocimiento es interior al modo de constitución de los actores socia-

les. Para las clases populares el espacio en que ese proceso se hace posible es el de la práctica democrática, como componente indispensable de la construcción de hegemonía socialista, entendida ésta como una acumulación histórica, política y cultural, a través de la cual se van recuperando los poderes alienados en el estado.

Esta es la dimensión en que la democracia es necesaria para el socialismo: el punto de arranque de esa articulación es el momento de producción de una voluntad colectiva, nacional y popular bajo el capitalismo. Su dirección de sentido es la recuperación de la democracia por las clases populares; la lucha, ya desde el presente, por la expropiación del adjetivo "burgués", la creación de un nuevo contenido para la existencia social que califica ya no sólo la lucha por la destrucción del capitalismo sino que, en un continuo, prefigura los rasgos del socialismo. Por eso es que la lucha por la democracia no es una táctica ni un recurso de agitación y propaganda: en la medida en que es el pueblo quien la produce al irse constituyendo a sí mismo, ubicada su problemática en un horizonte que transpone los límites del liberalismo burgués con que las clases dominantes definieron la calidad de la ciudadanía. En este camino las clases populares van creando nuevas instituciones (sindicatos, consejos, partidos) como forma de ese ejercicio democrático que se impone a la vez como modo de conocimiento y como modo de constitución histórica. Aprovechan, además, las instituciones preexistentes (parlamento y todas las otras formas de la vida pública) en las que, aunque precariamente, se coagularon formas de control por la sociedad de los poderes del estado, pero para colocar en ellas las tensiones del conflicto recuperando de ese ámbito sólo un principio: el de la necesidad, válida en el interior de cualquier estructura de relaciones de producción, de la conquista civil que significa la vigencia de un espacio político de recomposición de los intereses particulares. En ese espacio son las elecciones generales, en el marco de una pluralidad de opciones, el origen de la representación popular. La definición del "productor" no puede absorber a la definición del "ciudadano": como se ha dicho, frente a la posibilidad de un "cretinismo parlamentario" existe, simétrica, la de un "cretinismo consejista."

Doble surge, pues, la necesidad estratégica de la lucha democrática para las clases populares: 1] para autoconstituirse como actor histórico en un proceso en que la naturaleza del quehacer político se transforma en una dinámica de creación permanente de la sociedad; 2] para proyectar esa conflictualidad al momento del socialismo, entendido como debe serlo: como socialización del poder, como recupe-

ración por los hombres del control sobre el sentido de la vida.

La Argentina, hoy

Podría pensarse ¿qué alcances tiene todo esto, hoy, para la Argentina, triste país en donde han sido arrasadas todas las instituciones de la democracia formal y la figura de la ciudadanía ha sido virtualmente retrotraída a sus atributos del siglo XVII: propiedad y contrato, eliminándole lo que fueron agregados posteriores arrancados por la lucha popular-democrática?

Frente a este retroceso brutal cualquier retorno a cánones más civilizados de convivencia humana resulta deseable, pese a su precariedad. Esos módicos límites aparecen, además, como los más probables en términos de las actuales relaciones de fuerza. Frente a una propuesta de "democracia restringida" planteada desde el poder, la totalidad virtual de las fuerzas políticas organizadas (incluyendo al sindicalismo) no encuentra otra opción manifiesta que acomodarse, aún para el regateo, en ese espacio predeterminado desde lo alto.

Ésta es una realidad, con todo su grado intrínseco de dureza. De alguna manera, por lo tanto, si se quiere mantener un principio de realidad, clave para toda acción colectiva, hay que someterse a ella. Una derrota histórica, la pérdida de una batalla que se definió como una guerra (y que se obligó al otro a percibir como tal) no se salda con la pura voluntad. Digamos, sin ambages, que ha habido vencidos.

Pero esto no clausura la lucha; sólo la coloca en una dimensión anterior, más pequeña que los deseos. La perspectiva inmediata parece colocar la lucha por la democracia en la Argentina en un escalón que ofende a los sueños de principios de los setentas, cuando todo parecía posible. No es una traición (¿a qué? ¿a los sueños que devinieron pesadilla?) asumirla así. Pero el horizonte, obstinadamente, sigue siendo más amplio para nosotros, demócratas y socialistas.

Preguntémosnos, entonces, no sólo por el Otro, por quien nos oprime desde el afuera de nuestra voluntad. Preguntémosnos por la democracia y por el socialismo desde nuestra propia capacidad para participar verdaderamente en su producción. Y así, ubiquemos toda la reflexión (y la pasión) en ese espacio difícil, duro, de la autocrítica. Ciertamente, sobre la tradición de una izquierda que se mostró estéril, pero también sobre la de un movimiento nacionalista popular, el peronismo, que hizo del culto al paternalismo estatal y al verticalismo hacia el jefe su condición de existencia.

Es en estos demonios internos, en esta sistemática abolición de las fuerzas de la sociedad sólo usadas como coro (que los intelectuales sacralizaron como "espíritu del pueblo"), en este repliegue frente a la generosidad patriarcal del estado y el líder, que —desde distintas ópticas— sigue siendo el sentido común de la práctica política en la Argentina, en donde la necesaria fusión permanente entre democracia y socialismo parece haber perdido sentido, triturada entre una concepción limitada de la democracia y un discurso mágico sobre el socialismo.

Pero ¿lo ha perdido realmente? Dejemos que la utopía tensione al realismo, fuerce la voluntad, incorpore la esperanza al mundo de la necesidad. En la crisis actual tratemos de recuperar —sabiendo que deben ser colocados en un marco de relaciones de fuerza reales y no imaginadas— los elementos libertarios que históricamente también ha acumulado nuestro pueblo y que no comienzan en 1945. Esta historia, no sólo ideal sino institucional, emergerá nuevamente, seguramente está emergiendo ahora, silenciosa todavía, en medio de las declaraciones de los políticos y de los militares. "El comunismo no es para nosotros ni un estado que sea necesario crear ni un ideal sobre el que haya de reglamentarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que anula el estado actual." (Marx — Engels: *La ideología alemana.*)

1 *La Revolución Rusa*. Madrid, Castellote editor, 1975, p. 71.
 2 *Ibid.*, p. 64.
 3 *Ibid.*, p. 64.
 4 *Ibid.*, p. 67.
 5 *¿Reforma o Revolución?*, en *Obras Escogidas*, México, Era, 1979, t. I, p. 74.
 6 E. P. Thompson, *Tradicón, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1979, p. 37.
 7 *Ibid.*, p. 35.
 8 *Ibid.*, p. 36.

TOMO Y OBLIGO



TANGO

DE LA PELICULA
Luces de Buenos Aires

Cantado por
CARLOS GARDEL
y por la orquesta
típica sinfónica de
Francisco Canaro

Exclusivamente en
discos
Nacional - Odeon
por Carlos Gardel en
discos N° 18854 y

18856

Letra de
M. ROMERO

Música de
CARLOS GARDEL

Este tango hallase en venta para guitarra transcripción por P. A. Iparreguirre y por cítara por Tarquino.
 Único editor autorizado NATALIO HECTOR PIROVANO Paseo 1460 Bs. As. Todos los derechos de reproducción etc. reservados

Desde el movimiento de masas o desde los mitos

Nicolás Casullo

El regreso de la antigua dama

Distintas cuestiones, que progresivamente los análisis deben tender a vertebrar, remiten al llamado tema de la democracia. Si toda intención política requiere de un discurso que organice sus perspectivas, hoy podría decirse que la cuestión democrática en la Argentina aparece como tema reiterado en nuestras preocupaciones, sin que hasta el momento hayamos podido situarlo con claridad. En un principio, creo, éste es el problema que debiera interesarnos.

Es decir: considerar cómo surge el debate desde nuestras circunstancias históricas, desde nuestra experiencia, y sobre todo a partir de qué concepciones de lo popular comenzamos a elaborar la problemática. Esto es, preocuparnos por cómo planteamos el dilema y desde dónde construimos los interrogantes en la consideración de lo democrático, para que su discusión nos ayude a pensar una política.

Evitar entonces el camino contrario, el de incorporar el "tema democracia" como simple lema para variantes políticas y conceptuales ya definidas, variantes estas últimas que se viven como capaces de absorber todo, en tanto parten de la idea de que todo es instrumentalizable. Algo bastante común en el pasado reciente.

Lo importante en todo caso, como peronistas y lejos de nuestra patria, es que el análisis del tema democracia en relación a nuestra historia popular, en cuanto a las ideologías que lo atraviesan y en cuanto a las teorizaciones que requiere, tienda a establecerse como horizonte de realidad. Dicho de otra manera: vaya siendo uno de los puntos guías que posibilite reformulaciones en nuestro pensamiento sobre las características y formas de la transformación social.

Sucede que el dilema democrático pareciera saturar hoy la renovación del discurso político en la Argentina. Pero esto, más que positivo de por sí puede ser inconducente, en tanto se incorpore como léxico mágico en el discurso: como palabra o significación totem no para la creatividad sino para la sofocación de la propia política, en tanto el "redescubrimiento de la democracia" se lo vea como invitado de piedra que llega desde afuera, o como príncipe azul descifrado a partir de lecturas más sanas que otras que tuvimos. Es decir, confundirnos: pensar que "nuestro discurso político" debe adherir o rechazar el crucial o tramposo tema, y no concebirlo como uno de los puntos de partida para reflexionar, de otra forma, la trayectoria de lucha generada por el pueblo peronista.

Marco de referencia

Diferentes niveles de problemas confluyen sobre el tema democrático como perspectiva popular transformadora, si concebimos dicho tema como un espacio de discusión crítica. No obstante, en este conjunto de líneas de reflexión a encarar, existe un primer marco de referencia que ubica la cuestión (lo que no quiere decir que la resuelva) en la historia y la experiencia de la clase trabajadora argentina: universo insoslayable si nuestra intención es pensar en términos de reelaboración política efectiva y acceder a replanteos teóricos.

1] *La presencia del movimiento democrático de masas en la última y extensa etapa histórica argentina: el peronismo.*

El Movimiento Popular significa una decisiva redefinición de lo democrático nacional. El sistema político argentino no sólo expresará desde 1943-1945 las tensiones de las fuerzas e instituciones que lo configuran sino que pasará a expresar, básicamente, su propia crisis en tanto sistema ordenador. Se desequilibran los límites impuestos por la dominación oligárquica, no jaqueados hasta entonces.

La incorporación de la clase obrera, como instancia política explícita integrante de un proyecto, transforma la cuestión del modelo de democracia en lo democrático como conflicto profundo. Las masas asalariadas empiezan a desestructurar la visibilidad exclusivamente "política" que pretende la dominación, y descubren el escenario económico-social que hace a lo democrático. Este conflicto se verifica en relación a la disputa estatal y su despliegue en la sociedad, en relación a nuevas formas participativas que comienzan a desarticular un diseño histórico, en relación al Poder (la dominación en su más amplia lectura) y una crisis de hegemonía que ahora queda expuesta a través de lo subalterno como fuerza política actuante.

Entonces: es con referencia al modelo político (y por lo tanto en relación a lo democrático y su expansión a distintos niveles) donde queda básicamente reflejada la presencia de las clases trabajadoras peronistas. Los límites ideológicos de organicidad sindical peronista, que explican una forma-fuerza de acceso al escenario político, quedan rápidamente superados. El Movimiento Nacional, desde su ancestral octubre de 1945, es el que traduce en salto cualitativo la antagónica relación capital-trabajo en enfrentamiento político-cultural de clases en su más amplia y compleja concepción.

Ahora bien, la concreta posibilidad de la clase trabajadora de pasar a una historia política definida, se da a partir de un golpe de estado militar que el conjunto de los partidos tradicionales, y la casi totalidad de las instituciones del sistema político, acusan como antidemocrático. Al mismo tiempo, sin embargo, el peronismo se abre paso claramente, como instancia popular, desde las referencias de la democracia burguesa argentina y en las adecuaciones que exige.

En esta encrucijada es importante señalar que la clase trabajadora alienta su participación y se proyecta en el marco del sistema político establecido, interpretándolo como su contexto de actuación y lucha. Podríamos decir que de esta manera, desde su potencialidad democrática reformuladora, lo subalterno le cuestiona institucionalmente a la dominación (en términos políticos e ideológicos) sus nociones democráticas.

Sin embargo se debe decir que el peronismo asciende sobre el proceso nacional, y por lo tanto también inscribe una nueva configuración política para la democracia, cuestionando profundamente al sistema político imperante: al modelo formal interrumpido precisamente cuando se gesta y se consolida el Movimiento.

A diferencia de muchas fuerzas progresistas y populares que escalan su condición política amparadas esencialmente por el propio juego democrático, el Movimiento Peronista en tanto que tal, si instala por sobre cualquier otra cosa un eje de enfrentamiento como definitiva perspectiva histórica, es el político-democrático popular hacia la transformación. Desde un principio, es conciencia de las masas argentinas que el sistema político, de derecha a izquierda, rechaza la forma democrática que decide la clase obrera para estructurarse como fuerza política en relación al juego democrático.

Esta particularidad, de imperar como mayoría y al mismo tiempo relativizar los marcos de la democracia burguesa, repercutirá en la conciencia popular como perpetua dualidad de concepción política. En primer término, el peronismo será la sostenida lucha democrática de las masas dentro de los espacios y diseños administrados por la dominación. Al mismo tiempo, como segundo momento de esa lucha, el peronismo desde su origen expondrá la demitificación de la democracia burguesa. Eso, el sistema es el primero en entenderlo: por eso con violencia lo derroca, por eso con violencia lo proscribire.

Pero esta dualidad de concepciones que anida en lo popular argentino será lo que le permitirá generar y manifestar al Movimiento Popular, una noción abierta y rupturista (de lo estable-

do) en cuanto a lucha democrática en términos políticos, sociales y culturales. Pero, lo que es más importante, esta doble conciencia (contradictoria) de nacimiento y avance peronista como profundización del marco democrático y a contrapelo de los otros protagonistas de la democracia, le dificultan al Movimiento Popular resolver aquello para lo cual pareciera estar siempre y exclusivamente habilitado: ser sujeto de lo que podríamos llamar una tercera alternativa, entre las fuerzas que postulan la democracia como formalismo parlamentarista y aquellas otras concepciones que reniegan ideológicamente de la democracia burguesa, como pura invención del enemigo.

Este dilema no resuelto remite a la vieja polémica en cuanto a que el peronismo, o debe considerarse definitivamente extraño al sistema político democrático o, al revés, debe reprimir sus irrespetuosidades con respecto al marco formal y sus descalificaciones sobre el mismo, como manera de superar los problemas "democráticos" hacia afuera y hacia adentro del Movimiento. Por el contrario, el mayor fundamento político de participación en la democracia debe ser las muchas e históricas características no asimilables y disidentes del peronismo con respecto a lo institucional. "Adaptarse", ser hijo legítimo de ese marco, le restaría todo sentido histórico a la alternativa democrática revolucionaria peronista. Rechazarlo, corporativista o izquierdistamente, es impedir un proyecto transformador desde el protagonismo popular y a partir de la profundización de la democracia, y pensarlo en cambio desde la cancelación de esta última.

El Movimiento Peronista ha sido y sigue siendo la real y más próxima alternativa a esta clásica dicotomía que tiñe el tema sobre las vías del cambio social y quiénes efectivamente lo llevan a cabo. Pero lo ha sido intermitentemente, contradictoriamente, y en muchas ocasiones lo expresado por sus dirigencias ha estado muy lejos en cuanto a que el movimiento se coherente como modelo político-cultural de ruptura real.

2] *Las formas peronistas de producción y auto-gestión política, las formas participativas y representativas concurrentes y diferenciadas, que deben hacer a la organización democrática interna del Movimiento Popular como unidad del pueblo.*

Desde 1945, y sobre todo desde 1955 en adelante, resultó evidente que las experiencias de creación de espacios democráticos, de lucha democratizadora y de ejercicio de la democracia de las clases trabajadoras, fueron dándose a partir de un corte cada vez más notorio con respecto al juego democrático institucional.

Se iba reiterando, en el proceso, el desencuentro que dio origen al Movimiento. La violencia proscriptora hizo que lo "democrático" no fuese un ordenamiento de distintas posiciones sino la evidencia de incompatibilidades democráticas. El modelo político institucional no se reformuló de acuerdo a las nuevas instancias político-sociales. La respuesta fue la permanente acentuación y excepcionalidad del poder de estado. El conjunto de las fuerzas del pueblo alimentaron su desarrollo preponderantemente en otros terrenos, extendiendo al máximo la noción popular de sistema político.

Es en el gremialismo y asambleas de fábrica, en congresos obreros, en alianzas de corrientes gremiales, en los sindicatos, en planes de lucha, en los barrios, en unidades básicas, en frentes sociales-populares, en agrupaciones políticas, a escala estudiantil y sustancialmente a lo largo de distintos periodos que engarzan una resistencia combativa, donde los sectores peronistas ensayaron relativas o acabadas experiencias de lo democrático popular. Procesos políticos que no azarosamente adquieren un mayor estatuto de realidad, a partir de coyunturas históricas donde la política que "simboliza" a la democracia en el país, reivindicaba o festejaba otra democracia. Esto es: un juego distanciador de la presencia real de las masas.

En la Argentina, tal vez más claramente que en otros procesos, se comprueba que son las formas democráticas populares las que el modelo formal rechaza o priva de legitimidad. Y también, como consecuencia, la comprobación de que si bien la lucha democrática tiende a tener un conflictivo campo de confluencia en el sistema institucional, no existe un único horizonte sino dos planteos históricos de intereses democráticos, visto desde una perspectiva social y cul-

tural. Dos planteos en el más categórico significado de esta diferenciación, lo que no debe entenderse como dos programáticas contrapuestas, partícipes de un mismo juego.

Desde este punto de vista, y frente al tema de la democracia interna en el Movimiento Popular, es importante tener en cuenta entonces la confusión ideológica de aquellas nociones que reducen, explícita o implícitamente, lo democrático-organizativo a una propuesta de racionalidad partidaria liberal o sindical, como manera de marcar una supuesta y fatal carencia del peronismo en este sentido.

Son por lo contrario las particulares formas de una lucha, los comportamientos nacionales de un enfrentamiento, el contexto desde donde debemos considerar la capacidad democrática que pone de manifiesto el Movimiento como organización del pueblo: sus alcances, sus límites, sus déficits, y sobre todo las contradicciones entre formas democráticas trabajadoras y clásicas estructuras de ordenamiento, inherentes también al peronismo y a partir de las cuales participó en el sistema político establecido.

No fue el criterio de elenco partidario lo que predominó en la constitución y desarrollo del peronismo sino la noción política, económica y social de pueblo, presente en una crónica que abre su curso en la independencia y que termina de plasmarse en la historia federal. No son las opciones a nivel de individualidades, o comiteriles, sino las decisiones en el plano de las fuerzas explotadas sindicalizadas las que promueven al peronismo por encima de acuerdos entre grupos o vanguardias.

No es una extensa etapa gestadora de una estructura partidaria, que se adecúa cada vez más acabadamente al régimen institucional (radicalismo) lo que signará al peronismo, sino el hecho definitorio del encuentro de las masas con su caudillo, encuentro que jamás busca ser superado por las bases políticas a través de estructuras que pudieran despersonalizar la conducción.

No es la formalidad política organizativa sino el surgimiento de la resistencia, como múltiple organicidad de acción, y la fortificación en lo gremial (en tanto "naturaleza" del sistema para resguardo del explotado) los factores que ratifican al Movimiento Popular en nuestra historia. No es la oficialización estatutaria ni la "carrera política" en el peronismo lo que permite la agregación y gravitación de sectores y tendencias políticas sino el planteamiento del peronismo como espacio abierto de lo popular, en el cual se participa o no de acuerdo a una perspectiva histórica, de acuerdo a consensos de base, y no a bendiciones de las dirigencias. No fueron nunca las negociaciones y acuerdos de congresos (modelo en general ratificador del *statu quo*) los que definieron los perfiles de la intransigencia popular sino que estos perfiles se impusieron a partir de la legitimación de la lucha del pueblo, de la que nadie es dueño o secretario general.

No es la habilitación o proscripción en el juego democrático el punto de llegada histórico del Movimiento Popular sino que éste se define por el amplio y sin duda contradictorio combate por una auténtica reformulación del sistema político ("régimen") imperante. Estas características hablan, entonces, de un enfrentamiento que encuentra su definición más alta en lo político-cultural, en tanto el pueblo ha buscado reconocerse en un universo de referencias propio, a partir del cual va conformando su propuesta democrática.

Esto no significa que tal experiencia de alternativa democrática esté resuelta en relación al Movimiento Popular. La creatividad autogestora, la resistencia al burocratismo, la potencialidad democratizante del peronismo de la totalidad política en su más profundo y rupturista significado, no ha logrado nunca definir claramente al Movimiento en ese sentido, y es en este terreno donde más abundan las contradicciones. Esta realidad plantea, hasta hoy, los límites de la experiencia de los sectores populares en su marcha hacia la hegemonización del Movimiento. Límites y dificultades que son nuestros límites y nuestra situacionalidad política, y no los "del otro peronismo" o los "del populismo". Porque hablamos de límites en tanto hablamos de la real experiencia de masas, en tanto hablamos de los déficits de una propuesta histórica democrática y transformadora nunca interrumpida, es decir: en tanto no hablamos de una supuesta "falsa conciencia" a superar por los diez mandamientos de "la conciencia para sí".

En este orden de cosas, el peronismo ha mos-

trado hasta la historia más reciente, razgos que hoy hacen a una difícil discusión con respecto a los grandes organismos políticos de masas con una extensa trayectoria de luchas y reivindicaciones parciales, en el contexto y las modalidades superestructurales del sistema capitalista, cada vez más concentradas y tecnocratizadas. Recrear formas gestoras y autogestoras de la política, formas participativas y mediadoras, articular factores de presión y de cambio, repensar los signos de la representatividad en cuanto a la forma y al contenido de lo que actúa como representante, combinar instituciones con nuevos espacios políticos y sociales de lucha: éstos son algunos datos que hacen al reto que le espera al Movimiento Popular en el futuro, en tanto se pretenda auténtica y definitiva alternativa al sistema.

Como dilemas democráticos internos del peronismo, podemos anotar el proceso de conformaciones burocráticas, progresivamente acentuado. El reduccionismo de la política a las elites conductoras. Al mismo tiempo, la relativización de aquello que no surge como clásicamente político desde las experiencias populares. La constante preeminencia de ciertas formas organizativas por sobre otras posibilidades nucleadoras. El agotamiento de ciertas formas articuladoras entre dirigencia y bases. El sofocamiento de voces y líneas críticas. El fortalecimiento de prácticas políticas emergentes de los aparatismos. La permanente regeneración de simples prácticas comiteriles. La negociación escindida de las expectativas de los representados.

Estos concretos problemas que el peronismo no ha resuelto, responden a visiones y experiencias que en el Movimiento surgen desde dispares intereses y prácticas sociales. Frente a estos problemas y la necesidad de que queden superados, debemos tener en cuenta sin embargo que los proyectos populares son procesos, es decir *avanzan*, si el real protagonismo popular los conducen hacia una ruptura con las configuraciones político-culturales que plantea el sistema. Lo que quiere decir que el proyecto po-



pular (los problemas y contradicciones que plantea) nunca puede ser concebido en su compleja trayectoria de lucha y de una vez y para siempre como *lo otro al sistema*, como equivocadamente tantos marxismos dijeron ser por el simple hecho de levantar un decálogo programático.

Las democracias de la democracia

Pienso que estos dos planos de problemas planteados para la discusión y el análisis (que relacionan democracia peronista y peronismo hacia la democracia transformadora), constituyen las referencias centrales desde las cuales debemos arrancar para una posible *teorización política de lo democrático-popular, desde la experiencia popular*.

Estos dilemas deben contextualizar: ser horizonte político e ideológico profundo de los análisis, para poder incorporar con coherencia los otros planos que hoy afligen a la cuestión democrática y su comprensión estratégica. En primer término, la concreta reconquista de los marcos democráticos que hoy nuestro pueblo exige y por los cuales lucha. En este tema: las nuevas ecuaciones económicas, sociales y políticas que debe producir el Movimiento Nacional y el conjunto de las políticas populares.

También el procesamiento crítico y autocrítico de las concepciones que sobre lo democrático expuso la izquierda peronista y no peronista, especialmente en el período 1969-1976.

Analizar los déficits, frustraciones y planteos erróneos que evidenció el gobierno peronista (1973-1976) en relación a las expectativas de participación democrática del pueblo. Incluir la cuestión democrática en la actual etapa geo-

política latinoamericana y su diversidad de procesos y relaciones con respecto al campo económico y político internacional y la nueva etapa política estadounidense.

Hacer presente la discusión, que hoy plantea agudas contradicciones entre democracia y perspectiva de cambio socialista, y que muestran una crisis práctica y teórica difícil de disimular. Introducir, en este terreno, las consideraciones que hablan de una alternativa real hacia otro desarrollo de los pueblos, donde la democracia participativa, social y política, cuestiona al poder industrializador concentrado y autoritario, expuesto tanto por el capitalismo como por los socialismos reales. Por último, discutir nuestras preocupaciones democráticas sin perder de vista un complejo y hasta el momento confuso paradigma democrático que resurge a nivel mundial (por izquierda y por derecha) y pone en un primer plano de importancia la cuestión del desarrollo social humano, frente a los peligros de la concentración y la barbarie.

Que sea un problema, no un mito

Decíamos al principio que el tema de la democracia debíamos plantearlo desde la experiencia histórica del sujeto político popular en la Argentina, y a partir de las contradicciones, problemas y referencias que la crónica real de nuestro pueblo puso de manifiesto: lo que planteó, lo que resolvió, lo que no resolvió como proceso de masas con sus altas y sus bajas, pero como constante trayectoria de avance de conciencia y nivel de reivindicaciones.

La democracia no es un inoportuno visitante de la noche, que aparece como "complicación" en el fosilizado mundo de las concepciones teóricas. Tampoco su validez, a partir de la actual lucha por la reconquista institucional, debe transformarse en panacea, en una pseudo-teorización totalizante y salvadora, que nos impida ver el universo de contradicciones, formalismos y oscuridades que el tema plantea, ni los ideologismos tergiversadores que lo atraviesan.

Pero, sobre todo, partir hacia su análisis desde una concepción de la política; la democracia no es un problema que nazca o se resuelva en el plano de la discrepancia ideológica. No es un descubrimiento o un respeto por parte del pensamiento intelectual, a confrontar simplemente con la desconsideración que sobre el tema tienen otros sistemas de ideas.

Si bien la problemática, al desplegarse, necesita conmovir todos los niveles de la práctica política, y por lo tanto ser asumido por la discusión crítico-teórica, el tema democrático se hace inteligible desde la historia nacional de las masas, desde las circunstancias políticas y las correlaciones de fuerzas políticas a través de las cuales el pueblo verifica su experiencia.

En nuestro caso, la extensa crisis democrática se ahonda desde 1955 a partir exclusivamente de la categórica falta de vocación democrática burguesa puesta de manifiesto por el sistema de dominio económico, político y militar. Hoy, como otras tantas veces, es la violencia del estado oligárquico el solitario protagonista antidemocrático, y el máximo exponente por lo tanto de la fragilidad y los límites de la democracia institucional, que el propio poder ideológico declama en tanto las masas queden marginadas.

Frente a esta realidad, el peronismo sigue siendo *el movimiento nacional y democrático de masas*. Es decir, la respuesta popular revolucionaria a lo que nuestra historia concretamente plantea. Respuesta que puede transformarse en contradicción insuperable si se la piensa únicamente desde el modelo político formal. Pero también respuesta que puede transformarse en contradicción no resuelta auténticamente desde las masas, si a esa lucha democrática se la concibe como instancia sorteable, como "modelo táctico del enemigo" donde finalmente las masas no inscribieron su historia, porque esta última estaría supuestamente inscrita en una línea "nacional" exterior a la historia política de nuestro sistema, o "contenida" en los ya patéticos equívocos del pensamiento de vanguardia.

Pensar entonces en términos políticos críticos. No generar ideologismos. Partir desde la trayectoria del pueblo, no desde estatutos conceptuales en sus eternos duelos bibliográficos. Considerar que el horizonte de inteligibilidad, y por lo tanto la resolución del dilema, le pertenece al proceso popular. En nuestro caso, a la fuerza y las debilidades del Movimiento Popular.

Una historia sin resolver

Rubén Sergio Caletti

El problema de la democracia aparece hoy ante los argentinos con fuerza, complejidad e interés particulares, en el marco del profundo y heterogéneo movimiento de revisión ideológica que protagonizan los sectores políticos y socialmente más avanzados de América Latina y de Europa. El vigor del problema surge, cuando menos, ante las evidencias del derrumbe que padece el viejo pensamiento paradigmático de izquierdas (amén de la crisis de los paradigmas mismos) y ante los signos de un nuevo auge del autoritarismo político en el mundo.

Pero la primera particularidad que debe señalarse es que, para los argentinos, estos dos elementos planetarios —crisis del pensamiento paradigmático y auge del autoritarismo— constituyen, además, una manera posible de resumir la historia concreta de la década que acaba de cerrarse (de cerrársenos encima), con nombres, apellidos, fechas y otras mil referencias guardadas en la memoria de cada uno. El problema de la democracia comienza a cobrar, de este modo, para nosotros, una vigencia decisiva.

La segunda particularidad no es menos importante. Las dudas y cuestionamientos que ahora se abren para los argentinos recogen a la vez interrogantes previos que nunca habían sido resueltos sino, más bien, abandonados en el desarrollo del proceso. Importantes sectores de la vida cultural y política argentina vuelven los ojos hacia la palabra trillada —*democracia*— luego de haberla creído exhausta, bajo el común sobreentendido de que algo nuevo debe esconderse en ella pero sin saber a ciencia cierta cómo orientar la búsqueda.

Nos inclinamos a pensar que debemos necesariamente volver no sólo a una relectura de los conceptos generales —democracia, libertades civiles, justicia, etc.— sino, sobre todo, a los problemas mismos cuyo análisis concreto se eludió durante años y que constituyen la especificidad del problema de la democracia en la Argentina.

Los intentos de dilucidación del problema desde una teoría más o menos general sobre el sistema político o las luchas populares corren el riesgo de abrir ángulos atractivos en el debate, pero relativamente muy poco útiles en la exacta medida en que no echen luz, al mismo tiempo, sobre los últimos 50 años de inexplicadas vicisitudes de la democracia en la Argentina. Pensamos que es incluso necesario separar la problemática nacional en torno a la democracia de los ejes que marca un debate particularmente europeo al respecto, hasta que hayamos, por lo menos, capturado nuestra propia irresolución, previa a cualquier crisis genérica de la democracia en Occidente.

La de 50 años de vicisitudes no es una cifra al azar. La quiebra del viejo concepto de democracia política y la irrupción del movimiento de masas son los términos de una contradicción que atraviesa por entero este último medio siglo argentino, y que parecen seguir enfrentándose sin que, ni antes ni ahora, hayamos podido extraer de su desarrollo las claves para comprenderlo cabalmente y desplegar una cierta inteligencia hacia el futuro.

La indagación que proponemos no es una abstracción. Las corrientes más diversas coinciden en que en la Argentina de hoy el peronismo es la fuerza más firmemente opuesta a la dictadura y por la que pasa toda perspectiva de retorno al estado de derecho. Para algunos, peronistas, esto es natural y lógico. Para otros, gorilas de distinto matiz y signo, es necesario cuidarse de la "democracia" que nos consiga el peronismo, movimiento antidemocrático por definición. ¿Podría afirmarse que todos los que estamos hoy por la democracia compartiremos mañana las mismas trincheras? ¿Sabemos acaso a lo que nos estamos refiriendo cuando hablamos de democracia?

Cuatro son las afirmaciones que al respecto nos interesa fundamentalmente hacer en las líneas que siguen:

* Que es el desarrollo observado a lo largo de estos 50 años por la contradicción entre demo-

cracia y movimiento popular uno de los principales campos donde debemos ahondar la búsqueda y la discusión si efectivamente nos interesa el futuro de la democracia en la Argentina.

* Que esta contradicción entre democracia y movimiento popular es sólo aparente, y que la real se establece entre dos concepciones de la vida política, una de la dominación, otra del movimiento popular.

* Que el discurso racional-democratista que produjo el liberalismo al que muchos hoy retornan para su análisis es propio de la intelectualidad, o bien europea o bien roquista, pero ajeno al país de hoy y que, de continuar en la reivindicación mítica y plana de la democracia abstracta, en la década de los '80s podremos observar un fenómeno que se llamará *la democratización de las capas medias*, tan irresistible y falaz como la conocida *nacionalización* de la primera mitad de la década de los '70s.

* Que en la experiencia del movimiento popular peronista albergan formas quizá inconclusas, pero significativas, de una democracia distinta, la única real de carácter alternativo a la democracia que propone la dominación, y que el peronismo ha sido y es, pese a todo lo que se ha dicho en contra, el mayor democratizador de la historia política argentina.

En un esquema muy rápidamente trazado, entre 1880 y 1930, democracia fue la aplicación del conjunto de reglas de actuación política establecidas y organizadas dentro del corpus del liberalismo racionalista, aquél cuyo espinazo comunica a Montesquieu con Sáenz Peña. Luego de la derrota sufrida por las fuerzas del interior frente a Buenos Aires y sus aliados, se resuelven las dudas acerca de quién será el encargado de decir lo que es y lo que no es democracia y, por lo tanto, también se resuelven los problemas de su significado. Como en tantos otros casos, la democracia de este período fue sancionada sobre la sangre y por las armas y estaba en perfectas condiciones —cumpliendo el viejo axioma— de señalar a quiénes en particular garantizaría la libertad, la igualdad y la fraternidad que ofrecía a todos en general. El propio yrigoyenismo, en esta perspectiva, no es sino la lucha por lograr la efectiva universalidad del discurso del régimen.

Será el propio régimen quien subvierta el sistema político y transgreda los límites de su

MANO A MANO

Rechíflao en mi tristeza,
te evoco y veo que has sido
en mi pobre vida paria
sólo una buena mujer,
tu presencia de bacana
puso calor en mi nido,
fuiste buena, consecuente,
y yo sé que me has querido
como no quisiste a nadie,
como no podrás querer.

Se dio el juego de remanye,
cuando vos, pobre percanta,
gambeteabas la pobreza
en la casa de pensión,
hoy sos toda una bacana,
la vida te ríe y canta,
los morlaços del otario
los jugás a la marchan'a
como juega el gato maula
con el misero ratón.

Hoy tenés el mate lleno
de infelices ilusiones,
te engrupieron los otarios,
las amigas, el gavión;
la milonga entre magnates
con sus locas tentaciones
donde triunfan y claudican
milongueras pretensiones
se te ha entrado muy adentro
en el pobre corazón.

discurso de manera brutal, un 6 de septiembre. De allí en adelante, la *década infame* se encargará de dejar al descubierto la endeblez de una legalidad republicana que había sido fundada para acompañar, expresar y asegurar el desarrollo de las fuerzas productivas del imperio inglés antes que para servir de corolario jurídico al poder nacional de esa burguesía autóctona triunfante en Pavón.

Desde 1930 en adelante, y aún en períodos de reforzamiento de la dependencia, el sistema social argentino no volverá jamás a asumir plenamente el correlato institucional previsto, de tipo democrático republicano, ni llegará a encontrar o a desarrollar suficientemente las bases endógenas de una nueva legalidad política. Los intentos peronistas en ese sentido fueron frustrados, y la democracia (aun aquella democracia burguesa y desigual de Montesquieu y Sáenz Peña) será para siempre sólo un discurso sin corporización cabal.

Un doble fenómeno se ha producido desde entonces, sobre el telón de fondo de aquel sistema democrático hecho esquirlas. Por una parte, la configuración del peronismo, detonante y respuesta histórica a la quiebra de aquella vieja democracia, y que acelera a su vez los esfuerzos del régimen por elaborar fórmulas *superadoras*. Por el otro, con esa rara dignidad con que la ideología entierra a sus muertos, los contornos del viejo discurso racional-democratista permanecen, se empecinan y, más aún, se refuerzan a sí mismos, hasta convertirse en uno de los mayores continentes de la abstracción que registra la historia de la lucha política Argentina. Desde la abstracción, este discurso racional-democratista logra ocupar un espacio de protagonista en el escenario nacional y se vuelve contra cada uno de sus detractores con el gesto de indignación de la vieja dama que ha perdido sus propiedades.

Es que un singular proceso ideológico coadyuva a que el régimen de dominación mantenga viva la ficción de su discurso: las poderosas capas medias han hecho suyo el desiderátum racional-democratista y repudian el ejercicio que plantea para la democracia el movimiento popular.

Este movimiento cumple con los requisitos establecidos: tiene votos, parlamento, oposición que grita, etcétera. Pero cualquier empleado de banco ex inglés que camina por la calle Florida sabe que el peronismo cuestiona, rechaza o ignora los demás y más sutiles componentes ideológico-políticos que deben dar auténtica vida liberal al gorro frío.

La desilusión democrática que esas capas medias experimentan hacia 1962, al advertir el juego de ficciones políticas sostenido por los hasta ayer próceres de la república antiperonista, está en la base del agotamiento que experimentará el tema en los años sucesivos, hasta llegar al menosprecio que muchos hicieron explícito en los años '70s.

Esta desilusión hará su parte en el proceso que llevará a gruesos sectores de esas capas medias a aproximarse al peronismo. Aun en las épocas de mayor peronización, sin embargo, estos sectores apenas si *perdonaban* al movimiento popular sus *groserías* antidemocráticas en aras de objetivos prioritarios, pero listas a convertirlos en problemas tan pronto como el movimiento de masas refluyera en su fracaso.

La nueva simpatía por las tesis de una democracia racional y coherente que hoy experimentan algunas franjas de los sectores medios, en el país o en el exilio, tiene parcialmente su origen en esos *tragos amargos* que les produjo su paso o su contacto ignominiosamente cómplice con el movimiento popular.

Este hábito democratizador cuyos contenidos concretos no se nos aparecen muy claro todavía también ha tocado al peronismo progresista de clase media, de aquella clase media que se *nacionalizó* por el año '70. En este caso, tal vez la derrota y la propia crisis del movimiento puedan ser los factores que hayan convertido en necesidad subjetiva la existencia de un orden externo claramente reglamentado al que atenerse.

Pero lo común, en todos estos sectores, es la autocrítica por el desprecio con que hasta hace unos años miraron la democracia. Sería conveniente profundizar en este camino (y tal vez se esté profundizando) para que el autocriticado desprecio por la democracia, que ahora parece generalizarse, no implique superar la desilusión con una simple *ilusión*: la de pensar que la democracia radicaba, por ejemplo,

en el edificio del Congreso, en ese parlamento que ahora añoramos haber tenido tan cerca y despreciado, sin ponderar hasta qué punto ya desde mucho antes de los '70, el parlamento era —quizá lamentablemente— un eje por demás secundario en el acontecer político nacional.

En otras palabras: si no se profundiza esta autocrítica (y autocrítica no significa tabla rasa), si no se avanza en la comprensión histórica, si el debate permanece en los términos actuales —que por ahora configuran un clima compartido de sospechas y malas conciencias— el problema de la democracia volverá a ser el típico de las capas medias profesionales e intelectuales, tan proclives a las mitificaciones.

El drama que amenaza a los sectores progresistas que hoy refuerzan su vocación por lo democrático es seguir antagonizando su propia democracia con el peronismo, todavía receptáculo de lo bárbaro, de lo instintivo, de lo irracional o de lo inasible. La íntima vinculación que necesariamente debe establecerse entre democracia como problemática política y movimiento popular como historia concreta para que cualquiera de los dos términos alcance un contenido transformador, resulta una vinculación inhibida y el camino real un camino muerto.

Esa suerte de oscuro pánico clasista de las capas medias a la dictadura ignorante de las mayorías se resuelve en descalificación del movimiento popular. Y las masas peronistas resultan ser —y haber sido siempre— objeto de la manipulación de la gran burguesía (versión gorila de izquierda) o de la manipulación de los tirabombas, subversivos, comunistas u otras pestes (versión gorila de derecha). Fracasado el intento de los años '70, cuando esas mismas capas medias jugaron objetivamente su chance, a través del *entrismo*, de ser ellas quienes manipularan, todo vuelve a su lugar. Nomás se aggiornan los clisés. Si ayer el peronismo era *vacilante y reformista*, en vez de *revolucionario* como debía, hoy es *antidemocrático*.

Para los voceros e intérpretes de la democracia liberal-racionalista —sean éstos de derecha o propugnen el socialismo— el peronismo es un atentado a la democracia: estructurado alrededor de un liderazgo personalista y caudillesco, falto de una definición explícita y coherente sobre el país y el mundo, con signos de arbitrariedad y autoritarismo, con mecanismos de coerción sobre los derechos sindicales, parece constituirse ni más ni menos que en la imagen invertida de la democracia. La contradicción aparente entre democracia y movimiento popular encuentra así sus presuntos fundamentos.

Es cierto. Parlamentarismo como estilo central de mediación y de negociación en la diversidad; ciudadanía como esquema de participación, programa partidario como luminoso texto guía para la acción, delegación del poder como fundamento del pacto social, política como nivel especializado de la praxis y escindido de lo privado, todos estos, por citar algunos de los más importantes, son elementos cruciales de lo que hemos dado en llamar liberalismo racionalista, que resultan ajenos y hasta contrapuestos a la práctica del peronismo.

Y sin embargo, sostenemos que el peronismo ha sido y es la más importante y más desatendida veta alternativa al sistema de dominación vigente en el país que se haya desarrollado en la historia nacional y, por lo tanto, el más profundo intento de forjar una democracia real.

Analizar la raigambre democratizadora del peronismo implica superar el esquema binario de visiones que tradicionalmente se contraponen: la visión sociologista, que termina reduciéndolo a un problema de clases, o de sustitución de importaciones, de instituciones o de proyectos de grupos dirigentes; y la visión religiosa, que lo mitifica hasta tornarlo evanescente o lo totaliza hasta convertirlo en un modo de producción. Dicho de otro modo, rescatar y profundizar en los contenidos democráticos del peronismo es una tarea necesaria a condición de que cejemos en los intentos de formular teorías políticas a partir del *folklore* y los *doctrinarios*, pero también a condición de que entendamos que peronismo no es la extraña parábola de un líder y su camarilla sino más bien la madeja social básica de las clases populares en el país, el tejido cultural en cuyos intersticios asoma la naturaleza del comportamiento político de las masas, y entendiendo que es ella la que requiere un nuevo y mayor esfuerzo de reflexión.

No se trata ahora de demostrar que el peronismo fue democrático aún dentro de los

NUESTRO

CANCIONERO

Pascual y José María
Contursi

**"PERCANTA QUE
ME AMURASTE..."**

*Bandoneón arrabalero - De vuelta
al bulín - El motivo - Flor de fan-
go - La cumparsita
Cristal - En esta tarde gris - Gri-
cel - Quiero verte una vez más -
Tabaco - Vieja amiga y el inmor-
tal - Mi noche triste.*

PÍDALO EN SU LIBRERÍA

marcos saénzpeñistas. Nos interesa apenas recordar que el peronismo, una y otra vez, conquista su legalidad y demuestra su legitimidad en los términos exigidos por el discurso de la democracia liberal, pero que también rebasa esos límites. Lo hace en un doble sentido: improvisando y generando formas de acción política no previstas en el código liberal, y también profundizando la propia democracia saénzpeñista más de lo que cualquier liberal hubiera imaginado. Fueron gobiernos peronistas los que lograron desarrollar el constitucionalismo social, dar el voto a la mujer, promover una efectiva redistribución social de la riqueza, defender la soberanía nacional y todo ello, convocando a elecciones libres, triunfando en ellas y garantizando el derecho a la oposición.

Y sin embargo, el peronismo no logró aprobar el examen de democracia de las capas medias liberales. Argumentos: faltas a la independencia del Poder Judicial, manipulación del Poder Legislativo, controles a la libertad de prensa, negociados económicos de altos funcionarios, coerción en la vida sindical y, también, algunos malos tratos a la oposición.

Debería decirse y se sabe que cada una de estas cosas las hubo e incommensurablemente más graves en los períodos de régimen *democrático*, previos y posteriores. Pero mientras en el contexto peronista estas transgresiones se realizaron con la impudicia de quien recuerda que esas mismas formas han sido sistemáticamente usadas en su contra hasta el día de ayer, en los gobiernos *democráticos*, aunque mayores y peores, las transgresiones constituyen el pecado del mal menor, necesario para defender las *esencias* de la democracia y similares. Es decir, nos encontramos ante el despunte de la real contradicción: mientras las pseudodemocracias violan sus propios reglamentos pero custodian siempre una misma racionalidad básica de clase, el peronismo amenaza esa racionalidad, aunque sus violaciones al

reglamento de juegos no pasen, en verdad, de ligeros rasguños. El peronismo no renegó jamás de parlamentos, partidos y representaciones proporcionales, pero es obvio que prefirió siempre apoyarse sobre todo en las formas directas de la movilización política antes que en el restringido cumplimiento de la ley.

La contradicción real se sitúa, como es natural, no entre democracia abstracta y peronismo sino entre dos concepciones de la democracia, correspondientes a dos concepciones del accionar político. Ninguna de las dos, sin embargo, tiene más que un cierto parentesco con el discurso racional-democratista de nuestras capas medias que hoy se quiere reactualizar. Es que ni Montesquieu ni Saénz Peña (de quienes ya hemos abusado) reflejan los términos presentes en los que se juega el poder político, ni siquiera en calidad de reflejo ideológico invertido.

La concepción de la *democracia restringida* —inventada por el general Pedro Eugenio Aramburu mucho antes que la Trilateral lo advirtiera— es por cierto la hija legítima de la democracia liberal clásica aunque represente la negación final del viejo individualismo humanista. Corresponde a los ajustes autoritarios que un sistema de dominación más sofisticado propone para su mantenimiento ante la fuerza que adquirieron los movimientos populares y de revuelta surgidos en su propio seno.

La clave básica de esta democracia restringida, en acto en el país desde 1955 y con la única excepción del gobierno peronista de 1973/74, es sencilla: lo que antes era la razón del sistema social ahora es un conjunto de normas que se aplica discrecionalmente y bajo las condiciones de la eficacia. Con estos criterios, hace 25 años que en Argentina existen, ciudadanos de primera —ciudadanos del consenso— y ciudadanos de segunda —los del disenso—. Pero la racionalidad es idéntica.

La otra matriz de comportamiento político, la del movimiento popular, propone una suerte de democracia inorgánica de acento participativo y tonalidades autogestionarias. Trae consigo la marca democrática de las aspiraciones con que soñaban sus fundadores —una clase obrera dispuesta a tomarle la palabra al régimen respecto a los problemas de la libertad y la justicia— pero su práctica discurre fundamentalmente por carriles distintos.

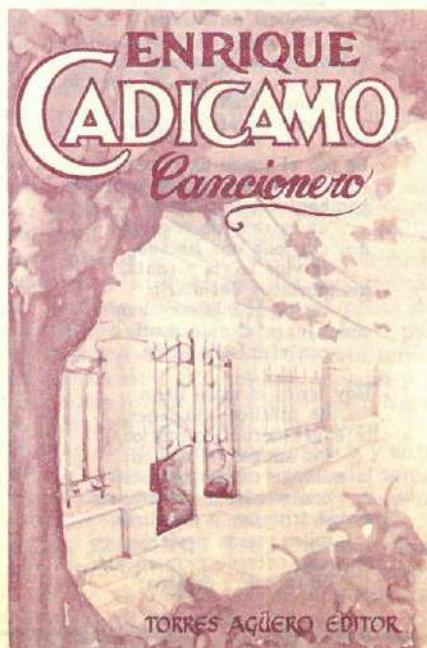
Esta concepción de democracia, alejada de un modelo acabado y coherente, se nos aparece como un conjunto de signos en ebullición, en la participación directa, en la inestabilidad y fluidez de las mediaciones, en la movilización, en la política como fiesta, en las expresiones larvales de una democracia de base, en el comportamiento masivo por oleadas, en el desarrollo de un espontaneísmo que construye conductas casi orgánicas, en una práctica *no* clasista, pero, sobre todo, en tres rasgos nuclearmente contrapuestos a la matriz liberal racionalista y capaces de resquebrajar la paciencia de nuestros más pacientes próceres. Nos referimos a la manera en que la práctica del movimiento popular niega la escisión entre lo privado y lo público, primero, para politizar luego la vida cotidiana, en vez de tratar lo político como actividad especializada, y para plantear, tercero y último, formas de sujeto político colectivo.

Estos tres rasgos, a los que ya habíamos hecho referencia previamente, comportan una relevancia singular: de acuerdo a los cánones clásicos, los tres signos señalados deberían pertenecer al correlato político de un esquema radicalmente *no* capitalista.

La presencia de elementos larvales de estas características se explica, en parte, en la medida en que el peronismo, lejos de ser un aparato funcionalmente organizado para luchar por el poder del estado, una congregación multitudinaria de individuos que se enchaquetan de ciudadanos para votar un domingo, constituye un movimiento social permanente, un movimiento *cultural* si hablásemos en código gramsciano. Es lógico, entonces, que en su interior se amasen las prefiguraciones del futuro.

Práctica *zafada* del sistema, turbadora y perturbadora, mal haríamos en separar de su análisis la problemática de la democracia. Mal haríamos, también, si creyésemos que la contribución peronista a la democracia consiste en la realización de su famosa democracia interna al estilo Unión Cívica Radical: encorsetaríamos las turbulencias del movimiento social a cambio de un par de reuniones mensuales de comité. ●

ENRIQUE
CADICAMO
Cancionero



TORRES AGÜERO EDITOR

Notas sobre el movimiento popular

Elena Casariego

Una de las manifestaciones de la crisis teórica y política del marxismo contemporáneo ha sido el replanteo, desde diversas perspectivas, del problema de la democracia. Como parte de este fenómeno, también entre algunos sectores provenientes de la izquierda argentina se observa un cierto "giro a la democracia".

Sólo porque en el desarrollo de sus análisis teórico-políticos se califica al Movimiento Peronista como negando a la "democracia formal" es que recordamos el "giro a la izquierda del peronismo" proclamado por el Partido Comunista Argentino hacia comienzos de los sesenta. Interesa especialmente lo que comentara al respecto al general Perón: "[...] los que giraron a la izquierda fueron ellos, porque eran ellos los que estaban con la derecha; nosotros fuimos siempre enemigos de la derecha". Históricamente inapelable.

Y como la historia es la más radical prueba de verdad de toda teoría, vamos a basar estas notas críticas fundamentalmente en hechos históricos. Por supuesto que la propia visión sobre el significado de tales hechos está cargada de profundas implicancias teóricas y políticas, que trataremos de desarrollar más sistemáticamente en otros trabajos. Por el momento, se trata de algunas notas rápidas que surgen de la lectura de artículos publicados recientemente.

Uno de los temas que resalta, es el de una supuesta escisión entre democracia formal y democracia sustantiva; escisión que mostraría al movimiento popular argentino despreciando —a través de una explícita opción ideológica— la democracia formal; definida ésta como: "[...] una modalidad de participación ciudadana caracterizada por el sufragio universal (no sólo masculino), por la presencia de una pluralidad de opciones, por el respeto a las minorías y la tolerancia para su transformación en mayoría eventual".¹

La síntesis de esta postulación sería: "[...] el movimiento social argentino a partir de la etapa peronista de su constitución se manifestó desdeñoso de vincular la democratización sustantiva con la democracia formal o política [...] Desdeñoso de la democracia formal en favor de la democratización sustantiva, terminó enredando su ideología y su práctica en el pantano del lopezreguismo [...]".²

Vayamos por partes.

Acerca del "desdeño"

En el trabajo que comentamos se afirma, por un lado, que la democracia es una construcción popular, lo cual es correcto; pero inmediatamente se ignora el hecho de que la democracia es resultado de una lucha popular, cuando esa lucha se realiza en nombre del peronismo. Las elecciones libres (democracia formal) fueron unas de las primeras conquistas arrancadas al régimen por el Movimiento Peronista: el 24 de febrero de 1946 es una consecuencia directa del 17 de octubre de 1945.

Por lo demás, el resultado de esas elecciones —cuya limpieza fue reconocida por los dos polos enfrentados— no harían sino reforzar la potencialidad de esta instancia de poder conquistada por el movimiento popular. El general Perón asumió esa demanda de las masas, utilizando a la democracia formal —al consenso de las mayorías— como uno de los principales instrumentos para materializar una democracia sustantiva.

El proyecto político del primer período de gobierno peronista contemplaba una reconstitución del estado, que —dentro de su concepción— debía cumplir un papel central en el reordenamiento del conjunto de la sociedad.³ Recordemos que para este proceso se utilizó nuevamente la democracia formal: el primer Plan Quinquenal fue sometido a discusión en el Congreso de la Nación y la Constitución de 1949 fue proclamada por una Convención Constituyente cuyas reglas seguían los más puros es-

quemas democráticos. Y si alguien llegó a plantear que la mayoría obtenida en las elecciones presidenciales de 1951 (donde se incorpora el voto femenino) fue consecuencia de un fraude realizado por "la dictadura", quedan todas las elecciones argentinas en el cuarto de siglo posterior para demostrar que —en las leyes de juego de la democracia formal— el peronismo era imbatible.

Paradójicamente, fue la "Revolución Libertadora" —que pretendía arrasar "democráticamente" con la Constitución de 1949— la que permitió confirmar que "el tirano depuesto" ostentaba el consenso mayoritario de la nación, aun cuando éste sólo pudiera expresarse a través del voto en blanco. Eran las elecciones para el Congreso Constituyente de 1957.

Esta contundencia del pueblo peronista en las urnas —que se siguiera expresando tanto en las elecciones nacionales como en las "pruebas piloto" provinciales realizadas por los regímenes de turno (1958, 1962, 1963, 1965, 1973)— es lo que devela, sin necesidad de sofisticados recursos teóricos, la "ingobernabilidad de la democracia" en Argentina desde la perspectiva del Pentágono y sus aliados nacionales.

Resumamos: 1946, 1949, 1951, 1957, 1958, 1962, 1963, 1965, 1973. Desde el gobierno o desde el llano, no hubo ninguna elección en nuestro país donde no quedara demostrado el carácter mayoritario del Movimiento Peronista, aun en aquellas en que estaba proscripto.

Cuando se intentan superar el ideologismo y el economicismo para analizar la historia argentina de las últimas décadas, se llega al universo de la política. Un universo que carece de "leyes" porque es un ámbito de enfrentamiento de voluntades sociales; que no está regido por la "necesidad" que se otorga a la lógica estructural del capitalismo. Y lo que muchas veces se ignora es que esta lógica económica sólo puede desarrollarse mientras exista un poder político —consensual o represivo— que la imponga.

La relación entre propuesta política popular y lógica capitalista no puede ser analizada solamente en función económica o ideológica, sino en un contexto de relaciones de fuerzas —tanto nacionales como internacionales— entre proyectos antagónicos. La política es el campo resolutivo de tales relaciones de fuerzas; donde se condensan las diversas manifestaciones del poder (económico, militar, social, institucional); donde se materializan los ejes de antagonismos y alianzas; donde se expresan las formas específicas y los contenidos de la conciencia popular; donde se formulan y confrontan estrategias y tácticas. Un campo donde la ciencia "universalmente válida y necesaria" ha carecido de las necesarias respuestas válidas.⁴

Esta perspectiva política permitiría demostrar, desde otro ángulo, la falacia del supuesto "desdeño". Entre otros apelativos, el enemigo siempre consideró al general Perón como un pragmático; otorgándole una cierta "viveza" o habilidad demagógica para manejarse políticamente. Lo cual supone ignorar su profundo conocimiento de la estrategia militar; sus largos años como profesor de este tema en la Escuela Superior de Guerra; y su capacidad para transformar teórica y prácticamente los conceptos de estrategia militar en estrategia política.⁵ En todo caso, pocos niegan que fue uno de los más brillantes estrategas políticos de la Argentina contemporánea. Y ningún estratega político, en una situación de equilibrio inestable de fuerzas —como tantas veces se ha caracterizado la situación de la política argentina de esos cuarenta años— cometería el error de "desdeñar" uno de los instrumentos de poder que domina: el consenso de las mayorías y su forma más clásica de expresión, la democracia formal. Es como imaginar al viejo líder atomizando a la CGT.

Se estaría indicando aquí la necesidad de no confundir *liberalismo* —entendido como concepción totalizadora de la economía y la política; como propuesta global de organización de

la sociedad— con *democracia*. El peronismo se define como antiliberal; pero no como antidemocrático. Solamente le ha quitado la bandera de la democracia y la representatividad al liberalismo para incorporarla en el proceso de creación de una democracia real: "[...] esta es la verdadera fiesta de la democracia, representada por un pueblo que marcha a pie durante horas para llegar a pedir a sus funcionarios que cumplan con el deber de respetar sus auténticos derechos".⁶

Así, "democracia formal" y "democracia sustantiva" —democracia integral— constituyeron una relación originaria y permanente para el movimiento social argentino.

Sobre la democracia en lo internacional

Es importante, por otra parte, analizar la concepción peronista de democracia que se diseñara en el plano internacional frente a las alternativas triunfantes que se presentaban en 1945: "[...] el liberalismo anglosajón (la democracia formal) y el socialismo estalinista, que redactaba simultáneamente la Constitución de 1936 ("la más democrática en la historia de la humanidad") y las sentencias de los procesos de Moscú [...]".⁷

Se omite a veces que —igualmente grave— esas dos alternativas habían definido en Yalta y Potsdam "zonas de influencia"; y los intereses de la URSS como potencia se sobrepusieron tanto a las decisiones soberanas de los países de Europa Oriental como al desarrollo de la lucha revolucionaria en Grecia o China. La "revolución por conquista" estaba a la orden del día.

Pocos denunciaron entonces la falsa opción que suponía Yalta. Y la enunciación de la "Tercera Posición", basada en la tesis de "los dos imperialismos" —que tanto escandalizara a los "revolucionarios" de entonces— transformó al general Perón en uno de los precursores de la política tercermundista, una década antes de Bandung.

La soberanía nacional —como premisa de solidaridad y respeto entre los pueblos frente a todo dominio —cualquiera sea su signo—, y la independencia económica ante las diversas formas del imperialismo capitalista —constituían, junto con la justicia social, las banderas fundamentales del proyecto político que nacía entonces en Argentina. El problema de "lo nacional" como síntesis única e irrepetible; como modo de identidad esencial de los pueblos, estuvo siempre presente en la concepción doctrinaria del Movimiento Peronista.

Coincidimos en que el marxismo no ha resuelto el problema de la relación entre socialismo, nación y democracia participativa. Mao Tse-tung fue tal vez el líder socialista que más intentó profundizar práctica y teóricamente en esta línea de síntesis: las "Tesis Filosóficas", la Revolución Cultural, el "predominio de la política", la autonomía frente a la URSS. El tiempo nos dirá si Teng Hsiao-ping es sólo un fenómeno circunstancial.

Hacia fines de la década de 1960 el general Perón comienza a plantear doctrinariamente el problema del socialismo nacional. Y ante el Mao que denuncia al poder soviético como "socialimperialismo" señala: "Los hechos que culminaron en la primera quincena de septiembre de 1966 parecen ser un indicio de que comienza una nueva historia contemporánea en el devenir socialista de nuestro tiempo. La decidida actitud del Gran Mao ha dividido con claridad el socialismo nacional del socialismo internacional que ha dado lugar al imperialismo soviético, y de la misma manera que acusa al imperialismo yanqui enjuicia a su aliado moscovita en la Conferencia de Yalta, porque de común acuerdo se dividieron allí el mundo en dos para su dominio y explotación, después de despojar de su territorio a varios países. Sus palabras son tan claras como su verdad incontrovertible [...]".⁸

Cuenta la anécdota popular que, otras veces —mientras fumaba cigarrillos que el líder chino le había enviado de regalo— el general se refería a Mao Tse-tung con su típico humorismo criollo, totalmente desprejuiciado: "ese chinito pícaro que no roba las ideas".

Democracia y conducción en el interior del Movimiento

Una breve acotación sobre el "lopezreguismo" que se consideraría la manifestación más acabada de la trayectoria "autoritaria" del movimiento de masas argentino. No olvidar que Ló-



pez Rega fue desplazado de sus funciones por la exigencia de la clase trabajadora peronista que, una vez más, apelaba a un recurso que la identifica por excelencia: su concurrencia masiva a Plaza de Mayo. Era junio de 1975 y tiene que ver con una concepción de democracia en el interior del Movimiento.

Al respecto, hay algo que debería quedar claro: como bien lo han señalado algunos compañeros, la causa principal del golpe militar no fue el "desgobierno" de la etapa lopezreguista, sino la creciente fuerza protagónica que iba alcanzando el movimiento sindical en la recomposición del poder interno del peronismo y del gobierno que comienza a producirse a lo largo de ese año.

Por otra parte, sería necesario señalar la esencial, la radical diferencia que existe entre "autoritarismo" y "verticalismo" en lo que al general Perón se refiere. El autoritarismo supone imposición, órdenes inapelables engendradas desde un poder represivo. Nada más lejos de la concepción y de las posibilidades de un líder, que, de los treinta años de relación con su pueblo, pasó dieciocho en un exilio a más de 10.000 kilómetros de distancia.

Por el contrario, el "verticalismo" peronista surge fundamentalmente de una decisión de las bases, que invisten de un inédito liderazgo a ese coronel que, al asumirlo, les diría: "... deo pues el sagrado y glorioso uniforme que me entregó la Patria para vestir la casaca del civil y mezclarme con esa masa sufrida y sudorosa que elabora con el trabajo la grandeza del país".⁹

A partir de entonces, el verticalismo sólo fue posible a través del más amplio consenso; de una profunda convicción de que la fuerza está en el conjunto; y de una total confianza en la capacidad de conducción estratégica del líder, más allá del acuerdo o desacuerdo con algunos de sus pasos tácticos.

Dentro de este marco general cabe —indudablemente— una gran posibilidad creativa y participativa para los distintos sectores que componen el Movimiento, siempre que mantengan "los pies en el plato"; es decir, que su accionar no se transforme en obstáculo para el avance de la totalidad en las diversas coyunturas políticas. Lo cual no quita que la conducción estratégica —tal como era ejercida por el general Perón— suponga un poder de decisión delegado en el más alto nivel y que, muchas veces, tales decisiones hayan afectado los intereses inmediatos de las diferentes tendencias o hayan sido insuficientemente comprendidas por algunos sectores de las bases (entre otras, el voto a Frondizi en 1958).

Pocas veces en su larga trayectoria el general dejó de lado la "persuasión"; una de ellas fue ese 1 de mayo. Culminación de una etapa en la cual —en base a un poder de convocatoria obtenido por su accionar como "formaciones especiales" durante la etapa de ofensiva táctica— se utilizó "el poder sobre la vida y la muerte" (o, más burdamente, "el apriete") para intentar disputar la conducción e imponer las propias lí-

neas políticas en el seno del peronismo. Sólo a la luz de los años y de un altísimo costo, ese proceso ha cobrado nuevos significados para gran parte de los que se fueron de la plaza.

Nos estamos refiriendo a los grandes lineamientos de la concepción y la práctica de conducción interna de un movimiento de masas. Sabemos que —si no hemos de hablar de utopías— en la historia del peronismo existieron, como en todas las historias, pequeñas cosas y cosas sublimes; y que, ahora más que nunca, es necesaria una revisión crítica de los aciertos y los errores que caracterizaron el desarrollo de nuestro movimiento popular.

Sería absurdo negar que en distintos periodos del peronismo, ha habido profundos fenómenos de burocratización, tanto en el ámbito sindical como en el Partido Justicialista. Como absurdo sería negar que esas mismas formas organizativas contienen instancias de participación a nivel de bases —principalmente las comisiones internas de fábricas y las unidades básicas barriales— que han mantenido una enorme vitalidad, aun en momentos en que la burocratización de los altos dirigentes parecía alcanzar su máxima expresión.

El fenómeno de "la burocracia" en el Movimiento ha tenido diferentes fundamentos y significados que deberían ser analizados en cada etapa específica. Por ejemplo, entre 1952 y 1955 se habían producido, especialmente en el plano sindical, un proceso de burocratización de los dirigentes que, en su gran mayoría, traicionaron al peronismo en la crisis de 1955, demostrando que eran más "oficialistas" que peronistas.

Otras características tiene el proceso que se genera a partir de 1960, cuando se legalizan los sindicatos y la CGT. En esta etapa existe una contradicción intrínseca dentro del sindicalismo: por una parte, constituye una necesidad del sistema para organizar el mercado de trabajo; pero, por otra, es el eje organizativo principal del movimiento de masas proscripto.

Los principales intentos del régimen de asentarse sobre esta contradicción para dividir e integrar al Movimiento —el vandomismo y el participacionismo— fueron, en su momento, derrotados por el general Perón apelando a la acción de las bases a través de distintas tácticas.

También ha sucedido que la permanencia de uno u otro dirigente "burócrata" fuera, en algún momento, sustentada por el general. No por ignorancia de su traición real o potencial, sino por características propias de su estilo de conducción ("manejo mejor al enemigo de cerca") o por considerar que el carácter global del enfrentamiento con el régimen en determinada coyuntura debía adquirir predominio sobre la lucha interna que necesariamente suponía el desplazamiento de tales dirigentes.

Estas son sólo algunas líneas que consideramos sería importante profundizar, teniendo en cuenta la necesidad de establecer diferencias entre un verdadero fenómeno de burocratización y la utilización del calificativo de burócrata como una mera forma de insulto político frente a quienes no comparten las propias líneas.

Luego de la muerte del general Perón —y con él del "verticalismo"— uno de los desafíos cruciales para el Movimiento es recrear canales y mecanismos que permitan potenciar la participación de las bases y la representatividad de sus dirigentes, a fin de consolidar una nueva inducción pluralista y unitaria, capaz de contener y resolver las contradicciones entre las diferentes corrientes que necesariamente han de existir en su interior.

¿Cuál fue el acontecimiento?

A lo largo de la historia humana hay ciertos "acontecimientos" que introducen un cambio cualitativo; una nueva lógica en el desarrollo de las relaciones político-sociales. Contrariamente a quienes suponen que la "nueva historia" argentina comienza en 1969, nos parece por demás evidente que los trabajadores peronistas ocupan —desde el "acontecimiento" del 17 de octubre— un espacio político propio e insustituible: la oposición más radical al régimen de dominación oligárquico-imperial en Argentina.

Ha habido distintas experiencias organizativas e infinitad de siglas y nombres que han quedado para la historia y la anécdota —a veces trágica— del movimiento popular. Pero cada vez el régimen los vuelve a encontrar allí: Comandos de la Resistencia; CGT Auténtica; con siglas o sin siglas; proscriptos o legales; voto en blanco o voto positivo; Confederación General del Traba-

jo; "62"; "25"; CUTA; con dirigentes o sin dirigentes visibles. Tomando sus fábricas, reteniendo a los empresarios o ejecutivos como rehén, haciéndolos producir; aprendiendo y demostrando que son capaces de poseerlas. Siempre presentes: sabotajes, huelgas, resistencia, creatividad revolucionaria; límite histórico y social a todo intento de consolidar una política antipopular y antinacional.

Cuando el "sentido común" de un pueblo contiene estas experiencias; cuando sigue manteniendo la vigencia de su opción originaria —"Braden o Perón"; oligarquía e imperialismo o pueblo; dependencia o liberación— puede hacer algo más que "convocar la nostalgia".

Este problema se vincula con las posibilidades de continuidad histórica del peronismo luego de la crisis que significó la desaparición física del líder.

Hacia adelante

En el discurso de la mañana del 12 de junio, al afirmar: "... mi único heredero es el pueblo", el general Perón sintetiza por última vez el contenido esencial del Movimiento. No es una frase vacía o demagógica, y mucho menos una respuesta circunstancial ante la brutal lucha por el poder que se desarrollaba entonces en el peronismo. Porque si el general tenía conciencia de la crítica situación por la que pasaban el Movimiento y el gobierno, sabía —con la misma lucidez— que dejaba como herencia política un "pueblo" en el sentido que él mismo daba a la palabra décadas antes en "Conducción Política".

"Hemos hablado de masas hasta que nos hicimos cargo del gobierno; después hemos hablado de pueblo, porque tenemos la aspiración de transformar esa masa en una organización con una personalidad social y una conciencia social. Si la masa aprende a discernir por sí, a comprender por sí, entonces estamos seguros de que no se la volverá a engañar nunca más [...]"¹⁰

Haberse constituido en "pueblo" significa para la clase trabajadora un punto de no retorno. Este punto de no retorno en la conciencia popular —que desorienta a la izquierda y enardece a la derecha— implica un nivel irreversible de pensamiento colectivo; una riquísima experiencia organizativa; y una politización y estado deliberativo de las bases, cuya magnitud es el reaseguro de su proyección histórica.

La huelga general del 27 de abril; las diversas manifestaciones de resistencia y lucha que ha creado la astucia popular en condiciones altamente represivas; las declaraciones del compañero Bittel ante la Comisión Investigadora de la OEA; o los sucesivos documentos y acciones del Partido Justicialista y el Movimiento Sindical, se vuelven ininteligibles sin este contexto.

Somos conscientes, sin embargo, de que el peronismo enfrenta actualmente una difícil encrucijada. Debe resolver teórica y políticamente —doctrinariamente— una multitud de problemas que hacen a su capacidad de gestar un proyecto político-económico para la nación en esta nueva etapa. Entre otros: ¿Cómo resolver las cuestiones de unidad y diferencias en el seno del Movimiento? ¿Cómo generar y consolidar un nuevo tipo de conducción participativa? ¿Qué formas organizativas son capaces de potenciar al sindicalismo y superar sus límites? ¿Qué alternativas estratégicas y tácticas han de permitirnos acceder al poder? ¿Cuál es la respuesta correcta ante el problema militar? ¿Qué conformación deberíamos darle al estado en sus rasgos fundamentales? ¿Cómo neutralizar el poder económico de las oligarquías y los monopolios transnacionales? ¿Quiénes son nuestros aliados nacionales e internacionales? Volveremos sobre algunos de estos temas. ●

1. J. C. Portantiero: "Proyecto democrático y movimiento popular", Revista *Controversia* núm. 1, octubre de 1979.
2. *Ibidem*.
3. El rol del estado en el primer período peronista merece un trabajo aparte.
4. Por este camino llegaríamos al concepto de "populismo" que requiere, por su fuerte presencia actual, de un análisis crítico más elaborado.
5. No pretendemos con estas afirmaciones caer en el "cientificismo peronista". Por el contrario, compartimos lo dicho por el general Perón, "La política no es una ciencia, es un arte." En otras palabras, se pueden aprender concienzudamente la teoría y las técnicas de la pintura, pero no cualquiera es Miguel Ángel.
6. General J. D. Perón: Discurso del 17 de octubre de 1945.
7. J. C. Portantiero, *ibidem*.
8. General J. D. Perón: "La Hora de los Pueblos".
9. General J. D. Perón: Discurso del 17 de octubre de 1945.
10. General J. D. Perón: "Conducción Política".

El pensamiento de la derecha y la junta militar

Emilio de Ipola

Hasta un pasado no muy lejano, la instauración de una dictadura militar en América Latina solía ser para las izquierdas una oportunidad excelente de renovar sus diatribas contra las formas institucionales democráticas, de las cuales se afirmaba a la vez que eran un conspicuo producto de la burguesía y también el sistema político que esa misma burguesía se empeñaba constantemente en demoler. Los golpes militares se veían así dotados de virtudes inesperadas; en Argentina, por ejemplo, las dictaduras implantadas en 1955, 1966 y 1976 habrían tenido al menos un aspecto positivo: poner al desnudo la razón última, fundamental, del poder de las clases dominantes —la violencia *sans phrase*— y mostrar al mismo tiempo que las formas democráticas eran sólo una simple fachada para tiempos de paz social. Desechada la apariencia por obra misma de esas clases, quedaba diáfana la vista la naturaleza opresora del estado burgués. No era difícil inferir de esa idea del papel revelador de las dictaduras militares el diagnóstico de un contrataque esta vez definitivo y triunfal de los explotados: puesto que ninguna máscara ocultaba ya la dominación de clase, tampoco ninguna trampa lograría ya desviar a las masas populares del cumplimiento —seguramente a corto plazo— de su misión histórica.

Hoy en día ese reiterado discurso es incapaz de disimular su ineptia. Por fortuna: gracias en efecto a esa incapacidad podemos analizar y evaluar el problema de la democracia con nuevos ojos. Más aún, comenzamos a comprender que algo crucial y decisivo se juega en ese examen; que este último nos ofrece una ocasión privilegiada y legítima de arreglar postergadas cuentas con nuestro pasado y también de enriquecer nuestro bagaje teórico-ideológico con vistas al presente y al futuro. Sin duda, persiste en muchos el temor de asistir a la claudicación de evidencias cuya innegable y única virtud era la de darnos un marco de interpretación esquemático, pero claro, lleno de atolladeros y de desmentidos, pero tranquilizante. El pensamiento dogmático, esto es, el no pensamiento, es el único hedonismo que las izquierdas nos hemos permitido. Hedonismo perezoso y alienado del cual, salvo excepciones, el más nítido producto ha sido la profunda miseria de nuestro marxismo, su escasa capacidad de comprensión de lo nuevo —y de lo viejo.

Se dirá que las izquierdas no hemos subestimado ni dejado de lado el tema de la democracia. Lo cual es cierto; salvo que lo hemos abordado según principios y convicciones que daba *a priori* por resultado lo que debió ser asumido como un problema. La clásica distinción entre democracia “formal” (= burguesa) y democracia “sustantiva” (= obrera) y el inevitable rechazo de la primera en nombre de la segunda bastaban para clausurar la cuestión. Argumentación ésta que, aunque adornada con un lenguaje marxista, no dejaba de ser perfectamente tradicional: la “forma” como apariencia vacua, la “sustancia” (por supuesto oculta) como única y verdadera realidad. El propio Marx ya había desmontado y criticado ese dispositivo ideológico.¹ Naturalmente, la sospecha de que esos marxistas han ignorado lo que puede leerse en las primeras páginas de *El capital* es inevitable.

Y sin embargo, más que muchas otras en América Latina, la izquierda argentina tenía la posibilidad de nutrir un marxismo creativo, y de superar las fórmulas prefabricadas, con sólo inclinarse seriamente sobre nuestra experiencia histórica. Podría por ejemplo haber advertido que casi ninguna fuerza política, por lo menos en el último medio siglo, se privó de afirmar ideas democráticas,² sin perjuicio claro está—pero esa claridad esconde un problema— de desmentirlas en los hechos. No olvidemos por cierto dos hechos políticos que marcaron profundamente a la sociedad argentina: el radicalismo y el peronismo. Menos aún negaremos que en sus respectivos momentos históricos

implicaron procesos de democratización inéditos en nuestra historia. Esa es una de las razones por las cuales —cualquiera fuere su futuro— siguen estando en nuestro presente. Pero, sin poder abundar en el tema, debemos señalar también que en tanto experiencias políticas (aunque por razones diferentes) no lograron superar límites que se revelarían a la postre decisivos.

Así, pues, no sería abusivo concluir que, si bien la mayoría de los grupos políticos de derecha y de izquierda hicieron suyas en sus programas y plataformas las demandas democráticas formales, ninguno dejó de fomentar la idea de que esas reivindicaciones tenían ante todo un papel instrumental —y a menudo sólo retórico. Entre el fraude patriótico y la afirmación de la convivencia de “utilizar” las formas de la democracia “burguesa” existen —nadie lo duda— diferencias sustantivas. Pero también existen similitudes.

¿Qué ocurre sin embargo en el otro polo? ¿Cuál es la suerte, cuáles las líneas directrices del discurso de la derecha argentina bajo el régimen de dictadura militar?

Algunas voces, provenientes de la junta militar, no han vacilado en repudiar (por “demagógico”) al concepto de pueblo. Otras han preconizado el voto calificado. No obstante, prácticamente ninguna ha osado atacar los valores democráticos. Al contrario, todas se han hecho un deber el de reafirmarlos en cuanto ocasión se presentará.

Indudablemente, hay una amplia cuota de cinismo en el hecho de que un régimen cuyo carácter dictatorial no necesita ser demostrado declare sustentar los ideales democráticos. Recordemos por lo demás que los gobiernos conservadores tuvieron, entre sus más célebres características, la de pregonar la democracia en palabras e ignorarla flagrantemente en sus prácticas. Y, aunque cabría pensar que nada impedía a esos regímenes producir un discurso más acorde con la realidad de su gestión, no se debería tampoco olvidar que su afirmación de la idea democrática es inexplicable como un simple capricho de los sectores dominantes por contradecirse o —versión “marxista”— por ocultar con palabras vacías la realidad y el fundamento de su poder. Un examen no prejuicioso de nuestra historia, y en particular de la tradición ideológico-política en que se fue plasmando el discurso de nuestra clase conservadora, permitiría evaluar con mayor objetividad la decisiva gravitación del liberalismo en la constitución de la identidad ideológica de dicha clase. Senos objetará con toda razón que el liberalismo no tiene por qué asumir necesariamente, ni aun en palabras, los valores democráticos y que, todo lo limitadas que sean, las instituciones democráticas son esencialmente una conquista popular. Sin embargo, ello no desmiente el hecho de que esas conquistas se han procesado e implementado en el *humus* ideológico del liberalismo, el cual, en sus mayores y más consecuentes representantes, comprendió, que la idea de libertad, promovida por su propia doctrina, coherentemente asumida lleva a la idea democrática.

No hemos entonces de preguntarnos por qué la actual dictadura argentina sigue inscribiendo su discurso en los moldes del demoliberalismo. Nos preguntaremos más bien sobre las mediaciones ideológicas en base a las cuales el régimen militar procura compatibilizar —sea o no consciente de ello— la práctica autoritaria, carente de toda contaminación democrática, y un discurso que a pesar de todo sigue predicando como suyos los principios de la democracia.

En fecha reciente, el futuro presidente Viola afirmó que quería, “no para dentro de cuarenta años, sino para ahora [...] un país importante, un país donde el bienestar realmente sea un elemento cotidiano y los habitantes se sientan permanentemente felices. Un país guiado por dos aspectos fundamentales: la libertad y la justicia, dentro de una auténtica de-

mocracia, tal como nosotros la entendemos, bien democrática. Que sea permanentemente bienestar”.

Como es de regla en estos casos, lo importante aquí no es la enfática profesión de fe democrática afirmada en esas declaraciones, sino las ambiguas formas que la flanquean: democracia, sí, pero “auténtica”, democracia si pero “bien” democrática. Más allá del tono eufórico de esas modalizaciones, resulta claro que su intención es precautoria y su objetivo limitar las consonancias de la palabra democracia a secas. Para que no queden dudas, la sibilina expresión “una democracia tal como nosotros la entendemos” sugiere nítidamente que se trata, para Viola, de una “democracia” *sui generis*, esto es no de una democracia tal como se la entiende corrientemente dentro y fuera de nuestras fronteras.

Es evidente que detrás de esos juegos verbales no hay otro objetivo real que preparar el terreno para la puesta en marcha de una versión autóctona de la llamada democracia viable o restringida, modelo propuesto, como nadie ignora, por los “expertos” de la Trilateral. Ciertos órganos abiertamente dedicados a publicitar la política de la junta —y nada embarazados por escrúpulos teóricos, los sugieren ya sin ambigüedad. Así por ejemplo el semanario *Somos* publicó recientemente una larga diatriba contra Jacobo Timmerman, aderezada con citas del difunto doctor. Sebastián Soler en las que se preconiza la necesidad de un *aggiornamento* del estado y el pensamiento liberales, *aggiornamento consistente*. . . en revisar lisa y llanamente la idea central del liberalismo (la de libertad) y cuya conclusión no es otra que la de sostener que es más liberal un estado donde el ejercicio de la libertad política sea limitado que un estado que tolere sin reticencias dicho ejercicio. A modo de conclusión del —llámémoslo así— razonamiento expuesto, el artículo cita con complacida aprobación estas palabras del austriaco E. Heffel: “Yo creo que la democracia total, absoluta e íntegra, con todas sus consecuencias, sin paliativos, es la peste del siglo veinte.”

Una revista de izquierda publicada en el exilio afirmaba hace un tiempo que la dictadura argentina carecía de intelectuales orgánicos. Afiración oportuna —porque llama la atención sobre un problema real— pero también falsa. No es cierto que el gobierno militar sufra de penuria de intelectuales orgánicos. Ocurre simplemente que no se los encuentra en los lugares institucionales donde “normalmente” deberían estar. Lo que significa que hay que saber buscarlos.

Se los hallará encarnados, menos en figuras de renombre, que en el ámbito más anónimo de una cierta prensa. Dicho esto, la precedente alusión a *Somos* no debe prestar a malentendidos. No nos estamos refiriendo a dicha revista, ni a publicaciones como *Gente*, el diario *La Opinión* y otras, controladas directa o indirectamente por la junta o tan servicialmente adictas a su política que bien puede decirse que su labor es menos intelectual que propagandística.³ Nos referimos concretamente a editoriales y notas del tipo de las publicadas por el diario *La Nación* o la revista *Carta política*. Se trata de periódicos que, en nuestra opinión, intentan realizar un trabajo de mayor envergadura que el que obsesivamente efectúan los antes citados: por una parte, buscan ganar adeptos, convencer a los dubitativos, reforzar las adhesiones ya logradas; por otra, aconsejan, y a veces amonestan, al régimen que, en tanto intelectuales representan o aspiran a representar. Es decir: no sólo difunden las tesis de este último; también las elaboran, las racionalizan y si es necesario les formulan algunas críticas (por supuesto “constructivas”). No son, pues, solo órganos de circulación sino también de producción de la ideología de la dictadura.

Su tarea no es para nada fácil. Sería en efecto superfluo exigir a las argumentaciones de un jefe militar la coherencia y el rigor de un teorema. En cambio, las publicaciones citadas no pueden usufructuar de esa condescendencia. Al contrario, la función que las justifica consiste en hacer compatible lo contradictorio, verosímil lo increíble, e inventar las difíciles mediaciones entre los objetivos declarados y los reales, entre el discurso y la práctica. A ello se deben los complicados subterfugios a los que con frecuencia deben apelar los escribas de esa prensa. La alusión equívoca, la pseudoerudición, la ambigüedad deliberada y todas las formas conocidas o por conocer del sofisma forman parte de sus

más habituales recursos; también hacen uso en ocasiones del *diktat*, de la afirmación perentoria presentada como evidencia y otras modalidades del autoritarismo verbal. El más claro riesgo de esas manipulaciones discursivas es que el texto producido merced a ellas naufrague en el sin sentido. A ese riesgo sucumbieron, durante el ongiato, no pocos artículos de la revista *Confirmado*, publicación que en su momento intentaba cumplir el papel de ideólogo del régimen de entonces.⁴

Nos permitiremos mencionar aquí un artículo publicado hace un año por la revista *Carta política*. Somos conscientes de que la referencia, por añadidura sumamente rápida, a un artículo aislado es muy poco probatoria. De todos modos, nuestra intención es sólo ilustrativa y, por lo demás, no sería difícil encontrar en esa revista artículos del mismo tenor.

El título de dicho artículo ("¿Qué democracia?") anticipa ya parcialmente lo que seguirá. El estilo conjuga —no sin habilidad en un texto que a todos efectos prácticos resulta ser una suerte de Editorial— la jerga "científica" de los politicólogos profesionales y el lenguaje político corriente, así como también la especulación objetiva con la resuelta toma de partido. Como de costumbre, se destacan desde el comienzo las alusiones a la memoria cultural compartida por la minoría supuestamente ilustrada a que está dirigido el artículo.⁵

Este se plantea en principio como una crítica a iniciativas recientes de la OEA acerca de los derechos humanos, pero el objetivo de fondo es más ambicioso. Se trata fundamentalmente de denunciar y dar cuenta de la confusión ideológica por la que atravesaría hoy Occidente, y también de trazar las líneas directrices que permitirían superarla. Aunque valdría la pena, no podemos detenernos en los seudorrazonamientos eruditos y en los argumentos falaces que prodiga con abundancia. Iremos directamente a las conclusiones principales:

* Occidente está hoy "mal de la cabeza": ha perdido el recto sentido de la democracia (reduciéndola a las elecciones) y también de los derechos humanos —en la medida en que le da por sostener que sólo rigen en un régimen democrático así conceptualmente empobrecido. De allí que llegue, en nombre mismo de la democracia, a conclusiones reñidas con ella. Sin ir más lejos, admite que Nicaragua, sometida a un régimen procastrista a corto plazo totalitario, acuse a Uruguay, país de reconocida tradición democrática y, que como si esto fuera poco, "proyecta elecciones para 1981". Vaya Dios a saber por qué Occidente ha caído presa de esa neurosis ideológica: el artículo sostiene que es así y no hay otro remedio que crearle o abandonar la lectura.

* Pero lo importante es encontrar remedios que curen el mal. Ahora bien, dichos remedios resultan ser asombrosamente sencillos. "Para ello no hace falta inventar nada": se trata de volver al antiguo y profundo sentido de la palabra democracia, tal como ha sido concebida por el pensamiento vivo de Occidente, desde Aristóteles a Juan Bautista Alberdi. Dicho esto, ahorrándonos generosamente la relectura de los clásicos, el artículo nos da un apretado resumen de esa concepción: "De acuerdo con esta tradición doctrinaria, la democracia es un sistema de vida en común según el cual, residiendo en los ciudadanos la decisión final acerca de aquéllos que han de gobernarlos, tanto los gobernantes como los gobernados se condu-

cen en la vida pública de un modo tal que la supremacía de la ley, el bien de la comunidad y la libertad de los individuos constituya el resultado natural de su conducta."

El texto aclara enseguida que se trata de un ideal "sobrehumano", alcanzable sólo de manera imperfecta, aunque tolerable, en los hechos. Pero allí donde la democracia no es posible, otros sistemas "no tan ambiciosos pero más seguros como la monarquía y la aristocracia son igualmente legítimos". Y lo son porque lo esencial no es la participación de los ciudadanos sino los otros valores enumerados: imperio de la ley, bien de la comunidad y libertades civiles. Si, además, esto se logra con la participación ciudadana, "tanto mejor".

Esta bella argumentación, impuesta a fuerza de presuposiciones falsas, de tautologías y de contradicciones, disimula desmañadamente su objetivo central: defender, aun reconociendo su carácter autocrático, a la actual dictadura, tratando al mismo tiempo de probar su legitimidad: al fin y al cabo, muchos regímenes monárquicos y aristocráticos supieron respetar lo esencial, aunque la gente no participara en las decisiones ni escogiera a sus gobernantes. También no omite recordarnos que el régimen militar argentino "está preparando las bases de una futura democracia", libre de los peligros de la demagogia.

Abocarse a refutar esta serie de flagrantes mistificaciones es no sólo una tarea inútil sino también engañosa. Supone creer que la lucha ideológica se reduce a un simple combate entre enunciados verdaderos y enunciados falsos, y que los segundos desaparecerán merced a la aplastante virtud persuasiva de los primeros. Supone creer además, lo que es aun más peligroso, que la incoherencia, las falacias, los subentendidos falsos, son principios políticamente ineficaces. Si, como dijimos, el riesgo de la mencionada prensa consiste en producir, por obra de esas artimañas, textos sin sentido, el riesgo de la izquierda —presa a menudo en un racionalismo fabulosamente estrecho— es subestimar la importancia de las nuevas iniciativas ideológicas de la derecha y de los mass-media que las elaboran y las propagan. Es, en suma, ignorar la eficacia de esa neva intelectualidad orgánica en tanto productora de una ideología positiva, que no sólo se defiende sino que también ataca y que, por añadidura, logra una indiscutible audiencia en sectores importantes de la sociedad argentina.

Se habla desde hace tiempo de la crisis política, ideológica y teórica del socialismo y del marxismo. Convendría no olvidar que también el capitalismo carga hoy con el peso de una crisis que no es sólo económica o, si se quiere, cuyas raíces económicas afectan profundamente la política y la ideología de las clases dominantes. Pero siempre que *tampoco* se olvide que el proverbial pragmatismo de dichas clases les está permitiendo reconstituir con rapidez alternativas ideológicas más adecuadas a su situación e intereses actuales y que, nos guste o no, han logrado ya significativos éxitos.

Esta recomposición ideológico-política se verifica con trazos nítidos en Europa (por ejemplo, el thatcherismo en Inglaterra, o bien el tecnocratismo autoritario y neoconservador hacia el cual se desliza de más en más el giscardismo), en EEUU (triunfo arrollador de Reagan), así como también en algunos países de América Latina, en particular los del cono sur.⁶

Conformación de un nuevo conservatismo

del cual, a pesar de las innegables diferencias nacionales y regionales, se puede afirmar que constituye un fenómeno generalizado: una suerte de reformulación de que bien cabría llamar el nuevo orden ideológico internacional.⁷

El neoconservatismo en marcha recorta o, si es necesario, suprime las formas democráticas; se despoja sin remordimientos del lastre de sus convicciones pasadas y, si continúa manteniendo el lenguaje de la libertad y la democracia, toma la sabia precaución de rodear a ambos términos de cuidadas adjetivaciones restrictivas. Denunciar esas imposturas es necesaria, pero sería un grave error creer que es suficiente. Significaría olvidar, entre otras cosas, que esa redefinición ideológica se acompaña (y aquí pensamos sobre todo en países como Argentina y Chile) de una política tendiente a la *resocialización antigalitaria* de los actores y grupos sociales, incluidas las clases populares, política que pese a generar resistencias no puede considerarse fracasada, al menos hasta hoy.⁸ Equivaldría también a olvidar que significativos sectores populares (ante todo las clases medias tradicionales y modernas) vienen manifestando un apego muy inferior de lo que se creía a las formas democráticas y una insospechada receptividad a la ideología del orden social, aunque este orden se implante bajo el signo del autoritarismo.

Todo esto, sin embargo, revaloriza y abre nuevos cauces a las luchas democráticas. En efecto, la audiencia innegable, pero también coyuntural, del neoconservatismo tiene también su precio para las clases dominantes. Por una parte, les obliga a considerar definitivamente perimida una memoria colectiva popular y democrática que, aunque reprimida, autosilenciada y, sobre todo, subestimada por las izquierdas, no ha muerto. Por otra, les obliga a echar por la borda banderas ideológicas que fueron capitalizadas por ellas durante décadas y que hoy por hoy la izquierda puede y debe recuperar, reinscribiéndolas por supuesto en un proyecto de sociedad, que no es otro que el socialismo, único capaz de realizarlas efectivas y consecuentemente.

Irónica y también dramáticamente, la historia nos hace asistir hoy al llamativo hecho de que, mientras que en el pasado era patrimonio de la izquierda la desvalorización —salvo con fines instrumentales— de las formas democráticas, es ahora la derecha la que se ve forzada a rodear de peros, de límites, de cautelosos cercos y restricciones a dichas formas y a recurrir para ello a denegaciones, sofisterías y, más generalmente, a una engorrosa retórica, con frecuencia deliberadamente hermética, cuyas trampas y subterfugios se tornan cada vez más claros.⁹

Hoy la derecha y, en particular, las dictaduras militares desafían a la democracia, hoy la democracia es un desafío para la izquierda. ●

1 En el primer capítulo de *El capital* Marx acuña la fórmula "contenido de la forma" (del valor) y dedica un párrafo a analizarla. Es un ejemplo entre muchos otros; las categorías "forma" y "contenido" son tradicionales: en Marx, su conjunción y su análisis no lo son.

2 Afirmación inscrita a menudo en su misma denominación "Partido Democrata Nacional", "Partido Democrata Progresista", "Partido Socialista Democrático", etcétera.

3 En Gramsci, efectivamente, la tarea del intelectual orgánico no era en modo alguno concebida como la de un simple publicista de ideas y tesis prefabricadas en otros lugares (buró político o cualquier otra instancia de dirección partidaria). Tal planteo le era totalmente ajeno, en sus premisas mismas.

4 Ver al respecto las inteligentes reflexiones de J. C. Indart en su trabajo sobre el género anecdótico, publicado en el núm. 1 de la revista *Lenguajes*.

5 Tales alusiones se inician ya en la primera frase: "Lo supieron los arduos alumnos de Sigmund Freud". Al margen de la mención, en un artículo político, del fundador del psicoanálisis, cabe destacar la inequívoca referencia al poema de Borges "La noche cíclica" ("inequívoca", claro está, para quienes conocen ese poema).

6 Aunque no sólo los del sur. Véase la aplastante derrota electoral del gobierno progresista de Manley en Jamaica.

7 A riesgo de incurrir en una herejía, nos atrevemos a decir que el capitalismo es el modelo de sociedad más materialista que la historia ha engendrado; el único en el cual la ideología funciona efectivamente como una superestructura (por cierto, "relativamente autónoma"). No porque lo ideológico sea inimportante en ese tipo de sociedad sino porque está siempre subordinado a la lógica de la "base material". Como lo sabía Marx, cuando las papas queman la burguesía tiene la audacia o la prudencia de renegar hasta de sus más arraigados principios.

8 "Resocialización antigalitaria": la expresión y la idea pertenecen a Norbert Lechner, cuyos trabajos y reflexiones nos han sido sumamente valiosos.

9 Inversión de papeles que no es en modo alguno expresión de una simetría, incluso antagónica, de proyectos políticos. El socialismo no es la versión simétrica e inversa del capitalismo. En esa fundamental asimetría —tal es el problema— hay que inscribir el tema y la reivindicación democráticas.



El paradigma de la ingobernabilidad

Giacomo Marramao *

"Ingobernabilidad" es una de las palabras claves que ponen a prueba las teorías dominantes, tanto en el campo marxista como en el conservador. Claus Offe, en un volumen colectivo editado por Habermas y publicado en Alemania, muestra precisamente cómo las teorías marxistas de la crisis, basadas exclusivamente en la "objetividad" económica, tienen menor capacidad descriptiva que las teorías neoconservadoras.

Estas, en efecto, reconocen la complejidad y el carácter permanente del conflicto, atribuyendo la "ingobernabilidad" al "exceso de demandas" que se produce en condiciones de concurrencia partidaria, con el consiguiente debilitamiento del Estado.

La disparidad entre el volumen de las exigencias y la rigidez de la oferta produciría la crisis del consenso y de los partidos como "filtros" de las demandas sociales.

Los "remedios" que propone la diagnosis neoconservadora son totalmente consecuentes: reducciones de la demanda excedente y reforzamiento de las capacidades de control del sistema político.

La crítica que Offe hace a estas teorías es, sin embargo, menos satisfactoria.

En efecto, él opina que no funcionan en el plano teórico porque son incapaces de explicar las causas originarias de la "ingobernabilidad", que, desde su punto de vista, deben buscarse en el carácter particular de la mercancía fuerza de trabajo y por lo tanto en las contradicciones internas del mercado y las tentativas de reestructurarlo.

Offe recurre pues a una crítica paradójicamente ortodoxa, que le impide ver cómo la verdadera insuficiencia del paradigma neoconservador radica en no saber captar el origen de la complejidad exactamente en el "carácter productivo" de la intervención política sobre el ciclo y sobre el conflicto.

Los nuevos términos del problema de la crisis y la exigencia de una visualización desagregada, de una localización específica de sus múltiples componentes, son el centro del volumen 1 000 de la "Edition Suhrkamp", la más prestigiosa e importante colección alemana de posguerra.

El nudo del problema está dado ya por el título seleccionado por el editor de la obra, Jürgen Habermas, referido explícitamente a un famoso libro escrito por Karl Jaspers en los umbrales de la década de 1930: *Stichworte zur Geistigen Situation der Zeit* [Palabras claves sobre la 'Situación espiritual del tiempo']. El espíritu que anima el volumen se expresa en la relación deliberadamente instaurada con un precedente, y crucial, momento histórico de crisis; en aquella época, como hoy, al "vacío" de las categorías teóricas corresponde un "pleno" en la realidad, una condensación y entrecruzamiento de fenómenos nuevos, cuya movilidad y dinámica interna se escapan de las redes de las interpretaciones conocidas. Pero, al mismo tiempo, Habermas no quiere dejarse encerrar dentro de los márgenes extremadamente genéricos de esta analogía, y en su denso ensayo introductorio pretende sugerir una diferencia: hoy día está maduro algo que en las crisis de la década de 1930 sólo estaba implícito. Y este "algo" no tolera visiones resumidas, no puede aceptarse teóricamente por un único dispositivo de lectura, sino sólo parcialmente definido y aclarado por medio de algunas palabras clave, a través de "posiciones" caracterizadas por la apertura problemática y la consabida provisoriedad. Moverse dentro de esta parcialidad y autolimitación no implica renuncia alguna a dibujar, dentro del aparente magma de la crisis, los perfiles de una nueva perspectiva, analíticamente instrumentada (luego, prácticamente aprovechable). Al contrario, ello constituye algo así como el pasaje obligado, el presupuesto irrenunciable. Muchas de las contribuciones recogidas en el volumen (en particular las de Negt-Kluge, Preuss, Offe y Narr) trasponen ampliamente las vallas académico-disciplinarias para dirigir con

decisión la puntería a la estructura de redes interpretativas no coyunturales, de filtros de análisis teóricamente fundados, a través de los cuales debe hoy pasar cualquier posible redefinición del discurso de la política.

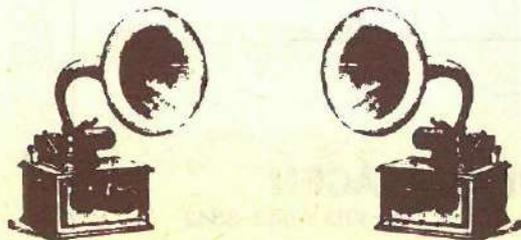
Las palabras claves de las que habla Habermas identifican por lo tanto los diversos lugares donde se concentran esos problemas que ponen en jaque o someten a tensiones a los marcos teóricos dominantes (ya en el campo marxista, ya en el conservador) y al mismo tiempo atraen con creciente intensidad la discusión y la investigación. Uno de estos campos gravitacionales es aquel ocupado actualmente por el debate sobre la "ingobernabilidad". Los temas que de allí emergen constituyen hoy el verdadero caballo de batalla de la visión impropriadamente llamada "neoconservadora", pues ella ha modificado diametralmente su propia posición respecto del enfoque macrosociológico y politológico prevalente en la fase expansiva de las décadas de 1950 y 1960. En este sentido, Claus Offe analiza en su contribución (de la que existe ya una versión italiana parcial) el fenómeno del renacimiento de las teorías conservadoras de la crisis, destacando la potencia descriptiva y la renovada fuerza de choque política de las mismas, debidas al hecho de haber absorbido y reexpuesto algunos componentes centrales de la propia diagnosis marxista. Entre las teorías neoconservadoras y marxistas de la crisis se han venido estableciendo sorprendentes analogías estructurales. Detrás de la fachada más trivialmente periodística de una conciencia burguesa que dispara por doquier consideraciones catastróficas sobre sí misma (los límites del desarrollo, el "fin del mundo" entendido como depósito de recursos, etc.), se abre paso un enfoque que, al dejar caer como lastre inútil las visiones optimístico-apologéticas en boga en los años del boom posbélico, camina hacia el reconocimiento del conflicto como dato permanente, no suprimible, que altera y amenaza de manera constante la vida del sistema. Mientras las teorías marxistas de la crisis continúan administrando escolásticamente viejos esquemas conceptuales que giran en el vacío, a miles de kilómetros de distancia de las dinámicas reales de transformación que asaltan a las sociedades de capitalismo desarrollado, este nuevo enfoque amplía el horizonte de la diagnosis desde las "contradicciones estructurales" y de la relación del trabajo asalariado, a la complejidad socioeconómica e institucional de las democracias de masas. La crisis de gobernabilidad, pues, se configura en esta teoría como crisis de la forma democrática de la sociedad de masas caracterizada por una alta tasa de conflictos difusos. "Aquellos que los marxistas colocan erróneamente en la cuenta de las economías capitalistas —se lee en el informe de la Trilateral— es en realidad un resultado del proceso democrático." Las posiciones marxistas ortodoxas responden por la defensiva, destacando la lógica de los intereses económicos dominantes, de los cuales dependerán, en último análisis, las paradojas de la democracia. Pero, en esta forma, pretendiendo "deducir" la forma actual de la crisis de un mecanismo inherente a las relaciones de producción terminan por dejar en la sombra justamente aquellos aspectos políticos de la crisis que están en la base de la situación de estancamiento de la izquierda occidental, y que el enfoque neoconservador tiene el mérito de atacar. De aquí surge una valiosa advertencia metodológica en la contribución de Offe: la crí-

tica no se refuerza por exorcizar las "razones" contenidas en las posiciones del adversario. Es muy fácil para nuestros fines traducir esta advertencia en una observación política esencial: cuando la respuesta de la izquierda permanece (por su rigidez o generalidad) por debajo del desafío del adversario, corre inevitablemente el riesgo de asimilar, acriticamente o hasta inconscientemente, los argumentos expuestos; sucede así que la práctica cotidiana invierte diametralmente el paradigma al que continúa perteneciendo la cultura de la izquierda y se aseguran virtudes taumaturgicas a las funciones de mediación internas a la esfera político-institucional. Basta pensar, por otra parte, en la cada vez mayor frecuencia con que se vuelven a presentar, en el debate de la izquierda italiana, los fantasmas flotantes de la Comunidad y del Levantamiento...

Offe percibe correctamente cómo las razones de esta dependencia de la cultura del movimiento obrero invaden no solamente cada uno de los aspectos empírico-analítico sino la misma forma teórica recíproca de la tradición, y cómo detrás de la "mala" permeabilidad de la izquierda yace la incapacidad de aprehender la complejidad de las posiciones expresadas en la ofensiva conservadora y de desarrollar la crítica al nivel de los nuevos problemas planteados por aquella. Menos convincente me parece la forma en que Offe plantea la crítica al enfoque neoconservador. Pero tratemos de proceder con orden.

El paradigma diagnóstico neoconservador sobre la ingobernabilidad y la crisis de la democracia puede ser reducido a la tesis del exceso de demandas (pese al amplio abanico de las terapias, Offe registra cinco en forma tipificada); la mencionada tesis comprueba la debilidad orgánica del estado en las democracias de masas, incapaz de hacer frente a las presiones determinadas por el exceso de expectativas. Este superávit de demandas se produce en condiciones de competencia de partidos políticos (y es un punto al cual retornaremos, pues es sintomático de una inflexión bien precisa del paradigma). Esta disparidad entre el volumen de las exigencias y la rigidez de la oferta está destinada a generar frustraciones, pérdidas de confianza, luego crisis de los partidos, cada vez menos capaces de filtrar las demandas sociales. Solamente con la pérdida del consenso puede generarse, incluso en una sociedad altamente diferenciada, una tendencia a la polarización en el sistema de partidos y, como consecuencia, una maximización y reideologización de la praxis de oposición. Pese a que las dos variantes terapéuticas principales que surgen de este paradigma (disminución del exceso de demandas, reforzamiento de la capacidad de prestaciones-control del sistema político) no representan soluciones alternativas sino más exactamente son dos lados complementarios o comunes presentes a la vez en la misma operación de normalización autoritaria, tal observación no puede convertirse en ningún caso en una coartada para desentenderse de la dinámica de fondo que refleja el paradigma neoconservador. Esta dinámica pone en crisis la estructura portadora del estado social, resquebrajando irreversiblemente la sistematicidad del nexo estado-partidos-sociedad, dentro del cual han crecido en esta posguerra las grandes estrategias de reforma y de expansión democrática de la socialdemocracia y de los partidos comunistas de masa europeos. Esta dinámica de desmantelamiento de los aparatos estatales de seguridad social se traduce en una estrategia destinada a dislocar y descentrar los puntos de conflicto y de contradicciones apartando hacia el mercado los pedidos excedentes del cuadro de compatibilidad (de aquí el santo y seña de la desestatización de muchas prestaciones públicas, por ejemplo en los sectores del transporte, u otros); al mismo tiempo, se da una simétrica reestructuración del sector administrativo y una tendencia creciente (de manera especial, en Francia) a la aplicación de la informática a la organización social.

Muy exactamente, Offe opone la fuerte propiedad descriptiva del paradigma neoconservador (y la capacidad que posee la teoría de sistemas, su más orgánica base conceptual, de englobar una amplísima área de datos empíricos y de fenómenos propios de la sociedad postindustrial) a la unilateralidad especulativa y la abstracción que caracterizan a la teoría objetivista y la subjetivista de la crisis, transmitida en la tradición marxista (aun en la forma que adopta el predicado de la "unidad dialéctica" de ambos lados de la diagnosis); al mismo tiempo destaca la incapacidad de las mismas para



aprehender las interdependencias que anudan inextricablemente los diversos aspectos de la crisis misma. Nos parece todavía poco satisfactoria la forma como Offe plantea la crítica. Para él, el paradigma neoconservador no está en condiciones de producir una verdadera y precisa teoría, en cuanto le falta el momento de la etiología, esto es, el momento de la explicación de las causas en las que se origina el fenómeno de la ingobernabilidad. Desde su punto de vista, estas causas deben buscarse en el carácter particular de la mercancía fuerza de trabajo, y por lo tanto en la estructura contradictoria que atravesaría todo el mercado de trabajo y las tentativas de reestructurarlo y gobernarlo. La ingobernabilidad se explicaría así por la imposibilidad de mantener unidas las dos caras de la integración social (interacción) por un lado, y la integración en el sistema (orden dentro del cuadro de compatibilidad fijado por el modelo de desarrollo dominante en el estado social) por el

otro. Se trata de una crítica paradójicamente ortodoxa, a pesar de la notable flexibilidad y apertura con que Offe enfrenta el problema. La explicación reside en que se mantiene apegado, al mismo tiempo, a la pareja valor de uso-valor de cambio, y a la idea no contradictoria e improductiva del Político, extraída de la teoría de sistemas. Cae así en una instancia intrínsecamente de selección-filtro institucional, que actúa (bajo el signo de la primacía del momento administrativo sobre el político) en términos de mera reacción al aumento de la complejidad. La aparente autonomía de lo político de la operación de filtrado de las demandas, se convierte así, en el esquema de Offe, en su dependencia absoluta de la autonomía de lo social. Aquí reside la incapacidad de Offe para poner en descubierto la falsedad del "desencanto" con que se declaran marcadas estas teorías. Falsedad que se hace evidente en el "cono de sombra" del paradigma neoconservador: su imposibilidad de

ver el origen de la complejidad en el carácter productivo de la intervención política sobre el ciclo y sobre el conflicto. Sólo desde aquí es posible desarrollar una crítica interna a los dos principales ejes de apoyo de la diagnosis neoconservadora: 1] el atribuir a los partidos políticos (y a su recíproca competencia) los excesos de la proliferación de demandas, que son en realidad el producto de la intervención del estado y de la politización de lo social que de ella deriva; 2] el atribuir la ingobernabilidad a la "pérdida de consenso" antes que al crecimiento-difusión política del conflicto (aun cuando se manifiesta como crisis de la forma tradicional de la política dominante en los partidos) que pone en discusión la lógica de la compatibilidad del modelo de desarrollo del estado keynesiano.

Dentro de este dispositivo neutralizante es posible todavía encontrar un fuerte "nudo racional" que se sustrae tanto a la "crítica de la ideología" de cuño ortodoxo como la metacrítica sistemático-marxista de Offe: 1] La crisis del Estado social pone en evidencia en todos los lugares (aun con modalidades y tiempos distintos) una crisis de los partidos, es decir, una desarticulación creciente del instrumento partidario de formación de la voluntad. (Esta crisis se había presentado ya en la fase del "capitalismo organizado" anterior a la gran crisis y hoy, luego de la aparición de la "potencia" de la "socialización" el oligopolio y el sindicato, se presenta en forma aún más aguda y generalizada; esto es debido al surgimiento de sujetos colectivos que están fuera del "triángulo de hierro" estado-patrón-sindicato y de agregados trasversales que hacen tambalear los análisis de clase tradicionales.) 2] No basta replicar los perfiles francamente autoritarios de la ofensiva neoconservadora volviendo a presentar una idea ingenua de la socialización de la política como progresiva democratización de los aparatos y las formas del poder; la marcada asimetría que existe entre el desarrollo de las formas de participación y la modalidad de toma de decisiones exige de la izquierda una teoría y una táctica capaces de aprovechar una clave de lectura diferencial de las contradicciones.

Rediseñar la fisonomía del antagonismo dentro de su complejidad: he aquí nuestro problema ahora. Sería absurdo pensar en superar el estancamiento en que se encuentra la tradición marxista con un puro y simple elogio de la complejidad. Una teoría que se limite a reflejar la "riqueza" de lo social no puede reproducir hasta el infinito la actual pobreza de la teoría. Y hoy solamente se puede forjar una teoría política de la izquierda si se parte de la toma de posición de que todo aquello que llamamos no político o prepolítico es, en realidad, "político", no representa sino el cono de sombra, la zona opaca de una forma política históricamente determinada. En la conclusión de esta nota, es válido pues formular una advertencia que hemos encontrado, no sin cierta sorpresa, en la introducción de Habermas: los nuevos factores socioculturales que surgen de la declinación del estado social requieren, para ser comprendidos y decodificados, en lugar de la usual "tabulación de lo (así llamado) irracional" aquella misma sensibilidad por los pliegues más íntimos, por los fenómenos retorcidos, asincrónicos, oscuros, deformes de la crisis, que medio siglo atrás demostraron intelectuales "reaccionarios" como Ernest Junger y Carl Schmitt. Una sensibilidad de la que carece casi por completo la cultura de izquierda europea, concluye Habermas con su pesimismo vigilante y cargado de pasión política. Conquistar esa sensibilidad sólo es posible a condición de que la cultura de izquierda tenga la capacidad de discutir con valentía sus propias "certezas" sin ser víctima al mismo tiempo de la ecuación peligrosa del desencanto y la resignación.

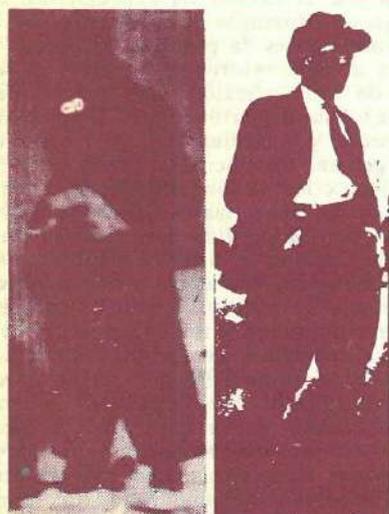
* Giacomo Marramao (1946) ha estudiado filosofía en la Universidad de Florencia y sociología y politología en la Universidad de Frankfurt, donde desempeñó tareas de investigación de 1971 a 1974 en el célebre Institut Für Politikwissenschaft. Entre sus trabajos principales recordamos: *Marxismo e revisionismo in Italia* (Bari, 1971), *Austromarxismo e socialismo di sinistra fra le due guerre* (Milán, 1977) y *Il politico e le trasformazioni* (Bari, 1979), del que los Cuadernos de Pasado y Presente prepara una edición española. Es redactor de *Problemi del Socialismo*.

"El paradigma dell'ingovernabilità", se publicó en la revista romana *Pace e Guerra*, año I, marzo de 1980, núm. 1, y fue traducido del italiano por Nelson Minello.

La Patagonia rebelde

serie Testimonios

Oswaldo Bayer



Una reconstrucción apasionante y documentada de los primeros intentos de la organización del movimiento obrero latinoamericano inspirado en las ideas anarcosindicalistas de principios de siglo, en el extremo sur del Continente Americano.



EDITORIAL NUEVA IMAGEN

SACRAMENTO 109 MÉXICO 12, D. F. TEL. 536-1015 Y 543-5642

Centralismo democrático y profesionalismo político

Sergio Bufano

La democracia interna en las organizaciones populares ha sido siempre un tema que provocó largos debates y que quitó el sueño a muchos militantes, especialmente a aquellos que expresaban alguna forma de disidencia con las direcciones partidarias. El segundo congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, en Londres, donde se discute la cuestión del artículo primero de los estatutos y en el que se aprueban, además, las atribuciones del comité central, ha causado tantas discusiones y tantas fracturas (amén de la que se produjo en 1903), que seguramente ni Lenin ni los seguidores de Martov imaginaron que sus argumentaciones serían revisadas una y mil veces en todo el planeta y a lo largo del siglo.

El modelo del partido integrado por revolucionarios profesionales que finalmente se reprodujo en todas las organizaciones del mundo, indujo al nacimiento de engendros que si han tenido una característica destacable, ésta ha sido la del conservadurismo ideológico. La democracia interna, concebida como libertad de expresión colectiva, derecho a la disidencia y capacidad de cuestionamiento a los órganos centrales, se convirtió en la exaltación de la subordinación de las bases con relación a las cúspides políticas. Ahora bien, como criticar al viejo Lenin ya no es hoy una novedad y se ha convertido en el lugar común de una importante franja del pensamiento de izquierda, prefiero apartarme de ese tema y entrar en el aspecto más pragmático de la democracia en el interior de las organizaciones. Empero, si vale una breve defensa del revolucionario ruso, conviene aclarar que fue el partido de Lenin el que organizó al proletariado, el que ganó su confianza, el que dirigió sus luchas y el que, finalmente, lo condujo a la toma del poder político. Nadie podrá demostrar nunca que en Rusia otro modelo hubiera sido más exitoso.

La interpretación, o más bien, la aplicación ciega de aquellos principios es lo que conviene discutir para reformular concepciones que se convirtieron en rígidas doctrinas del socialismo

mundial y de la izquierda argentina en particular.

Cohesión, vigilancia e infalibilidad

La idea leninista del aparato profesionalizado devino en la aparición de un militante muy particular; es aquél que ante las necesidades que reclama el partido resuelve, en un acto no exento de cierto heroísmo romántico, la "entrega total", con el consiguiente abandono de todas las actividades inherentes a su profesión y a su vida particular. Desde el momento en que ingresa a la categoría de "profesional", su existencia girará en torno de las labores político-organizativas, aunque más organizativas que políticas. Familia, casa y horarios deberán adecuarse al nuevo ritmo que, además, es voluntario y no produce plusvalía para el aparato productivo capitalista ni brinda, por supuesto, capacidad de ahorro para el militante. Esa profesionalización se va convirtiendo, por lo tanto, en una verdadera profesión en donde el partido es la fuente de trabajo. Este fenómeno crea, al pasar los años, una relación económica aparato-militante que influirá —en algunos casos conscientemente y en otros no—, en el pensamiento político del sujeto. Cualquier cosa que amenace la existencia de la organización o simplemente el puesto que ocupa el dirigente, significará una amenaza directa a sus ingresos mensuales. Como un empleado (que ha olvidado su verdadera profesión a fuerza de no ejercerla), el militante comienza a desconfiar de toda innovación que pueda "dejarlo en la calle", sin sueldo y seguramente lo suficientemente conocido por la represión como para que no consiga reinsertarse en el sistema de producción.

Esta situación va generando una ideología conservadora de la propia estructura del aparato dirigente, que en realidad no defiende exclusivamente tal o cual estrategia política, sino que se preocupa por resguardar los privilegios personales. (Ejemplo: en Argentina, en años recientes, cuando se producía alguna fractura, los

escindidos debían recurrir a la realización de una serie de acciones económicas para "crear una nueva infraestructura", ya que el aparato originario conservaba la propia. Esa nueva infraestructura no era otra cosa que el mantenimiento de una legión de profesionales incapaces, en algunos casos por razones objetivas de represión, de automantenerse.)

Esa ideología conservadora genera, inevitablemente, un nuevo fenómeno que es inseparable: la ideología de cohesión del aparato dirigente. Aunque la libertad de tendencias existe en todos los estatutos partidarios, ese derecho político pone en peligro la estabilidad del comité central. Si una tendencia interna se fortalece, obtiene mayoría y logra imponer sus propuestas, la dirección puede ser sustituida por otra. La libertad de tendencias, por lo tanto, existe hasta el momento en que aparece alguna y reclama sus derechos. Para evitar el riesgo hay dos respuestas: imponer el espíritu de cuerpo en el aparato directivo, es decir la defensa a ultranza de cada uno de los miembros del organismo central, actitud que supondrá la seguridad de ser defendido cuando el cuestionado sea yo, y la formación de un pensamiento místico acerca del significado de la entrega y la heroicidad del militante de base. Cuanto más sacrificadas y tenaces sean las bases, cuanto más "proletario" sea su comportamiento cotidiano, habrá menos amenazas para la cúspide. Porque un militante humilde en su pensamiento y enaltecido en su labor revolucionaria por incentivos morales, no se atreve a cuestionar a dirigentes probados. (Ejemplo: las medallas al valor, el culto a la personalidad, las jerarquías militares que se expresaban en grados, ascensos, etc., en algunas organizaciones argentinas, no fueron producto exclusivo del militarismo, sino también un sistema de autodefensa para que ese espíritu de cuerpo, esa mística revolucionaria, impidiera el pensamiento colectivo y la capacidad de crítica.)

Existe además un método muy eficaz que por otra parte cuenta con la aprobación de casi un siglo de tradición leninista: la vigilancia ideológica. Todo partido que se estime debe contar con los mecanismos internos que garantizan la continuidad de la línea establecida. Pueden llamarse comisarios políticos u oficiales superiores, pero la tarea consiste en detectar con suficiente anticipación todo cuerpo extraño al aparato burocrático para eliminarlo antes de que se produzca el contagio. La vigilancia ideológica, sistema creado para evitar desviaciones del proyecto político originario, tiene su razón de ser en la concepción de un pensamiento no colectivo, sino colectivizado, que es el partido. Este pensamiento expresa los intereses históricos del proletariado aun cuando éste sea ideológicamente atrasado. Eso no importa, porque existe una ruta hacia la revolución. Está trazada. Y desviarse de ella significará abandonar la causa obrera para caer en cualquiera de las múltiples tentaciones que ofrece la historia: infantilismo si se es ortodoxo, militarismo si se es reformista, reformista si se es revolucionario. Esas son algunas de las infinitas variantes del amplio espectro de "desviaciones". Como reaseguro para la lealtad a esa senda que conduce al poder, el aparato crea su autodefensa orgánica.

Pero además, en tanto es el cuerpo directivo el que vigila, no puede exponerse a presentar fisuras internas que delaten debilidades y pongan en peligro su supervivencia. Por lo tanto, ese cuerpo directivo se tornará, inevitablemente, en una entidad infalible. Admitir errores significa dejar al descubierto un flanco débil, reconocer una grieta, desnudarse ante los ojos de una masa que confiaba en él y que ahora advierte la imperfectibilidad del órgano supremo. Puede ser cuestionado y ello significará la cesantía, la pérdida de prebendas, la garantía de supervivencia económica del militante profesional, amén de la pérdida del prestigio, categoría muy arraigada cuando se dirige a las masas. Como consecuencia, el aparato superior debe ocultar sus propios errores, protegerlos mediante un caparazón de complicidad interna en la que se ven involucrados todos sus componentes. Y el centralismo democrático, que supone someter a la aprobación de las masas cada decisión de la cúspide, pierde su contenido de democracia para sostener, únicamente, el criterio de centralización burocrática.

Centralización que, por otra parte, se enquistaba en las mismas personas, sin que haya muchas posibilidades para la renovación de dirigentes: la dirección del Partido Obrero Socialdemócrata Alemán "se convirtió así en una 'oligarquía'

GARÚA (TANGO)

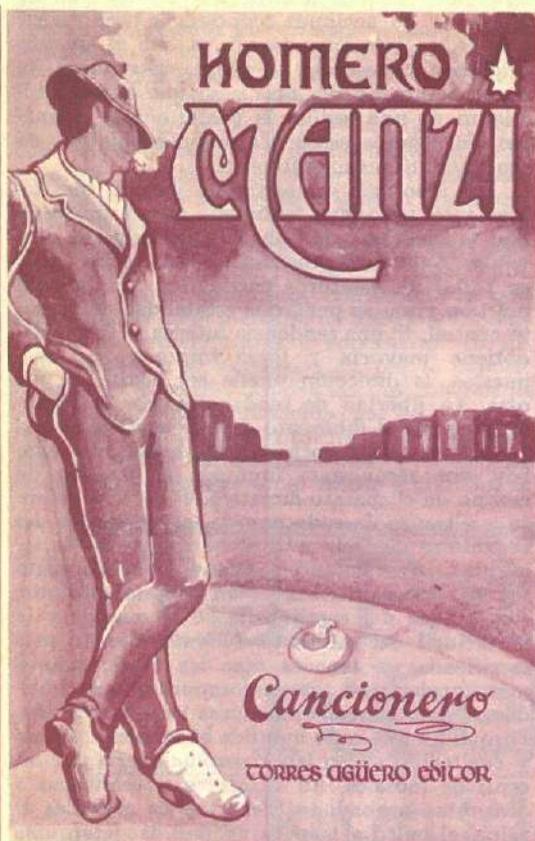
¡Qué noche llena de hastío... y de frío!
¡El viento trae un extraño... lamento!
¡Parece un pozo de sombras... la noche!
¡Y yo en las sombras camino muy lento!
Mientras tanto la garúa
se acentúa
con sus páas
en mi corazón...
En esta noche tan fría... y tan mía...
pensando siempre en lo mismo... me
abismo...
Y aunque quiera arrancarla,
desecharla
y olvidarla
la recuerdo más...

¡Garúa!...
Solo y triste por la acera
va este corazón transido
con tristeza de tapera...
Sintiendo... tu hielo...
porque aquélla con su olvido
hoy le ha abierto una gotera...
¡Perdido!...

Como un duende que en la sombra
más la busca, y más la nombra...
Garúa... Tristeza...
Hasta el cielo se ha puesto a llorar.

¡Qué noche llena de hastío... y de frío!
No se ve a nadie cruzar por la esquina...
Sobre la calle, la hilera de focos
lustra el asfalto con luz mortecina...
Y yo voy como un descarte,
siempre solo,
siempre aparte,
recordándote...
Las gotas caen en el charco de mi alma...
Hasta los huesos calados... y helado...
Y humillando este tormento
todavía pasa el viento
empujándome...

Música: Pichuco (Anibal Troilo)
Letra: Enrique Cadícamo
© by Editorial Korn S.A.I.C.



dirigente, formada en muchos casos por intelectuales de origen burgués o pequeño burgués, cuya permanencia en el cargo —ejemplificada en el mismo Bebel, secretario general del partido desde su fundación en 1875 hasta su muerte en 1913—, llevó a Michels a señalar que en Alemania los líderes socialistas viven en el partido, envejecen y mueren a su servicio”.¹

Lukács, definiendo la relación dirigente-base en los partidos burgueses y los partidos obreros oportunistas, afirmó que “existe una sobreestimación voluntarista de la importancia activa del individuo (del jefe) y una subestimación fatalista de la importancia de la clase (de la masa)”.² Empero, su propuesta de subordinación consciente a la voluntad del conjunto, que era el partido revolucionario, diferenciado del papel de objeto que debían cumplir las masas en las organizaciones burguesas, terminó convirtiéndose en subordinación a élites aferradas al poder partidario y poco dispuestas a la participación colectiva.

La razón, la omniscencia y la justicia

El partido, órgano rector hacia la liberación del hombre, se transforma en la entidad suprema, en la deidad despótica que puede resolver, gracias a un código presuntamente marxista, toda la problemática política y aun individual de sus integrantes. Cualquier pensamiento que se aparte de esa doctrina será ominoso y quien lo haga deberá avergonzarse de ello: “Camaradas, ninguno de nosotros desea ni puede tener razón contra el partido. En última instancia, el partido siempre tiene la razón.”³ Qué mejor muestra que esta frase, repetida tantas veces en la historia de los partidos comunistas (ortodoxos o no) para comprender que no es esa la vía que conduce al “reino de la libertad”. El pensamiento colectivo, suma de voluntades libres y unidas —criterio rescatable en abstracto—, se transmuta en ausencia de pensamiento, sumisión a una sola voluntad (la del aparato burocrático) y en fidelidad a los proyectos políticos que allí se originan.

Refiriéndose al blanquismo, y previendo además el rumbo que podía tomar el centralismo leninista, Rosa Luxemburg advertía que “los miembros activos de la organización se transformaban en simples órganos ejecutores de las órdenes de una voluntad fijada con anticipación fuera de su propio campo de actividad, es decir en instrumentos de un comité central”.⁴

Ahora bien, ¿qué modelo de revolucionario se crea en una escuela de esa naturaleza? Si los buró políticos que ha conocido el militante han sido autoritarios, burocráticos, rígidos en su ideología conservadora-autodefensiva, el estado que nazca de ese pensamiento será una copia fiel de esa experiencia. (Ejemplo: ¿Puede alguien imaginar qué clase de estado hubieran creado el PRT o Montoneros en caso de alcanzar el po-

der? La pregunta puede parecer una falacia puesto que para tomar el poder tendrían que haber participado las masas y se supone que ellas ejercerían una influencia favorable sobre las organizaciones. Pero, ¿acaso siempre es cierto esto? ¿Qué influencia tuvieron los trabajadores soviéticos para detener el estalinismo?)

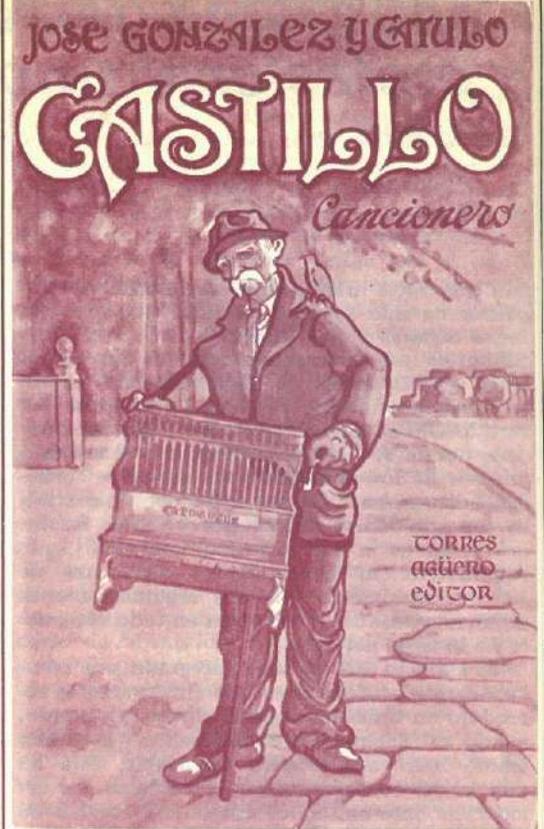
El concepto de “idea-justa”, el “criterio de verdad” que es intrínseco a los aparatos profesionalizados, es probablemente el mayor peligro para la democracia interna de los partidos y para el estado que crearán si alcanzan sus objetivos de poder. Porque la defensa de esa “verdad” incuestionable justifica cualquier acción; si una fracción interna propone una modificación de la táctica política, cabe la expulsión para preservar la continuidad de la línea partidaria. Si esa fracción se escinde cabe la realización de un juicio revolucionario que elabore una declaración lapidaria (en el mejor de los casos) o que llegue a las acciones más extremas. (Ejemplo: El PRT condenó a muerte a varios militantes que se separaron de la organización por diferencias políticas. Ninguno de ellos era delator, ni infiltrado policial; por el contrario, los escindidos formaron otros grupos políticos y continuaron su militancia. Afortunadamente, esa sentencia no se llevó a cabo en ninguno de los casos conocidos, pero no porque se recobrara el sentido común sino porque los condenados a muerte tomaron precauciones.)

Los partidos en Argentina

En Argentina, la democracia de las organizaciones populares ha sido siempre una quimera. En primer lugar, porque estructura y superestructura pregonaron con soberbia una democracia que jamás existió; en un país de golpes de estado que se realizan antes o después del llamado a elecciones, el ejemplo predicado a cada generación política no fue muy bueno. El aparato sindical se forjó en base a fraudes electorales, conspiraciones y alto grado de violencia; se podrían mencionar, entre algunos otros, dos ejemplos en la búsqueda de un consenso real sindical: CGT de los Argentinos y, posteriormente, UOM de Villa Constitución. Pero en ambos casos sirve también para demostrar que fenómenos puntuales fueron aniquilados cuando amenazaron convertirse en un modelo. Los partidos políticos tradicionales han sido arquetipos de antidemocracia interna: el peronismo a través de una dirección verticalista que fue admirada por miles de jóvenes que creyeron ver allí el arte de una buena conducción; el radicalismo, a su vez, con congresos fraudulentos que lograron conservar al mismo caudillo durante varias décadas.

La izquierda, que justificó su existencia, entre otras cosas, por el burocratismo del partido comunista, creó modelos similares: autoritarismo, aparatos cerrados, direcciones con espíritu de cuerpo, profesionalismo a ultranza. La cuestión es que en Argentina la democracia interna en organizaciones políticas no ha existido nunca, fueran o no del campo popular. Es tradición que los congresos partidarios, máxima expresión de la democracia, fiel exponente de la voluntad de las bases, se preparen con un recuento previo de delegados, con “reorganizaciones” aceleradas que garanticen mayoría de delegados y con postergaciones cuando “no están dadas las condiciones internas”.

Esta es la realidad de la democracia partidaria en Argentina. Con la aparición de la lucha armada como nuevo fenómeno, esa carencia se agudizó. Por definición, lo militar nunca puede ser democrático. La guerra es disciplina y este criterio (indiscutible en el campo de batalla) generalizó un autoritarismo más acentuado que se aplicó en forma indiscriminada. El secreto conspirativo, necesario debido a la intensa represión oficial, derivó en actos tan arbitrarios que haría falta un volumen completo para ejemplificarlos. Empero, esa arbitrariedad interna de las direcciones burocráticas no nació con la guerrilla; suponerlo significaría olvidar las experiencias del partido comunista, del peronismo, del radicalismo o sencillamente de los sindicatos. La diferencia entre un autoritarismo y otro es que, en el caso de la guerrilla, el despotismo costó vidas. Pero ése, aunque trágico, no es el problema de fondo; la cuestión es el criterio de democracia interna. Y ese criterio es exactamente igual en el reformismo que en los grupos militares. El socialismo europeo no es precisamente un ejemplo de democracia interna; basta leer las declaraciones de los grupos escindidos y se advertirá que el aparato es inexpugnable.



El problema es ese “criterio de verdad” que supone la representación de los intereses históricos del proletariado, el mesianismo de direcciones iluminadas, el conservadurismo de las estructuras directivas que no quieren perder privilegios, y el espíritu de cuerpo que se crea en las instancias superiores gracias a la necesidad de la autoconservación.

Pienso que todo esto proviene de la concepción profesionalista del partido, que crea cuerpos extraños, ajenos al desarrollo de la clase obrera y sus luchas reivindicativas, provistos de una estrategia que lo ubica en la “historia” y no en la práctica cotidiana de las masas. Como el partido debe cumplir el papel de guía, de concientizador de un proletariado que aun no conoce el papel que le ha sido asignado, necesita de revolucionarios de tiempo completo que realicen las tareas que un militante que trabaje no podrá llevar a cabo. (Ejemplo: En el exilio son numerosos los casos de jóvenes militantes que no lograron adaptarse a una vida que incluyera el trabajo como parte de su existencia. Profesionalizados durante varios años en Argentina, miembros del aparato [generalmente militar], estos jóvenes se resistían a “perder” buena parte de su día trabajando. El aparato partidario había logrado desarraigarlos a tal punto del sistema de producción capitalista, que ya no había lugar para ellos en este mundo.)

La cuestión es ahora cuál puede ser un modelo de democracia partidaria para las organizaciones populares. O mejor dicho, verificar si la propuesta de partido leninista está todavía vigente o si es necesario crear nuevos arquetipos que desechen las jerarquías autoritarias, que impidan el enquistamiento de burocracias que se reproducen en su propia esfera de dominación, que eliminen la “ideología de cohesión”. Es imposible —para mí—, dar una receta acerca de las características que debe tener tal entidad; pero sería bueno ir creando las formas en función de la dinámica de las luchas sociales, y no desde el preconcepto que impone la propuesta leninista. El partido, como entidad rígida que está por encima de las particularidades de cada país, por encima del tiempo, más allá de las condiciones específicas de cada clase obrera y de cada fase del desarrollo capitalista, está visto que no ofrece más que la sustitución de la voluntad de las masas por la voluntad de un comité central. Podrá requerirse como modelo en situaciones concretas, pero tiene que dejar de ser un principio estable, inamovible, de cualquier política revolucionaria que aspire al poder. ●

1. Manuel Pérez Ledesma, *La concepción del partido obrero en la II Internacional*, en *En Teoría* núm. 5, Madrid, 1980, p. 75.
2. Georg Lukács, “Metodología de la organización”, en *Teoría marxista del partido político/2*, Cuadernos del Pasado y Presente núm. 12, México, p. 107.
3. Citado por Ralph Miliband, *Marxismo y política*, Madrid, Siglo XXI, p. 188.
4. Rosa Luxemburg, *Cuestiones de organización*, en *Teoría marxista del partido político/2 cit.*, p. 46.

Desde el fragor del mundo

Oscar del Barco

Querido Tula:

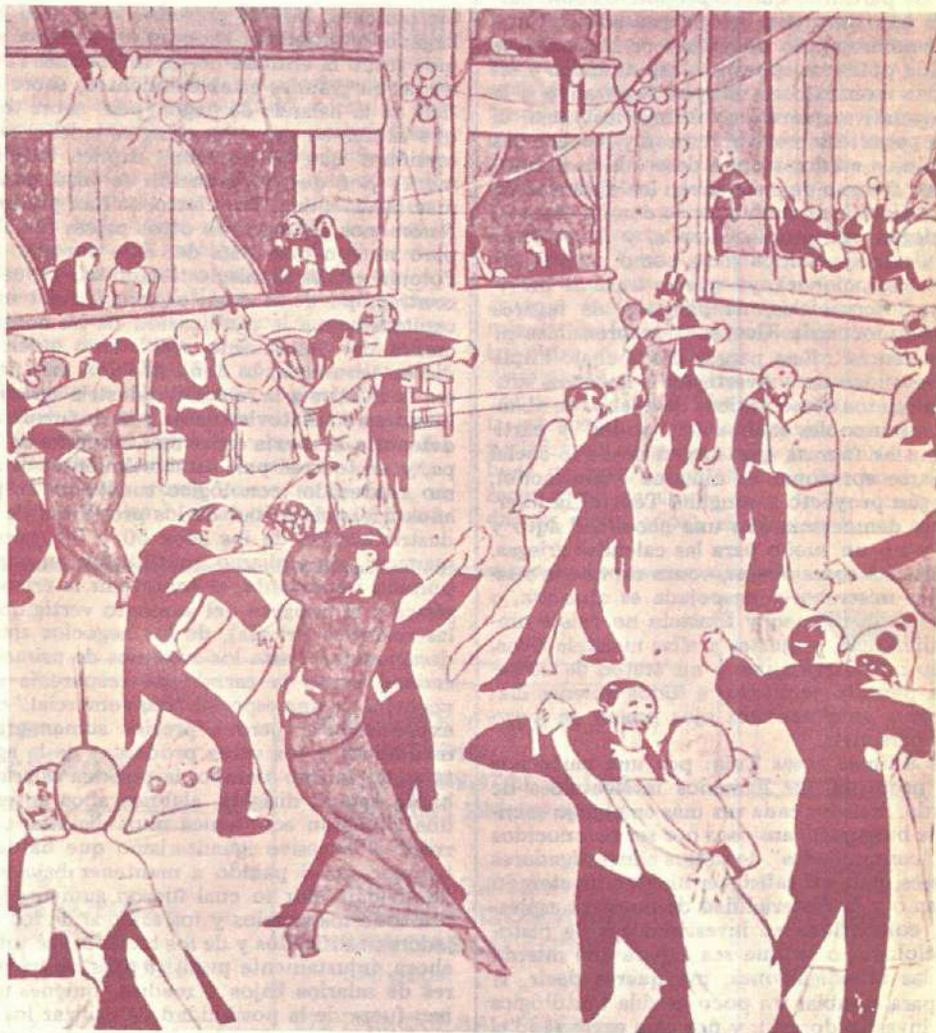
Tu invitación a escribir sobre la *democracia* me sorprendió, pues realmente carezco de competencia "teórica" sobre el tema; y sin embargo tal vez sea ésta la razón por la cual te escribo: estoy convencido de que urgentemente hay que sacar tanto los grandes como los pequeños temas de manos de los *especialistas* que nos agobian con un *Saber* cada día más abstracto y al mismo tiempo más despótico. No hace falta una exagerada perspicacia para comprobar que seguimos presos de nuestros mitos, casi me atrevería a decir que nos hemos convertido en esos mitos. El mito de la Ciencia y del Saber no son sino variantes del mito de *lo general*: hablamos en general, pensamos en general y actuamos en general. ¡Qué síntoma! Síntoma, para hablar bien, de nuestro "poco de realidad", y para hablar mal, de nuestra inveterada ignorancia. Si te fijas en *Controversia* podrás comprobar la manera en que los temas míticos son tratados como si fueran realidades; casi sin ningún esfuerzo nos podemos imaginar sentados alrededor de una mesa junto con los dirigentes peronistas, sindicales o militares, para discutir en conjunto la "salida" a la actual crisis del país. Pensamos en un espacio que tiene la consistencia de los espejismos: la economía, la política, la educación, la democracia, etc., y al ser todo una fantasía nada nos cuesta convertirnos en interlocutores de quienes tienen realmente la fuerza y deciden en consecuencia. Como en realidad no sabemos qué pasa vivimos haciendo variaciones imaginarias sobre los grandes temas generales, y de golpe ahí estamos, hemos vuelto a ser actores en la cámara cerrada del texto y podemos armar y desarmar tantas alternativas como nos plazca, pues entre nuestros proyectos y lo real media un abismo. No podemos dejar de jugar. Y digo jugar porque lo que corre por los desfiladeros son nuestros deseos encarnados en las imágenes fantasmagóricas de los sueños. Me parece que tendríamos que hacer un esfuerzo por pensar este tema de la "democracia" dejando de lado a los griegos, a Hegel, Marx, Max Weber, etc.; en otras palabras, tratando de situarnos mucho más abajo, en lo que alguna vez alguien llamó el "fragor del mundo", el mundo —por supuesto— que somos nosotros mismos.

Ante todo sería bueno que comenzáramos sincerándonos, reconociendo que si algo ha caracterizado la historia de la "izquierda" es su profunda y constante falta de democracia. Todos sabemos que detrás de la palabra "democracia" se oculta una carnicería: tanto la llamada "democracia burguesa" como la "democracia proletaria" han hecho de la violencia y la masacre su *habitat*. No quiero insistir aquí sobre Lenin, Trotski, Stalin y *tutti quanti*, quienes pusieron en práctica una "democracia" que hoy culmina en los "manicomios socialistas", para no hablar de los "campos", las torturas y las ejecuciones de los rusos en Hungría-Checoslovaquia-Afganistán, de los chinos en Vietnam, de los vietnamitas en Camboya y de los camboyanos en sí mismos. ¡Una suerte de infierno dantesco a la enésima potencia! Pero como tenemos una conciencia con la piel bastante dura nos desentendemos más o menos rápidamente del asunto afirmando que nosotros somos otra cosa. No obstante me permito dudar de nuestra particularidad *democrática*. Si analizamos las estructuras y las prácticas de nuestras organizaciones de izquierda, ya se llamen PC, Montoneros, ERP, PCR o cualquiera de las tantas siglas que andan sueltas por ahí, no puede dejar de correr un "frío por la espalda" —como decía Robert Paris— si los imaginamos en el poder (digo de las organizaciones de "izquierda", dejando de lado al peronismo, pues éste siempre hizo gala de su estructura "verticalista" y de la preponderancia absoluta del "líder").

Lo que Gramsci decía respecto de que toda organización actual prefigura el futuro, no sólo es cierto sino que está por debajo de lo que sucede realmente, pues en realidad toda organiza-

ción se realiza endiosada, elevada al Absoluto. Basta mirar la URSS o China para ver lo que nos espera desde el punto de vista de lo que hasta hoy ha sido la "democracia" de izquierda.

Por otra parte, ¿es posible ignorar que vivimos de la falta real de democracia? Dicho de otra manera: si hubiera democracia perderíamos todo, o casi todo. Por eso el pueblo desconfía de nosotros. Y conste que no estoy hablando de que mintamos o ejerzamos la duplicidad conscientemente: nuestro deseo de democracia para hablar, escribir, reunirnos, votar es auténtico; pero el pueblo, me refiero al común de la gente, duda de que en realidad queramos o podamos desprendernos de los *beneficios* que



nos rinde la no democracia (me refiero, por supuesto, a la división del trabajo y a lo que Marx llamó "plusvalor"). Alguien me podrá decir que "así son las cosas", y por supuesto que tendrá razón; pero es precisamente este ser así de las cosas el que funda nuestra sociabilidad, nuestros estilos de sociabilidad, los que *objetivamente* viven de una exacerbada división del trabajo que es esencialmente antidemocrática.

Además somos profundamente despotas, en muchas y principales cosas. Nuestro presunto Saber alcanza proporciones gigantescas: sabemos todo y de todo; y por esto hemos perdido la capacidad de ver y de escuchar (y conste que no me refiero al sentido heideggeriano de la palabra, sino a algo mucho más simple) y nos pasamos la vida "explicando", "bajando línea", como mandarines ensoberbecidos. El Saber, la Ciencia, la Erudición (libros y más libros) son nuestra fortaleza. Lo queramos o no somos sacerdotes del poder; los "enviados" a redimir al pueblo, a darles conciencia "revolucionaria", conocimiento, estrategia, táctica, etc. ¿Y la democracia? Quizás podría ser definida como la forma pacífica de situarnos a nosotros mismos en el vértice para después comenzar a firmar decretos o cortar cabezas según como vaya la cosa. ¿Pesimismo? Es posible, pero basta mirar un

poco más de cerca estas historias nuestras para comprender que se trata de un simple realismo, incluso de la más baja estofa.

Es casi seguro que aquí aparecerá alguien con buen criterio como para decirme que si ya no es posible luchar ni siquiera por la democracia ¿qué podemos hacer? Podemos luchar por la democracia así como podemos luchar para que se reflote la Atlántida. No seamos cínicos: ¡todos somos demócratas a muerte! Ningún "demócrata" puede oponerse a que la gente hable, piense lo que se le ocurra, escriba lo que piensa, etc. De lo que no estoy totalmente seguro es que todos los "demócratas" acepten de manera restringida el derecho a la homosexualidad, a la mariguana o al LSD, el derecho al nomadismo y a la vagancia. De lo que se trata es de retrotraer el problema, y ante todo reconocerle su calidad de problema subjetivo (algún amigo puede decir que esto es "sospechoso", y a lo mejor es cierto, pero la verdad es que desde este punto de vista todos nuestros discursos y nuestras formas de vida son sospechosas, ¿o nos exime de cualquier sospecha el acto de *hablar*?); entiendo aquí por subjetivo lo opuesto a lo general, al fuerte despotismo de la Teoría, la que apenas se articula se vuelve depredadora, se viste inmediatamente de "comisario del pueblo".

Los marxistas italianos nos han acostumbrado a distinguir dos etapas políticas fundamentales en la Europa de nuestro siglo: la anterior y la posterior a la crisis de los años 30. En la primera campeaba el leninismo tratando de constituir, frente a un estado que supuestamente habría condensado en sí lo político (en esto no creo, pero no me voy a detener aquí), una suerte de contra-estado que repetía linealmente las "cualidades del estado en su verticalismo, en su autoritarismo, vinculado a lo que se llamó la "ciencia de la revolución", etc.: el partido. Pero he aquí que a partir de los 30 el estado habría abandonado su forma de "política concentrada", la vieja fantasía para bobos de la llamada "autonomía de lo político", para difundirse desde lo alto en numerosos y precisos puntos del tejido social: lo que Gramsci llamó las "casamatas". No obs ante la importancia del reconocimiento la respuesta al cambio sufrido por el estado fue especular: se mantuvo la idea de partido, pero ahora se le exigió que tuviese en cuenta las "casamatas" del estado hundidas en la "sociedad civil" (la escuela, la familia, los manicomios, etc.).

A mi juicio todo esto ya pasó; ya fuera correcto o incorrecto el análisis (pienso que fue incorrecto en cuanto a la respuesta organizati-

Polonia: conquistas y peligros de la renovación socialista

Adriano Guerra

Demandas, demandas, demandas... ¿qué es esta "onda de Dantzig" que embiste a Polonia?, ¿hacia dónde va?, ¿por qué?, y más aún ¿por qué continúa mirándose con esperanza pero también con recelo a aquello que viene de Varsovia?

He aquí, junto a algunas noticias recogidas en los días pasados en el lugar de los hechos, algunas reflexiones y tentativas de respuesta, limitadas y parciales, por cierto, pero que tal vez puedan ser útiles para ordenar el material de documentación recogido en este número del *Contemporáneo*.

Por qué Polonia

Ciertamente, por la gravedad a la cual había llegado la situación económica. Lo que sabíamos sobre la entidad de las inversiones concentradas en grandes establecimientos, sobre el déficit de la balanza de pagos, pero sobre todo lo que sabíamos sobre las desigualdades y las distorsiones que provocaron, explica suficientemente por qué la situación se hizo cada vez más insostenible. Por cierto, se han presentado fenómenos análogos en otros países socialistas, pero ningún otro país del Este europeo como Polonia estaba al mismo tiempo tan expuesto al contragolpe de la crisis económica del mundo capitalista y a la agudización de las contradicciones del "socialismo real". Para quien estudia la economía, la contradicción más notable era la relativa a la relación industria-agricultura. Mientras en Katowice nacía y se desarrollaba sin detenerse la acería quizá más moderna de Europa, y en todo el país establecimientos de altísimo contenido tecnológico sustituían en pocos años a casi la mitad de los proyectos de la industrialización de los años 50 y 60 (para permanecer, sin embargo, inutilizados en una proporción importante, al sobrevenir la crisis energética y el impacto del aumento vertiginoso de las materias primas), de los negocios estatales desaparecían hasta los artículos de primera necesidad como la carne (que reaparecía en los negocios de una especial "red comercial" creada expresamente, pero a precios sumamente aumentados) y los otros productos de la agricultura. Al mismo tiempo, la política salarial que había estado dirigida, algunos años antes —en una situación económica muy distinta—, a corregir el excesivo igualitarismo que había contribuido en el pasado a mantener baja la productividad (por lo cual fueron aumentados sobre todo los salarios y los sueldos de los trabajadores calificados y de los técnicos) se tornaba, ahora, injustamente punitiva para los trabajadores de salarios bajos y medios, quienes quedaban fuera de la posibilidad de utilizar los canales legales y semilegales del mercado negro. La decisión de mantener en pie, a cualquier costo (aun pagando intereses siempre más altos a la banca extranjera), la escala de prioridad de las inversiones formulada después de 1970 —y confirmada aún después de las huelgas de 1976— impuso el bloqueo del programa de política social iniciado en los dos últimos congresos del partido, por el cual se resguardaban las pensiones, la salud, la vivienda.

De aquí el surgimiento de un descontento cada vez más profundo y el desarrollo de una fractura siempre más aguda entre los trabajadores (y los consumidores) y la estructura de poder. En la extraordinaria extensión de esta fractura reside otra especial característica de la situación polaca. La contradicción entre el desarrollo económico, social, político y cultural de la sociedad y la inmovilidad de la estructura propia del monolitismo era y es, de hecho, más aguda en Polonia que en otros países socialistas. Por una parte, por la presencia de institutos potencialmente abiertos a soluciones pluralísticas (el sistema de partidos, el papel político nacional, y aun de representaciones de intereses precisos reconocido de hecho a la iglesia), y por otra por la vivaz presencia de varios centros de agregación, diferentes entre sí tanto por su carácter como por su composición (de los clubes

católicos al Kor, la Universidad volante, la densa red de la prensa semilegal e ilegal, etc.), pero que expresaban todos juntos la realidad del pluralismo y la exigencia del reconocimiento de espacios de autonomía cada vez mayores. Ni los comunistas estaban excluidos de esta realidad —que era de hecho la expresión de una política asaz abierta y tolerante por parte del poder y del cambio acaecido en las relaciones de fuerza entre la sociedad y su articulación con el sistema político (por el cual Polonia ha podido estar presente en el debate sobre los grandes temas del mundo de hoy con un número tan relevante de obras y protagonistas, y no solamente de los disidentes)— estaban excluidos los comunistas: sus voces, sin embargo, —como ha dicho Gierek en su autocrítica— no eran escuchadas. Es en esta situación que ha madurado algo más y distinto que una simple aunque clamorosa protesta, como en diciembre de 1970, contra una política económica (o contra la tentativa del gobierno de aumentar súbitamente los precios, como en 1976). Desde el comienzo, la lucha de los obreros del Báltico se ha centrado, en efecto, en un problema político muy delicado: el de la reforma del mecanismo de toma de decisiones, es decir del sistema político, de sus formas institucionales, de sus relaciones con la sociedad.

El sindicato

¿Pero por qué fue la del sindicato independiente la primera reivindicación puesta sobre el tapete? De hecho ha sucedido que cuando los obreros advirtieron que su salario era cada vez más insuficiente para hacer frente a los aumentos de precios (y por lo tanto para la compra diaria en los negocios de la "red comercial") reflexionaron —reflejando también las experiencias de 1956, 1970, 1976, con las intentadas y fallidas experiencias de dar vida a los consejos obreros— acerca de la necesidad de contar con un sindicato distinto al que en sus fábricas se ocupaba de tantas cosas importantes (porque controlaba, por ejemplo, la asignación de viviendas, de lugares de vacaciones, la "emulación socialista" y la asistencia a la infancia), pero que negaba incluso la posibilidad de que los trabajadores pudieran ver a las direcciones de las empresas o a los órganos del poder central como la "contraparte", aun cuando —y sucedía a menudo— sobrevenían situaciones conflictivas por la existencia de puntos de vista y aun intereses diferentes.

De esta manera, poco a poco toma cuerpo la idea de un sindicato independiente del partido, de la administración de la empresa, de todos los órganos de la administración estatal. En la base de esta nueva organización estaba la conciencia de que la sociedad polaca se caracteriza ciertamente por el hecho de no tener patronos, pero no por estar privada de profundas contradicciones, con una específica dinámica interna resultante de la presencia de una pluralidad de intereses diferentes, que para poder ser reconducidos a una elección única deben salir a la luz, esto es manifestarse libremente.

Estructura burocrática y empuje tecnocrático

Así las cosas, ¿quién es el verdadero interlocutor de los trabajadores polacos y de su nuevo sindicato independiente? ¿El "socialismo de estado", para utilizar una fórmula que coloca el acento en las funciones que tiene el estado en los sistemas nacidos en la huella de la experiencia soviética? ¿La "nueva clase" de los burócratas, para utilizar en cambio la fórmula de Djilas y de varias corrientes neotrotskistas o de derivación weberiana?

Lo que está sucediendo en Polonia permite quizás afrontar mejor, con mayor conocimiento de causa, el problema del papel de la burocracia de los países socialistas del Este europeo, despojándolo de las varias fórmulas y los ideolo-

va que siguió manteniendo la instancia partido como en la época anterior) tengo casi la certeza de que todo eso duerme el sueño de los justos (y si no basta mirar la impotencia del Partido Comunista Italiano frente a los muchachos que en las ciudades "rojas" se pasean por las calles fumando la mota o vestidos de niñas, o que hacen el amor en los paseos públicos). ¿Por qué? Porque lo político está en vías de extinción, al menos como se lo ha concebido hasta ahora; ya no es determinado desde lo alto ni está fijo en puntos sociales preestablecidos, sino que más bien surge de todas partes, y esto le da un carácter inédito: primero, porque no busca significación en una generalidad o trascendencia, vale decir que tiene un carácter absoluto que no depende de ninguna "organización revolucionaria" (el movimiento feminista o de lucha por el medio ambiente, para no referirme a los enfermos mentales, a los presos, etc., no necesitan ni aceptar someterse a un poder, cualquiera sea, que se encuentre fuera y por sobre ellos); segundo, porque pone en crisis al partido volviéndolo imposible como lugar donde se decidiría el "sentido" de esos movimientos.

Nos encontramos pues frente a una democracia en acto, una democracia invisible para una óptica de partido o que se proponga como partido. Y hay que tener en cuenta, además, que estos fenómenos no dependen de los teóricos ni de los políticos, pues son espontáneos y en cualquier momento se diluyen regresando a la vida vegetativa que es, en última instancia, la que les permite sobrevivir: estiran y recogen sus pseudopodios atados sólo al deseo de cada uno. Y en este terreno de nada sirven los discursos de los "políticos" (discursos por lo común cínicos, pues niegan sus propios deseos, y despóticos, pues quieren que todos vivan como normas sus propias frustraciones), ya que se trata de movimientos intersticiales, de pliegues, de lugares que, como recuerda Klee, son "inaprensibles en su inmanencia". Este pensar desde abajo implica la necesidad de convertirnos a nosotros mismos en sujetos democráticos de hecho, de abandonar los innobles sueños del "poder" y participar en las fuerzas que surgen desde lo social sin dejarse aprisionar en ninguna organización, en ningún proyecto y ninguna Teoría: la libertad y la democracia son una necesidad aquí y ahora y no un sueño para las calendarias griegas. Entender las cosas obvias, como ser que la criatura más miserable y despojada es absoluta, o que entre un pigmeo y Einstein no existe ninguna diferencia, y ajustar a ellas nuestras vidas. Y como no faltará quienes me traten de utópico, me permito remitirlos a todos quienes diariamente y ante nuestros ojos ponen en juego su vida para vivir.

Dos últimas cosas Tula: por una parte nos veo a nosotros, los llamados intelectuales de izquierda, metidos cada vez más en el bajo mundo de la burguesía, ansiosos por ser reconocidos en las "comunidades" de sabios e investigadores burgueses, para así satisfacer nuestro inveterado narcisismo y la materialidad de nuestras aspiraciones, convertidos en investigadores de historia, sociología o lo que sea (¿para qué mierda sirven las investigaciones, me querés decir, si no es para cambiar un poco la vida tautológica de los investigadores?); y por otra parte veo "el desierto que crece", no sólo obreros y campesinos paupérrimos, sino locos, drogadictos, putos, hippis, alcohólicos, todos hundidos en sus "territorios desfondados" sin importarles nada la teoría, ni la marxista ni ninguna, ni la ciencia ni el arte, viviendo realmente en otro mundo que no puede dejar de intranquilizarnos (¿o acaso no estamos apegados a la seguridad, la tranquilidad y la calma?).

No quiero sólo reconocer el Apocalipsis, que ya está aquí; pero si deseamos hallar lo habitable, que tal vez no hallaremos nunca, es preciso comenzar dando los primeros pasos como los niños, y los primeros gritos (como hizo Artaud, que de esto supo bastante) de un lenguaje que aún no existe.

Lo lamento, viejo amigo, pero así me parece que están las cosas; los discursos sobre la democracia, incluido el mío, no sirven para nada (salvo para el autoconsumo de las capillas). Y si alguien saca como conclusión de este texto que tengo mala conciencia me daré por bien pagado; efectivamente, la tengo; y me pregunto ¿cómo no tenerla en un mundo donde la derecha y la "izquierda" compiten en el manejo del más siniestro despotismo?

Oscar

gismos sobre el "estado-patrón" o el "socialismo burocrático". Los textos de los acuerdos suscritos en Dantzig y Stettin, donde se habla del poder y aun del extrapoder y de los privilegios de la burocracia, son documentos muy importantes para enfrentar este problema. Es por cierto significativo que en los días inmediatamente posteriores a la finalización de la huelga hayan aparecido en la propia *Trybuna Ludu* artículos en los, que citando a Lenin, se hablaba de los aparatos burocráticos del partido y del estado como de una fuerza social y política relativamente autónoma que, se decía, deberá ser sometida al más férreo control democrático si se quieren evitar involuciones burocráticas. En la actual realidad polaca se encuentra la confirmación de que la estructura monolítica de la conducción de la economía y la sociedad, junto a la ausencia de organismos de control democráticos que estén en funciones, han dado un poder enorme a hombres y grupos colocados a la cabeza de las empresas y de distintos organismos. Son miles los dirigentes de fábrica, de ministerios, de institutos que no forman ciertamente una clase, que no se presentan como una fuerza compacta (quizás estamos más cerca de la verdad si hablamos de "grupos de presión", formulación que, como hemos podido comprobarlo, ha llegado en Varsovia hasta el Instituto de Marxismo-Leninismo), que manifiestan cada uno, en la forma de un sistema fuertemente concentrado, precisos intereses de los diversos sectores —la industria pesada, la agricultura, por ejemplo—, o aun de las diversas instituciones —la policía, la comisión de planificación, etc.—, pero que mantienen todavía intereses comunes. En los últimos años, la tendencia a buscar la solución de los diversos problemas a través de la racionalización y modernización (también por la importación de tecnología de los países capitalistas) ha reforzado todavía más el carácter autoritario de los centros de decisión de la empresa, del ministerio, de la región. De aquí también su siempre más clara separación del país y, en el momento en el cual se tornaba más grave la situación económica (con la escasez de muchos productos y la ampliación del mercado negro), la aparición de fenómenos de generativos.

Los acuerdos firmados en el Báltico afrontan directamente este problema, cuando hablan de la necesidad de herir los privilegios de que han gozado y gozan los miembros de los aparatos, pero no se limitan a plantear —como con escasa fortuna había sucedido con anterioridad— el problema de la necesaria moralización, porque singularizan de hecho el camino a seguir en una nueva relación entre autogestión obrera y gestión democrática de la economía, para bloquear las tendencias burocráticas y tecnocráticas. Por esto, en el centro de las discusiones que han terminado en el acuerdo, estaba el problema del acceso a la información y de su difusión. Si se lee con atención la plataforma de los obreros de Dantzig es posible comprobar —como ha podido hacerlo notar cómodamente la comisión gubernamental— que la misma se repite en más puntos sobre la falta de informaciones seguras que los que examinan, por ejemplo, el peso del déficit de la balanza comercial, el papel de las exportaciones de carne a un grupo de países proveedores de tecnología, etc. Si no es posible acoger enteramente —ha sido, en sustancia, la tesis del gobierno— las propuestas realizadas para los aumentos de salarios, se debe a que la situación económica es tan grave que no permite aumentar súbitamente el 25% del fondo de salarios, si no se quiere desatar, alimentado por un pavoroso empuje inflacionario, un proceso de verdadera autodestrucción. El argumento es seguramente válido, y ha sido sustancialmente admitido por los trabajadores, pero —y he aquí el punto— contradecía de hecho todas aquellas informaciones tan absurdamente triunfalísticas que sobre la situación económica del país había sido posible leer en la prensa hasta el día anterior. Lo fundamental, pues, para permitir no solamente el control social de las opciones políticas y de la gestión sino también la participación de los ciudadanos en la dirección del estado, es el acceso a la información y la difusión de la misma, la discusión sobre las distintas alternativas, etcétera.

He aquí por qué dar vida al sindicato independiente significa también —como ha sucedido en Dantzig— poner en la mesa de discusiones muchas otras cosas, como la censura, el acceso de todas las fuerzas políticas, sociales,

culturales, religiosas, a la prensa y la televisión, etcétera.

El sistema político

Desde el comienzo los trabajadores en huelga han dicho claramente que al reivindicar un sindicato independiente de la administración no entendían "hacer política", esto es constituir un partido político o aun poner en duda el papel del partido comunista, el ordenamiento del estado y las alianzas internacionales del país. Son seguramente afirmaciones significativas (véase a este respecto el documento del comité de huelga de Dantzig del 28 de agosto) por lo que nos dicen acerca de la postura de los trabajadores en su confrontación con el régimen socialista, y sobre el realismo y el sentido de responsabilidad con que la clase obrera polaca manifiesta claramente el papel de guía de la nación en un momento de grave crisis (debe agregarse que son, ciertamente, afirmaciones significativas de la existencia de una vasta área en la cual de la "crítica de la política" se ha pasado, en una forma tal vez hasta desdeñosa, a un "rechazo de la política", producto de desilusiones, desconfianza, incomprensiones).

De la insistencia con que, por todas las partes, se destaca el carácter "sindical" del movimiento, de la declarada voluntad de limitar la actividad del movimiento al control social del "político", sería erróneo deducir la conclusión que suponga la coexistencia del viejo sistema político, tal como es, con los nuevos sindicatos independientes, como sería también erróneo suponer que el proceso de renovación pueda no implicar directamente a toda la organización del poder. Y esto porque, por sí sola, la introducción de un instrumento de control social acarrea cambios sustanciales en el funcionamiento de los organismos controlados. Esto se ha visto, por lo demás, ya en los días inmediatamente posteriores al acuerdo, cuando la "onda de Dantzig" ha embestido rápidamente la estructura de la planificación económica, el parlamento (que presuroso ha reivindicado por boca de varios diputados su derecho a no aparecer como un simple sello de decisiones tomadas en otros lados), el viejo sindicato (que co-

novedades:

el libro de bolsillo

- **9 TOR ANDRADE
MAHOAMA
- ****765 JHON ZIMAN
LA FUERZA DEL CONOCIMIENTO. La dimensión científica de la sociedad.
- *767 WILLIAM SHAKESPEARE
EL REY LEAR. Prólogo y traducción Miguel Angel Conejero.
- **770 JACK LONDON
ASESINATOS S.L.
- **772 L.P. LOVECRAFT
EL HORROR DE DUNWICH

alianza universidad

- 265 G.W.F. HEGEL
LECCIONES SOBRE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA UNIVERSAL
702 págs.
- 266 VILFREDO PARETO
FORMA Y EQUILIBRIO SOCIALES. Extracto del Tratado de Sociología General.
334 págs.
- 267 GIOVANNI SARTORI
PARTIDOS Y SISTEMAS DE PARTIDOS, I.
414 págs.
- 269 NORMAN COHN
LOS DEMONIOS FAMILIARES DE EUROPA
330 págs.

* Volumen intermedio
** Volumen doble
*** Volumen especial
**** Volumen extra

270 EYSENCK Y WILSON
EL ESTUDIO EXPERIMENTAL DE LAS TEORÍAS FREUDIANAS
434 págs.

271 WILHELM DILTHEY
INTRODUCCIÓN A LAS CIENCIAS DEL ESPÍRITU
578 págs.

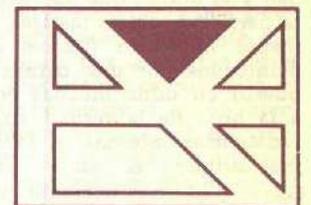
272 ENRIQUE BALLESTERO
EL ENCUENTRO DE LAS CIENCIAS SOCIALES. Un ensayo de metodología.
136 págs.

alianza tres:

55 HERMANN BROCH
LA MUERTE DE VIRGILIO
490 págs.

57 **EL SIGLO XI EN 1o. PERSONA. Las memorias de Abd Allah, último rey Ziri de Granada, destronado por los Almorávides (1090).**
346 págs.

58 FRANCISCO GARCÍA LORCA
FEDERICO Y SU MUNDO
484 págs.



alianza editorial mexicana

José morán 93 l-a / México 18, d. f.
tel. 5-16-71-08

mo conclusión de una más o menos tardía pero no obstante aun así demasiado veloz y total autocrítica, ha decidido asumir la misma postura independiente de los nuevos sindicatos autogestionarios frente a los organismos del estado), y aun a las fuerzas políticas aliadas a los comunistas en el Frente. El "partido campesino", el "partido democrático" y el grupo católico Znac, por ejemplo, han planteado no sólo el problema de una nueva relación con los comunistas sino la reforma del sistema político en su conjunto para llegar a la más neta separación de poderes, es decir a la modificación del sistema que actualmente considera al partido comunista identificado de hecho con el ejecutivo y el poder legislativo, relegando así al gobierno y al parlamento a una función totalmente secundaria. Y todo esto mientras nuevos organismos representativos y autónomos brotan en varios institutos de la Academia de Ciencias, en las categorías profesionales (los periodistas, los profesores, los escritores) y aun entre los jóvenes. ¿Hasta dónde llegará este movimiento? Hay ya quien habla de una verdadera refundación de los partidos en el cuadro de la actual Constitución y que propone inéditas composiciones gubernamentales (como una "gran coalición entre comunistas y católicos" pedida en el parlamento por los diputados católicos).

Es evidente que a la capacidad de encontrar soluciones positivas en un campo tan nuevo y minado se ha confiado en último análisis la suerte de los acontecimientos. Para esto se necesita inteligencia, cordura, tolerancia, sentido de las proporciones y de la historia. Hasta hoy los protagonistas han demostrado tener estas cualidades en abundancia. Pero en cualquier parte, en la incertidumbre económica, en la impaciencia, en la resistencia de las viejas estructuras, puede esconderse una trampa. En estos días se espera con un poco de temor el primero de octubre, oportunidad en que se abrirán las escuelas. ¿Sabrán los estudiantes dar prueba de la misma madurez demostrada por los obreros del Báltico?

El partido

En el centro de la borrasca, empeñado en una difícil autocrítica, profundamente debilitado en su interior por el desgarramiento entre la sociedad y el poder, que ha visto a la base comunista participar en las huelgas, el POUP está lentamente midiendo fuerzas con los problemas planteados por una batalla que realmente ha puesto en duda muchas cosas. El hecho que, a la hora de la verdad, superando indudables resistencias internas, el POUP haya sabido tomar primero el camino de la autocrítica de Gierek y luego la firma de los acuerdos de Dant-

zig y de Stettin, es indudablemente importante. La misma importancia tiene el hecho que, en el transcurso de la dramática reunión del Comité Central que llevó a la elección de Kania, haya sido esgrimida una interpretación restrictiva y muy peligrosa de los recién firmados acuerdos; aquélla según la cual se debía mirar los documentos de Dantzig y Stettin como algo que se había debido tolerar "por estado de necesidad", para "evitar una tragedia nacional", y no como un punto de partida para encauzar un proceso de reformas. Al proclamar que los acuerdos del Báltico representan "nuestro más válido patrimonio político y moral", Kania ha indudablemente creado las condiciones para reanudar el diálogo entre el partido y la sociedad, y ha hecho salir al partido de una fase de oscilaciones que parecían tornar imposible una rápida y positiva solución a la crisis.

Por lo demás, debido a esto se ha comenzado a ver al nuevo grupo dirigente del partido como un interlocutor válido, y no solamente por parte de los representantes de los nuevos sindicatos sino también por varios ambientes católicos y aun de los disidentes. Nunca será excesivamente recalado que esto es sólo el comienzo. Por cierto, un elemento de tranquilidad proviene del explícito reconocimiento, por las nuevas organizaciones independientes, del papel guía del partido comunista, como dato histórico derivado de las específicas circunstancias en que ha sido encauzado el profundo proceso de transformación de la Polonia de posguerra. Como se sabe, el papel de guía del POUP está sancionado en la Constitución polaca y es proclamado en los estatutos de los otros partidos políticos existentes. Es sin embargo evidente que el surgimiento de organismos totalmente separados e independientes, así como la admisión por parte del parlamento y del gobierno de los nuevos poderes, plantea al POUP el problema de una definición totalmente nueva de su papel de fuerza dirigente fuera del viejo esquema del partido-estado. De ahora en adelante, evidentemente, el papel de guía no será más una suerte de "absolución de posiciones" sino algo que deberá defenderse (y conquistarse) cada día, con la iniciativa política, la fuerza de las ideas, la capacidad de conquistar el consenso. Para los comunistas polacos se trata, al fin y al cabo, de convertirse en protagonistas de un movimiento de renovación que nació y se desarrolló en gran parte fuera del partido. Particularmente aquí está una de las tantas diferencias entre la Polonia de hoy y la Checoslovaquia de 1968, y no hay duda que la tarea de los comunistas polacos es particularmente difícil. No se trata solamente de demostrar que el "socialismo real" es reformable, que tiene en sí mismo la capacidad de renovarse, de avanzar largo trecho en un camino nuevo, teniendo en cuenta no sólo todas las tentativas, realizadas desde 1956 hasta ahora, para afrontar los problemas de la crisis del monolitismo sino los mismos límites históricos del socialismo soviético. También por esto se han mirado y se miran los acontecimientos polacos con temor pero a la vez con mucha esperanza.

Los católicos. El movimiento

Pero lo que sucede en Polonia plantea problemas nuevos no solamente a los comunistas. Aun entre los católicos, por ejemplo, se han manifestado novedades muy notables. Más de un observador se ha preguntado qué consecuencias podrá tener la fuerte presencia católica en el movimiento huelguístico de Dantzig, por lo que respecta no sólo al estado sino también a la iglesia. En este momento, ¿es previsible un aumento o una disminución de la fuerza contractual del cardenal Wishinsky en la confrontación con el estado? Aún más: nos preguntamos sobre el significado que debe atribuirse al hecho que la invitación dirigida por el cardenal a los trabajadores en huelga para reanudar el trabajo no haya sido atendida. Hay quienes sostienen que la entrada en escena de las masas católicas como protagonistas habría hecho saltar, o por lo menos puesto en crisis, la instalación sustancialmente vertical de la confrontación-aceptación iglesia-estado, dominada hasta aquí por la presencia de un cardenal que hablaba en nombre de todos los católicos y cuya autoridad era reconocida por el estado. Ciertamente es todavía muy pronto para extraer de los sucesos polacos la respuesta a interrogantes de este tipo, pero es realmente posible que en el mismo momento en que el obrero católico Lech Wallessa firmaba en nombre del comité de huelga interfábricas de Dantzig su acuerdo con el representante del

gobierno central, terminara de hecho una época durante la cual la única mesa de reuniones entre los comunistas y los católicos polacos era aquélla que veía a ambos lados a los representantes de la iglesia y del estado. Ahora los puntos de encuentro son más de uno y están destinados a multiplicarse, y la relación iglesia-estado llegará a ser sólo un aspecto, y quizá no el más importante, de las relaciones de los católicos polacos con el poder socialista.

Dicho esto, es necesario llamar la atención para no ver a la "onda" que se está extendiendo desde el Báltico a todo el país, como a un movimiento católico, con el significado que tiene en la acepción corriente la palabra "católico". Y esto porque los católicos no son, ni siquiera en Polonia, una fuerza homogénea (hay católicos comunistas, católicos progresistas, católicos conservadores, etc.); y además porque en las discusiones hay algo diferente y que va más allá de las cuestiones tradicionalmente planteadas por los creyentes (financiamiento para la iglesia, libertad de propaganda religiosa, etc.). No se debe olvidar que el movimiento se caracteriza en primer lugar por su base obrera; lo que está surgiendo no es un "sindicato católico", aunque la mayoría de los trabajadores polacos se componga de creyentes, sino una organización de clase para la defensa de los intereses concretos de todos los trabajadores.

Pero también a propósito de la extensión de las fuerzas católicas comprometidas en la huelga es necesario tener cuidado con las generalizaciones demasiado fáciles. Si en Dantzig ha sido la presencia católica la que apareció en primer plano, no puede decirse lo mismo en Stettin, en Slesia y en muchas otras ciudades y regiones del país. En varias localidades la iniciativa fue tomada por cuadros del viejo sindicato, en otras por comités en los cuales comunistas, católicos y activistas del Kor han trabajado conjuntamente. En Varsovia la iniciativa de quebrar el viejo sindicato de los profesores, creando organismos independientes y diferenciados por sectores, fue tomada por el Kor. También las soluciones adoptadas son muy diferentes. En muchas localidades, por ejemplo, los trabajadores han decidido crear, sobre una base electiva, el nuevo sindicato, pero sin romper los vínculos organizativos con la vieja central. En el Báltico, la separación de los marítimos y los trabajadores portuarios, hasta ese momento unidos en una sola organización, se dio en el interior del viejo sindicato. Entre los jóvenes, en fin, los primeros en movilizarse han sido los miembros de las organizaciones juveniles.

La multiplicidad de sus integrantes, además de lo que ya hemos señalado (base obrera, fuerte presencia de católicos, programa nacional), es lo que caracteriza al movimiento. De aquí surgen, junto a motivos que pueden hacernos mirar el futuro con optimismo (la amplitud extraordinaria de las fuerzas en lucha), otras causas de preocupación. No es posible olvidar que si la tragedia ha sido evitada lo fue por el sentido de responsabilidad, el realismo, la madurez de que han dado prueba todos los protagonistas, en primer término los trabajadores de las fábricas que han sabido crear, venciendo impaciencia y exasperación (y aún, en el momento justo transformando lo que había sido hasta ese momento la lucha de algunas decenas de miles de trabajadores en una gran batalla nacional), las condiciones para una solución política de la crisis. Las trampas no han desaparecido y se esconden en la situación económica que permanece durísima, en la dificultad que tiene el partido de transformar la autocrítica en un compromiso concreto y cotidiano, en la capacidad del movimiento de afrontar con justeza los problemas de la realización del programa, para el que se esperan los tiempos y las formas. Sin hablar de los condicionamientos que provienen o pueden provenir de una situación internacional nada fácil por cierto, y aún de la postura de la Unión Soviética, llamada una vez más a medirse con los problemas planteados por la presencia de un empuje renovador que libera tantas fuerzas y tantas energías y postula, en la continuidad del proceso abierto en octubre, la superación de los vínculos y obstáculos que hasta aquí han impedido al socialismo manifestar toda su potencialidad democrática.

Pero la partida decisiva se jugará en Polonia, y aquí el problema central es, cada vez más claramente, el superar aquel foso entre sociedad y estructura del poder, del cual, sin embargo, nació, como se ha dicho, no solamente un movimiento de protesta sino un real y concreto proyecto para la renovación socialista del país. ●

MONTHLY REVIEW

julio 80, vol. 3 11

La fiebre del oro

P. M. Sweezy

La falacia de la "superestructura"

K. N. Cameron

Una nueva ecuación para América Latina

José R. Eliashev

El golpe de estado que tuvo lugar en Bolivia a mediados de 1980 volvió a demostrar, de modo tal vez más dramático que nunca, las inconsistencias y matices característicos de la larga marcha de la América Latina en búsqueda de su democracia. En pocas oportunidades ha podido presenciarse un concierto tan unánime de lamentos y oraciones fúnebres por la nueva oportunidad perdida para que esa nación sudamericana se encaminase hacia formas políticas más estables y más modernas. Esta vez no fueron sólo los demócratas y liberales de centro quienes unieron su voz a la de las izquierdas en condena al golpe militar, sino que el propio gobierno de los Estados Unidos ratificó en la oportunidad su censura a este modelo de régimen dictatorial, instando a que se marche aceleradamente hacia formas de democracia representativa.

El aspecto melancólico que asumieron las condenas al golpe boliviano se acentuó, además, por el hecho de que se produjera en el contexto de una nítida tendencia en las naciones andinas hacia el abandono de las soluciones militares y su remplazo por fórmulas civiles constitucionales. Mientras Bolivia se acercaba políticamente al bloque de regímenes instaurados en el sur del hemisferio, Perú y Ecuador homogeneizaban sus regímenes con las variantes democráticas conocidas en Venezuela y Colombia. La frustración boliviana fue, por esta razón, el punto de partida de nuevas reflexiones y nuevos análisis formulados en el interior de la sociedad política latinoamericana, la mayor parte de ellos procurando determinar no sólo qué sucede en el continente en términos de avance o retroceso hacia esquemas superiores de organización social, sino también para precisar en qué estado se halla hoy día concretamente la América Latina con respecto a las postergadas tareas de edificar una estructura más democrática, capaz de afrontar las enormes responsabilidades de desarrollo económico y social planeadas para las décadas venideras. Esta aproximación al problema pretende contribuir sobre todo al esclarecimiento de la coyuntura política actual y, en esa perspectiva, se piensa a sí misma apenas como un cuadro de situación de la América Latina.

Descripción

Desde México hasta la Argentina, el complejo y exuberante mosaico de realidades culturales que conocemos como la América Latina ofrece una singular diversidad de formas de organización política y constitucional y también avanzadas diferenciaciones de estructuras sociales. El socialismo y el capitalismo, la dictadura caudillesca y la democracia parlamentaria, la tiranía militar y el autoritarismo democrático de las mayorías son apenas algunos de los nombres con los que puede —precariamente— etiquetarse la multiforme superficie política del hemisferio, al sur de los Estados Unidos.

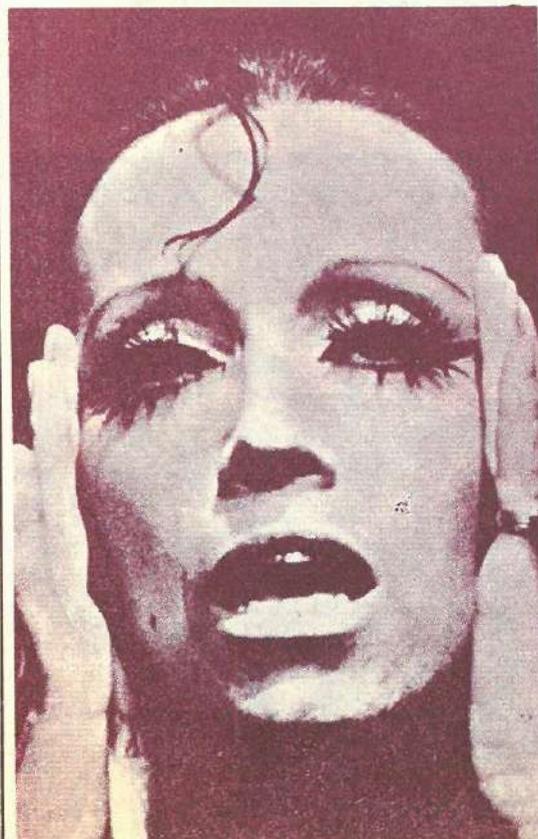
Los treinta estados soberanos y el puñado de territorios dependientes que conforman la región latinoamericana¹ exhiben, sin embargo, algunas líneas de desarrollo comunes en determinados grupos que permiten intentar una sucinta morfología del conjunto. Y una primera conclusión que surge del mero análisis de los hechos indica, por ejemplo, que la América Latina es una región relativamente estable en términos políticos. Esa estabilidad, por cierto, no es tributaria de consolidados consensos democráticos en todos los casos y en muchas circunstancias sólo es el resultado de una intangibilidad obligatoria de la realidad, o sea un inmovilismo creado por formas particularmente violentas del poder dictatorial (Paraguay, con Alfredo Stroessner en el poder desde 1954, sería quizá el caso más ilustrativo).

En un análisis de los 30 estados latinoamericanos fue posible determinar, hacia octubre de 1980, que 17 de ellos poseen esquemas políticos o regímenes de gobierno estables, si por ello entendemos superestructuras que al menos han

afrontado exitosamente el paso del tiempo, tornándose en cierto modo previsibles para los observadores. Esa controversial estabilidad a la cual aludimos (que en su seno abarca desde el México de López Portillo hasta la Argentina de Videla) supone grados diversos de consolidamiento de un modelo político de hegemonía, el que tiene vigencia mediante el ejercicio de mecanismos diferentes. Si la estabilidad política de Europa Occidental tolera la presencia de sociedades crónicamente inestables en su corteza política (como la italiana), la actual estabilidad latinoamericana desmiente las interpretaciones de alta y generalizada volatilidad que suelen atribuirse a todas las naciones de la región. En todo caso, la peculiar volatilidad boliviana no puede considerarse como característica de todo el continente.

Es esta curiosa estabilidad lo que permite visualizar los diferentes contenidos culturales y las diferentes conformaciones político-institucionales existentes en la América Latina, desde los 22 años de ininterrumpida democracia parlamentaria en Venezuela a los 23 años de régimen dinástico primitivo en Haití, desde los 16 años de gobierno orgánico de las fuerzas armadas en Brasil a los 22 años de gobierno civil minoritario en Colombia. Esa permanencia de las instituciones sugiere las diferentes opciones asumidas por cada país en particular, enfrentado a decisiones fundamentales. Así, la opción por las formas civiles y la hegemonía del consenso político ha sido posible en sociedades como las de Venezuela, Costa Rica, Panamá, Barbados, Colombia, México, la República Dominicana, Bahamas, Trinidad-Tobago y Guyana, lo cual no quiere decir —en absoluto— que en diversos momentos de su evolución y con grados igualmente diversos de frecuencia esa hegemonía de cierto bloque social no sea impuesta mediante el violento ejercicio de la imposición del poder mediante la intervención de las fuerzas de seguridad del estado.

Por otra parte, la estabilidad imperante en países como Chile, Paraguay, Haití, Uruguay, Argentina y Brasil deriva de una absoluta concentración del poder en estados ya sea orgánicamente militarizados o en grupos que concentran los resortes económicos, de seguridad y políticos de un estado y gobiernan con fachada civil y un ejercicio bastante primitivo del concep-



to de autoridad. Un caso diferente de estabilidad es el proporcionado por Cuba, donde la revolución de 1959 originó años más tarde una alta concentración del poder en un jefe máximo (Fidel Castro), un partido único (el comunista) y un aparato de estado que gestionan la construcción del socialismo con un amplio apoyo de masas.

En estas diferentes estabildades podemos determinar orientaciones que no son necesariamente excluyentes, al menos en un sentido ideal, pero que en la práctica histórica latinoamericana parecen ser antagónicas. Algunas de ellas: gobierno civil y/o participación militar, prioridad en la seguridad nacional y/o énfasis en el desarrollo económico, ejercicio de las libertades políticas y civiles y/o pleno desenvolvimiento de la justicia social. Es posible leer el estado de casi todas las naciones latinoamericanas guiándose por el grado de vigencia de cada uno de esos conceptos; en cada caso se verá que se ha privilegiado una orientación en particular. Esto subraya la profunda, esencial relatividad que asume la discusión sobre la democracia en la América Latina, sus derrotas, sus esperanzas, su práctica real.

Pero si estas advertencias pueden llegar a parecer suficientemente genéricas como para tornarse imprecisas, hay que apresurarse a puntualizar que el balance latinoamericano es negativo cuando deben sacarse conclusiones. Permítasenos una libertad que poco tiene que ver con la ciencia política o con la sociología. Jimmy Carter inventó para el consumo interno de los Estados Unidos el concepto del llamado *índice de miseria*, el que sería la suma de la tasa de inflación más la tasa de desocupación, según la ecuación: x inflación + y desocupación = z miseria. Aun a riesgo de suscitar iras comprensibles, hablemos momentáneamente de un *índice de la precariedad política* mediante la suma de dos indicadores, participación popular en la toma de decisiones y grado de justicia social en la conducción de la economía, según la ecuación: x participación popular en el estado + y nivel de justicia social (medido según el porcentaje del ingreso nacional apropiado por los trabajadores) = z precariedad política.

La ecuación no será científica, pero parece útil. Si se la aplica para medir la situación latinoamericana, el resultado será una lista de cuadros nacionales que pueden formar parte de un panorama global; en ese panorama general es donde puede apreciarse claramente que el *statu quo* es deficitario, por la sencilla razón de que el índice de precariedad es muy alto en la mayor parte de los países de la región, afectados en su abrumadora mayoría por estructuras sociales y económicas oligárquicas y muy poco frecuentemente beneficiados con el pleno ejercicio del estado de derecho en sus formas liberales clásicas.

Problemas

Los últimos años han demostrado que uno de los conflictos más visibles afrontados por cualquier proyecto de democratización de la América Latina es aquel que se refiere a las frágiles bases culturales que tal diseño supone. Ha sido la izquierda la fuerza política que tal vez más se perjudicó con su descuido de este problema cardinal: la debilidad del tejido político-cultural de las naciones de la región, su corta historia moderna, la inorganicidad e inexperiencia del cuerpo político nacional son en muchas ocasiones el principal obstáculo que se alza contra todo discurso socialista y contra todo proyecto de cambio. Hasta no hace mucho, la idea de fortalecer la democracia llamada peyorativamente "burguesa" era identificada con propósitos reformistas apocalípticos. Nutrirse de esa democracia parcial y falible era señal de "integración" en el sistema y capitulación ante el mismo.

La última década, particularmente terrible para la América Latina por el saldo de derrotas populares que ella envuelve en tantos países, ha permitido despertar el interés y la pasión de la discusión de la democracia en diversas fuerzas políticas de la región y ello es una de las razones que explican el crecimiento de la socialdemocracia en América Latina. Más específicamente, se admite cada vez con mayor convicción de que hay un círculo vicioso donde mueren los proyectos de cambio. El caudillismo político, la falta de una cultura que contenga, estimule y proteja el diseño y la lucha ideológica por la hegemonía son una de las razones principales por las que se torna a menudo imposible crecer

para las fuerzas transformadoras, atrapadas ya sea por la fuerza bruta de la represión que las asfixia o por la esterilidad de sociedades en las que a menudo también es imposible el intercambio de ideas. Sin duda, existen otros elementos de juicio: las características de la sociedad de clases en la América Latina determinan una mayor imposibilidad de parte de los sectores hegemónicos por abrir incondicionalmente el juego de los equilibrios democráticos (véase Bolivia 1980). Pero en un continente frecuentemente abrumado por la propia pasión de sus fuerzas revolucionarias, no sería gratuito pensar en los réditos que proporcionaría la conciencia de dicho atraso político-cultural y la consiguiente convicción de que la paciencia histórica es un camino mucho más corto que la impaciencia supuestamente revolucionaria. En este caso en particular, esa paciencia supondría saber esperar dentro de la sociedad la imprescindible maduración de hábitos y fuerzas que hagan menos precaria la subsistencia de los sectores comprometidos con el cambio. Asegurar dicha subsistencia en las condiciones particularmente desoladoras de muchos países latinoamericanos, donde la hegemonía oligárquica es entre total y casi total, se convierte así no sólo en batalla por la vida propia, sino también en compromiso por el desarrollo general de la sociedad, que debe madurar en su conjunto.

Durante el último lustro de los años '60 y el primer lustro de los años '70 la tendencia prevalente en la América Latina fue la de prever cambios inminentes y profundos. Esa convicción, ella misma surgida de la incorrecta apreciación que los latinoamericanos teníamos de las características de nuestra sociedad, determinó resultados que hoy son historia y que se llaman Bolivia, Chile, Uruguay, Argentina.

Fue durante esos años que un sector importante de las fuerzas democráticas latinoamericanas tendió a sobrestimarse y a subestimar las fuerzas adversarias, a enfatizar más las supuestas purezas ideológicas que las necesarias alianzas. Para una descripción honesta de ese drama puede consultarse con mucha utilidad *La guerrilla del Che*, de Régis Debray, un estudio que muestra con impresionante claridad cómo los errores estratégicos y tácticos de un grupo revolucionario suelen ser producto directo de la más olímpica ignorancia de las condiciones reales existentes. Puede afirmarse que para un importante sector de los intelectuales latinoamericanos de aquella época el romance con el socialismo mañana implicó, de hecho, un abandono de las urgencias por la *democracia hoy*, una democracia de clases, con propiedad privada de los medios de producción, limitada justicia social y relativo acceso a los derechos civiles.

Ese modelo de concepción excluyente está simbolizado, por ejemplo, en ideas como ésta, del sociólogo mexicano Pablo González Casanova: "[...] una lucha popular por la democracia sin justicia social y sin independencia nacional no tiene ni significado ni potencial para lograr algo duradero".² Aunque existe un grado de verdad en la afirmación de que la lucha por la modificación de los sistemas políticos oligárquicos en la América Latina supone una lucha por el cambio en el contenido del estado, ésta es una verdad ideológica que en su generalidad pasa por alto el momento político imprescindible para la conformación y enraizamiento de las fuerzas democráticas, las que no pueden profesar un maximalismo que es en esencia autodestructivo.

Si bien existen aun grados menores de confesión pública, parece evidente que un sector creciente de la izquierda latinoamericana comienza a plantearse ahora con nuevas perspectivas y nuevo entusiasmo el problema de la democracia, una tarea que antes que empresa ideológica es en sí misma un acto de autocrítica y revisión profunda de variados presupuestos. Es un acto de supervivencia, producto de los duros golpes de la década del '70, y es también una opción por el momento político de las verdades ideológicas generales, un cierto abandono de la indignación moral para remplazarla por una sana evaluación de las posibilidades reales hoy día y las perspectivas concretas en el corto y mediano plazo. Como recuerda sensatamente el politólogo argentino Atilio Borón, el calificativo de *fascismo* aplicado por las izquierdas exiliadas de la América Latina a las diferentes dictaduras militares que brotaron en los años '70 fue en lo esencial una reacción emocional ante la aplicación del terror por parte del enemigo.³ Cabe

deducir que la emocionalidad de dicha reacción correspondió a planteamientos igualmente reductores, compartidos por amplios sectores de la intelectualidad y de las clases medias radicalizadas culturalmente; los sujetos de aquella operación simplificadora nos encontramos hoy entre quienes con más insistencia procuramos confrontar la realidad con nuevos criterios. Esos nuevos criterios podrían eventualmente despejar el camino si no para el retorno de la democracia "burguesa", al menos para el retorno de la izquierda latinoamericana a la reflexión sobre la cuestión de la democracia, una prioridad abandonada.

Realidades

Los diversos regímenes autoritarios que con variado grado de discrecionalidad ejercen el poder en la América Latina no se plantean ni negocian ni dialogar acerca del futuro con fuerzas disidentes significativas. En Chile y en Uruguay la propuesta de ambos gobiernos es, sencillamente, eliminar la política. En Argentina, el proyecto de las fuerzas armadas es postergarla indefinidamente, aunque el acceso al gobierno del nuevo presidente Roberto Viola podría aparejar algunas modificaciones de actitud. En Brasil ya los militares no se proponen explícitamente, luego de 16 años en el poder, seguir negando la poderosa realidad que significa la presencia de un cuestionamiento al poder de las fuerzas armadas, pero tampoco parecen preparados para afrontar las consecuencias que supone una apertura franca del proceso. En Bolivia el golpe es demasiado reciente y la realidad demasiado imprevisible como para especular sobre la vida que le aguarda a este enésimo experimento castrense.

Pero si esta descripción de la realidad en el llamado Cono Sur no es promisoría, ello no significa que las fuerzas políticas democráticas deban seguir contemplando el panorama sin objetivos concretos de participación. *Intervenir* en el proceso, tal como éste se da en la actualidad, se constituye así en una prioridad vital para aquellos protagonistas que sin ser eliminados han sido al menos descartados, marginados del mismo. Esa intervención aparece en la actualidad como un enorme desafío para las diversas corrientes político-culturales que se mueven en la América Latina en función de cosmovisiones más o menos coherentes, desde los marxistas radicales hasta los socialcristianos, pasando por los socialdemócratas hasta diversas expresiones del nacionalismo latinoamericano que, como el peronismo argentino, se ven a sí mismas como agentes del cambio y futuras protagonistas de un proceso de amplia democratización política y social en el continente.

El abandono relativo (pero significativo) que los Estados Unidos hicieron en los últimos cuatro años de la política de apoyo irrestricto a las

dictaduras y gobiernos oligárquicos permite encontrar un elemento revelador de la marcha de la situación mundial, que no puede escaparse a una izquierda demasiado acostumbrada a las categorías inmodificables. Hubo sin duda un cambio entre la estrategia representada por Kissinger y la encarnada por Carter, cuyas razones intrínsecas (necesidad norteamericana de modificar políticas) no excluyen la oportunidad de que otras fuerzas se valgan de la circunstancia. Chile-ITT-Kissinger-1970 marca un polo opuesto a Nicaragua-Sandinistas-Carter-1980 y ello es demasiado importante como para que la izquierda lo pierda de vista.

Sin duda, la llegada de Ronald Reagan a la Casa Blanca va a significar un cambio importante en la política exterior de los Estados Unidos, un cambio cuyas consecuencias más dramáticas habrán de verificarse en América Latina. Con Reagan, Washington da por terminada su política de derechos humanos al sur del hemisferio y comienza a reconocer, en cambio, lo que los principales asesores latinoamericanos del nuevo presidente (como el general Daniel Graham, o el profesor Roger Fontaine) llaman los verdaderos amigos de los Estados Unidos.

Regímenes reaccionarios hostigados durante la administración Carter, como Guatemala y Argentina, recuperarán la cordialidad que Washington les negó durante cuatro años. Aun cuando no es probable que la nueva estrategia latinoamericana de los Estados Unidos signifique un apoyo total y abierto a los regímenes más autoritarios y represivos del continente, es evidente que Reagan y su gente están convencidos de que no es correcto alienarse el apoyo de aquellos gobiernos que han combatido a la izquierda violando los derechos humanos. Pienzan que lo lógico es reacerarse a ellos para proseguir, ya en una nueva situación y en el plano de la diplomacia confidencial, un estímulo hacia ciertas formas de moderación y retorno a regímenes civiles.

Para los gobiernos populares, en cambio, la llegada de Reagan es inequívocamente un anticipo de problemas. Si bien la derrota del gobierno socialdemócrata de Jamaica anticipa los acontecimientos, otros países sufrirán las repercusiones: Cuba, Nicaragua y Granada estarán en la primera línea de fuego del nuevo Departamento de Estado. La política de los republicanos será de franca enemistad con La Habana y con los sandinistas, a quienes consideran ejes de un plan subversivo internacional para apoderarse de América Latina y colocarla dentro de la órbita soviética. Sin embargo, por el momento no parece probable que el nuevo gobierno vaya a embarcarse en aventuras intervencionistas como las invasiones de 1961 y 1965 a Cuba y Santo Domingo (ambas concretadas por administraciones demócratas) o el abierto sabotaje al gobierno chileno de Salvador Allende entre 1970 y 1973 (durante la era de Nixon). El nuevo realismo y cierta conciencia de las limitaciones que ahora prevalece en Washington convertiría en poco probable, aunque no imposible, una estrategia norteamericana totalmente agresiva en el hemisferio.

Con la excepción de la explosiva situación en El Salvador y los imprevisibles casos de Guatemala, Jamaica y Bolivia, el conjunto de la realidad latinoamericana ingresa en 1981 con paso lento. En ese contexto los regímenes autoritarios no exigen por ahora fragilidad en el corto plazo, pero las dinámicas que encabezan (o que los conducen a ellos) habrán de desembocar inevitablemente en la cuestión de la democracia, una conclusión mucho menos romántica y excitante que la prevista por muchos, pero al menos más promisoría que los años recientes, una coyuntura en la cual esta generación tendrá la oportunidad real de que la América Latina entre al siglo XXI con un índice de precariedad democrática menos patético que el del siglo XX.

Nueva York, octubre 1980.



1 Dichos estados son: Argentina, Bahamas, Barbados, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Dominica, Ecuador, El Salvador, Grenada, Guatemala, Guyana, Haití, Honduras, Jamaica, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Santa Lucía, San Vicente, Suriname, Trinidad-Tobago, Uruguay y Venezuela.

2 Véase Pablo González Casanova, "The crisis of the State and the struggle for democracy in Latin America", en *Contemporary Marxism* núm. 1, San Francisco (California), primavera de 1980.

3 Véase Atilio A. Borón, "Nuevas formas del Estado Latinoamericano", en *Cuadernos Políticos* núm. 15, enero-marzo 1978, México.

BLOQUES Y ESTRATEGIAS

Las "nuevas" relaciones Argentina-Brasil

Ricardo Nudelman

Que el Brasil tome a los presidentes por aliados: no hará sino tomar la sombra del poder por la realidad del poder mismo.

Juan B. Alberdi

Después de las visitas del presidente del Brasil, Joao Baptista de Figueiredo, a Buenos Aires, y de la más reciente de Videla al Brasil, se habló mucho de las "nuevas" relaciones entre ambos países, y aun de la formación de un nuevo bloque regional cuyas implicancias podrían llegar a modificar los criterios con los que hasta hoy venían manejándose los analistas políticos.

Creo que sería interesante reflexionar un poco en torno a los antecedentes de esta cuestión, así como esbozar algunas hipótesis sobre el tema.

Algunos antecedentes

La historia del Brasil es la historia de su expansión a costa de los territorios españoles del Nuevo Mundo. Desde los comienzos de nuestra existencia como nación, Argentina debió enfrentar el expansionismo brasileño alentado por Portugal y, detrás de él, por Gran Bretaña.

De la misma manera existen constantes en la política brasileña hacia la región (que denominamos el cono sur), que pueden verificarse en el presente:

a] La ampliación del territorio, algunas veces hasta las fronteras "naturales", y otras más allá de las mismas. En este último sentido, sería necesario una profundización del estudio del proyecto de expansión de Río Grande do Sul que, por sus características geográficas y demográficas (además de por razones históricas), formaba parte del litoral argentino, proyecto que conlleva la incorporación del Uruguay, que era considerada su provincia Cisplatina.

b] Abrir el río Paraná a la libre navegación, visto su carácter de vital arteria de comunicación con el interior de su territorio, en particular el Matto Grosso. Esta idea, que participó activamente en muchos de los conflictos que vivió nuestro país en el siglo pasado, hoy vuelve a revitalizarse con el monumental proyecto de integrar las cuencas del Orinoco, del Amazonas y del Plata, a través de la unión de sus ríos, proyecto en el cual el dominio del Paraná adquiere una significación obvia.

c] Poner bajo su hegemonía al Paraguay, liquidando toda posibilidad de creación de un centro autónomo de proyección atlántica en desmedro del interés nacional brasileño, repitiendo el caso de la Guerra de la Triple Alianza de 1864-1870.

d] Debilitar a la Argentina, su enemigo potencial, o quizá, como creemos que intenta en realidad, colocarla en una situación de subordinación, al servicio de sus planes estratégicos (véase E. Guglielmelli, *Geopolítica del Cono Sur*, p. 183 y ss.).

El punto de vista argentino no era demasiado diferente al brasileño. Como ya hiciera mención en un artículo anterior (véase *Controversia* núm 2-3, diciembre de 1979), la hipótesis de guerra en los estudios de los institutos militares argentinos hasta mediados de la década de 1960 era la de un conflicto con Brasil. Solamente cuando se adoptó la tesis de las "fronteras ideológicas", sustentada en la doctrina de la seguridad nacional, fue dejada de lado esta hipótesis. Brasil había sido, hasta entonces, el rival ante cualquier aspiración de liderazgo regional. A partir de ese momento podría ser un aliado en la lucha contra el enemigo común. El golpe de estado de 1964 que derrocó a Joao Goulart inauguró el proceso de dictadura militar que, más o menos encubierta, aún vive Brasil, ayudó a reforzar este punto de vista. Por otra parte, los militares brasileños dieron inicio al "milagro económico" que, en algunos

aspectos, sus colegas argentinos hoy tratan de imitar.

Estas modificaciones, desde luego, habrán de producir cambios en la situación geopolítica de la región. Hace poco tiempo, el diario *La Nación* (10 de julio de 1980) mencionó un informe que se manejó en las más altas esferas del gobierno militar argentino, y en donde se esbozaban los fenómenos geopolíticos que habrían de tenerse en cuenta para el manejo de la política exterior argentina de los próximos años. En dicho documento se señalaban, fundamentalmente, cuatro hechos: la incorporación de Brasil a la condición de potencia económica mundial, aunque con los costos tremendos que le ocasiona su vulnerabilidad petrolífera; la ruptura de la paridad económica, que se venía acentuando en los últimos años entre Brasil y Argentina; el afianzamiento de Venezuela como potencia financiera mundial apoyada por los Estados Unidos; y la consolidación del papel que México tiene que cumplir en el ámbito continental.

Algo similar había señalado *El Economista* (citado en *América Latina Informe Semanal*, la 1ª de junio de 1980) cuando recogió las declaraciones de Roger Fontaine, uno de los asesores de Ronald Reagan, quien sostuvo que la nueva política republicana rompería con los lineamientos impuestos por el tándem Nixon-Kissinger, quienes consideraban a Brasil como la pieza central de la estrategia norteamericana hacia América Latina, concediéndole, en consecuencia, un tratamiento privilegiado. Según el asesor del entonces candidato republicano, debería acordarse una importancia equivalente a la Argentina, y fue incluso más lejos al

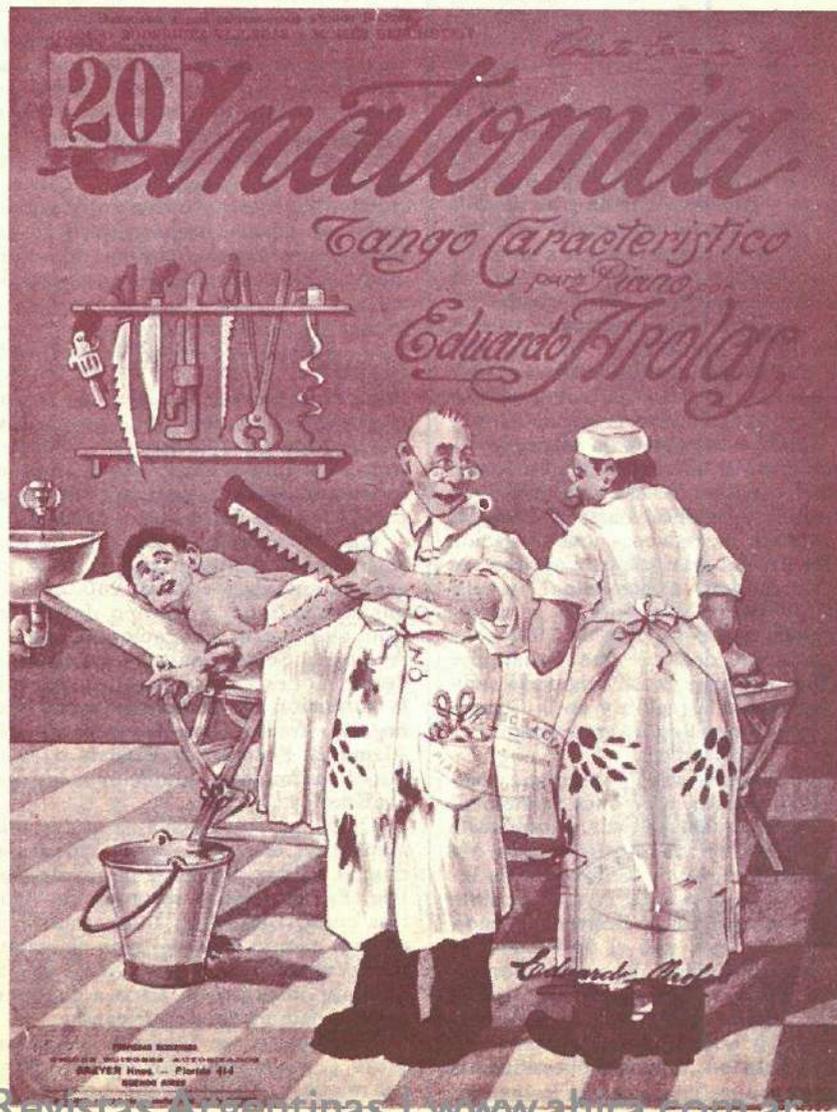
afirmar que, a su juicio, los dos países con más futuro económico eran Argentina y México, "pues disponen de petróleo" (sic).

Según *La Nación*, el informe que comentamos más arriba "se convirtió en el cuerpo doctrinario básico de la nueva política argentina de colocar la integración al servicio de los objetivos nacionales de política externa [...] dejando de considerar la integración como un mero problema arancelario" y sirviendo, suponemos, de argumento para la fundamentación argentina que ayudó a la desaparición de la ALALC y su conversión en ALADI (Asociación Latinoamericana para el Desarrollo y la Integración).

Los cambios en la región

Hasta hace relativamente poco tiempo, hasta mediados de la década de 1950, la paridad entre Argentina y Brasil en muchos aspectos había sido bastante notable, pese a la evidente desproporción territorial. Desde esa época, la brecha que nos separa del Brasil ha ido acrecentándose cada vez más, hasta el punto que en la actualidad las distancias son enormes. Con un territorio cuya extensión es poco más de dos veces superior a la nuestra, la población actual del Brasil alcanza a 108 millones de habitantes, mientras que la Argentina apenas llega a los 27 millones, es decir cuatro veces menor. Si las proyecciones de los demógrafos no exageran, con mucho optimismo para el año 2000 Argentina tendrá 37 millones de habitantes, mientras que Brasil habrá llegado a los 215 millones (casi 6 veces nuestra población). Obviamente, estas desproporciones no harían más que agudizar las rivalidades históricas entre los dos países sudamericanos, que serían siempre aprovechadas por las potencias extranjeras interesadas en mantener esa situación de enfrentamiento en su provecho.

Nosotros hemos apuntado (véase nuestro artículo en colaboración con Horacio Crespo, en *Controversia* núm. 8, septiembre de 1980) la posibilidad de pensar en un nuevo proyecto de las oligarquías locales con vistas a integrarse para la satisfacción de las crecientes necesidades alimenticias y energéticas del mundo de dentro de veinte años. Si esto es así, algo podría estar preparándose en las cancillerías de Argentina y Brasil, y es lo que queremos tratar de explorar a través de lo aparecido en publicaciones recientes.





¿Hacia un nuevo bloque regional?

Tratemos de imaginar ahora lo que podría llegar a ser un bloque con ambos países integrando y complementando sus aparatos productivos. Piénsese en un territorio cuya superficie total la colocaría en el segundo lugar del mundo (solamente detrás de la URSS), con una población que llegaría a los 250 millones de habitantes en 20 años, con un PIB que iguala al de Gran Bretaña, con un intercambio comercial que desde los actuales 1600 millones de dólares podría alcanzar cifras astronómicas, con una producción agrícola y ganadera que en gran medida satisfaría las demandas de un mundo cada vez más hambriento, y que podría llegar a ser autosuficiente en materia energética, contando con los yacimientos petrolíferos comprobados de Argentina y con el arreglo negociado para el aprovechamiento hidroeléctrico de los ríos compartidos por los dos países. Además, ¿qué pasaría si Argentina y Brasil, arrastrando tras de sí a Uruguay, planificaran la producción y la venta de carnes y cereales para mantener altos los precios en el mercado internacional? ¿Cómo podría Uruguay resistir una fuerza de atracción semejante, cuando hasta el presente su política exterior se reduce a una oscilación pendular entre los dos grandes, para aprovechar los desacuerdos existentes entre ellos? En relación a esto último, en una nota de la revista *Vigencia* de Buenos Aires (julio de 1980), un periodista uruguayo destacó que "cualquier acuerdo entre Argentina y Brasil originaría cambios trascendentes en la región y en la Cuenca (del Plata), que impactarán grandemente a Uruguay".

De la misma manera, cabe pensar que cualquier modificación en las relaciones tradicionales entre los dos grandes del sur, modificaría la situación del resto de los países del área. Me refiero a Bolivia, Paraguay y Chile. Con la información con que se cuenta hoy es posible pensar que el golpe militar en Bolivia ha tenido como objetivo algo más que el de detener el proceso de democratización. La revista norteamericana *Newsweek* (4 de agosto de 1980) analizó el cuartelazo manejando la hipótesis de la participación argentina en la operación militar, porque estaban, además, obsesionados porque un gobierno de izquierda en Bolivia pu-

diera significar un "santuario" para la actividad de grupos opositores. Una hipótesis semejante podría igualmente ser válida cuando se analiza la nueva ley referente a los extranjeros, recientemente aprobada en Brasil, cuyo sentido también parece ser el de evitar la presencia del exilio argentino en los países limítrofes.

Por cierto, sería ingenuo imaginar que un viaje de la magnitud del que comentamos en las relaciones entre Argentina y Brasil, con las consecuencias que apuntamos sobre los demás países del área, pudiera instrumentarse en el corto plazo. Se necesitarían varios años para llegar a desmontar las oposiciones creadas históricamente, los fuertes sentimientos nacionalistas de cada uno de los componentes y las aspiraciones hegemónicas que anidaron en ellos durante tanto tiempo. Pero volveremos sobre esto más adelante.

¿En qué consisten los acuerdos?

Sería muy tedioso analizar uno por uno los once acuerdos firmados por Figueiredo durante su viaje, o los refrendados por Videla durante el suyo. Creo más conveniente, aunque sea más arriesgado, reflexionar acerca de las consecuencias de los más importantes de ellos.

En los temas referidos a la cooperación nuclear, quedó asentado que en 1981 y 1982 Argentina entregará a Brasil 240 toneladas de uranio concentrado, a cambio de calderas de presión que Brasil proporcionará para la central Atucha II. Se desprende de los acuerdos y de las declaraciones de funcionarios de ambas partes la intención de funcionar como bloque para negociar frente a los proveedores atómicos de Alemania Federal, de Francia o de Canadá, y resistir en mejores condiciones las presiones de los Estados Unidos.

Otros acuerdos están referidos a la complementación en ciertas áreas vinculadas a la industria militar, fundamentalmente a la aeronáutica. Es importante recordar que tanto Argentina como Brasil han comenzado a desarrollar en este campo algunos tipos de aviones para la contrainsurgencia, y que ambos han tratado de interesar respecto de éstos a gobiernos de países latinoamericanos y africanos.

Finalmente, se firmaron acuerdos menores sobre complementación arancelaria y cuestiones relativas al intercambio científico y cultural.

Por lo expresado en el párrafo, creemos que en realidad los acuerdos firmados no son exactamente el reflejo de lo que tanto se habló en torno a las "nuevas relaciones" entre los dos países. Es probable, entonces, que las intenciones hayan ido más allá que los resultados logrados. Hay temas que por su importancia deberían haber figurado en los acuerdos logrados, por lo menos si se quiere presentar un nuevo tipo de relaciones de los dos países. Y esos dos temas son: el petróleo y el aprovechamiento hidroeléctrico de los ríos.

Tengamos presente que, según los planes argentinos, en 1982 se completará el autoabastecimiento petrolero y dará comienzo la exportación del energético. Paralelamente es necesario recordar que Brasil importa el 85% de sus necesidades de petróleo, y que dichas necesidades van creciendo día a día. De ser ciertos los informes previos y las denuncias efectuadas recientemente por Adolfo Silenzi de Stagni (*El Día*, 7 de julio de 1980) en el sentido de que la cuenca austral argentina y la de las Islas Malvinas poseen reservas petrolíferas que se pueden contar entre las mayores del mundo, el interés brasileño por contar con una fuente de provisión de energéticos en su frontera, con el consiguiente ahorro de fletes, pasa a un primer plano.

La segunda cuestión de importancia estratégica, y vinculada a la primera, es el de un acuerdo definitivo acerca de la colocación de las presas en el río Paraná. Acerca de esto, la prensa ha informado hace pocos días (*Uno más uno*, 21 de septiembre de 1980) que el proyecto brasileño ha triunfado frente al argentino, aceptando la dictadura militar de nuestro país la colocación de Corpus a una altura que beneficia al proyecto brasileño-paraguayo de Itaipú.

Siendo así, el tan comentado viraje de las relaciones argentino-brasileñas y la perspectiva de la formación de un nuevo bloque regional aparece tal cual es: quien obtiene ventajas palpables de todo este esfuerzo es Brasil y nada en el panorama previsto aparece como ventajoso para nuestro país.

Brasil, carente de petróleo para sostener el impulso de su desarrollo industrial puede, con visos de certeza, obtenerlo a corto plazo, con mayor seguridad y a su mejor precio. En materia nuclear, puede a su vez hacer avanzar sus planes atómicos apoyándose en el relativo adelanto argentino en esta materia. Finalmente, en materia agraria, la complementación puede asegurarle una producción menos desgastante que en la actualidad, cuando debe competir con nuestro país en ciertos rubros en el mercado internacional.

Para Argentina, en cambio, las ventajas no aparecen por ningún lado. Obviamente, hay un encandilamiento en el periodismo económico por las posibilidades de colocación de ciertos productos de industria liviana en el inmenso mercado brasileño, pero las cifras hasta hoy parecen demostrar que es lo contrario lo que en realidad está sucediendo.

¿Hay algo entonces, tras el comentado "pacto del cono sur", que pueda hacer avanzar la propuesta argentino-uruguayo de la OTAS (Pacto del Atlántico Sur)? A fines del pasado julio el ministro de Marina de Brasil, almirante Da Silva Fonseca, estuvo en Buenos Aires. Entre otros temas tratados con su colega argentino, el almirante Lambruschini, la revista *Somos* (25 de julio de 1980) arriesga que pudo haberse tocado un acuerdo para realizar operativos conjuntos en el Atlántico Sur. Si *Somos* tiene razón, Videla mintió cuando durante la visita de Figueiredo insistió en asegurar que no se había tratado ningún acuerdo sobre el Atlántico Sur (*La Opinión*, 17 de mayo de 1980). La pregunta que queda en el aire, entonces, sería la siguiente: ¿tendrán los acuerdos argentino-brasileños, además de una notoria ventaja en favor del Brasil, intención de dar vida al acariciado proyecto de una OTAS? No olvidemos que esta idea no es nueva, ni para la marina argentina (véase nuestro artículo en *Controversia* núm. 2-3) ni para los geopolíticos brasileños, que hace casi 20 años afirmaban: "Si consideramos la realidad de los hechos y la posición singular del territorio brasileño en el gran conflicto de la hora presente en que se enfrentan Estados Unidos y Rusia, es necesario reconocer que la seguridad y la defensa del nordeste, del estuario amazónico y del Atlántico Sur recaen en nosotros" (*Geopolítica del Brasil*, por el general Golbery da Couto e Silva).

La izquierda chilena: identidad en la encrucijada

José Joaquín Brunner *

La crisis de la izquierda chilena es más profunda de lo que parece. Es cierto que los síntomas exteriores son, de por sí, espectaculares. Los dirigentes de las organizaciones políticas de izquierda fueron diezmados por la represión que se instauró con el golpe militar de 1973. Los partidos fueron disueltos. Los organismos obreros y de masas colocados al margen de la ley. Los sindicatos, congelados durante los primeros años, han vuelto a adquirir carta de ciudadanía legal, pero esta vez dentro de los estrechos marcos de un "Plan Laboral" que los sujeta estrictamente en su lucha reivindicativa a la rentabilidad de cada unidad empresarial. Los medios masivos de expresión de la izquierda fueron expropiados después del 73, y un tupido cerco "legal" impide que vuelvan a constituirse. Las universidades han sido purgadas de toda corriente de pensamiento progresista, y sobre ellas se mantiene un riguroso control ideológico. Finalmente, la Junta Militar ha hecho aprobar plebiscitariamente un estatuto de transición que coloca fuera de la ley la comunicación de ideas contrarias al régimen constituido, y que levanta un poderoso muro represivo frente al avance de la lucha popular por encontrar una alternativa de salida del régimen capitalista autoritario.

En estas condiciones resultaba previsible y por ende se debía esperar una crisis profunda de la izquierda chilena. Y ésta se produjo el mismo día 11 de septiembre de 1973, catalizando los elementos críticos que se habían gestado mucho antes pero, especialmente, durante el gobierno de la Unidad Popular. Desde ese momento la crisis se ha desarrollado complejamente, dejando entrever gérmenes de su propia superación y dinamizando, asimismo, factores de enervamiento y radicalización. Al punto que hoy puede sostenerse que la crisis ha calado tan hondo que ella reclama, para su superación, dar paso a un verdadero proceso de refundación.

Pues si es cierto que la crisis aparente ya es extensa y complicada, lo es más la crisis de fundamentos de la izquierda. Hay, para decirlo de una vez, una crisis de identidad en la izquierda chilena que pone directamente en juego su viabilidad como alternativa hegemónica en el seno de la sociedad.

El problema de la realidad

Los síntomas de esta crisis son, otra vez, manifiestos. Dispersión de las fuerzas de izquierda, fragmentación organizativa, paralogización de la Unidad Popular como expresión unitaria efectiva de la izquierda, persistencia en un lenguaje político estereotipado, confusión estratégica, una inserción ambigua en el denominado campo socialista (que se manifiesta con fuerza en ocasiones como la de la invasión soviética a Afganistán), etcétera.

Por debajo de esa sintomatología anida, sin embargo, la primera dimensión de un problema, o de varios, que en su conjunto remiten a una crisis de identidad. Tal es la cuestión de la aprehensión, por la izquierda, de la realidad.

Sobre todo durante los primeros años después del golpe militar, la izquierda, el conjunto de sus componentes orgánicos, parecían evaluar la realidad en términos de una degradación; en efecto, el capitalismo había dado paso, después de mantener durante varias décadas una "superestructura" democrático-representativa, a su rostro más primitivo pero realista: el fascismo. Todo cambiaba, pues, en sus grandes líneas, de acuerdo con los libros. Las recetas podían parecer entonces también a la mano: amplio frente "democrático" antifascista como orden del día. Además, bien miradas las cosas, el fascismo no podía durar. De ello se encargaría el modelo económico que la fracción dirigente de la burguesía había puesto en marcha. Llegaría

el momento, más pronto de lo que los escépticos pronosticaban, en que el conjunto de las clases, grupos y capas afectados por esa política económica se levantarían volviendo inmanejable la situación. Bastaba pues con calcular bien los intereses económicos afectados para obtener una adecuada ecuación de "los tiempos por venir". Por último, podía suponerse, casi por añadidura, que en el interior del propio régimen autoritario se iría gestando una sórdida pugna de poderes: entre nuevos exportadores e industriales de la etapa sustitutiva de importaciones; entre burguesía financiera y el resto de la burguesía; entre burguesía urbana y burguesía agraria; entre gran burguesía y burguesía mediana y pequeña; entre burguesía y FFAA y, dentro de ésta, entre las distintas armas, entre los librecambistas y los estatistas, entre los viejos y los jóvenes oficiales, entre los nacionalistas y los demás, etcétera.

No pretendo decir que los documentos oficiales de la izquierda orgánica reflejaran todas y cada una de estas incomprensiones de la realidad. Pero tampoco puede afirmarse que contribuyeran a reducirlas, o que las elaboraran para dar paso a una aprehensión más lúcida de nuestra historia. En cualquier caso, ese tipo de afirmaciones alimentaba nuestro clima intelectual y político cotidiano que es lo que, para el caso, resulta más importante. Pues vivimos tiempos en que los documentos oficiales son, por lo general, los últimos en conocerse. . . y en leerse.

Ha existido entonces lo que benevolentemente puede decirse una incomprensión de la realidad impuesta por el autoritarismo a la sociedad, pero que, en verdad, tiene más de desaprehensión o, si se quiere, de alienación.

Se ha querido entender lo que ocurría a nuestro alrededor (pero también dentro de nosotros mismos) mediante esquemas rígidamente transportados desde el pasado. Así, al análisis del fracaso experimentado por la izquierda en el periodo 1970-1973 se le llamó rápidamente "autocrítica", con el consiguiente efecto de distorsión: más que buscar en el pasado las razones del presente, se volvió un hábito proyectar las insuficiencias del presente en el pasado, de lo cual resultaba una historia lineal y blanda, además que explicada al revés. A los profundos cambios introducidos por el despliegue del autoritarismo en la sociedad, a la vez, se les tendió y tiende a minimizar, bajo el supuesto de que la fuerza y la represión son incapaces de asentar un orden social estable. De esta manera, un prejuicio polémico (autoritarismo es igual a fuerza y represión) pasó a constituirse en palanca interpretativa, echándose por la borda el análisis consecuente y riguroso de las transformaciones en el campo ideológico, de los procesos de cambio en el aparato productivo nacional, de las políticas económicas aplicadas, del desarrollo de una nueva hegemonía interna en la burguesía chilena, de recambio en sus cuadros dirigentes, de formación de un bloque burocrático-militar en el poder, etcétera.

El problema de la teoría

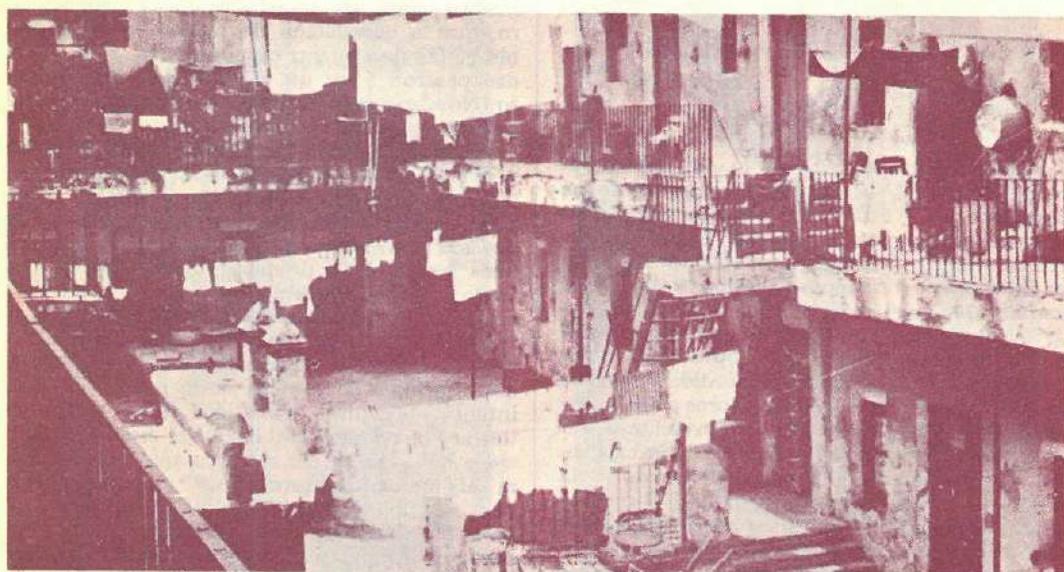
Todo lo anterior tiene que ver, en definitiva, con una segunda dimensión alrededor de la cual se expresa la crisis de identidad que experimenta la izquierda chilena. Los problemas de desaprehensión de la realidad son, en buenas cuentas, producto de una falla en los esquemas interpretativos, y esto por igual a nivel individual y social. Lo que falla en estos casos son los mapas cognitivos, esto es la riqueza y organización del lenguaje con que nos relacionamos con los otros y con la realidad. Se trata, pues, típicamente, de problemas que hacen a la relación de la teoría con la práctica.

La crisis de la izquierda chilena es, pues, tam-

bién y muy centralmente, una crisis teórica. Hoy día, nada más, se recogen los frutos de una posición paradójicamente pragmática que ha primado en este terreno entre las varias organizaciones de izquierda. Por mucho tiempo nos reforzamos mutuamente en una suerte de nominalismo marxista, donde bastaba recubrir los hechos con la correcta denominación para suponer que se les había entendido y, lo que era peor, para estimar que lo así conocido estaba maduro para ser transformado. (Provisto, claro, que la correlación de fuerzas fuese favorable.) Más que operar con consignas, las consignas pasaron a ser un método del conocimiento. Nombrar era conocer y, lo conocido, manipulable revolucionariamente.

Ocurre que bajo las nuevas condiciones los nombres que usábamos para aprehender la realidad se han vuelto disonantes, y no pueden aspirar a otra convicción que aquella producida por los argumentos que los sustentan. Estamos pues frente a un doble problema. Primero, si acaso los nombres empleados son "correctos", o sea si proporcionan un entendimiento que vuelva eficaz la acción. ¿Hemos de llamar "latifundio" a la nueva empresa agrícola capitalista nacida a la sombra de la política actual, intensa en capital, lata (pero ya no tanto) en tierras, estrechamente ligada al circuito financiero a través de los créditos, que produce para el mercado internacional? ¿Vamos a hablar de una burguesía monopólica, nacional pero internacionalizada, liberal y autoritaria, sin partido aparente, pero con aguda conciencia política, etc.? ¿Qué diremos de los cambios en la educación chilena, cuando ella sale de la esfera del estado y se privatiza, se vuelve más selectiva pero mantiene una base de acceso "universal y democrático", no radicaliza una opción ideológica, pero sin embargo reclasifica el mundo cultural que trasmite y por ese camino asume el papel central en la reproducción de la ideología autoritaria? La segunda cara del problema es sin embargo la que mayor incidencia tiene para la izquierda. En efecto, se trata de que los nombres con que designamos la realidad —todo nuestro lenguaje teórico y político— requiere argumentos para sustentarse, para volverse persuasivo y para orientar la acción. Entre otros hechos, puesto que ya no es un lenguaje oficial, ni es un lenguaje masivo, ni sus "hablantes" tienen tras de sí el peso de una organización, de una tradición viva, de unos aparatos ideológicos en pleno funcionamiento. Técnicamente, el carácter de esos argumentos fundantes de un lenguaje político cotidiano recibe el nombre de una teoría. Hasta aquí, un cierto marxismo de tono magisterial y escolástico ha proporcionado la matriz teórica de los lenguajes políticos de izquierda en Chile. Los nombres funcionaron en conexión con esa teoría y, mientras aquéllos permitían cimentar una unidad relativa del discurso y una cierta unidad en la práctica, esa formación teórica pareció suficiente para los fines de la política. Hoy, sin embargo, la situación ha cambiado completamente. La izquierda tiene que repensarse a sí misma, también, como proyecto teórico. Por eso mismo el marxismo se ha vuelto, entre nosotros, polémico. De entrada, hemos tenido que hacernos cargo de la variedad y la complejidad del campo teórico marxista internacional. Enseguida hemos tenido que aceptar que el marxismo como ortodoxia no permite ubicarse en el mundo, ni en relación a la cultura socialista mundial, ni menos en relación a





la sociedad chilena. Por último, hemos empezado a aprender que la crítica del marxismo tiene que subordinarse al marxismo como crítica, esto es que la escolástica y la hermenéutica de los textos sólo importan en función de la interpretación de la realidad y de la constitución de un discurso teórico capaz de orientar la práctica política.

El problema de la alternativa

Lo dicho nos pone en el centro de la tercera dimensión, en torno a la cual hoy día se juega la crisis de identidad de la izquierda chilena. El problema puede formularse así: acaso la izquierda se concibe como una alternativa política de gobierno posfascista o, en cambio, se construye a sí misma como una alternativa hegemónica en el seno de la sociedad. Tengo presente que puesta así la opción ella puede dar lugar a equívocos. Agregaré pues que se trata de una disyuntiva *polémica*, no necesariamente de una opción práctico-concreta.

Si la izquierda se mira a sí misma como portadora de una alternativa de gobierno, entonces tenderá a concentrarse en sus problemas orgánicos inmediatos, pondrá en el centro la cuestión de la unidad de todas las fuerzas antifascistas, reclamará los contenidos políticos de la democracia, enfatizará su propuesta programática frente al país y resolverá por la vía más rápida sus problemas de aprehensión de la realidad y de crisis teórica. Respecto de aquéllos estabilizará un nominalismo revisado; en relación a la teoría buscará imponer una "línea marxista" por medio de la crítica de los marxismos marginales. Sobre todo, en esta opción se volvería imperioso rehacer la tradición organizativa de la izquierda: unidad central entre los partidos comunista y socialista; unidad programática limitada con las demás fuerzas de la izquierda; salvo que se abra un periodo de fusiones y transferencias hacia los partidos "grandes" o tradicionales; unidad de objetivos antifascistas con las fuerzas progresistas y democráticas; base social de apoyo obrera, alianza obrero-campesina, constitución de un amplio movimiento popular anticapitalista y antiimperialista que, según convenga a cada fase de la lucha, ajustará sus metas a las relaciones de fuerza en la sociedad. Todo esto tiene, como es notorio, poderosos elementos de *dejá-vu*, y se sostiene, en definitiva, sobre la hipótesis histórica de que es posible reacoplar un proyecto democrático-popular con un proyecto de desarrollo orientado por el estado a través de la negociación de un esquema de reparto con variados *out-puts* en beneficio de las clases y grupos incorporados al pacto social democrático.

Por cierto que el argumento más fuerte que se puede ofrecer contra esa opción es la invalidez de su hipótesis; argumento que así impugnará la racionalidad sustantiva de la elección. Pero puede también hacerse otra cosa: se puede

argumentar que dicha opción cierra a la izquierda las posibilidades de superar su propia crisis, condenándola a vivir por segunda vez lo que ya a la primera experimentó como tragedia.

En efecto, la alternativa de una izquierda gobernante antes de haberse desarrollado como fuerza hegemónica dentro de la sociedad implica por necesidad una de dos cosas: un proceso revolucionario bajo el control represivo del estado (caso en que conviene explicitar cómo la izquierda llega al estado), o un proceso de expansión democrática "desde arriba" dentro de un esquema de legitimidad comprometida, versión renovada entonces de la experiencia del gobierno de la Unidad Popular. Para el primer caso la disyuntiva planteada aquí no tiene sentido práctico, precisamente porque aquella carece de viabilidad política como carece asimismo de un contenido ético capaz de impulsar a la izquierda hacia su refundación. En el segundo caso hay una opción condenada por la historia que, sin embargo, recurre a la historia para justificar su posibilidad.

Hay, con todo, una opción radicalmente distinta. Ella implica una izquierda que se piensa a sí misma como una alternativa hegemónica dentro de la sociedad, capaz por ende de imponer su peso cultural y político aun antes de haber alcanzado su plena configuración estatal. Si la izquierda se piensa a sí misma bajo esta perspectiva, entonces tenderá a concentrarse en sus problemas presentes de identidad, pondrá en el centro la cuestión de su refundación en el cuadro de los movimientos sociales emergentes en la sociedad chilena, reclamará el contenido radical de la democracia como autogobierno de masas, enfatizará su propuesta de un "nuevo orden" para Chile y resolverá, por la vía de una ruptura creativa con su propia tradición, sus problemas de aprehensión de la realidad y de crisis teórica. Respecto de aquéllos desarrollará un lenguaje político renovado, capaz de integrarse en la corriente formativa de una cultura nacional popular; en relación a la teoría buscará abrir un proceso renovador centrado en el conocimiento de la realidad, la crítica como momento integrante de su proyecto de emancipación social y la elaboración de un pensamiento autónomo en diálogo con las fuerzas que luchan por el socialismo democrático en América Latina. Sobre todo, en esta opción se vuelve urgente renovar la organización política de la izquierda, dando paso a la unificación molecular de las corrientes, tendencias y movimientos que se han desarrollado desde 1973 en adelante en medio de la lucha por la democracia, simultáneamente con un proceso de convergencia auténtico de los partidos, grupos y expresiones políticas que aspiran al socialismo en el marco de una hegemonía nacional popular.

El problema del proyecto

El supuesto histórico de esta última opción,

y el supuesto igualmente de su viabilidad, es que el autoritarismo ha transformado y unidimensionalizado el desarrollo de la sociedad chilena en beneficio de la brusca expansión del gran capital nacional y de la dirección y control por éste de los procesos de acumulación y creación estratégicos. En estas condiciones, cualquier propuesta de la izquierda —y su ausencia marca la cuarta y última dimensión de su crisis de identidad— tiene que ofrecer ya no sólo un marco renovado de participación política sino una nueva alternativa de desarrollo nacional, ambos dentro un esquema de emancipación creciente de la cultura de masas. En suma, es un horizonte histórico el que hay que abrir frente al país; lo que está en juego es la demanda por una sociedad capaz de asumirse como proyecto, y de intervenir sobre sí misma en la producción de su propia historia. En tal sentido no es ya el eje de clases el que puede movilizar la organización de esa alternativa sino un eje sustitutivo que, apoyándose en la autoconciencia de los movimientos sociales y en su capacidad de conformar un bloque hegemónico, pueda orientar el funcionamiento de las posiciones claves en la sociedad: sea en el terreno económico, urbano, educacional, artístico, cultural, de la administración regional, de la gestión de los servicios públicos, del control del orden y la seguridad ciudadanos, la administración de justicia, etc. No se trata, en cualquiera de estos frentes, organismos o posiciones, de hallar una "política obrera", ni de imprimir en ellos un reflejo mecánico de la lucha ideológica de clases. Se trata, más bien, de profundizar su contenido democrático, de unificar los componentes institucionales, de desarrollar su conciencia y de preservar, para cada ámbito, la autonomía relativa de su movimiento social. De hecho, es eso lo que ocurre ya hoy en la lucha contra el autoritarismo. Allí están por eso los gérmenes más reales de una propuesta con base histórica de la izquierda chilena.

Nada avanzaría la izquierda, tampoco, si su propuesta no incluyera un camino alternativo de desarrollo nacional. Para ello no bastará, en las condiciones actuales, un planteamiento anticapitalista y antiimperialista. Es sólo por el camino de profundizar su proyecto democrático que la izquierda puede hacer frente, en este terreno, a las tareas de construcción de la sociedad. Ello significa desde ya oponer coordinadamente todas las demandas por libertad, participación y mejoramiento de las condiciones materiales y culturales de vida que surgen como respuesta a la aplicación de las políticas del gran capital. Significa, mañana, asumir esas demandas como metas del movimiento democrático e impulsarlas en la dirección de ir conquistando progresivos espacios de autodeterminación social, donde las reivindicaciones económicas se unen a demandas antiautoritarias en otros planos de la vida, tales como la libertad de organización, una comunicación de masas no censurada, una educación cada vez más amplia, un control público sobre los organismos del estado, etc. En suma, se trata de concebir la lucha democrática de masas como una lucha por la creciente capacidad de los movimientos sociales para hacerse cargo de sus esferas de existencia, e intervenir en ellas creativamente.

Una refundación posible

En los cuatro planos o dimensiones mencionados (aprehensión de la realidad, desarrollo teórico, carácter de la alternativa, y su construcción social) la izquierda chilena enfrenta actualmente una crisis profunda de identidad. Ocultarlo no tiene sentido político. Confundir los síntomas aparentes de la crisis con su contenido más sustantivo es, en cambio, un error. Por eso la superación de esta crisis llama al debate. Aun en las peores condiciones ha sido posible discutir y es necesario hacerlo. Sobre todo en las peores condiciones. De lo contrario, es difícil pensar cómo éstas podrían cambiar. Importante es por eso, más bien, reconocer que durante este tiempo ellas han ido modificándose, y que hacen posible hoy día proponerse una refundación de la izquierda en Chile. Estas líneas son una contribución a ese debate y un argumento en favor de lo posible. ●

Santiago de Chile, septiembre 1980.

* Director de FLACSO, Chile. Las opiniones del autor son estrictamente personales y no comprometen a las instituciones en que trabaja.

Índice del primer año de Controversia

Con esta edición doble la revista cumple un año de vida. A fines de 1979 aparecía el número inaugural. Desde entonces hasta la fecha Controversia publicó más de 170 artículos, llegando a 72 los articulistas que colaboraron en la publicación. Presentamos el índice de autores y textos, a partir de un orden alfabético de temas.

América Latina

- Julio Godio: "Experiencia sandinista y revolución continental" (5).
- Oscar González: "Internacional Socialista: el descubrimiento de América" (6).
- I.S.: "Declaración de Santo Domingo" (6).
- Héctor Béjar: "La izquierda latinoamericana, ayer y hoy" (6).
- Emilio de Ipola: "La presencia de Poulantzas en América Latina" (6).
- Fernando Henrique Cardoso: "Las sorpresas del desarrollo en América Latina" (7).
- Teodoro Petkoff (entrevista de Jorge Tula) (8).
- José J. Brunner: "La izquierda chilena: identidad en la encrucijada" (9-10).

Bloques y estrategias

- Ricardo Nudelman: "Argentina en el conflicto de hegemonías" (2).
- Samir Amin: "Lucha de liberación nacional y nuevo orden económico internacional" (4).
- Ricardo Nudelman: "Algo más sobre el conflicto de hegemonías" (6).
- Claudio Cesarretti y Cesare Donhauser: "La estrategia mundial de la tensión" (7).
- Fernando Claudín: "El expansionismo soviético" (8).
- Ricardo Nudelman: "Las 'nuevas relaciones Argentina-Brasil'" (9-10).

Coyuntura

- Juan Carlos Portantiero: "Bases políticas, ley sindical y plan del capital" (febrero de 1980, 4).
- Jorge Tula: "Marzo, mes emblemático" (5).
- "Treinta y tres opiniones sobre el Plan Político" (4).
- "Los vericuetos del diálogo" (mayo de 1980, 6).
- "Crisis del diálogo y disputa por la herencia" (julio de 1980, 7).
- "El príncipe heredero" (septiembre de 1980, 8).
- "Viola y las expectativas" (diciembre de 1980, 9-10).

Cultura

- Néstor García Canclini: "Los dibujos de Nicolás Amoroso" (2-3).
- Angel Rama: "Argentina: crisis de una cultura sistemática" (8).

Democracia

- Juan Carlos Portantiero: "Proyecto democrático y movimiento popular" (1).

Derechos humanos

- Héctor Schmucler: "Actualidad de los derechos humanos" (1).
- Luis Bruschtein: "Sin abstracciones ni equidistancias" (2).
- Susana Aguad: "Ni olvido ni venganza: justicia" (6).
- "Lo que no desaparece en Argentina" (6).
- Jorge Luis Borges: "El fin no justifica los medios" (6).
- Osvaldo Pedrozo: "El inaceptable blanqueo que propone la Junta" (7).
- "Derechos humanos" (8).
- Héctor Schmucler: "Testimonio de los sobrevivientes" (9-10).

Documentos

- Partido justicialista (1).
- CUTA (2).
- Textos de Rodolfo Walsh (4).
- Partido Justicialista y Unión Cívica Radical (5).
- CAS (6).
- Partido Justicialista (7).

Economía

- Carlos Abalo: "La política económica del gobierno militar" (1).
- Carlos Abalo: "La nueva onda larga depresiva del capitalismo" (4).
- Gustavo Lugones, Pedro Paz, Alberto Spagnolo, Jorge Todesca y Carlos Abalo: "Mesa redonda sobre el programa económico 1973 de José Gelbard" (5).
- José Gelbard: "Escritos inéditos" (5).
- Carlos Abalo: "Argentina: la crisis financiera" (7).
- Carlos Abalo: "Las últimas reformas y la lucha por el poder" (8).

Entrevistas

- Esteban Righi - (Jorge Luis Bernetti, 1).
- Héctor Sandler - (Jorge Luis Bernetti, 2).
- David Tieffenberg - (Mempo Giardinelli, 4).
- Casildo Herrera - (Mempo Giardinelli, 5).
- Rodolfo Galimberti (Jorge Luis Bernetti, 6).
- Lopez Acotto - (Mempo Giardinelli, 7).
- Perez Esquivel - (José Ricardo Eliashev, 9-10).

Exilio

- Oscar Terán: "El exilio mexicano de Aníbal Ponce" (1).
- Héctor Schmucler: "La Argentina de adentro y la Argentina de afuera" (4).
- León Rozitchner: "Psicoanálisis y política: la lección del exilio" (4).
- Carlos Ulanovsky: "Muchas actividades, inquietudes y mejores personas" (4).
- Miguel Picatto: "Carta a Controversia" (4).
- Rodolfo Terragno: "El privilegio del exilio" (4).
- Carlos de Sá Rego: "El exilio y el retorno" (5).
- David Viñas: "Unidos y preparándonos" (6).
- Fernando Savater: "El hijo pródigo" (7).
- Osvaldo Bayer: "Respuesta a Terragno" (7).
- Mario Molina y Vedia: "A propósito del exilio y los retornos" (8).
- Rodolfo Terragno: "Respuesta a Osvaldo Bayer" (9-10).

Feminismo

- María Caldelari, Marie Claire Delgueil y Miriam Morales: "Mujer y partido" (7).

Ficción

- Ernesto Bavio: La Bolsa (cuento) (2).

Izquierda Argentina

- Sergio Bufano: "La violencia en la Argentina, I y II parte" (1 y 2).
- Sergio R. Caletti: "Los marxismos que supimos conseguir" (1).
- Sergio R. Caletti: "La revolución del voluntarismo" (2).
- Ernesto López: "Discutir la derrota" (4).
- Lilia Walsh: "Rigor e inteligencia en la vida de R. Walsh" (4).
- Nicolás Casullo: "Walsh y su pensamiento político en 1976" (4).
- Jorge R. Eliecer: "Juicios y responsabilidades. ¿Pero quién nos quitó la democracia?" (4).
- Rodolfo Saltalamanchia: "Recordar, discutir, unificar" (5).

- Guillermo Greco: "Sobre el auge y la decadencia de los montoneros" (5).
- Guillermo Almeyra: "Los fracasos de los trotskistas" (5).
- Sergio Bufano: "Izquierdistas, esos brujos" (6).
- Julio Godio: "La guerra imaginaria ha terminado" (8).

Literatura

- Carlos Ulanovsky: "Proteo, el drama argentino como best-seller" (1).
- Miguel Espejo: "Acerca de la revolución en bicicleta" (7).
- Miguel Espejo: "La pasión de los orígenes" (7).
- José Najenson: "A la sombra de los bárbaros" (7).
- Mempo Giardinelli: "A propósito de la novela de Soriano" (8).

Marxismo

- L. Paramio y J. Reverte: Razones para una contraofensiva" (1).
- Oscar del Barco: "Observaciones sobre la crisis del marxismo" (2).
- Biagio de Giovanni: "Marx y la teoría del estado" (2).
- L. Paramio y J. Reverte: "El marxismo y el minotauro" (5).
- Corrado Vivanti: "El camino histórico del concepto de hegemonía" (5).
- Marco Diani: "Poulantzas: la respuesta que es difícil de encontrar" (6).
- Oscar del Barco: "Respuesta a Paramio y Reverte" (6).

Peronismo

- Nicolás Casullo: "El peronismo y las democracias" (5).
- Sergio Caletti: "Peronismo revolucionario: para entendernos mejor" (6).
- Jorge Luis Bernetti: "E'pur si muove" (7).
- Luis Bruschtein: "Derrota y pensamiento nacional" (7).
- Nicolás Casullo: "El pueblo produce las formas y los contenidos políticos" (7).
- Sergio Caletti: "Los riesgos de un nuevo izquierdismo neoperonista" (8).
- Nicolás Casullo: "Movimiento Peronista y concepción de la política" (8).
- Juan Carlos Portantiero: "Peronismo, socialismo y clase obrera" (8).

Realidad e información argentina

- "El tema Cámpora" (1).
- "Un viejo Jacobo Timerman" (1).
- "Un nuevo general Menéndez" (1).
- Carlos Ulanovsky: "La era Menotti" (2).
- "Luchas y aumentos salariales" (2).
- "Cámpora en México" (2).
- Jorge Tula: "Sin censura" (2).
- Gregorio Kaminsky: "Vigilar, sospechar y denunciar" (4).
- Ernesto López: "Los militares en cifras" (6).
- Horacio Crespo y Ricardo Nudelman: "Aportes para una discusión sobre Argentina" (8).
- "Entrevista a Luis León" (8).
- José María Rosa: "El diálogo político subió de tono" (8).
- Jorge Abelardo Ramos: "A cuatro años del golpe" (8).
- Luis Gregorich: "Las listas negras" (8).
- "Reportaje a Borges" (8).
- "El golpe en Bolivia" (8).
- "Periodismo y medios" (8).
- "TV argentina y antisemitismo" (9-10).

Sindicalismo

- Martín Olmos: "Unidad sindical y proyecto de ley gremial" (1).
- Nicolás Casullo: "Peronismo revolucionario y sindicalismo peronista" (1).
- Nicolás Casullo: "Sindicatos de liberación y liberación sin sindicatos" (2).
- Nicolás Casullo: "La búsqueda de la unidad sindical" (8).

Socialismo

- Oscar Terán: "De socialismo, marxismo y naciones" (7).
- "La nueva izquierda eurocomunista", entrevista a Buccini-Glucksmann, (J.C. Portantiero, 7).
- "Grupo de discusión socialista" (documento, 8).

Las posibilidades del antisemitismo en la televisión argentina

Indudablemente el periodista Llamas de Madariaga es muy poco representativo del periodismo, aun hoy en una etapa de censura, represión y casi total alineamiento. Desde hace muchos años es un agente de los servicios militares. Arquetipo de lo excremental en la profesión, si no alcanza los sitios de ese parnaso, es porque le sobra mediocridad aun para eso. Madariaga comete un programa. Lo protagoniza en Canal 9. Se llama "Video Show". Un programa periodístico. Hace poco, desde las 20 a las 21 horas de un lunes, entrevistó al ingeniero Jaime Rozenblum, invitado en tanto judío y para hablar de los judíos. Bello nivel político periodístico de la Argentina "regenerada", donde Madariaga, adalid de las "listas blancas", de los que pueden hablar, hizo gala de lo que la televisión militarizada permite: el antisemitismo. Pieza de oro, o del horror, para un país que hasta hace pocos años era reconocido por Latinoamérica como el del más jeraquizado periodismo (y que todavía así se lo recuerda). No obstante, lo de Madariaga en ese programa sirve no tanto para patentizar la arrogancia de un poder sobre los medios sino la propia mendicidad ideológica del poder en la Argentina. Transcribimos a continuación algunas secuencias textuales de ese programa.

Madariaga: Ingeniero Rosemblum, con su buena dialéctica. ¿Por qué no me explica usted por qué los judíos fueron permanentemente perseguidos? Algo tiene que haber. Los persiguen hace cuatro mil años. Incluso dicen que en la Argentina hay persecución. Algo tiene que haber...

Rosemblum: Hace cuatro mil años aparece un hombre que intuye y a quien Dios le habla y le dice: "Yo soy único". Ese fue Abraham. Se fue de Ur con su familia. No lo persiguieron. Tampoco los romanos nos persiguieron. Los judíos fueron muy levantiscos, no cuando se los tocaba políticamente, sino cuando se los tocaba desde el punto de vista religioso. ¿Por qué se los persigue?

Alguien respondió alguna vez: porque persistimos, porque tenemos una herencia.

M: ¿No es una explicación un poco facilista ingeniero? Si hay 15 millones de judíos sobre una población de cuatro mil millones, hacen mucho lío para una población de tantos millones...

R: Tenemos buena prensa.

M: Tiene buena prensa porque manejan lo económico.

R: No me refiero a eso.

M: Entonces es un problema de religión.

R: No, mi nombre es Rosemblum. Soy rubio, soy petiso, uso anteojos, soy judío, lo soy.

M: Todo lo que usted dice es casi el prototipo del judío para la imaginación popular.

R: Tendríamos que analizar que quiere decir prototipo. Yo soy todo eso y si hay alguien a quien no le gusta eso, no es problema mío, es problema de él. ¿Entiende lo que quiero decirle? Yo soy un ser humano, no estoy clamando por el derecho de ser humano. En esta bendita tierra, no lo digo para que usted me aprecie más, nadie aprecia el hecho de que yo sea argentino. Mis padres yacen aquí, en esta tierra, y ellos tal vez amaron esta tierra más que yo.

M: Sabe lo que noto frecuentemente ingeniero, que el argentino judío, para no decir el judío argentino, habla con mayor elocuencia y sentimiento, con más vehemencia, de Tel Aviv que de Tucumán.

R: Tucumán sorprende y uno se siente feliz por su belleza pero no se emociona. Pero cuando uno va a la Casa de Tucumán, uno si se emociona. ¿Y quién dice que no se emociona cuando siente una gesta de libertad? Hay gente que no se emociona. Los judíos suelen llorar de

alegría. Somos muy llorones y muy discutidores.

M: Ingeniero, hay tantas colectas para Santiago del Estero, lugares como la Banda que no tienen agua, como para convertir la aridez en un jardín, como se hace en Israel ¿Por qué lo de Israel tiene publicidad, eh?

R: ¿Por qué publicitamos las colectas? Usted dice que tal vez nosotros no lo hagamos.

M: Sí.

R: En la calle Terrada hay un Hospital Israelita que atiende a un 70% que no son judíos. Hay una escuela, la ORT, que le pusieron una bomba, donde hay muchos alumnos no judíos. Los judíos contribuyen, cuando se les pide y cuando no se les pide.

M: Esto viene para preguntarle, ¿por qué tienen tanta fama de avaros los judíos?

R: En algunos libros Hugo West habla de los judíos y dice: "Los judíos cuando son pobres son ahorrativos, pero cuando son ricos tiran su dinero". Yo quisiera que usted haga un estudio, hay tantos sociólogos que hacen estudios, para ver cuál es el porcentaje de avaros, porque la gente dice que los judíos son avaros. ¿Y eso que quiere decir?

M: Judío, judío, por qué muchos judíos se enojan cuando se les dice judíos? ¿Por qué a mí me dice que soy católico y no me enoja?

R: Sabe que pasa, tenemos la piel sensible. Nos han dado mucho (Madariaga se ríe).

M: Sí, son muy susceptibles.

R: Cuando yo hablo con una persona, porque uno se da cuenta enseguida que soy judío, porque tengo acento, yo le digo al principio que soy judío.

M: ¿Por orgullo o para escudarse?

R: Ni lo uno ni lo otro. Para que él no cometa alguna torpeza.

M: ¿Por ejemplo?

R: Alguna observación sobre los judíos.

M: Hace un momento ingeniero, habló usted del casamiento y yo no saqué el tema. Pero cada vez que se quiere casar un judío con una católica, o un católico con una judía, existen reparos.

R: Le voy a contestar. Si todos

creemos en un Dios único, ¿quién tiene derecho de pretender que Dios lo escucha más que al otro Dios?

M: ¿Es soberbia por la herencia?

R: Yo quisiera que mi hijo siga mis pasos, de la misma manera que usted quiere que su hijo siga sus pasos.

M: Como buen católico que soy, trato de ser ecumenista, pero no lo son todos los judíos.

M: Yo detesto, deploro los crímenes de guerra nazi, pero se acuerda cuando vinieron aquí a la Argentina y sacaron a Eichmann. Usted como argentino, ¿se sintió dolorido o no? Porque a mí se me metieron en mi casa. Por la ventana. Argentino católico, católico argentino.

R: Se cometen muchas barbaridades en el mundo, y no hay barbaridades grandes y barbaridades chicas. Estamos viviendo un mundo desesperado tal vez porque se alejó de las normas. El millón de jóvenes que fue a Luján y la multitud que fue al Congreso Mariano es un signo de algo, también nuestros jóvenes vuelven a los templos. Eso es muy constructivo. El país que ora junto, permanece junto. Hay distintos templos, no cabemos todos en el templo de Libertad y tampoco en la Catedral.

M: Me debe para otro programa la respuesta sobre si le dolió lo de Eichmann.

R: No, no me dolió.

M: A mí me dolió.

R: Sabe lo que me pregunta usted: ¿A quién quiero más, si a mi papá o a mi mamá?

M: ¿Y a quién quiere más?

R: A los dos.

M: Yo repudío el crimen.

R: Yo también.

M: Y repudio que hayan entrado por la ventana de mi casa.

R: Yo también.

M: Y repudio que hayan entrado por la ventana de mi casa. Se lo repito, repudio que hayan entrado por la ventana de mi casa. ¿Vio que podemos convivir, ingeniero? ¿Vio que estamos de acuerdo? Muchísimas gracias ingeniero, buenas noches señores del público.

(Fin del programa.)

Universidad

• Adriana Puiggrós: "La universidad argentina, 1973-1974", I y II parte (1 y 2).

Suplementos especiales

1. ARGENTINA: LOS AÑOS DE LA CRISIS, 1939-1945 (2)

6

- Juan Carlos Portantiero: "Introducción".
- Juan Carlos Portantiero: "Transformación soc al y crisis de la política".
- José Aricó: "Los comunistas en los años treinta".
- "Reportaje a Jorge Michellón".
- Oscar Terán: "El nacionalismo sin nación".
- Emilio de Ipola: "El discurso de Perón de octubre de 1945".

• Federico T. Gómez: "La CGT y el 17 de octubre".

2. LA DEMOCRACIA COMO PROBLEMA (9-10).

- Oscar Terán: "La nación autoritaria".
- Rodolfo Saltalamacchia: "Capas medias, ideologías y política en los 60".
- Mónica Blanco y Cristina Bertolucci: "Dos modelos: irigoyenismo y peronismo".
- José Aricó: "Ni cinismo ni utopía".
- Jorge Tula: "Notas para una reconsideración de la cuestión sindical".
- Luis Bruschtein: "Liberalismo y perspectiva nacional".
- Carlos Abalo: "Las restricciones del gran Gulag".
- Juan Carlos Portantiero: "Los dilemas del socialismo".
- Nicolás Casullo: "Desde el movimiento de masas o desde los mitos".

- Sergio Caletti: "Una historia sin resolver".
- Elena Cassariego: "Notas sobre el movimiento popular".
- Emilio de Ipola: "El pensamiento de la derecha y la junta militar".
- Giacomo Marramao: "El paradigma de la ingobernabilidad".
- Sergio Bufano: "Centralismo democrático y profesionalismo político".
- Oscar del Barco: "Desde el fragor del mundo".
- Adriano Guerra: "Polonia: peligros de la renovación socialista".
- José R. Eliashev: "Una nueva ecuación para América Latina".